Begoña Pro Uriarte

Las cien puertas



Enneco es un joven y humilde labrador del burgo pamplonés de la Navarrería, cojo, para más señas, a quien el caballero Raimundo de Navarrete, por alguna razón, odia profundamente. Tanto, que lo secuestra y esclaviza, utilizándolo para los más duros quehaceres, pero también para algunos tan sutiles como espiar la reunión que Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón mantienen en Sahagún con el fin de unir sus fuerzas contra Sancho VI de Navarra. Enneco conseguirá huir de Raimundo y vivir durante un tiempo en el Camino, ganándose la vida como juglar, hasta que sus pasos lo conducen a Puente la Reina, donde los templarios construyen la iglesia de Santa María de Eunate, «la de las cien puertas», cuya belleza y misterio lo tienen subyugado. Allí se enamorará de Teresa, una dama de la reina de Navarra que, a pesar de la abismal diferencia de posición, parece corresponderle. En fin, todo apunta a que Enneco por fin podría asentarse… pero nada más lejos de la realidad. El vendaval de la guerra está a punto de desatarse, con sus generosas raciones de venganza, tragedia, intrigas y desengaños. Enneco se verá obligado a tomar parte —también partido—, y él, un humilde labrador cojo reconvertido en juglar, lo hará de forma decisiva.

Las cien puertas es una nueva incursión de Begoña Pro Uriarte en la Navarra medieval a través de una novela que combina de manera perfecta la recreación histórica, las aventuras, los sentimientos y las emociones.

Begona Pro Uriarte

Las cien puertas

ePub r1.0

Titivillus 29.02.2024

Título original: *Las cien puertas*
Begona Pro Uriarte, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Índice de contenido

Begoña Pro Uriarte

Las cien puertas



Valdizarbe, Reyno de Navarra, solsticio de verano de 1169

hallaría agua y eso significaba que acababa de encontrar su butaca del diablo: el lugar donde se juntan dos corrientes telúricas.

Se colocó de nuevo el colgante al cuello y guardó las monedas. Luego recogió una piedra e hizo dos marcas en ella. La primera correspondía a la runa denominada *laguz*. Tenía forma de un uno al revés, con el palo corto a la derecha. La segunda era un *abacus* o bastón de mando. Miró al horizonte; apenas quedaba luz solar, pero estaba decidido a seguir hasta que la oscuridad lo cubriera todo. Se concentró en el punto que había señalado y la visión de la bóveda todavía sin construir estalló en su mente. Comenzó a andar con pasos firmes y seguros, moviéndose como si una fuerza interior lo guiara. Midió con pies y cuerdas. Se agachó varias veces a marcar el terreno. Si alguien hubiera examinado el resultado desde el aire y hubiera unido los puntos con líneas imaginarias, habría visto claramente el octógono de lados irregulares planteado por Tizón. Y un observador intuitivo también habría adivinado la posición del lucernario que coronaría la construcción y que exhalaría su fuego como guía de los peregrinos que caminaban hacia Santiago. Frey Tizón estaba seguro de que Alcatón, a pesar de la escasa luz, estaría imaginando lo mismo que él, elevando ya mentalmente las paredes que sostendrían la edificación. Tenía muchas esperanzas puestas en ese hermano que acababa de llegar desde Tierra Santa. Le habían hablado muy bien de él como guerrero y, lo que era más importante, venía recomendado por su experiencia en grandes construcciones.

Alcatón apenas distinguía ya los rasgos del excomendador de su orden, pero no le quitaba ojo de encima. Llevaban varias jornadas repitiendo la misma operación en distintos terrenos del valle y estaba harto de rebajarse a tareas que consideraba indignas de un guerrero. Hacía dos días había tenido que excavar un agujero tan hondo como para contener a cinco hombres uno encima del otro, solo para que, al acabar, el viejo demente lo obligara a taparlo de nuevo. Se juró que, si volvía a tener que hacerlo, cubriría el agujero con frey Tizón dentro. No descartaba hacerlo allí mismo, si la ocasión le era propicia. Sin embargo, algo lo detuvo. El excomendador no había realizado en las ocasiones anteriores marcas en las piedras ni había utilizado cuerdas ni medido el terreno con los pies. Alcatón tomó la pala, dispuesto a excavar, esta vez, con entusiasmo. Tal vez los rumores que había escuchado tenían consistencia. Quizás estaba delante de un hallazgo increíble y era cierto que había un tesoro templario escondido justo bajo sus pies. Si era así, él sería el primero en descubrirlo y, después, sería sencillo hacer creer a todo el mundo que el excomendador había fallecido de manera natural. Sin embargo, la orden para empezar a

cavar no llegó. Quienes sí aparecieron fueron dos monjes de la casa del Temple de Puente la Reina. Tizón les dio instrucciones para que permanecieran de guardia toda la noche y conminó a su joven acompañante para que lo siguiera de regreso a la villa. Alcatón tiró la pala con desprecio. Odiaba la inacción que mostraban todos los templarios de Navarra. Ni siquiera habían sido capaces de asistir a Geraldo Sem Pavor y al rey Alfonso de Portugal en la toma de Badajoz. Por su culpa, Fernando II de León los había traicionado y la plaza había quedado en manos almohades.

El excomendador tomó la delantera. Unos pasos más atrás, Alcatón escuchaba la perorata de su mentor sin prestarle demasiado interés. Tropezaron con algunos peregrinos rezagados antes de llegar a la Villa Vetula[2] y Alcatón disfrutó asustándolos, mientras los amenazaba con el filo de su espada. Se detuvieron en la iglesia de Santa María y buscaron refugio en el hospital. Frey Tizón siempre parecía olvidarse de comer cuando se entregaba a los designios de la orden, pero Alcatón estaba hambriento. Cuando su mentor se despidió de él, se dirigió al comedor, donde la mísera cena que le sirvieron apenas dio para apaciguar su estómago. Pidió permiso para retirarse a orar. Cuando se lo concedieron, en lugar de caminar hacia su celda, salió a la calle y se dirigió hacia el barrio de San Pedro. Vestía túnica blanca sin mangas y llevaba su espada a la cintura. Le gustaba la sensación de placer que le reportaban las miradas curiosas que se detenían en la cruz patada[3] roja de su pecho. Pero le gustaba más la sensación de un estómago lleno y de un corazón caliente junto a su rostro. Así que se separó del camino y se quitó la túnica. La dobló con esmero y la metió en su alforja, que luego escondió en una oquedad. Se dirigió hacia la taberna y abrió la puerta. Dentro se notaba un gran jolgorio. Observó una mesa llena de comensales donde un hombre brindaba por el nacimiento de su hijo, Rodrigo, al que vaticinaba una próspera vida y grandes gestas para la cristiandad. Se desentendió del alboroto y miró en derredor hasta encontrar a la persona que buscaba.

Se acercó a la mesa donde una jarra de vino lo esperaba y se limitó a saludar a su proveedor enarcando las cejas. A su izquierda, una muchacha llamó su atención. La observó con descaro, regodeándose en sus finos labios, en sus exuberantes caderas y en sus colmados pechos. La muchacha le sonrió. Él le devolvió el saludo, e intentó centrarse en las palabras de su interlocutor sin quitarle ojo a la mujer. Se ocuparía de ella más tarde. Rompería el juramento de los templarios. Sonrió para sí. Pero ¿acaso él lo era? Su interlocutor seguía hablando. Alcatón no lo miraba ya y sus palabras resbalaban por sus oídos. Bernardo siempre estaba con la misma cantinela.

—¿Cuándo os haréis con la espada? —le preguntó Bernardo.

Alcatón sonrió y sacudió la cabeza en un intento por apartar el cabello castaño que enmarcaba su rostro. Se mesó la barba, perfectamente cuidada, y apartó la mirada por primera vez de la muchacha. Su pupila se empequeñeció y el marrón de sus ojos se hizo más intenso, dándoles un aspecto fiero. El que había hecho la pregunta tragó saliva y se encogió en el taburete.

—Bernardo —le dijo aparentando tranquilidad, pero acercando su rostro y clavando sus pupilas en las de él—, la paciencia es la clave de esta operación. Y creo que, si esperamos lo suficiente, encontraremos un tesoro aún mayor.

—¿Mayor que la espada? Tengo un comprador que nos dará mucho dinero por ella.

—Todo a su debido tiempo —dijo apurando la jarra y volviendo a mirar a la muchacha—. El viejo no se separa de ella, pero encontraré el momento.

Se levantó, depositó una moneda en la mesa y dio dos golpecitos sobre el hombro de su acompañante.

—No hagas ninguna tontería, Bernardo.

El aludido hizo un gesto negativo y lo vio marchar en pos de la muchacha.

Pedro Tizón se lavó cuidadosamente los brazos y la cara. Solo entonces se sacudió el polvo y el sudor que había acumulado a lo largo de la jornada. El sol había apretado durante todo el día, pero él no parecía haberlo notado hasta ese instante. Se secó tomando el paño que un hermano le ofreció y se sentó en la sencilla silla que esperaba detrás de él. Después, se entregó a la oración.

—¿Puedo ofreceros un refrigerio? El resto de los hermanos ya ha cenado —oyó la voz de Nazario.

—¿Y Alcatón?

—Hace rato que tomó su ración y pidió permiso para retirarse a orar.

—Tomaré algo aquí, en la celda. Luego saldré a atender unos asuntos.

Después de ingerir un poco de agua y algo de pan, Tizón se alejó buscando el río Runa[4]. Caminó despacio en la noche templada y estrellada y se paró en mitad del puente. Se asomó y apoyó sus brazos en la piedra que aún permanecía caliente. Por debajo, se escuchaba la corriente de un río relajado. La negrura cubría todo el espacio como un manto que se extiende desesperado. A lo lejos se escucharon unos pasos fuertes y decididos que se acercaban al puente que un siglo atrás había mandado construir la reina —unos decían que doña Estefanía,

otros que doña Mayor—, para que los peregrinos pudieran cruzar el río sin dificultad.

El ruido le hizo girar la cabeza. Un joven se acercaba hacia él. Caminaba deprisa, marcando cada zancada con un rotundo movimiento de su cuerpo; un cuerpo fuerte y ágil. Se paró delante de él y lo miró fijamente. Tizón se irguió y entornó los ojos. A pesar de la oscuridad, pudo ver el azul de sus pupilas, su pelo revuelto, su barbilla erguida y su nariz recta al estilo heleno. Su rostro era tan familiar… Por un instante sintió un vahído y el pasado reciente se presentó de golpe, como si le hubiera atizado en pleno rostro. Se recuperó un poco antes de hablar.

—Tú debes de ser Gonzalo.

El joven asintió y se encontró con el abrazo fuerte y sincero de Tizón.

—Me envía mi padre. Os espera en casa.

—Supongo que has hablado con él y ya sabes lo de tu hermano…

Gonzalo bajó la cabeza intentando dominar la emoción. Tendría que pasar mucho tiempo antes de poder asumir la pérdida.

—¿Cómo sucedió? —le preguntó resignado.

—Corrían rumores de que Saladino quería atacar el punto que defendían los templarios. Vuestro hermano, frey García, y tres caballeros más salieron una mañana a confirmar la noticia. Cayeron en una trampa. Vuestro hermano se ofreció a cubrir la retirada. Ganó tres vidas, pero perdió la suya.

Tizón se quedó en silencio. Frey García era uno de los hermanos más jóvenes en Tierra Santa.

—¿Cómo sigue tu padre?

Gonzalo atajó su dolor mordiéndose los labios. Había olvidado la cara de su hermano, al que no veía desde hacía diez años. Se reprendió por ello. Lo único que recordaba en ese momento de él era la felicidad con la que le dio la noticia de su pronta marcha. Primero a formarse como caballero, luego a luchar en Jerusalén. Y, ahora, al conocer su muerte, dolía más no recordar nada de él que haberlo perdido para siempre.

—Esperando vuestra visita —acertó a decir el joven—. Cree que, si os ve, podrá conjurar los malos recuerdos y permitirse creer que García aún sigue vivo. Me ha pedido que salga a vuestro encuentro y os escolte hasta nuestra casa.

—¿Cuándo has regresado? —le preguntó Tizón mientras caminaban hacia el hogar de don Fernando, interesándose por la vida del joven.

—Esta misma tarde.

—¿Está el rey en Pamplona?

—Llegó ayer, ya sabéis que huye del calor del verano en Tudela.

—¿Ha viajado la reina doña Sancha con él?

—Y su hija, la infanta Berenguela, y el infante don Sancho.

Tizón se quedó unos instantes en silencio, rumiando la información.

—Cuéntame, ¿qué noticias traes de la ciudad?

—El rey Sancho ha comprado unos terrenos para construirse un palacio.

El templario lo miró con interés.

—Por lo menos ahora tendrá un lugar adecuado donde descansar cuando se encuentre en Pamplona.

—Aunque no ha sido sencillo. Entre vos y yo, se dice que ha tenido sus más y sus menos con el obispo, don Pedro de París, que, como señor de la ciudad, tiene que dar su consentimiento. Pero he sabido que al final han llegado a un acuerdo y ha adquirido un solar propiedad de Iñigo Almoravid, que es dueño de gran parte de las viviendas del burgo de la Navarrería [5] .

Pedro se rio. Conocía a Iñigo Almoravid.

—¿Ha satisfecho el acuerdo al rey?

—Esa es la impresión que me ha dado. Don Sancho, a cambio, otorgará privilegios especiales para la repoblación del burgo de la Navarrería.

Tizón se quedó pensativo.

—¿Sabéis que se va a iniciar la ampliación de la ciudad? —informó el joven—. Se va a construir un tercer burgo, asentado sobre los terrenos del arcediano de la Tabla y puesto bajo la protección de San Nicolás de Bari.

—La ciudad crece. Espero que eso no sea germen de futuras discordias —comentó Tizón mientras caminaba con su andar reposado. Apoyó su mano en el hombro de Gonzalo. Se encontraban ya cerca de la casa del joven.

Al entrar, a Tizón le invadió la misma tristeza que había sentido unos meses atrás cuando fue a darle la noticia del fallecimiento de García a su padre, Fernando Martínez. Atravesaron la recia puerta y el joven condujo al templario hasta una sobria sala en la que reposaba el señor de la casa. Este se levantó con dificultad para saludarlo. Tizón notó la falta de fuerza en el apretón de sus manos. Esa misma falta de fuerza que delataban sus pupilas. Los estragos de la enfermedad las habían afinado y, desde que supo de la muerte de su hijo, su cabeza a veces le jugaba malas pasadas.

Fernando miró a su hijo menor. Tizón vio orgullo en su mirada.

Gonzalo era el benjamín de siete hermanos, todos varones. Formaba parte del grupo de infanzones y portaba las armas que le identificaban como tal, aunque aún no había sido armado caballero.

—Mi hijo ha escoltado al rey hasta Pamplona —comentó Fernando con el pecho henchido de orgullo.

Tizón asintió y esbozó una leve sonrisa mientras tomaba la copa de vino que un siervo le ofrecía.

—Hace bien su trabajo —prosiguió su padre—. Pero creo que es una excusa para pasar largos ratos con una moza que forma parte del hostal de la reina. ¿Cómo se llama, Gonzalo?

El joven se ruborizó a la par que su rostro reflejaba una sonrisa tonta.

—Teresa, padre, se llama Teresa. Y es de Tudela.

—Tenías que haberte buscado una muchacha de por aquí. Como tu madre, nacida en Obanos.

—Padre, ¿creéis que eso es tan importante?

Fernando sonrió, pero su gesto se convirtió en una mueca debido al ataque de tos que le sobrevino. Estefanía, su esposa, se acercó en ese momento con un vaso de agua.

—Buenas noches, frey Tizón —dijo mientras su esposo bebía—. Acaban de avisarme de vuestra llegada. ¿Cómo estáis? ¿Os puedo ofrecer algo?

—Estoy bien, gracias, doña Estefanía. No hace falta que hagáis que me traigan nada.

—Me han dicho que habéis sido abuelo.

—Bien cierto es. Mi hijo Jimeno ha venido a decírmelo en persona. Por ahí debe de estar celebrándolo todavía. En cuanto el niño sea un poco mayor, me lo traerán para que lo conozca.

—¿Y qué nombre han elegido para él?

—Rodrigo. Rodrigo Ximénez de Rada.

Tizón regresó entrada la noche al lugar donde había hallado su butaca del diablo. Saludó a los dos templarios que hacían guardia, pero pronto se abstrajo de su presencia. La visita a la casa de Fernando le había traído recuerdos de sus días de conquistas al lado del gran Alfonso el Batallador. Recordó especialmente la toma de Morella, donde su ardor guerrero le había hecho ganar el apodo de Tizón. Se reprendió enseguida por su vanagloria y pidió perdón a Dios. Miró al cielo y contempló la inmensidad que se abría sobre su cabeza. Y entonces rememoró los nombres de los grandes guerreros que habían peleado junto a él, como Rotron del Perche, gran protagonista de las conquistas de Zaragoza y Tudela. Se acordó también de Ramiro Sánchez y de su hijo, el rey García Ramírez el Restaurador. No dejaba

de admirar la forma en que este último supo ganarse el apoyo de los principales magnates, incluido él mismo, para ser coronado rey de Pamplona tras la muerte de Alfonso I el Batallador.

Uno de los hermanos templarios que le acompañaban se puso de pie y le tendió una manta. Se lo agradeció con una sonrisa.

—Frey Tizón, ¿es cierto que habéis sido abuelo?

El rostro del anciano se transformó con la pregunta.

—Mi hijo Jimeno me ha dado la noticia esta mañana. Hace unos días que, en Rada, su esposa, Eva de Finojosa, alumbró a un niño al que han llamado Rodrigo —dijo con orgullo.

—Sois afortunado, frey Tizón.

El templario asintió mientras dejaba sus ojos abstraídos en el infinito de la hoguera que los calentaba. Sí era afortunado. Había tenido una vida larga y próspera. A pesar de que nada poseía, se sentía rico en su corazón. Se levantó y devolvió la manta a su dueño.

Sus huesos se quejaron y sintió un dolor intenso en sus piernas. En un momento de debilidad se preguntó si sería capaz de llevar a cabo la tarea que le habían encomendado. Había que confiar en Dios. «Él es la medida de todo —se dijo—. *Non nobis Domine, sed nomini tuo da gloriam*» **[6]** .

Se agachó y, arrebatado de una extraña alegría, cogió un puñado de tierra. Se acercó a su montura y, de sus alforjas, sacó una esfera armilar, tinta, pluma y un libro donde últimamente lo anotaba todo. Se arrodilló junto al fuego, tratando de disipar con oraciones sus últimas dudas. Aunque su corazón se lo decía, debía asegurarse completamente de que no se había equivocado antes de abrir aquella puerta. Los dos templarios que lo acompañaban avivaron el fuego y encendieron varias velas para que frey Tizón pudiera continuar con su tarea. A la luz de la hoguera, el anciano templario se preparó para observar la noche y aguardar la salida de Orión.

Castillo de Leguin, julio de 1174

lo culpo, porque yo había traicionado su confianza. Aprecié su gesto, pero no fue suficiente para desviar del todo el estoque, que cayó sobre mis costillas. Sentí un calor extremo que me abrasó los pulmones y una sensación de ahogo me cegó. El ruido de mis huesos al partirse se repitió infinitamente en mis oídos.

Creo que el caballero me dio por muerto y yo, también. Entonces me agarré a los dos únicos recuerdos agradables que me quedaban de mi mísera vida. La risa de mi hermana pequeña, Jimena, y el beso suave que conseguí de Teresa un mediodía cálido de verano, en los alrededores del templo que frey Tizón estaba construyendo en Valdizarbe[7], cerca de la Villa Vetula. Eso, junto con el recuerdo del paso fugaz de Munio y su familia de comerciantes —como si fueran una ráfaga de viento que golpea el rostro y luego desaparece— y el regalo de Carlo, era lo único bueno que me quedaba.

Perdí el contacto de los labios de Teresa, igual que había perdido la esperanza de poder hacerla mía algún día; pero sentí la sonrisa de mi hermana muy cerca. Creo que yo también sonreí en ese instante, mientras agonizaba en el suelo. Su mano pequeña de niña de ocho años puso en las mías una pequeña piedra blanca, casi transparente. Era un trozo de *halita*[8] que probablemente se había encontrado mientras jugaba. La veía claramente, como si estuviera allí, a pesar de que era tan solo un recuerdo de hacía cuatro años.

Reviví el momento en el que agarré aquel trocito de piedra y lo metí dentro de la pequeña bolsa donde estaban mis *kutunak*[9]. Aquella bolsita que mi madre había preparado para mí antes de nacer para contener mis amuletos pendía aún de mi cuello, desafiando el paso del tiempo. A pesar de que hacía mucho que yo debía haber dejado de usarla, seguía aferrado a ella, a una infancia que nunca había vivido. La fuerza de las caricias que mi *ama*[10] nunca me dio, o que yo no recuerdo, debió gastarlas en componer ese trozo de tela para que subsistiera a los embates de la vida. Allí quedaban un trozo de mi cordón umbilical, un pequeño papelito que contenía unas palabras sacadas del Evangelio de San Juan —«Yo soy la puerta; el que entra por mí se salvará; entrará y saldrá y encontrará pastos»— y la pequeña piedra de mi hermana.

Seguramente, mi brazo no se movió, pero yo agarré fuertemente mis *kutunak* al tiempo que notaba el beso de mi hermana en la mejilla. Creo que recordé ese instante porque ocurrió justo antes de que mi vida se torciera. Fue el día que atravesé por última vez la puerta de mi casa.

Barrio de la Navarrería, Pamplona, cuatro años antes

impidió realizar los cometidos diarios hasta media mañana, así que don Fernán, el capataz al que obedecíamos, nos mandó reparar los aperos y preparar los graneros para la próxima cosecha. Para mí no era nada nuevo. De hecho, ese cometido solía ser mío porque todos estaban de acuerdo en que un lisiado como yo no servía para las tareas agrícolas más habituales. Mi padre era aún más duro conmigo; él decía que un cojo no servía para nada en la vida. *Herren*[13], me decía. Y yo llevaba esa palabra escrita en mi mente como una losa que me impedía respirar y como si hubiera suplido a mi propio nombre. Para mí era el peor de los insultos. Desde pequeño había hecho el esfuerzo para disimular mi torpeza. Y, sinceramente, creía haberlo conseguido. Pero con los años me di cuenta de que era inútil, porque ya jamás podría dejar de ser el chico que cojeaba y del que todos hacían chanzas.

Fernán era uno de los hombres de confianza del obispo don Pedro de París. Pasó a mi lado y me dio una pequeña palmada en la cabeza. Luego me sonrió. Creo que en el fondo sentía lástima de mí. A veces, cuando me veía comiendo solo, se acercaba y me hablaba de su vida. A Fernán no se le pasaba nada por alto. Algunas veces que mi padre terminaba con su comida y la mía, él dejaba cerca un pedazo de pan que yo ingería con avidez. Le agradecía su deferencia con una sonrisa y luego regresaba a mis tareas.

Aquel día se me hizo largo. Al final, me cansé de contar las veces que miré al horizonte intentando convencer al sol para que descendiera con celeridad. El ocaso era para mí el mejor momento del día. Mientras los agricultores regresaban a sus casas de la Navarrería, yo me colaba en el burgo de San Cernin y llamaba a la puerta de don Guilhem Aude. Creo que era el único sitio en toda Pamplona en el que no me sentía diferente y en el que mi vida parecía tener algo de sentido. Él me abrió la puerta al conocimiento y a las ciencias. Por su hogar pasaban los más insólitos huéspedes. Allí oí hablar de los trovadores Bertrand de Born, Graut Borneill, Guilhem de Berguedán o Arnaut Daniel. Guilhem me hacía aprenderme versos para entretener a sus invitados y yo me sentía halagado cuando aplaudían mis actuaciones. Me dispuse a recoger las herramientas que no se iban a utilizar y a cargarlas en el carro que las llevaría al almacén del obispado, para irme a comer, saboreando el momento en que llegaría a casa de Guilhem. Cuando me volví, una sombra se interpuso entre el sol, que permanecía aún en lo alto, y yo. Mi *aita* se alzó delante de mí como un bastión inexpugnable. Me sorprendió verlo allí, pero no dije nada y continué con mi trabajo.

—Vamos a casa, Enneco.

Mi cansado cuerpo se puso alerta. Creo que era la primera vez en toda mi vida que escuchaba a mi *aita*, a la sazón Garcés Ximénez, llamarme por mi nombre.

—Todavía no es la hora de marcharnos. Solo es la hora de comer y yo he de terminar mi trabajo —dije como si fuera lo más normal del mundo—. Ve delante que yo voy después.

—Hoy no, Enneco. Tienes que ayudarme a despedir a tu hermana. Fernán nos ha dado permiso.

Miré a Fernán pidiéndole ayuda con la mirada. Implorándole que me asignara cualquier tarea antes de dejarme marchar a casa. Pero su cabeza tan solo hizo un gesto afirmativo creyendo que buscaba su consentimiento. Aun así, no me resignaba a regresar. Iba a discutir cuando vi a mi hermana Jimena acercarse por el camino. Sentí rabia y frustración. Muy a mi pesar, tuve que reconocer que mis padres me conocían demasiado bien. Sabían que solo una cosa en el mundo me haría volver a casa después de las tareas agrícolas y eso era la presencia de mi hermana menor. Jimena me sonrió y me tomó de la mano. Caminé en silencio escuchando su voz suave que no cesaba. No hice caso de sus palabras, sumergido en mi propia rabia. ¡Ojalá le hubiera prestado más atención! Lo habría hecho si hubiera sabido que ya no la volvería a ver más. Pero entonces estaba demasiado enfadado como para reconocer que aquellos momentos iban a ser trascendentales en mi vida.

Cuando llegamos, la casa de mis padres estaba rodeada de caballeros, sirvientes, caballos y hasta de un hermoso carro. Era toda la escolta que Navarrete se había traído y con la que quería asegurar a cuantos lo vieran que el que allí estaba era un prohombre de rango elevado. Los vecinos miraban con envidia todo el despliegue de vanidad que se extendía como una alfombra desde la puerta de mi casa. Raimundo de Navarrete me recibió con una alegría desbordante, detrás de la cual yo sabía que se escondía todo el desdén que sentía por mí. Estuve alerta todo el rato que permaneció en casa esperando ese hachazo, esa frase vilipendiosa que, refiriéndose a mi estado, me humillara una vez más. Pero no llegó. Después de un largo rato de charla, empecé a creer seriamente que ese ser inmundo había trocado en uno mejor, pero debí advertir que las personas mezquinas nunca cambian. Cuando se puso a exaltar las excelencias del futuro esposo de mi hermana, parecía realmente sincero. En aquel instante todavía me preguntaba por qué se había mostrado tan atento al mediar en el enlace de mi hermana, sabiendo que éramos demasiado pobres como para poder ofrecer una buena dote. Traté de ser cortés por Elvira. No oí preguntar a mis padres por el futuro esposo, más allá de asegurarse

de que era un buen hombre. Y Ramimundo les aseveró varias veces que era una gran persona. Eso pareció bastarles. Porque, ¿qué reparos iban a encontrar ellos, si el noble se había ofrecido también a ayudar con la dote de Elvira?

Me empecé a cansar de la conversación, así que me levanté con la intención de irme. Aún estaba a tiempo de colarme en el burgo de San Cernin. Pero mi padre se adelantó. Se acercó a mí y me llevó a un rincón, mientras Raimundo siguió hablando de la casa en la que viviría mi hermana, del molino que había cerca y de los hermosos parajes de Navarrete, llenando sus oídos y los de mi madre de piropos. Elvira respondía sonrojándose.

—Enneco —me dijo mi *aita* de pronto—, tienes que acompañar a tu hermana a Navarrete.

Mi boca se abrió por la sorpresa y respondí tajantemente que no. Raimundo se colocó entonces a mi lado, cortando cualquier rebeldía. Colocó su mano sobre mi hombro. Sus ojos, de un marrón claro casi transparente, se clavaron en mis pupilas. Raimundo de Navarrete me llevaba unos cuantos años. Más de diez. Su barba clara y exquisitamente cuidada cubría su rostro. Nunca me había parado a pensarlo, pero por la forma en que mis hermanas y mi madre lo miraban, debía de tratarse de un hombre atractivo.

—Enneco —empezó el de Navarrete—, tus padres no pueden viajar hasta mis posesiones. Por eso hemos decidido que seas tú el que lo haga.

—Lleváis prácticamente un ejército a vuestro servicio. No creo que sea necesario que yo viaje también —alegué buscando una excusa que no se pudiera rebatir.

—No lo entiendes, ¿verdad? —el tono de Raimundo cambió de pronto. Apretó su mandíbula y habló entre dientes—. Tú eres el único varón de la familia. Como tu padre no puede viajar, deberás representarlo el día de la boda.

Me reí. Mi carcajada sonó fuera de lugar, pero yo sentía que estaban jugando conmigo.

—¿Eso es todo? —pregunté algo más tranquilo—. Entonces traed al novio a Navarra y que se casen aquí. Y así mi *aita* estará presente.

Sentí la furia correr por el cuerpo de Raimundo, pero, no sé cómo, mantuvo la calma y aparentó felicidad.

—Enneco, no fastidies todo. Ya está hablado que tu hermana Elvira se case en Navarrete y tú la vas a acompañar. Eso es lo que se ha negociado, y así se hará. Partiremos de inmediato.

Me quedé allí plantado, con la boca abierta, sin poder decir nada. Jimena se acercó entonces a mí y agarró mi mano. Con una sonrisa,

me dio el fragmento de sal de roca. Yo lo observé y lo guardé como parte de mis *kutunak*. Me agaché para darle un beso y ella me abrazó.

—Vuelve pronto, Enneco —me dijo—. Y trae nuevas historias para contarme.

Le sonreí e hice un gesto de asentimiento con la cabeza. Por las noches, aunque llegara muy tarde, mi hermana menor me esperaba despierta y me hacía contarle historias y leyendas. Muchas de ellas las había escuchado en casa de don Guilhem, por donde pasaban comerciantes, artesanos, escultores, viajeros. Otras, me las inventaba con un poco de imaginación y retazos de palabras encontradas en los manuscritos que Aude me leía en las tardes de asueto.

Miré a mi *ama*, Oneca, que contemplaba la escena, pero ella apartó la vista en cuanto notó que yo la observaba. Recogí algunas de mis escasas pertenencias y salí a la calle. Aún quedaban unas cuantas horas de luz para poder viajar.

Traspasé la puerta de mi casa por última vez. Mis padres y mis hermanas formaron una fila muy cerca del umbral. Elvira se despidió de todos con lágrimas y abrazos. Dio un beso a mi *aita*, mientras que Assona y Nunila la abrazaron durante largo rato. La pequeña Jimena esperó su turno y le dio una flor a modo de despedida. Ella siempre tenía ese tipo de detalles. Mi *ama* se abrazó también a la hija que se marchaba. Luego pasó a mi lado, me sujetó la mano durante unos breves instantes y se alejó. Llevaba la mirada baja y, cuando la llamé, se perdió dentro de la casa. Pensé que estaba triste porque Elvira se iba lejos de Pamplona. Solo más tarde comprendí el significado pleno de su actitud. Mi padre me tendió la mano; una mano que yo intenté estrechar con fuerza y que me recibió con languidez. Besé a mis hermanas mayores y me abracé a Jimena con desesperación. Aunque intentaba sonreírme, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Me costó soltarme de aquel abrazo, de aquel calor tan sincero e inocente. Cuando lo hice, mi hermana se quedó quieta, sin dejar de mirarme.

Raimundo ayudó a Elvira a subir al carro. Detrás iba otro con los regalos recibidos de los parientes y vecinos. La comitiva se puso en marcha. Yo los seguí desde atrás, a pie, intentando esconder mi torpeza como caminante y mostrar una sonrisa que no sentía. Debía hacerlo por Jimena. Una sombra en la ventana delataba la presencia de mi madre, observando sin ser vista. Anduve de espaldas, hasta que la silueta de mi hermana pequeña desapareció de mi campo de visión. Dejamos atrás la rúa de los Peregrinos y accedimos al burgo de San Cernin, pasando cerca de la torre Galea. A través de la rúa Mayor de los Cambios llegamos al portal de San Llorente, por el que abandonamos Pamplona tomando el camino hacia Puente la Reina.

Nos alejábamos de la ciudad. Me volví por última vez. Distinguí la silueta de la muralla y traté de imaginar mi casa entre el trazado del burgo de la Navarrería, aunque desde allí era imposible alcanzar a verla. Luego dibujé en mi mente San Cernin, el burgo más rico de Pamplona, en cuyos muros se concentraba la población de francos [14], donde vivía mi amigo Guilhem Aude junto con comerciantes y artesanos, que crecía en importancia gracias a los peregrinos que marchaban a Santiago. Y, por último, llevé mis pensamientos hacia el lugar donde se empezaba a erigir el nuevo burgo de San Nicolás. Ya para entonces me había resignado. Iría a Navarrete, pero en cuanto mi hermana se casara, regresaría a mi casa.

Navarrete, frontera de los reinos de Navarra y de Castilla

convertido en la puerta del reino de Navarra, centro de disputas entre el rey de Castilla y el de Navarra. En el año 1162, Sancho VI de Navarra se lo había arrebatado al rey castellano.

De pronto escuchamos el sonido de varios cuernos, seguido de la algarabía propia de una multitud en movimiento que salió al encuentro de Raimundo, para conocer a esa novia que venía a desposar a uno de sus vecinos. Vi la cabeza de mi hermana erguirse como si fuera una reina. Me alegré por ella, por el interés que despertó y los comentarios de admiración que aprecié a nuestro paso.

En cuanto llegamos, un sirviente se dirigió a mí y me separó del grupo. Me dijo que tenía órdenes de asegurarse de que me aseara y descansara. Traté de zafarme, pero bien se había asegurado Raimundo de que su mandato se cumpliera. Aunque algo distantes, no me trataron mal. Me permitieron darme un baño y alguien me facilitó ropas limpias, muy distintas a mis viejos atavíos de labrador. Me sentí diferente, importante. Yo era el hermano de la novia.

Pedí verla, pero me dijeron que la estaban preparando para la boda. Debía aguardar. Pregunté entonces por el novio. Tenía curiosidad por conocerlo; todavía no me fiaba de la generosidad de nuestro benefactor. Sin embargo, por más que insistí, nadie se dignó siquiera a considerar mi demanda. Salí a curiosear por los alrededores sin sospechar que pronto todo aquel horizonte no sería para mí sino una cárcel. Pero en ese instante me pareció un sitio agradable. Un joven se me acercó. Me llamó la atención su pelo ondulado y su barba rojiza. Tenía los ojos claros y era un poco más alto que yo. Se presentó como Alonso. Lo saludé algo dubitativo. Él sonrió abiertamente y empezó a hablarme de su familia, de sus padres, de sus hermanos, de su casa. Me dijo que lamentaba que solo yo hubiera podido trasladarme desde Pamplona para la boda. Solo después de ese comentario me di cuenta de que tenía delante de mí a mi futuro cuñado. Debo reconocer que, a pesar de mis reparos iniciales, me pareció un buen hombre. Raimundo había elegido para mi hermana un esposo digno. ¿Por qué me lo había imaginado viejo, torpe, escaso de dientes y pelo y con aliento fétido? Supongo que siempre he sido fértil en imaginación.

Cuando empezaba a familiarizarme con él, un sirviente vino a buscarme.

—Vamos —me dijo.

—¿Irnos? —pregunté. Me señaló la casa más grande de todo Navarrete; la casa de Raimundo.

Conforme nos acercábamos, mi fino olfato detectó los ricos manjares que se estaban cocinando. Inmediatamente sentí hambre. Me

distrajo el sonido de la campana. Gentes de todas las edades y condiciones se juntaron en los alrededores. Hicieron un pasillo hasta la casa. Recuerdo sus caras sonrientes mientras observaban a Alonso y a Raimundo y aguardaban a Elvira. El novio estiró de mi brazo y me condujo a su lado. Me sentí nervioso y emocionado. Hasta yo deseaba ver a Elvira. Supe que llegaba por la ola de exclamaciones que se levantó. La vi feliz y sonreí. Pensé en lo que iba a disfrutar mi madre cuando le contara cada uno de los detalles de aquel día. Centré la atención en mi hermana. ¿Habría visto a Alonso ya? Avanzó despacio por el pasillo mientras decenas de pétalos caían a sus pies. Le noté cierto desasosiego entre el reflejo de felicidad que irradiaban sus ojos. Pero este desapareció cuando vio a Alonso. El novio dio un paso adelante y tomó la mano de Elvira. No sé por qué lo hice, pero en ese instante miré a Raimundo. Él me estaba observando también. Noté algo turbador en sus ojos que me paralizó. ¿Estaba mi hermana en peligro? Mi pulso se aceleró y de pronto me sentí incómodo dentro de esas ropas que no me pertenecían. La gente comenzó a entrar en la iglesia detrás de los novios. Perdí el contacto visual con el noble y entré también.

La ceremonia fue sencilla y breve. En cuanto al banquete no recuerdo mucho de él. Fue largo, rico en manjares y abundante de vino, más bien, excesivo. ¡Ojalá no hubiera bebido tanto! Aquella fue la primera y la última vez que me he embriagado en mi vida. Tal vez no fuera casualidad que lo hiciera. Estoy seguro de que Raimundo me empujó a ello, aunque fuera yo el único responsable de que el líquido acabara en mi estómago. Comí en abundancia. Todo estaba tan delicioso que me pareció encontrarme en el paraíso. Luego tendría que purgar mis pecados. Una penitencia demasiado larga que todavía no ha concluido. No recuerdo cómo ni cuándo terminó el banquete. Creo que fui el último en abandonar la sala porque, cuando abrí los ojos, no quedaba nadie a mi alrededor. Me sentí tan espeso y abandonado de fuerzas que volví a cerrar los ojos. Poco después, alguien me cogió por los hombros y me arrastró fuera. No era yo todavía muy consciente de lo que ocurría a mi alrededor ni de mis actos. Me dolía la cabeza y sentía el estómago retorcerse dentro de mis entrañas. Me arrastraron por la tierra bañada de rocío, me metieron en el granero, me desnudaron y me ataron de pies y manos. Me imagino que sucedió así más o menos, porque fue de esta guisa como me hallé horas más tarde, cuando el siervo que me había atendido a mi llegada, de nombre Pere, me comunicó cuáles iban a ser mis tareas a partir de ese momento.

—¿Tareas? —pregunté indignado, mientras miraba incrédulo mis

amarras. Ni yo mismo reconocí mi voz—. Exijo que me sueltes. Exijo poder marcharme. Exijo ver a Raimundo.

Mi lista de reclamaciones se terminó ahí. Miré con desdén a Pere, lo reconozco, y él se rio con fuerza llamándome cojo maldito. A mi mente vino la última mirada que cruzamos el dueño de Navarrete y yo. ¿Por qué había sentido miedo por Elvira cuando era yo el que estaba en peligro? Me volví como loco. Traté de soltarme y estiré de las cuerdas consiguiendo tan solo provocarme heridas en muñecas y tobillos. Me desgañité hasta que Pere tomó un leño y me golpeó en la cabeza. La realidad se desvaneció sin preguntarme si yo estaba preparado.

Mis ojos se abrieron al amanecer. Intenté enfocar, pero me fue del todo imposible. Moví mi cuerpo y al instante la cabeza prolongó un dolor agudo. Quise mover los brazos y las piernas, pero algo no funcionaba; hasta que me di cuenta de que estaba atado. Y recordé. Sentí frustración y rabia sin comprender qué es lo que había pasado. ¿Por qué me retenían en aquel lugar? Yo tenía que volver a Pamplona. Ese era el trato. Intenté articular alguna palabra, pero mi voz salió ronca. Pasó un largo rato hasta que escuché acercarse a alguien. Me removí inquieto, con esa incertidumbre del que no sabe si lo que se acerca va a contribuir a aliviar o a ahondar su dolor. El sonido de una voz retumbó en mis oídos, pero no fui capaz de descifrar qué decía. Al poco, una figura se destacó delante de mis ojos. Parpadeé varias veces y tuve que hacer un esfuerzo casi interminable para descubrir quién se escondía detrás de la imagen que mi cerebro se negaba a reconocer. La silueta se agachó y se acercó a mí. Solo entonces comprendí que quien tenía delante era Pere.

Quise preguntarle qué era lo que estaba ocurriendo, pero las palabras se negaban a acudir a mi garganta, como si se hubieran quedado escondidas en alguna parte de mi cerebro de la que no podían salir. Pere me agarró y me sentó en el suelo. Estaba rodeado de paja y un fuerte olor a excremento subió por mi nariz. Sentí náuseas y mi cabeza me dio vueltas. Me moví como pude para agarrarme el estómago y entonces vi una segunda silueta. Raimundo se plantó ante mí y me miró como si fuese un despojo del que hiciera falta deshacerse. Se agachó a mi lado y me agarró del pelo para que subiera la cabeza. Viéndolo tan de cerca pude enfocar sus rasgos. Miré sus ojos vacíos de lástima y conmiseración y observé su rostro altivo y cruel.

—Ahora me perteneces —dijo escupiendo sobre mi rostro cada una de sus palabras.

—Soy un hombre libre —articulé en tono bajo.

El de Navarrete se rio. Incluso ahora puedo sentir su carcajada

cruzar mi cabeza de lado a lado. Apreté mi mandíbula. Me dolía todo el cuerpo, pero me dolía más la rabia nacida de la impotencia.

—Llegué a un acuerdo con tus padres. Ellos no podían satisfacer la dote de tu hermana, así que yo adelanté el dinero; dinero que tú tendrás que devolver trabajando para mí.

—¡Mentís! Vos sabéis que…

No pude acabar la frase. Pere se adelantó a su señor y me propinó una patada que me alcanzó la boca del estómago y me hizo perder la respiración. Boqueé en busca del aire que me faltaba y mi garganta soltó un pitido en el que se encerraba todo el dolor y la impotencia del momento.

—Piensa lo que quieras. Pero la única verdad es que entre tu familia y la mía existía una deuda y ahora va a ser saldada.

—¿Y cuándo se supone que quedará saldada esa deuda?

—No te preocupes. Yo te lo haré saber.

Me quedé en silencio. Sabía que Raimundo podía llegar a ser cruel y que no necesitaba de ninguna estratagema para retenerme allí. Lo miré otra vez y supe que decía la verdad. Él esperó a que yo asimilara la noticia y reaccionara. Pero mi reacción no llegó. Sentí como si mi vida se asomara a un abismo de proporciones infinitas y de pronto hubiera empezado a caer por un vacío interminable. El corazón se me encogió dentro del pecho. ¿Cómo habían accedido mis padres a ese trato?

—Desde hoy me servirás y obedecerás. Pere te transmitirá mis órdenes, que tú acatarás con diligencia y prontitud. ¡Ah! Y como sé que intentarás regresar a Pamplona, cuando termines tus tareas, Pere se encargará de atarte de pies y manos.

Lo miré con odio. Sé que él también lo hizo. Pero nuestros odios eran distintos. El mío era un odio fundado, un odio que había crecido en mi interior desde que tenía seis años y que Raimundo se había ganado a pulso. El suyo era cuestión de carácter. Siempre se había valido de su poder para imponer su voluntad. Odiaba todo lo que no podía dominar y yo nunca había tenido miedo a enfrentarme a él. Hasta entonces. Porque en ese instante sentí terror; mi vida estaba en manos de la persona a la que más odiaba en el mundo. Agaché la cabeza. Seguramente, Raimundo pensó que había claudicado a la evidencia.

—Veo que empiezas a entender —me dijo.

Elevé la vista.

—Siempre has sido un muchacho travieso y no hace falta recordarte lo que ocurre cuando uno es demasiado atrevido —me explicó con la vista fija en mi pierna.

Le atravesé con la mirada. Mis recuerdos se fueron hasta una lejana tarde de primavera. Sabía que él estaba pensando en lo mismo. Yo acababa de cumplir seis años. Raimundo era entonces un joven a punto de alcanzar su mayoría de edad, al que gustaba alardear delante de todo el mundo y se divertía asustando a los pequeños. Creo que yo era el único que no le tenía miedo. ¡Ingenuo de mí! Como bien sabía Raimundo, yo era un niño travieso e indisciplinado que se pasaba demasiado tiempo en la calle soñando con ser un famoso caballero. Como andaba todo el día a mi aire, me conocía todos los vericuetos de la Navarrería y encima había aprendido a subir a los árboles. Eran para mí un buen escondite porque nadie se imaginaba que un niño tan pequeño como yo pudiera ascender hasta las ramas más altas a tanta velocidad. Aquel día, Raimundo intentaba conseguir por la fuerza que dos niños le dieran algo que no recuerdo. Al no lograrlo, atacó al mayor de ellos. Yo lo vi todo desde la esquina y comencé a tirarle piedras cuando me pareció que se estaba ensañando demasiado con aquel muchacho. Navarrete se volvió y, al verme, salió disparado hacia mí. Recorté por un pequeño callejón y me metí por un agujero impracticable para él. Raimundo dio la vuelta y yo aproveché para subirme a uno de los árboles cercanos a mi casa. No fui lo suficientemente rápido porque él me vio en el último momento. Rodeó el árbol varias veces antes de decidirse a hacer algo. Yo me reía en mi interior, creyendo que no me había visto, cuando, de pronto, ascendió por el tronco y comenzó a mover la rama en la que yo estaba. Reculé hacia la parte más frágil y la rama se quebró por mi peso. Caí al suelo y me rompí la pierna izquierda.

Mi recuerdo se desvaneció de pronto al escuchar las palabras de mi nuevo señor.

—Empezarás ahora mismo con tus tareas.

—¿Y mi hermana?

—Tu hermana está donde tiene que estar: con su esposo.

Fui incapaz de ponerme de pie y Pere tuvo que ayudarme a sostenerme. Por un momento creí que había suscitado su conmiseración, pero fue solo un instante. Lo miré a la cara y él se volvió hacia otro lado. Al poco, regresó con un rastrillo y me aflojó las cuerdas de manos y pies solo lo suficiente para que yo pudiera trabajar y caminar, sin llegar a soltármelas.

—Limpia todo esto —me dijo alejándose.

Apoyado en el útil, me olvidé de Raimundo y Pere por unos momentos. Me ahogó un vendaval de odio hacia mi *aita*. ¿Cómo había sido capaz de venderme? Y ¿por qué no?, me dije. Después de todo, yo me había convertido en un estorbo para él. Tras mi caída, había

dejado de ser su hijo para convertirme en una carga. Mi *aita* estaba convencido de que yo, que era su único hijo varón, no servía para nada.

Garcés Ximénez provenía de una familia de labradores. Para él eso era lo más importante del mundo, lo más valioso. Sus hermanos, su padre y antes el padre de su padre habían trabajado en las tierras del obispo de la seo iruniense. Había un código no escrito en nuestra familia que era sagrado y yo parecía haberlo roto. Según él, yo ya no podría seguir la tradición familiar debido a mi lesión. Y mi *aita* no concebía la vida fuera de la agricultura. Esa era la explicación que me daba a mí mismo. Pero yo sabía que mi cojera no era impedimento para cumplir con mis obligaciones labriegas. Solo que no me daban la oportunidad.

¡Cuántas veces había escuchado las recriminaciones y los reproches que Garcés le hacía a mi *ama* sobre mí, culpándola también a ella de lo que yo soy! Le achacaba a ella que yo me hubiera convertido en un niño rebelde y cojo. Cuando descargaba su furia contra ella, yo me tapaba los oídos con las manos y lloraba en silencio, incapaz de enfrentarme a él y a la verdad que crecía conmigo. Recordé el rostro de mi *ama*; sus cabellos oscuros, su nariz pronunciada y sus finos labios. Y empecé a comprender a qué se debía su comportamiento justo antes de mi partida y su incomodidad al enfrentar mi mirada. No estaba triste porque Elvira dejara su hogar; simplemente era incapaz de mirar al hijo que habían vendido. Me pregunté si mi hermana estaría al corriente de mi situación.

Una rabia que quemaba mi existencia me invadió y comencé a repartir golpes con el rastrillo que portaba. Lágrimas de impotencia arañaron mi rostro. Yo mismo me preguntaba de dónde sacaba la fuerza que apenas unos instantes antes había sentido perdida para siempre. Después de varios golpes, paré de pronto, tan repentinamente como había empezado. El mundo había dejado de tener sentido para mí. Me reí como solo un loco puede hacerlo. A los seis años había dejado de ser niño para convertirme en un cojo inservible. A los diecisiete, dejé de ser un cojo y me convertí en un despojo.

De camino a Sahagún

sonrisa sincera. Durante un instante me dio lástima, pero luego pensé que yo daba más lástima que él y que nadie me iba a consolar. Así que decidí que no merecía la pena perder mi tiempo pensando en su pobre vida.

Avanzamos a la par del Camino, hacia Sahagún. Yo entonces aún no sabía que ese era nuestro destino. La primera localidad que atravesamos después de salir de Navarrete fue Nájera. Paramos cerca de Santa María la Real, con sus muros pegados al monte. Un lugar fundado por el rey García, rey de Nájera y de Pamplona, y su esposa doña Estefanía. Sus cuerpos descansaban allí mismo, dentro del panteón real. Visité su tumba y recé por ellos.

Cuando salimos de Nájera, me senté a la vera del carro, aprovechando la escasa sombra que se había formado en aquel mediodía despejado. Pere me trajo agua y un poco de pan que yo tomé mientras mi pensamiento volaba muy lejos de allí. El descanso fue breve y tengo que reconocer que me costó comenzar a caminar de nuevo.

Empezaba a declinar el día cuando llegamos a Santo Domingo de la Calzada. Nos acercamos a una casa señorial cerca de la iglesia donde estaba enterrado el santo. Raimundo fue recibido con grandes honores. Se le veía contento. Ignoré sus motivos y me quedé esperando. El séquito del de Navarrete desapareció detrás de él hacia el interior de la casa, que se me antojó fresquita y apetecible. Me senté de nuevo cerca del carro. Ya no hacía tanto calor y yo estaba cansado. Me hubiera gustado remojar mis pies fatigados en la corriente de un manantial helado. A falta de eso, me tuve que conformar con un masaje de mis propias manos. No me di cuenta de la expectativa que levantaba mi situación hasta que una silueta envuelta en una gruesa capa se acercó a mí y me preguntó por qué iba atado. Observé con descaro los ojos brillantes y la barba larga de aquel hombre que daban a su expresión cierta aura de locura. Antes de que me diera cuenta, hizo aparecer un botijo de debajo de su manga y me lo ofreció.

—Purgo por los pecados de mi señor y por la remisión de su alma —le aseguré.

El hombre se echó a reír y se marchó. Me giré y me di de bruces con otro hombre. Me disculpé y me aparté de su camino.

—He visto a algunos como tú, a los que su señor, en lugar de peregrinar a Santiago, envía en su nombre, para que el apóstol interceda por él —me dijo. Me volví y él se presentó al momento—. Soy Munio.

—Enneco —le dije escuetamente, sintiéndome obligado a corresponderle.

—Nos veremos pronto —me dijo alejándose.

—No lo creo —le contesté yo, aunque él ya se había marchado y dudo que me escuchara.

Apoyé mi brazo en el carro, me relajé y me centré en observar lo que me rodeaba. Al encuentro de Munio salieron dos jóvenes. El mayor, más o menos de mi edad, tenía la nariz pequeña, el pelo rojizo y los ojos redondos. La otra era una muchacha. Incluso desde la distancia pude ver sus grandes ojos verdes que llamaron mi atención.

Munio se volvió en ese instante y me hizo un gesto de despedida. Le correspondí con un ligero movimiento de cabeza. Algunas teas empezaron a arder en las calles iluminando el contorno de las casas. El murmullo de la localidad se redujo y yo me dejé caer cerca de la rueda del carro. Pensé en lo relativamente sencillo que sería soltar aquel nudo y desaparecer. Pero supuse que necesitaba algo más que una alocada huida hacia ningún sitio. Necesitaba pensar qué iba a hacer a continuación y hacia dónde iba a dirigir mis pasos. Y eso era difícil sabiendo que Raimundo antes moriría que dejarme escapar de sus garras. Vagando en mis propios pensamientos, presentí una sombra; una presencia apenas perfilada. Giré mi cabeza hacia ambos lados intentando discernir el punto desde el cual provenía mi inquietud. Cuando me volví a girar, la cara de Munio estaba pegada a la mía.

—Por lo que veo, se han olvidado de ti.

—Es probable —le dije.

—¿Puedo preguntarte de dónde eres? —dijo, poniendo un poco de queso y un pedazo de pan delante de mi nariz. Los tomé con agrado.

—De Pamplona.

Munio entrecerró los ojos.

—La conozco. Aunque no tanto como debería. Mi abuela nació allí, pero pasó mi abuelo para mercadear y se marchó con él a la tierra de Oc.

Di un mordisco al queso.

—Está bueno —le indiqué con la boca llena.

Munio palmeó mi espalda un par de veces.

—Come. Si has de llegar a Santiago, este queso te fortalecerá.

Sin darme tiempo a réplica, desapareció. Terminé el pan y el queso y apuré el cuenco de agua que me había dejado. La noche estaba templada y en el cielo titilaban miles de lucecitas. Me subí al carro y me tumbé. Las observé todas y tracé líneas imaginarias con el dedo descubriendo que seguía siendo capaz de distinguir todo aquello que había escuchado en casa de don Guilhem Aude. Virgo con la luminosa Spica; la Serpiente; la Corona Borealis, con Alphecca, que según Aude

es un nombre árabe que significa «la estrella brillante del anillo roto»… «El mismo cielo —pensé—, solo que aquí, a cientos de leguas de la Navarrería, me parece desconocido y hostil». Me quedé dormido acurrucado entre los sacos que nadie se había encargado de retirar y que me dieron calor en la noche estrellada.

Me desperté con la extraña sensación de que alguien me estaba observando. Pero solo fue una sensación rescatada entre el sueño y el despertar. Abrí los ojos y me incorporé súbitamente. Sentí frío. Santo Domingo de la Calzada empezó a despertarse y los peregrinos tomaron posiciones para reanudar su viaje.

El séquito de Raimundo también se puso en marcha. Pere, a regañadientes, me ofreció algo de comer. Engullí parte y me guardé un poco de pan y de carne seca. La noche anterior había tenido suerte de encontrarme con la generosidad de Munio, pero no sabía qué podía pasar en nuestra próxima parada.

Hicimos noche en Villafranca Montes de Oca, adonde llegamos a la vez varias decenas de viajeros. Había rumores de que varios grupos de bandidos asaltaban a los peregrinos por la zona y eso era argumento suficiente para que todos prefiriéramos caminar en grandes grupos. Avistamos la localidad sin mayores incidencias, salvo que yo tenía los pies llenos de ampollas y las caderas desencajadas. Cuando todos se iban a retirar a descansar, llamé a Pere.

—No se te olvide mi cena.

Me miró con desdén. Creo que, si me hubiera lanzado un escupitajo, su mirada no habría sido tan nauseabunda. Poco antes de que la oscuridad lo alcanzara todo, Pere me trajo algo de comida. Yo tomé la que había guardado de la mañana y escondí parte de la cena. Me dispuse a pasar una noche más a la intemperie, con la única compañía de las dos ruedas del carro al que seguía atado. Me miré las muñecas, estaban despellejadas y las cuerdas habían quemado parte de mi piel. Escocían. Intenté apartar el dolor y me tumbé boca arriba, apoyando la cabeza sobre mis manos. El cielo, sin ninguna nube, lucía lleno de estrellas. Hacía calor. De todas las imágenes que habían pasado por delante de mí durante la jornada, mi cerebro escogió la de las cuevas que habíamos visto poco antes de llegar a Villafranca, donde se emplazaba el monasterio mozárabe de San Felices. Me pregunté si Munio seguiría en Santo Domingo, o si su grupo habría continuado viaje hacia otra localidad. Evocando el recuerdo de mi hermana pequeña, Jimena, me quedé dormido. Su sonrisa me meció como si fuera una nana cantada por mi *amona*[15].

Al día siguiente llegamos a Burgos, donde ya se veían muestras de su incipiente comercio de lana. No tuve mucho tiempo de conocer una

ciudad que, según me dijo una mujer con la que entablé conversación al lado de un pozo, contaba con algo más de mil habitantes. Pere me soltó del carro y me llevó ante Raimundo.

—Hoy pasarás la noche en una celda. No quiero que aproveches que estamos en una ciudad más grande para escaparte.

—Creo que he dado muestras de que no intento escapar.

—Que no lo hayas hecho hasta ahora no significa que no vayas a hacerlo.

Raimundo hizo un gesto significativo con su cabeza y Pere y otro hombre al que no conocía me agarraron de los brazos. Yo hice ademán de zafarme, ante lo cual me soltaron. Los seguí, mordiéndome los labios para no estallar. Me condujeron por unas calles estrechas y me hicieron entrar por un pequeño pasadizo. La oscuridad era prácticamente total dentro. Escuché el chirrido de una puerta al abrirse y me empujaron al interior. La celda estaba oscura y silenciosa y por ella se extendía un extraño olor a putridez. Debía de estar cerca de los canales de saneamiento que hacía poco habían incorporado a la ciudad. Me mantuve erguido hasta que mis ojos se acostumbraron a la ausencia de luz. Entonces comprobé que una de las paredes tenía en su parte superior un ventanuco tapado con rejas. La escasa iluminación que se filtraba a través de él me permitió reconocer el lugar en el que me encontraba. La celda era pequeña y en uno de los laterales había un jergón de paja. Lo examiné. Parecía estar limpio. Me senté, pero fui incapaz de controlar durante mucho tiempo el azogue que me consumía. Me puse de pie y golpeé con fuerza las paredes hasta que mis puños se hicieron inmunes al dolor. Ahogué un grito de impotencia y apreté con fuerza mis dientes hasta que, cansado de compadecerme por un destino que no merecía, me dejé resbalar por la pared hasta el suelo.

Me quedé quieto, esperando el amanecer con mis ojos hundidos y mis puños apretados. A través del desbarajuste que sentía dentro de mi cabeza, que no comprendía qué era lo que había hecho para merecer semejante castigo, me pareció escuchar un ruido proveniente del exterior. Alcé la vista hacia la ventana. Alguien estaba golpeando los barrotes.

—¡Enneco! —escuché en un susurro.

Abrí los ojos y fruncí el ceño, extrañado de escuchar mi nombre. Supuse que me había equivocado, pero al momento volví a oír la misma voz llamándome. Me acerqué a la pared para asegurarme de haber oído bien.

—Enneco, ¿estás bien?

—¿Quién eres?

—Soy Oria, mi tío Munio me envía de su parte.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eso no importa. Te he traído un poco de comida y una manta. Estas celdas son húmedas y frías.

Estiré mis brazos Las delicadas manos de Oria aparecieron a través de los barrotes. Cogí la comida que me tendía y la manta.

—Gracias —le dije sin comprender. Iba a interrogarla, pero su voz interrumpió de nuevo mi intento.

—Viene alguien —dijo.

Tras estas palabras, su presencia se desvaneció. Saboreé los manjares con que Munio me había obsequiado como si fueran un festín, aunque en nada se parecieran a los que se sirvieron el día de la boda de mi hermana. Cuando terminé, me senté en el jergón con la espalda apoyada en la pared. Sobre mí, la luz de la luna penetraba dulce y placentera, proyectándose en la pared de enfrente y recordándome que había vida fuera de esas cuatro paredes.

Raimundo había empezado una guerra contra mí, una guerra sin armas, pero que amenazaba mi vida. Presentía que no iba a ser fácil librarme de su amenaza. Tendría que ser más fuerte y astuto si quería sobrevivir. Pensando en eso me quedé dormido, soñando que podía volar lejos de él. Entre las nubes y el calor del sol que había creado en mi sueño, apareció la voz dulce y suave de Jimena. Ella era la única fuerza que me daba esperanza. Soñaba con nuestro reencuentro, con el momento en que la pudiera volver a abrazar…

El ruido de pasos me sacó de mis sueños. Abrí los ojos de golpe. La luz del amanecer entraba tímidamente por el ventanuco. Doblé la manta y la escondí dentro de mi saya. Esperé sentado. Pere vino a buscarme y me sacó de la celda sin pronunciar palabra alguna. Me ató al carro y me comunicó que íbamos a partir en breve. Raimundo salió poco después y echó un vistazo a la caravana, cerciorándose de que todo estaba en orden. Luego vino a mi encuentro como una exhalación.

—A partir de hoy viajarás montado en el carro —me informó.

No hice ningún comentario y me quedé confuso.

—¡Ahora! —me gritó.

Subí al carro y esperé a que nos pusiéramos en marcha. Nos alejábamos de Burgos cuando prácticamente el sol no había tenido tiempo de anunciarse en el horizonte. Levanté la vista y me fijé en un hombre que observaba en la esquina. Munio. Hice ademán de pedirle que se acercara para devolverle la manta, pero él negó en silencio y me sonrió. Le dije adiós con la mano. Un leve gesto, que apenas elevó mi extremidad una cuarta sobre mis piernas. Con los ojos fijos en los

suyos, dejé que el traqueteo del carro moldeara mi nostalgia. No noté que hacía frío hasta que Burgos quedó desdibujado como una mancha. A esa hora, todavía no había peregrinos en los caminos y el viaje parecía teñido de una sombra de tristeza de la que se había contagiado mi corazón.

Por los comentarios de los hombres de Raimundo, deduje que nuestro destino era la localidad de Sahagún. Al parecer, el de Navarrete tenía prisa por llegar allí. Intentaba acortar el viaje lo más posible. Así que esa era la única razón por la que me había pedido que subiera al carro. Sería impensable mantener un ritmo fuerte de viaje si yo iba andando. Él quería hacer en tres o cuatro jornadas lo que nos costaría cinco o seis. Así que prácticamente pasamos como una exhalación por Castrojeriz, Frómista y Carrión de los Condes, lugar este último, recordé, donde unos años atrás habían contraído matrimonio el rey Sancho VI de Navarra y su esposa Sancha de Castilla.

El Monasterio Real de San Benito nos recibió con silencio. Apenas me fijé en sus torres gemelas, ni en la decoración de sus arcos. Aquellos muros que, para muchos, transmitían paz y misticismo permanecieron indiferentes para mí. La villa de Sahagún había crecido al amparo del que más tarde sería el foco de la reforma de los benedictinos, introduciéndose allí la regla de Cluny por primera vez. A principios de siglo, el hermano de Alfonso I el Batallador, Ramiro el Monje —que luego llegaría a ser rey de Aragón—, había sido el abad. Todo esto me lo contó el hermano Alfonso, al que tuve el honor de conocer poco después. Pero, en aquel momento, todo eso me era ajeno, porque, tan pronto como llegamos, me introdujeron en una celda durante dos días y dos noches, con la única compañía de la manta que Munio me había hecho llegar a través de su sobrina. Al menos, el sitio estaba limpio y tenía más luz que la celda que había ocupado en Burgos. A lo lejos escuchaba el eco de los cánticos de los monjes y sentía el trajín que existía en el lugar, sin saber a qué se debía. Pere me contó, en una de sus escasas visitas, que uno de los hermanos más ancianos se había muerto y que había un poco de desbarajuste en el monasterio.

Al tercer día, Raimundo en persona vino a buscarme. Sin decir nada, me sacó agarrándome del brazo. No tuve tiempo de coger la manta, que había escondido debajo de mi jergón. Miré atrás con rabia, recriminándome no haber sido más listo y haberla guardado debajo de mi saya. Quizá ya no tuviera oportunidad de volver a recogerla. Sentí que le había fallado a Munio. Ramiro me arrastró por una serie de pasillos. Atravesamos una puerta pequeña, tan pequeña que los dos nos tuvimos que agachar, y me llevó a los establos. Pensé que mi

nueva tarea se desarrollaría en ese sitio, pero me equivoqué. Raimundo miró a un lado y a otro para asegurarse de que no había nadie y luego me habló en tono bajo, casi confidencial.

—El monasterio va a ser hoy la sede de una reunión especial. Quiero que te cueles y me cuentes todo lo que veas, escuches o intuyas. Cualquier detalle.

—¿Por qué no vais vos? —me atreví a preguntar mirándole a los ojos, aunque con cierta sumisión.

Mi captor frunció el ceño.

—No estáis invitado —dejé caer ante su silencio. Fue una reflexión en voz alta que debí guardar para mí. Aquellas palabras prendieron la ira en su estómago. Para él debía de ser muy doloroso no poder participar de esas conversaciones, fuera cual fuera el tema sobre el que versaban y fueran quienes fuesen sus protagonistas. Raimundo se llevó la mano debajo de su túnica y extrajo algo de ella. Lo vi, era un látigo. Lo movió de un lado al otro por delante de mi rostro para que yo fuera muy consciente de su existencia.

—No repliques, limítate a hacer el encargo. Quiero que seas mis ojos y mis oídos. Pero evita hacer insensateces.

—Al menos decidme quién estará y por qué es tan importante.

Raimundo no contestó con palabras. Se limitó a usar la única manera de expresión que conocía: la fuerza bruta de su puño. El primer golpe cayó sobre mi ceja izquierda y me abrió una brecha al golpearme con su anillo. El segundo partió mi labio. El tercero acertó en mi estómago y me hizo doblarme sobre mí mismo.

—Harás lo que yo te diga y, si no, probarás el látigo.

Retorcido en el suelo, acepté la evidencia y le aseguré que acataría sus órdenes.

—Estate atento y cuélate como sea. Y no intentes huir, porque te buscaré y te mataré a latigazos y, si no te encuentro, tu hermana ocupará tu lugar —me amenazó mientras cortaba las ataduras de mis manos y mis pies—. Te estaré vigilando —me advirtió antes de marcharse.

Se volvió de espaldas y no pudo ver el odio que emanaba de mis ojos. Si lo hubiera hecho, me habría matado a latigazos en aquel mismo momento. Me llevé la mano al labio. La sangre brotaba caliente y densa, cayendo sobre mi ropa. Me apreté la herida con la mano. Dolía.

Salí a la calle recostándome en el muro del edificio para mantener el equilibrio. Aunque estaba nublado, la luz me hacía daño en los ojos. Sentí un dolor intenso como jamás lo había hecho, que mi cuerpo no fue capaz de absorber. Un fuerte sabor a bilis me atravesó la garganta.

Me dejé caer al suelo, incapaz de dar un paso. Intenté tranquilizarme. Poco a poco, mi corazón empezó a latir con menos intensidad. Mi mano derecha estaba manchada de sangre y mi saya, la única que tenía, raída y rota. Seguramente Raimundo me había agarrado de ella al golpearme. Cerré los ojos unos instantes. Cuando sentí que me había calmado, me incorporé de nuevo y avancé por el estrecho pasaje en el que me encontraba, alcanzando una calle más ancha. El espectáculo que se encontraba ante mí me hizo pensar que o bien era un sueño o producto de mi imaginación. Las calles estaban llenas de gentes y de caballeros que lucían sus armas y sus emblemas. Todo parecía haberse transformado. Apoyé la mano izquierda sobre el muro y contemplé aquellas filas de transeúntes que iban y venían. Entre todos aquellos rostros sin nombre, me pareció reconocer uno. Como traído por una ráfaga de viento, Munio apareció ante mí.

—¿Una pelea? —me preguntó con un movimiento de su cabeza.

—Una desavenencia con mi señor.

—Ven. Será mejor que alguien te cure esas heridas.

—Te lo agradezco de corazón, Munio, pero es mejor que no te mezcles conmigo.

—Insisto —dijo él.

Negué con la cabeza, pero Munio me tomó por los hombros y tiró de mí.

—No soy una buena persona. Es mejor que tu familia y tú no os mezcléis conmigo.

—Deja de protestar tanto y permíteme ayudarte. Es poco lo que este viejo puede hacer ya.

La familia de Munio estaba instalada a las afueras de Sahagún. Disponían de tres carros grandes y varios caballos que tiraban de ellos. Me hizo subir al primero. Un suave olor a almendras me recibió en el lugar donde cuatro mujeres cosían y hablaban con voces elevadas. Cuando me vieron, se hizo el silencio. Sin pronunciar palabra, abandonaron el lugar hasta que solo quedó una. La miré, reconociendo en ella los ojos verdes que me habían llamado la atención el día que conocí a Munio. Me pregunté si ella sería Oria. Varios mechones rojizos se escapaban del *almízar*[16] con que tapaba su cabeza. Cuando Munio le habló, ella bajó la cabeza y, después de unos instantes, elevó, tímida, su vista hacia mí. Tuve que reconocer que mi aspecto no inspiraba mucha confianza. Intenté sonreír, pero creo que el resultado fue mucho peor. Munio me llamó por gestos y me acerqué.

—Esta es mi sobrina. Se llama Oria, pero todos la llamamos *Haizekada*[17].

—*Ni Enneco naiz* [18] —me presenté.

—Ella no habla tu idioma —me advirtió Munio.

—He pensado que con ese nombre…

—Nuestra familia tiene raíces en tu ciudad, como te comenté el otro día, pero la lengua de mi abuela se ha perdido entre nosotros.

—Soy Enneco —le dije entonces a Oria.

Ella me miró sin decir nada. Por primera vez me vi en aquellos ojos que de cerca tomaban un tono verdoso más oscuro. La sensación fue grata y extraña a la vez. Suavemente lavó las heridas de mi cara y apretó con fuerza mi labio para cortar la hemorragia. Dolió. Sin poder evitarlo, hice una mueca y desvié mi mirada para que ella no advirtiera mi cobardía. Oria extendió un ungüento raro sobre las heridas. Un olor extraño entre amargo y picante ascendió por mis fosas nasales. Sentí una fuerte quemazón y fue como si el puño de Raimundo descargara otra vez sobre mi persona. Apreté los dientes e hice un esfuerzo por contener mi lamento, aunque las lágrimas se asomaron a mis ojos y me delataron.

—Gracias —le dije de corazón—. ¿Cómo puedo pagaros? No poseo nada de valor.

La risa de Munio delató su presencia por detrás.

—Es un favor. Quizá algún día puedas o debas devolvérnoslo —me confesó poniendo una saya limpia en mis manos.

—No puedo aceptar también esto.

—Claro que puedes. Te acompañaré a la ciudad —sentenció Munio —. Quiero ver cómo han dispuesto el mercado y si todo está en orden para que instalemos en él nuestras mercaderías.

Caminé al lado de Munio, intentando que mi cojera no se notara, mientras él me contaba que negociaba principalmente con objetos de cuero. Yo llevaba el honor herido y la moral por los suelos. Arrastraba mi pena entre el polvo del camino, pero mis pies no parecían dejar huellas. Al menos, en ese momento era libre de ir y venir casi a mi antojo.

Decenas de pendones y estandartes se alzaban por doquier por todo Sahagún. Me empecé a percatar de que algún personaje principal debía de haber llegado a la localidad. Observé los guardias y los caballeros que vigilaban a todo el que se movía. Entonces comprendí por qué Raimundo me había soltado tan fácilmente. Si intentaba escapar, en cuanto diese la voz de alarma, tendría a decenas de hombres de armas dándome caza. Damas de trajes caros y caballeros elegantemente vestidos se paseaban por las calles. Me detuve a observar el desfile. Tal vez surgiera alguna idea para poder llevar a cabo mi encargo.

—¿Por qué te detienes? —me preguntó Munio parándose a mi lado.

—Quiero observar todo con detenimiento.

—Con tu aspecto y tu saya raída vas a llamar la atención. Será mejor que te la cambies por la que te he dado. Si no, sospecharán de ti y te darán el alto.

—Sospechar, ¿de qué?

—De que tramas algo. ¿Estás tramando algo?

—Claro que no. Solo intento comprender qué está pasando aquí y por qué hay tanto noble en la localidad.

En ese momento, un caballero se acercó a nosotros, dándonos el alto.

—¿Qué hacéis aquí? —nos espetó.

Iba a contestar que no hacíamos nada cuando Munio se me adelantó.

—Mi sobrino —dijo señalándome— está convaleciente de la última batalla, pero no quería perderse el acontecimiento. Todavía no está recuperado de sus heridas y el pobre no se ha dado cuenta de que no se había vestido. ¿Veis? Le he tenido que seguir. Aquí tengo su saya.

—¿De qué casa sois?

—Vivimos a la entrada del pueblo. La casa de los Pérez de Sahagún —dijo Munio. Yo no podía creer la sarta de mentiras que le estaba lanzando, como si se tratara de un ballestero y sus flechas.

El caballero no pareció muy convencido, pero al final le recomendó a Munio que me llevara a casa.

—¿Se puede saber qué es todo eso que te has inventado?

—¿Hubieras preferido acabar maniatado y preso? Anda, métete ahí —dijo señalando la puerta de una casa abierta— y cámbiate.

Obedecí. Salí y él recogió la saya rota y manchada de sangre.

—Oria te la lavará y remendará. Ya haremos el intercambio.

Se quedó mirándome y yo no supe qué decir. Nunca nadie se había portado tan bien conmigo.

—Ven, sé de un sitio desde el que podremos observar sin ser vistos.

Nos alejamos de la plaza. La saya limpia desprendía un agradable aroma a lavanda, mezclado con almendras. Ascendimos por la escalera que corría paralela a una de las paredes de una casa y de allí saltamos al tejado. Nos parapetamos detrás de un saliente y Munio me pidió que me agachara. Desde la altura, observamos la localidad y a los personajes que se movían en ella.

—¿Ves a ese hombre del manto de color verde? —me preguntó, señalándome a un joven que no llegaría a los catorce años—. Es el rey Alfonso II de Aragón.

Miré intrigado a aquel muchacho de rectas cejas y nariz alargada, preguntándome cómo alguien tan joven podía asumir las tareas de gobernar un reino, cuando yo ni tan siquiera era capaz de conservar mi libertad. Al poco rato, Munio me señaló otro muchacho que llegaba en ese momento para reunirse con el rey de Aragón.

—Ese es Alfonso VIII de Castilla, sobrino del otro Alfonso que te acabo de presentar.

Viéndolos juntos, se apreciaba cierto parecido, si bien el de Castilla tenía los ojos más hundidos y era algo mayor que el primero. Le calculé unos quince o dieciséis años.

La presencia de los dos Alfonsos me hizo comprender por qué había tanto despliegue de hombres de armas por las calles. Me quedé en silencio, asimilando la información y preguntándome si todo eso era algo más que una simple reunión familiar. A la derecha, varios caballeros habían formado un corro y departían amigablemente. Se los señalé a mi compañero.

—¡Ah, esos! Los dos de la izquierda son los hermanos don Nuño y don Gonzalo Pérez de Lara. La familia Lara ha disputado la tutela del rey Alfonso VIII a los Castro desde que este heredó el trono a los tres años. El del centro es el conde de Urgell, don Ermengol VII. El de la derecha es don Pedro Ruiz de Azagra, tenente de Albarracín, Estella y Villafranca.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Son muchos años de viajes por estos reinos, Enneco. He recorrido el camino a Santiago decenas de veces tratando de vender mi mercancía.

—Pero… —me callé. Ni yo mismo sabía qué quería decir.

Me mordí el labio inferior sin darme cuenta de mi herida y tuve que reprimir una pequeña queja de dolor.

—En el Camino se aprenden muchas cosas y se aprende a sobrevivir —sentenció el anciano.

Descendimos por las escaleras y continuamos hacia nuestra izquierda, distanciándonos del bullicio de la plaza. Anduvimos en dirección este casi hasta salir del pueblo. En las últimas casas se habían congregado otros caballeros. Entre sus enseñas portaban escudos rojos con un león rampante en oro.

—Y aquí tienes al rey Enrique II de Inglaterra —dijo con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Qué significa todo esto? —me pregunté en alto.

Munio subió sus hombros en señal de no saber.

—¿Tú qué crees? —dijo finalmente—. Si no están aquí para hacerse la guerra, es que buscan alianzas, bodas o repartos de tierras.

Eso es lo que hacen siempre los reyes.

Me quedé pensativo, con la mirada perdida, intentando comprender.

—Debo marcharme. Gracias, Munio —le dije sin esperar respuesta y partiendo a la carrera.

Más tarde regresé al tejado donde habíamos estado observando a los dos Alfonsos, rumiando todo lo que había visto y oído. Para entonces ya había llegado a la conclusión de que lo único que le importaba a Raimundo era saber si le interesaba servir al rey de Castilla, en vez de al de Navarra, y qué provecho podría sacar de ello. Tenía que enterarme de en qué sala del monasterio se celebraría la reunión y debía encontrar la forma de colarme en ella. Mi cabeza empezó a trabajar. Sabía que nadie franquearía el paso a Enneco Garsea. Entonces, ¿a quién le permitirían entrar en la reunión? Tendría que suplantar a alguien, pero ¿a quién y cómo? Necesitaba más información.

Me convertí en un siervo fiel y me mezclé entre la gente. Andaba despacio para disimular mi cojera. Sabía que no conseguiría nada si veían en mí a un simple cojo. Comencé a saludar a unos y a otros y a entablar conversación de manera informal, hablando de trivialidades. Para mi sorpresa, empecé a conseguir información. Fue así como me enteré del lugar y la hora de la reunión. Los Alfonsos habían desaparecido, pero yo observaba con cuidado el grupo de los cuatro hombres que me había presentado Munio. Poco a poco puse nombre y cara a los personajes importantes de aquel entramado y me percaté, para mi disgusto, de que el círculo era muy cerrado. Sería prácticamente imposible hacerme pasar por cualquier miembro de las casas de los nobles y tenentes, porque todos se conocían entre sí. Y, mucho menos, suplantar a alguien de la casa de los reyes.

Regresé al monasterio. Tal vez pudiera encontrar en él un escondite desde el cual escuchar, pero no conocía bien el interior del edificio. Nadie pareció percatarse de mi presencia, a pesar de que dentro de unas horas los hombres más poderosos de Castilla, Aragón e Inglaterra se iban a reunir allí. Recorrí todo el recinto para hacerme una idea de su distribución. Encontré varias entradas cerradas que me hicieron retroceder. Los pasillos estaban vacíos y silenciosos y el eco de mis pasos retumbaba en el interior. Intenté amortiguar el sonido, aunque nadie salió a mi encuentro. Avancé por un estrecho corredor y me detuve al escuchar el sonido de voces lejanas. Extremé la precaución. Un estadal[19] después, el pasillo terminaba en una puerta de rejas. Me asomé con cuidado evitando que mi sombra me delatara. A través de ellas, pude ver una amplia sala donde se habían instalado

unos sillones regios. Supuse que los habrían traído para la ocasión, porque ocupaban justo el centro de una estancia que, según constaté, era la sala capitular. En frente de ellos se habían dispuesto varias sillas y de las paredes colgaban pendones con los emblemas de Castilla, Aragón e Inglaterra. En uno de los laterales, una mesa larga estaba siendo dispuesta con vino, manjares y frutas. Varios monjes trajinaban de un lado para otro en silencio y el abad se hacía entender a base de gestos. Los observé. Solo ellos iban a tener acceso a la sala, pero tal vez pudiera escuchar desde donde yo me encontraba. Me estaba felicitando por mi hallazgo cuando alguien cerró una puerta que yo no había visto y que se interponía entre mí y la sala capitular. Maldije mi mala suerte porque ya no pude escuchar ningún sonido. Aunque en el fondo sabía que había tenido suerte de descubrir esa puerta en ese momento. Si me hubiera alejado un poco antes, el día de la reunión me habría encontrado con una sorpresa desagradable. Frustrado, mandé a Raimundo y sus intrigas —cualesquiera que fuesen— al infierno y por mi cabeza pasó la idea de escapar. Luego palpé despacio la herida de mi labio.

Recapacité. No quería probar otra vez el puño de Raimundo ni quería ser perseguido por los hombres de armas de Castilla, Aragón e Inglaterra. Si había alguna forma de entrar, tenía que encontrarla. Retrocedí por los pasillos que había recorrido, haciendo del eco de mis pasos mi única compañía. Sin saber muy bien cómo actuar, regresé a mi celda. Estaba abierta. Me acosté. Me sentía cansado y el ungüento que Oria había extendido sobre mis heridas me estaba provocando un calor intenso que rayaba en dolor. Saqué la manta prestada y me la puse encima de la tripa. Cerré los ojos y me quedé traspuesto.

Me desperté sobresaltado, sin saber muy bien cuánto tiempo había permanecido adormilado, pero con la certeza de saber qué tenía que hacer. Sentí recorrer mi espalda un sudor frío, que ignoré. Por la luz que se filtraba, deduje que no había dormido mucho y que tendría tiempo suficiente para preparar mi ardid.

Me dirigí directamente a la lavandería y tomé prestado un hábito. Salí de allí como alma que lleva el diablo y me apresuré a desaparecer de la vista del monasterio. Con pasos decididos, me presenté en el lugar que ocupaba la familia de Munio. Busqué a Oria.

—¿Qué quieres? Mi tío no está aquí.

—Necesito que me tonsures.

—No —dijo meneando la cabeza con convencimiento. Mi mirada se llenó de súplica—. No sé en qué líos andas metido ni por qué mi tío quiere ayudarte, pero no nos involucres en ellos —sentenció.

Suspiré.

—No os voy a meter en ningún lío. Solo quiero que me cortes el pelo como lo llevan los monjes.

Oria sonrió entre incrédula y divertida y volvió a negar con la cabeza.

—Al menos facilítame los utensilios para que yo pueda hacerlo.

Oria rebuscó en el carro y me alargó un pequeño estuche de tela. Lo agarré sin examinarlo y me marché a toda prisa, buscando un sitio donde ocultarme. Me vestí con los hábitos prestados y me ajusté la manta de Munio a modo de barriga. Luego me dispuse a retocarme el cabello. No tenía ni idea de qué es lo que tenía que hacer. Cerré los ojos recordando la forma que daban los monjes a la tonsura. Sentí un leve temblor al levantar mi brazo derecho, que se incrementó mil veces cuando fui a elevar el izquierdo. Lo intenté de nuevo. Alguien detrás de mí agarró mi brazo y me cogió el cuchillo. El miedo acorraló mis sentidos y el sudor frío volvió a recorrer mi espalda. Esta vez no pude ignorarlo. Me volví despacio antes de intentar forcejear. Me relajé al reconocer a Guillermo, el hermano de Oria.

—Me han dicho que necesitas ayuda.

Le tendí los utensilios y, cuando terminó, le di las gracias.

—Oria dice que tengas mucho cuidado —me comentó cuando yo ya tomaba el camino de Sahagún.

—Dile que lo tendré.

Me sentía ridículo. Notaba un frescor raro en mi cabeza y no quería ni pensar en lo ridículo que estaría. Me puse la capucha y me encaminé de regreso al monasterio.

Las torres gemelas y la puerta que había atravesado el primer día de mi llegada adquirieron otro significado para mí. Me parecieron más altas y tenebrosas, como si estuvieran inclinadas de tal forma que en cualquier momento se fueran a caer hacia el centro. Alejé ese pensamiento de mi cabeza y seguí al portero implorando que no reconociera en mí al joven que Raimundo de Navarrete mantenía encarcelado.

Las explicaciones que le di no parecieron convencerle. Tuve que decirle que era un sobrino del monje que me habían dicho que había fallecido —que yo di por vivo para representar mejor mi papel— que venía a visitarlo proveniente del monasterio de Santo Domingo de Silos. En mi vida había dicho tantas mentiras seguidas. Y como una mentira lleva a otra, me inventé hasta un árbol genealógico de parientes. Tras un largo rato de perorata, me hizo pasar y seguirle. No tenía muy claro yo si le había convencido o si, por el contrario, me llevaba delante de la autoridad para denunciarme.

Lo seguí por pasillos que ya había transitado y por otros corredores

y puertas que habían estado vetadas para mí. Me condujo ante un hermano de cara alargada, cubierta de blancas barbas, que se movía vigoroso a pesar de que dejaba traslucir una estampa bastante enclenque. Descansaba en un cuarto totalmente distinto a las celdas del resto de los monjes. Allí había un brasero, una cama más amplia y una mesa para poder escribir.

El hermano portero me hizo un gesto para que me detuviera y él se adelantó a hablar con el monje de más edad. Le habló al oído de tal forma que yo no pude escuchar nada. Cuando el portero terminó, el otro se acercó a mí y me miró detenidamente.

—Soy el hermano Alfonso, abad de este monasterio.

—Mis respetos —dije agachando la cabeza—. Yo soy Ramiro, sobrino del hermano Pedro.

—El hermano Pedro nunca mencionó que tuviera un sobrino en la orden.

—No creo que lo sepa —mentí—. Hace mucho que nuestras familias no se ven.

—Y venís aquí para…

—Estoy de paso. Voy a recoger a un peregrino al que debo acompañar a Santiago y he pensado en saludar a mi tío.

—Quitaos la capucha —me pidió mientras me rodeaba sin reparos —. Sois muy joven —sentenció.

—El menor de siete hermanos. Mi padre pensó que cuanto antes tomara los hábitos, menos opciones tendría de descarriarme —le expliqué intentando mantener la calma y que no se notara el temblor en mi voz.

—¿Y vuestras heridas?

—Un mal encuentro en el Camino. Salteadores.

El abad asintió y se pasó la mano derecha por la barbilla, pensativo.

—¿Cómo está mi viejo amigo el abad Bernardo?

Iba a contestarle que bien, pero algo en su tono y en la forma en que había pronunciado el nombre me hizo dudar.

—¿Bernardo? —interrogué—. Creo que os equivocáis.

Don Alfonso sonrió y yo estaba tan tenso que no pude ni suspirar, aliviado por haber pasado aquella prueba.

—Llegáis en mal momento. Como veis, tenemos mucho que organizar por lo de la reunión de la tarde —se creó un silencio forzado y yo me obligué a mirarle a los ojos—. Además —dijo al fin—, vuestro tío ha fallecido.

Puse la cara de extrañeza más convincente de que fui capaz y murmuré «muerto», como si estuviera realmente apesadumbrado.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—El hermano Pedro era mayor.

Agaché la cabeza. El abad se acercó a mí.

—Lo lamento, hermano Ramiro —me dijo—. Sus palabras parecían realmente sentidas.

Se quedó enfrente y me dio un pequeño golpe en el pecho. Puse cara compungida. El hermano Alfonso debió pensar que estaba realmente afectado por la noticia.

—Os acompañaré a la tumba. Así podréis rezar por su alma.

El abad me hizo salir.

—¿Cojeáis? —me preguntó.

Es por el viaje. No estoy acostumbrado a andar tanto. Y los salteadores… —me excusé, esperando que no recordara al muchacho cojo que había llevado Raimundo.

Salimos a una parte exterior, aunque protegida por gruesos muros, en la que se alzaban dos cipreses. Me señaló una tumba recién cerrada. Me acerqué despacio, como si tuviera vértigo. El hermano Alfonso me tocó en el hombro. Tuve la tentación de preguntarle sobre la reunión que había mencionado, pero no hizo falta. Él mismo me pidió si podía ayudarles.

—El hermano Fernando está indispuesto —dijo—. Necesitaremos de manos jóvenes para asistir a todos los invitados.

Agaché la cabeza para que no se me notara que estaba sonriendo y asentí. Permanecí algunos instantes delante de la tumba del viejo hermano Pedro al que no conocía y al que no me unía ningún parentesco ni sentimiento. Un ligero viento meció las ramas de los árboles cercanos y el sonido de su balanceo fue lo único que se escuchó en aquel lugar. Inexplicablemente, la suerte me había acompañado.

La sala capitular resultó ser más grande de lo que yo había apreciado desde el otro lado de la puerta enrejada, que ahora quedaba totalmente oculta por otra de madera. Se me asignó la tarea de escanciador. Mi misión era tener a todos contentos y con las copas siempre llenas. Todavía no entiendo por qué milagro conseguí estar allí adentro.

Al principio, me sentí extraño. Percibí la tensión que se palpaba en el ambiente. El abad había elegido el mejor vino para la ocasión. A mi nariz llegaba un intenso aroma afrutado. Me moví despacio entre los presentes, tanto para que no se notara mi cojera como para seguir sus conversaciones.

El rey Enrique II de Inglaterra llevaba una capa cuyo interior estaba forrado con el motivo de los Plantagenet, una campana

invertida, en tonos amarillos y azules, y se conducía con prudencia. Sus ojos destacaban en un rostro alargado y serio. Su pequeña boca apenas se movía cuando hablaba. El pelo castaño caía enmarcando su rostro sin llegar al cuello. Pero lo que más llamaba la atención de él eran su barba, recortada y perfectamente cuidada, y su saber estar.

A su lado, los dos jóvenes Alfonsos permanecían en silencio, mientras el corro de hombres sabios parecía llevar la voz cantante. Este grupo lo formaban los hermanos Pérez de Lara, el conde de Urgell y Pedro Ruiz de Azagra.

El abad se había encargado en persona de ponerme al corriente de todo lo que había que saber sobre los participantes que iban a comparecer en esa reunión para que yo no metiera la pata, me dijo, y para que pudiera dirigirme a cada uno por su nombre. Así, confirmó lo que ya me había dicho Munio y añadió más información con la que yo creí que iba a poder negociar con Raimundo. Por entonces, Pedro Ruiz de Azagra estaba instalado en Albarracín y su fidelidad oscilaba entre Castilla y Navarra. De eso me enteré más tarde, cuando la reunión se daba por concluida y Nuño Pérez de Lara se lo echó en cara. Pero Pedro parecía curtido en ese tipo de batallas y salió airoso de la situación recordado a los Lara su vasallaje al rey de Castilla y su desnaturalización de Navarra.

La reunión terminó temprano y, al parecer, todos se dieron por satisfechos. Colaboré con los hermanos y ayudé a reorganizar la sala capitular. No me quedó más remedio que compartir con los monjes los rezos diarios y la cena servida en un ambiente de recogimiento mientras escuchábamos los salmos recitados por uno de los novicios del monasterio.

No me importó mucho; de hecho, era la mejor cena que había tenido en los últimos días y había podido comer sentado a una mesa, aunque la compañía no hubiera sido la que yo más deseara.

Esperé a que todos los hermanos se levantaran. Uno de los monjes más jóvenes se dirigió a mí y me acompañó a una celda, siguiendo las órdenes expresas del abad. Iba a excusarme, pero me rendí ante la evidencia de que tendría que continuar fingiendo ser el hermano Ramiro un poco más. Le seguí en silencio, le di las gracias y le pedí que informara al abad sobre mi deseo de emprender la marcha a la hora prima.

Salí del convento por la puerta grande, dejando a mis espaldas las torres gemelas. Me alejé despacio, cuando el sol ni siquiera se intuía en el horizonte. Por un momento, sentí la tentación de refugiarme en el personaje de Ramiro y dejar de ser Enneco Garsea, y así escapar de la vida que me esperaba. Respiré profundamente y la piel de mis

labios se tensó devolviéndome una mueca de dolor; haciéndome sentir vivo y muerto a la vez.

Miré atrás. Alguien me seguía a caballo. No llevaba estandarte que revelara su identidad. «Un hombre de Raimundo», deduje. Me escondí detrás de unos árboles y me quité los hábitos. Sentí frío y me envolví en la manta de Munio. Me llevé la mano a la cabeza medio pelada. Tenía que buscar algo que me la tapara. Salí del pequeño bosque. El jinete seguía allí, observándome sin decir nada. Era como un libro en el que yo leía mi vida. Una historia que me llevaba a ser un insignificante esclavo en tierras de Navarrete.

Lo miré con rabia, aunque supuse que, en la distancia, ni siquiera habría percibido mi desesperación. Me dirigí al lugar donde se había instalado Munio esperando que aún siguiera allí. La silueta de los tres carros apareció a mi izquierda. Todo estaba silencioso y no se veía a nadie. Supuse que estarían durmiendo. Decidí esperar. No pasó mucho tiempo antes de que una cabeza cubierta por una capucha se asomara.

—¿Nunca duermes? —le pregunté.

Oria me miró fijamente.

—He oído ruidos.

—Quería devolverte la saya.

—Quédatela, aún no he remendado la tuya.

Me miró de arriba abajo examinándome y hasta mí llegó un aroma a almendras que me hizo salivar.

—¿Qué? —le pregunté. Sus ojos brillaban.

—Entra, tu labio aún sigue sangrando —dijo muy convencida, hablando con autoridad.

—No es necesario. Parará.

—Como quieras —señaló mirándome a los ojos. No supe descifrar qué decía su mirada.

Agaché la cabeza y bajé los brazos sintiendo un peso extra sobre mi espalda; era el peso de la soledad. Al menos Munio y Oria tenían una familia.

—Será mejor que me vaya —dije por decir.

—Espera —me pidió.

Se subió al carro y, al poco, se acercó con un gorro y una gonela [20] que yo me puse con un poco de torpeza.

Me alejé dejando que la frescura de la mañana desentumeciera mis sentidos. Una vez en el monasterio, devolví los hábitos y regresé a mi celda.

No fui consciente de la trascendencia de esa reunión hasta algunos años más tarde. Ni siquiera cuando, pasado el mediodía, Raimundo vino a mi celda a reclamar información, me di cuenta de qué

significaba lo que allí se había sellado. Mi señor me encontró sentado en mi celda, la de Enneco Garsea. Entró como una exhalación y cerró la puerta por dentro guardándose la llave en el interior de su túnica.

—Habla —pidió sin más preámbulos.

Lo miré. Tenía que jugarme el todo por el todo.

—Mis palabras a cambio de que me dejéis marchar.

Su rostro enrojeció y la furia tensó cada uno de los músculos de su cara. Se acercó a mí y me empujó contra la pared. Puso su antebrazo derecho en mi cuello y sentí que la presión me impedía respirar. Con su mano izquierda apretó mi reciente herida.

—Tengo otro trato —me dijo—. Tus palabras, a cambio de tu vida.

Claudiqué. Asentí como pude y la presión se relajó un poco. Enseguida estaba contándole todos y cada uno de los detalles y las conversaciones que recordaba. Le hablé de cómo los reyes de Castilla y de Aragón habían firmado una alianza por la cual se comprometían a enfrentarse conjuntamente a cualquier enemigo de alguno de ellos. Le conté que Alfonso II de Aragón había accedido a cesar las hostilidades contra Ibn Mardanish, el rey Lobo de la taifa de Murcia, a cambio de recibir de él 40.000 maravedís anuales, trato que el mismo Alfonso VIII avalaba. Dejé para lo último el asunto del casamiento de Alfonso VIII de Castilla con Leonor, séptima hija de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania.

Después de escucharme, Raimundo se quedó pensativo. Yo no me atreví a decir nada y respeté su silencio. Asintió despacio. Su mirada, perdida durante ese tiempo, se fijó en mí con dureza.

—No vuelvas a intentarlo —me amenazó.

Salió riéndose de la celda. Escuché el cerrojo y los pasos que se alejaban. Me quedé con una extraña sensación que me dejó abatido. Me tumbé en el jergón y mantuve mi mirada en el techo. El único ruido era el que hacían mis tripas, que no habían tomado alimento alguno desde la noche anterior. Permanecí todo el día tumbado. Al día siguiente, Pere interrumpió al amanecer el duermevela en el que había caído, me hizo salir y me ató junto al carro en el que había viajado.

—Regresamos a Navarrete —me informó. Luego desapareció y me dejó solo. Me senté en el carro.

—Hola —escuché a mis espaldas.

Munio me dio los buenos días con una sonrisa.

—¿Os ponéis en camino?

—Regresamos a Navarrete.

—¿No vuelves a la Navarrería? —me preguntó.

—No puedo. Yo soy de Pamplona, sí, pero Raimundo vive en Navarrete y es allí adonde nos dirigimos —dije con cierta amargura y

mi voz sonó fuerte.

Munio asintió como si estuviera cavilando, atando cabos.

—Lo siento —me disculpé por mi rudeza al hablar.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dijo en tono confidencial.

Asentí.

—¿Qué has hecho para que te lleven así?

—Ser cojo —le dije.

No me gustaba cuando la gente me miraba imaginándose qué pecado habríamos cometido mi familia o yo para atraer tanta desgracia, pero no vi esa pregunta en la mirada de Munio.

—Tu suerte cambiará algún día, Enneco. Mira debajo del carro —me dijo—. Te he atado una bolsa para que puedas guardar tus pertenencias y no te las roben. Me he cerciorado de que esté bien amarrada.

No supe qué decir. Nos sentamos apoyados en una de las ruedas. Dentro del monasterio se escuchaba trajinar a decenas de personas. Fuera, las calles aún estaban vacías.

—¿Qué tal te fue ayer? Ya sabes, vestido de monje.

Su pregunta me hizo esbozar una leve sonrisa y le empecé a hablar de mi empresa y de todo lo que había ocurrido en la sala capitular. No sé si fui demasiado indiscreto, pero Munio era la única persona con la que podía conversar sin que me mirase como si fuera un esclavo o un maldito.

—Eres un buen narrador. Lo sabes, ¿verdad?

Lo miré mientras se alejaba. Las cosas buenas de mi vida siempre se iban deprisa.

De regreso a Navarrete

Observé el paisaje yermo extenderse al frente y me sentí vacío. Me levanté, frotando mis manos para que no se congelaran.

A mi espalda escuché el ruido de unas pisadas. Pensé que era Pere, que me obligaba a regresar a la casa, pero me encontré con una mujer menuda y enjuta. Se quedó mirándome en silencio. Llevaba la cabeza cubierta con una toca, como correspondía a una mujer casada o viuda. Parecía cansada y su cuerpo, incapaz de erguirse del todo. Se acercó y me entregó una capa.

—No es necesario —le dije—. Os reprenderán si lo hacéis.

Asintió con la cabeza y me la puso en las manos. Me la eché por encima y, para cuando me di cuenta, ella ya había desaparecido. Aún me alejé un poco más, hasta que empezó a lloviznar, y regresé. Fue la primera vez que vi a doña María, la madre de Raimundo.

En invierno, decidí dormir en las cocinas. Normalmente prefería hacerlo en la cuadra. Ya me había hecho al olor de los animales y yo mismo me sentía impregnado de él. Pero en invierno, aunque el suelo era más duro, prefería el calor de la cocina y el ambiente más seco.

Me disponía a dormir cuando escuché unos pasos. Supuse que sería algún otro criado y no hice caso. Hasta que sentí una mano sobre mi hombro y me giré en el suelo. María me ofreció un cuenco con caldo caliente. Insistió con un gesto y yo lo tomé.

—Gracias.

Me miró y esbozó una pequeña sonrisa. Llevó sus manos delgadas y pequeñas a mi pelo, que había crecido en un extraño corte después de la tonsura que me había realizado el hermano de Oria, y me lo apartó de la cara.

Se alejó despacio y yo me quedé dormido con el estómago caliente. A partir de entonces, fueron muchas las veces que María cuidó de mí. Nunca hablaba y los sirvientes decían que, desde que murió su esposo, rara vez abandonaba su habitación. A partir del día que me prestó la capa en el río, se convirtió un poco en mi ángel guardián. Ella era esa brizna de aire fresco que impedía que me hundiera en la miseria y que pensara que no quedaba misericordia en el género humano.

Los peores días eran aquellos en que a Raimundo le daba por beber. Algunas noches se agarraba a la jarra de vino y yo acababa pagando las consecuencias de su borrachera. Era entonces cuando siempre encontraba una excusa para vilipendiarme y golpearme. Esos días intentaba evitarlo, pero él siempre acababa encontrándome y me llenaba de patadas y puñetazos. Yo simplemente me defendía haciéndome un ovillo y cubriendo mi cabeza con los brazos.

Eran los momentos más ácidos. Cuando todo se acababa, pasaba las horas escondido y buscando una sola razón para no quitarme la

vida. Lo único que me mantenía apegado a ella era la sonrisa de mi hermana Jimena y el deseo de volverla a ver. «¿Qué mentira le habrán contado mis padres sobre mí?», me preguntaba a menudo. La señora María siempre se me acercaba después de que Raimundo descargara su furia contra mi cuerpo. Me examinaba y curaba mis golpes con más cariño que sabiduría, pero, para mí, eso bastaba.

Las jornadas pasaban como hojas de árbol que van cayendo irremediablemente hasta dejar las ramas desnudas. Y así llegó el día de mi cumpleaños. Cumplí los dieciocho sin darme cuenta. Para entonces ya llevaba casi un año en Navarrete y los días se sucedían iguales y sin alicientes. Por María me enteré de que hacía una semana que mi hermana había dado a luz a un varón sano y fuerte. Los ojos se me llenaron de emoción. Al menos, a ella le iba bien la vida. Esquivé los ojos de María y me escapé al río. Estaba nublado. A lo lejos, en lontananza, los rayos del sol que se colaban por un pequeño claro marcaban una zona de luz que se iba moviendo hacia la izquierda. Extendí la mano buscando el calor de aquel punto, pero fue como querer atrapar mi libertad. Yo sabía que estaba ahí, pero que no la podía tocar. Me senté a descansar y cerré los ojos. Mi mente empezó a hilvanar los versos de los poemas que tantas veces había escuchado en casa de Guilhem Aude y que me sabía de memoria. Eso me entretenía en mis tediosas jornadas. Aquellos versos me hicieron retornar al pasado, al día en que conocí a Guilhem. Fue una tarde de invierno. Yo estaba entonces en mi octavo año de vida. Recuerdo que aquel día llovía como si el cielo entero se hubiera abierto de golpe.

Varios muchachos mayores que yo me rodearon cerca del portal del Calleforte. Por aquel entonces gustaban de acorralar al maldito cojo. Tuve suerte. Las calles estaban llenas de barro y el chico más próximo a mí resbaló. Mientras pensaba que podría haber sido yo, mi instinto me llevó a correr como alma que lleva el diablo. Llegué a Portalapea y dejé la Navarrería. Me introduje en el burgo de San Cernin con la esperanza de que mis perseguidores cejaran en su empeño. Avancé por la rúa Mayor de los Cambios mientras mi ropa, empapada, empezaba a pesar y mis pies se hundían en el barro. Miré atrás sin dejar de correr, hasta que un golpe seco me detuvo y caí de espaldas al suelo. Una mano fuerte me agarró de la saya y me levantó de golpe. Escuché voces que se acercaban. Intenté zafarme, pero el extraño con el que había chocado me sujetó. Miró por detrás de mí sin soltarme. Mi cuerpo se puso en tensión. Si me entregaba a mis perseguidores, estaba perdido. Después de unos instantes que a mí me parecieron infinitos, las voces se apagaron hasta confundirse con la lluvia. Solo entonces, mi captor volvió su mirada hacia mí.

—Otro maldito niño de la Navarrería —le oí decir en occitano.

Yo me quedé mirando y me encaré a él.

—No soy ningún maldito niño de la Navarrería —le contesté en un rudimentario occitano que había aprendido tras mis vagabundeos por la ciudad.

Se rio.

—Tienes agallas —dijo sujetándome por el pescuezo.

Así fue como conocí a Guilhem Aude.

Me llevó hasta su casa casi a rastras. Su morada era bastante más amplia y espaciosa que la nuestra. Estaba situada en la rúa de la Cuchillería, cerca de la Casa de la Moneda. Cuando llegamos, un sirviente nos trajo una toalla para secarnos. Yo miré a mi captor con recelo, pero, entonces, su cara seria se tornó en sonrisa.

—Espérame aquí —me ordenó.

Estaba pensando en escaparme cuando el mismo criado que nos había traído las toallas se acercó con ropa seca.

—Mi señor dice que te cambies.

Sin más palabras me guio a una estancia presidida por un fuego. Esperé a que saliera y me cambié. Situé mis ropas cerca de la lumbre para que se secaran. Escuché un carraspeo detrás de mí y me volví.

—Gracias —le dije—. Porque yo, a pesar de ser un maldito cojo, soy muy educado.

—Soy don Guilhem Aude —se presentó—. ¿De quién huías?

Sostuve su mirada, pero no contesté.

—¡Vaya! Ahora parece que te han cortado la lengua. ¿Dónde vives? A eso sí sabrás contestar.

—Vivo en la Navarrería, en la esquina de la rúa de San Martín con la rúa Mayor.

Guilhem hizo un gesto de asentimiento.

—¿Dónde has aprendido mi idioma?

—En las calles.

—¿No serás un pequeño ladronzuelo?

—Soy labrador —dije con mi orgullo herido—. Mi único delito es ser cojo.

La boca de Guilhem se movió formando una mueca que no supe interpretar. Me señaló un sillón tapizado en telas azules. Yo me senté y un sirviente entró al poco rato trayendo dos cuencos de sopa.

—¿A qué se debe tu cojera?

Sorbí un buen trago. Sentí el calor recorrer mi garganta y llegar a mi estómago.

—Me caí de un árbol.

Don Guilhem llevó su mano derecha sobre sus barbas. Fue

entonces cuando me fijé en el fino traje que llevaba, en su aspecto impecable y en el anillo que lucía en el dedo pulgar de su diestra.

—Mala herida para un hombre de campo —sentenció mi benefactor después de que hubiera dado buena cuenta de su sopa.

Yo no dije nada. Me limité a centrar mi mirada en el fuego que quedaba justo en frente de mí. Lanzaba lenguas azules y su danza era hechizante. Esa fue la primera vez que visité la casa de Guilhem. Desde aquel día, cuando terminaba mis labores, en mis momentos de asueto, me escabullía y me colaba en el burgo de San Cernin. Mi padre nunca supo de mis visitas. Me hubiera molido a palos de saberlo. Odiaba a los de San Cernin porque, según él, estaban acaparando más privilegios que nosotros, los primigenios moradores de este lugar. Pero a mí eso me era indiferente, porque en esa casa nunca me sentí distinto o inferior por ser cojo. Nadie se metió nunca conmigo ni me insultó. Supongo que por eso echaba tanto de menos ese hogar y a su dueño.

Guilhem trabajaba en la Casa de la Moneda. Disfrutaba de ciertos privilegios y tenía una estupenda relación con el obispo, don Pedro de París, al que hacía frecuentes donaciones para la catedral. Se dedicaba también al mercadeo de telas, vino, leche y ganado.

Algunas veces también se ofrecía de prestamista, pero este era un negocio que ejercía en la sombra y con gente de absoluta confianza. Entre otras cosas, porque estaba mal visto. A eso se dedicaban algunos judíos que vivían en la parte sureste del burgo de la Navarrería desde 1154, cuando el propio Sancho VI confirmó la fundación de este pequeño barrio. Pero yo sé, con certeza, que Guilhem consiguió buenos beneficios derivados de esa práctica.

Empecé haciendo pequeños encargos y recados para él y acabé siendo un asiduo en su casa. Esto me permitió mejorar mi occitano y también aprender algunas frases en otras lenguas que me facilitaron mercadear y regatear con los comerciantes y peregrinos que recorrían el Camino. Así conseguí reunir algún dinero que yo escondía celosamente en la parte de atrás de mi casa, en un lugar que solo yo conocía. Tal vez pudiera ayudar con él a pagar las dotes de mis hermanas, pensaba entonces. Así que, mientras yo permanecía en Navarrete, mis ahorros estaban lejos de mí, expuestos a que una mano inadecuada cayera sobre ellos.

Guilhem, que según conocí años más tarde procedía de Aigas Mòrtas[21], estaba muy bien relacionado. Por su casa pasaban comerciantes, astrónomos, geógrafos, nobles, marinos y hasta escultores. A mi nuevo benefactor le gustaba estar al día tanto de las noticias como de los avances. Por las noches, junto al fuego,

escuchaba las historias y las discusiones que se entablaban alrededor de aquellas llamas que me fascinaron desde el primer día. Algunas veces, me quedaba dormido abrigado por el calor de esa sala y mi imaginación volaba hasta lejanos parajes a la velocidad de un halcón. Guilhem ejerció de maestro conmigo, enseñándome algunas cuentas rudimentarias que yo calculaba de cabeza. Siempre ponía especial empeño en que conociera bien las monedas para que nadie me engañara. Entre otras cosas, porque de eso dependían sus ingresos, y yo hacía cada vez más recados para él.

Cuando cumplí trece años, Guilhem me llevó a una estancia que nunca me había mostrado. Era una habitación de la que solo él poseía la llave y en la que se encontraban sus bienes más preciados, entre ellos, decenas de manuscritos y libros. Allí se encontraban las traducciones de *El tratado de álgebra* de Al-Jwarizmi, realizada por Robert de Chester; de *Los doce primeros libros de la Geometría euclidiana*, de Herman el Dálmata, o del *Astrolabio de Adelardo*, de Bath. Pero lo que más me gustaba a mí eran los poemas épicos. En mi imaginación, yo era unas veces el Cid y otras, el propio Beowulf. Lástima que no pudiera leer aquellas obras, pero Guilhem siempre sacaba algo de tiempo para revelarme algunos párrafos del *Carmen de expugnatione Almariae*[22] o de *Beowulf*. La primera vez que me asomé a esa sala, mi boca se debió de quedar tan redonda como una rueda de carro, porque a don Guilhem se le escapó una risa espontánea.

—Sabía que te gustaría —me dijo el franco, quien había conocido personalmente a Herman el Dálmata y Robert de Chester, que había sido arcediano de la catedral de Pamplona entre 1143 y 1157.

Aquellos recuerdos flotaron en mi mente en la tarde primaveral cerca de la orilla del río Antiguo y me hicieron añorar aquella libertad que me quemaba por dentro. No sé qué extraña locura me llevó a pensar que no pertenecía a ese sitio. Solo sé que miré a uno y otro lado y que no vi a nadie vigilándome. Pere debía estar compartiendo la exquisita comida de la casa y todos parecían haberse olvidado del *herren madarikatua*[23].

Así que busqué una piedra plana, situé la cuerda de mis pies sobre otra más grande que encontré y procedí a cortar mis amarras. No sé el tiempo que invertí en la tarea. Solo sé que, cuando terminé, el sudor corría por mi frente y me dolían los brazos. Aunque no pude verme, sabía que mi boca esbozaba una amplia sonrisa.

Corrí y corrí, alejándome de aquella maldita casa, de un Raimundo rencoroso y de una hermana que ya no tenía. Corrí entre los árboles, desapareciendo de la vista de los caminos y grité desesperado, volviéndome a sentir otra vez dueño de mi vida.

Ni siquiera miré atrás. Quería borrar todo recuerdo de aquel maldito año. Me escabullí entre la maleza, sin pensar en nada más que dar el siguiente paso. De repente, un caballo apareció a mi vera. Lo único que atiné a ver fueron sus patas delanteras alzadas sobre mí. El sobresalto me hizo dar unos pasos hacia atrás. Solo cuando el caballo puso las patas en tierra otra vez, distinguí al jinete. El propio Raimundo de Navarrete me observó desde su montura.

No dijo nada, pero yo percibí cómo la ira cubría todo su cuerpo como un velo. Me estremecí y fui incapaz de dar un paso atrás. Saltó de su caballo y me propinó un fuerte golpe en el pómulo. Al instante, el calor y el dolor se extendieron a partes iguales por mi rostro. No pude ni llevarme la mano a la cara, ya que Raimundo me cogió y me quitó la saya que llevaba puesta. Luego sostuvo mis muñecas por la fuerza y me las ató. De esa guisa retornamos a la localidad. Raimundo con su trofeo y yo, con mi orgullo herido y preguntándome cómo demonios se había dado cuenta de mi ausencia.

Me condujo hasta la puerta de su casa y me dejó atado a una de las argollas para amarrar las caballerías. Entró en casa como una exhalación y retornó instantes después con el látigo en la mano. Algunos curiosos salieron detrás de él.

Mis fuerzas flaquearon y yo me sentí morir. No estaba preparado para el castigo que se avecinaba. Me estremecí como si un fuerte viento jugara conmigo haciéndome danzar a su antojo.

—Recuerda bien esto —me gritó Raimundo—, porque, si vuelves a intentar escapar, la siguiente será tu hermana.

Me volví hacia la pared escondiendo el rostro entre los brazos. Cerré los ojos y apreté la mandíbula para no gritar. El golpe cayó sobre mi paletilla derecha y mis piernas fallaron. Me quedé colgando de las manos atadas mientras gruesas lágrimas se escapaban de mis ojos y mi boca se abría en un potente grito. No me dio tiempo de prepararme para el segundo golpe. Ni para los que vinieron después. No sé cuántos fueron. Antes de perder la consciencia aún pude ver, a través de mi miedo y de mis lágrimas, la silueta pequeña y encorvada de María entre su hijo y yo.

El viento ululaba fuera y provocaba un silbido agudo al colarse entre los agujeros de paredes y ventanas. Su fuerte empaque empujaba la puerta haciendo que esta se moviera en un continuo *clon*, *clon*. Yo estaba tumbado boca abajo. Sentía cada parte de mi cuerpo pesada e imposible de mover. Me dolía la cabeza y mi baba colgaba por el resquicio de mis labios hasta la manta sobre la que descansaba. Me sentía febril.

Desde mi posición, intenté reconocer el sitio donde me encontraba.

Pero no pude. Se trataba de una estancia oscura. Era bastante reducida y tenía un olor extraño. Intenté moverme. El dolor de la espalda me recordó el castigo de Raimundo, pero no supe contestar a la pregunta que planteaba mi mente sobre mi ubicación. Me incorporé tan despacio como pude y me senté en el jergón. Sentí los ojos pesados y la boca seca. La puerta se abrió de golpe y una silueta de mujer se recortó en la entrada. Caminó hacia donde me encontraba y encendió varias velas. La luz dibujó una mujer de largos cabellos del color de la miel. Sus ojos eran de un azul tan claro que parecía que pudieras caerte en ellos y no encontrar el fin.

—¿Quién eres? —pregunté, convencido de estar ante una aparición.

—No debes levantarte —me dijo. Su voz sonó tan suave como una melodía—. Tus heridas no se han cerrado todavía. Debes seguir tumbado para que cicatricen bien.

—No, debo irme —le contesté levantándome.

Al instante sentí un fuerte mareo que me hizo sentarme de nuevo.

—¿Adónde quieres ir? —me interrogó.

La miré confuso. Ni yo mismo sabía adónde quería ir, ni adónde debía ir.

—¿Dónde estoy? —le pregunté desorientado.

—El lugar en el que te encuentras pertenece a doña María. Aquí nadie te hará daño.

—¿Dónde está ella?

—Vendrá pronto. Se alegrará de saber que te has despertado. Ahora será mejor que te tumbes de nuevo y descanses —me dijo la mujer, que me pareció muy joven.

Obediente, me dejé caer sobre el jergón y, al poco, me quedé dormido.

Cuando volví a despertar, noté que ya no tenía fiebre, pero me sentía muy débil. María trajinaba cerca. El fuego estaba encendido y, sobre él, una olla desprendía un extraño olor mezcla de hierbas y verduras. Al verme despierto, se acercó a mí y puso su mano sobre mi frente para comprobar si tenía calentura.

—¿Cómo te encuentras, Enneco?

Prácticamente, eran las primeras palabras que oía pronunciar a la madre de Raimundo.

—Me siento confuso y dolorido. Quiero daros las gracias —le dije—. Habéis salvado mi vida. Si no llega a ser por vos, Raimundo me habría matado.

María me acarició los pelos revueltos y asintió levemente como única respuesta.

—Tus ojos vuelven a tener intensidad y fortaleza —me dijo—. Pero debes comer si quieres restablecerte.

Aparté mi mirada. Todavía no había decidido si merecía la pena restablecerme.

—Doña María —empecé, aunque no tenía muy claro cómo continuar.

—Debes huir, Enneco —me dijo con todo el aplomo que pudo. Me habló como una madre hablaría a un hijo en peligro. Y eso me desconcertó.

La miré sin comprender mientras tomaba el cuenco que me ofrecía.

—No puedo —dije sin fuerzas.

—Te matará, Enneco. Si no te vas ahora, te matará.

—No puedo —repetí, dejando la comida a un lado—. Todos le oísteis. Si lo vuelvo a intentar, lo pagará mi hermana. Y yo no podría cargar con eso.

—Tu hermana está a salvo junto a Alonso.

—No estoy seguro.

—Eres bueno, Enneco —respondió—. No te mereces esto.

—Da igual si lo merezco o no. No me iré si eso va a suponer que Raimundo golpee a Elvira.

La señora María no añadió nada más. Tan solo cogió el cuenco y lo retiró.

Tres días después me decidí a salir. La casa de María estaba situada en lo alto de una colina, escondida por abundante maleza y viejos árboles, algo alejada de Navarrete. La temperatura era suave y el sol brillaba en el centro de un cielo azul sin nubes. Miré hacia el pequeño edificio que me había servido de refugio. El techo estaba bastante deteriorado y algunas maderas de las paredes parecían a punto de desprenderse. Me giré del todo. Las heridas de la espalda todavía se resentían, pero el dolor y la incomodidad eran soportables. Alcé la mirada al cielo lleno de golondrinas y de silencio. Como me es imposible quedarme sin hacer nada, me entretuve reparando la vieja casa con unas pocas herramientas que encontré en la parte de atrás y con mucha imaginación.

—No deberías hacer eso —escuché una voz que se dirigía a mí. La reconocí. Era la joven de largos cabellos y ojos azules claros que había visto días atrás. La miré y sonreí sin dejar de trabajar—. Doña María ya me dijo que eres muy mañoso y que se te da bien reparar cosas.

—¿Vives aquí? —le pregunté. Ya sabía que había dicho que la casa pertenecía a María, pero como María vivía en la casa de su hijo, supuse que era ella la que ocupaba el sitio.

Asintió.

—Deberías pedir que arreglen el tejado. Seguro que cuando llueve tienes goteras. Aunque, si quieres, yo mismo puedo intentar repararlo si encontramos los materiales adecuados. Las vigas son fuertes. Resistirán.

—Soy Estefanía de Navarrete —se presentó. Sonrió. Fue la única vez que la vi hacerlo.

—Supongo que ya sabes quién soy.

—Sí. Cuando termines con los arreglos, te arreglaré el pelo. Pareces un animal salvaje.

Me avergoncé. Desde que volvimos de Sahagún no me lo había cortado. A pesar de mis dieciocho años, mi cara permanecía imberbe, pero el pelo me llegaba más allá de los hombros.

Tal y como prometió, Estefanía me recortó el cabello. Yo terminé de arreglar el techo y de sellar todos los huecos que encontré por donde podían entrar el viento y el agua, recogiendo materiales de donde pude. Gracias a las atenciones de las dos mujeres, me encontraba cada vez más fuerte y restablecido.

—He de volver a Navarrete —le dije a María una noche en que nos encontrábamos allí cenando—. Raimundo no se creerá por mucho tiempo que sigo convaleciente.

—¡No! —negó ella tajante—. Te irás esta misma noche. Lo hemos preparado todo.

—¿Hemos? —le pregunté, aunque enseguida me di cuenta de que se refería a Estefanía y a ella.

Negué con la cabeza. Aunque la oferta era muy tentadora, no podía dejar que Raimundo diera de latigazos a mi hermana.

—Tenemos preparado un caballo y víveres para unos días. Te irás ahora y la noche velará por ti.

—Raimundo…

—Enneco —me dijo entonces Estefanía, y en su voz había súplica —, doña María ha comprado tu libertad. No estropees su gesto.

—¿Comprado? —pregunté yo, aterrado con la idea—. No creo que haya dinero en el mundo por el que Raimundo estuviera dispuesto a concederme la libertad.

—He hecho un pacto con él que a ti no te incumbe. Solo necesitas saber que ha dado su palabra de que no tocará a tu hermana y de que a ti te dejará marchar en paz.

—¿Os golpeará a vos, entonces? No puedo soportar esa idea.

—Enneco —me suplicó María—. Si no huyes ahora, Raimundo te acabará matando. Encontrará cualquier excusa y tú lo sabes. No puedes dejar pasar esta oportunidad.

Estefanía no dijo nada, pero asintió a sus afirmaciones.

—Hazlo por mí, por el hijo que no pude salvar de sus garras y murió en mis manos —me pidió agarrando mis brazos y mirando directamente a mis ojos—. Vete lejos, a un sitio al que Raimundo no pueda llegar.

—Lo siento mucho por vuestro hijo —le aseguré sin ser capaz de preguntar por las circunstancias de su muerte.

—María y yo te hemos preparado todo. Incluso hemos reunido algunas monedas para ti.

Bajé la cabeza, mientras negaba. Era difícil zafarse de las palabras amables con que me regalaban los oídos. Era imposible decir que no a la palabra libertad. Aun así, dudaba.

—No podré soportar la idea de que os pueda pasar algo.

—No nos pasará nada —insistió.

Salimos de la casa. No había luna. La oscuridad era espesa.

—Es la noche perfecta —sentenció María.

Descendimos colina abajo y caminamos durante un buen rato. Llegamos a un claro donde se levantaba una especie de refugio. Allí vivía un pastor quien, sin decir nada, nos tendió las riendas de un caballo.

—Sigue este camino —me dijo Estefanía, entregándome un farol—. Llegarás a un pequeño poblado. En la última casa, deja el caballo atado a la puerta. Luego deberás seguir andando. Ese mismo camino te llevará a Logroño. Lo que hagas después es cosa tuya. En las alforjas tienes tus pertenencias, ropa, víveres y dinero. Cuídate mucho y no mires atrás. Hazlo por nosotras —me pidió María con lágrimas en los ojos.

—Adiós, Enneco —dijo también Estefanía.

—No sé qué decir —les manifesté con sinceridad.

—Tan solo coge lo que te damos y vete.

—Gracias —contesté. Y, subiendo al caballo, me alejé despacio, escondido entre las sombras de la noche, como un fugitivo, alegrándome de mi buena suerte.

Un caminante más

huir cuanto más lejos mejor y olvidarme de Enneco Garsea para siempre. Pero, por alguna extraña razón, iba dilatando mi marcha y seguía a la vera del Camino.

Bajo el árbol, observando a los niños mientras jugaban, vi reflejado en ellos al chaval que yo había sido, ese que ya no volvería. En esos instantes me sentí atrapado entre el labrador que había creído ser en la Navarrería, el joven que descubrió el mundo del saber en casa de don Guilhem y el esclavo de Navarrete.

Tanteé mi bolsa. El dinero iba desapareciendo. No había dilapidado ni uno solo de los óbolos de vellón [24] que me habían dado Estefanía y María, y siempre había tomado cualquier alternativa que se me ofreciera antes que gastarlos o robar. Pero sabía que no podría vivir de ese dinero para siempre. Si seguía así, acabaría convertido en un mendigo.

Me puse en pie, guardé cuidadosamente el trozo de queso que me quedaba y decidí comenzar a buscar una ocupación antes de que me empezaran a faltar los recursos. La tarea no fue fácil. Nunca en mi vida me había planteado la posibilidad de tener que mendigar un trabajo y no tenía ni idea de a quién acudir.

Me ofrecí de aprendiz a varios gremios: carpinteros, zapateros, curtidores… Después probé suerte con los labradores y ganaderos. Acabé ofreciéndome para cualquier tarea, incluso la de sacar excrementos. Pero todos me daban largas o negativas. O lo que es lo mismo, recelaban de un extraño.

Tardé tiempo en comprender que nadie me daría trabajo, que la frase «ya te buscaré…» era una excusa que escondía otra realidad. Dirigida a mí, significaba: «No queremos que un cojo trabaje cerca de nosotros y atraiga la mala suerte». Me lo dijo un mendigo con modesta delicadeza y supongo que buena dosis de embriaguez.

—Nadie te dará trabajo —oí una voz por detrás.

Miré al hombre que se dirigía a mí. Su piel parecía casi negra de la capa de suciedad que atesoraba. Sobre su tez apenas se destacaban un par de ojos de mirada vieja y anciana, en un cuerpo que no había llegado a la mitad de su vida, pero que pesaba como si estuviera llegando a su final. Sus uñas se veían muy negras y sus manos eran tan delgadas que sus dedos parecían finas ramas a punto de quebrarse. Los pocos dientes que le quedaban estaban medio podridos. Se tocó la pierna, quebrada por debajo de la rodilla, donde exhibía un muñón.

—La vida es dura, pero lo es más para nosotros.

Miré cómo se marchaba, cojeando con cierta chulería mientras se apoyaba en unos toscos bastones. Nunca llegué a saber si aquel mendigo habló alguna vez conmigo o fue solo una visión de mi futuro.

En mi bolsa aún quedaban ocho monedas. Me negué a aceptar ese destino, pero lo cierto era que el tiempo corría en mi contra. Me dirigí hacia Logroño esperando tener más suerte. Pero, definitivamente, la fortuna me había abandonado. Después de preguntar en cada una de las casas de la localidad, por primera vez sentí pánico y se hizo un nudo en mi estómago. Miré alrededor. Tenía que haber un sitio para mí, algo que yo pudiera hacer. La gente pasaba a mi alrededor ajena a lo que yo sentía, ignorante de mi impotencia y mi rabia. Quien más, quien menos, tenía una forma de ganarse la vida. Suspiré.
Quedaban cuatro monedas en mi bolsa. Había perdido toda la grasa de mi cuerpo y sentía las costillas debajo de mi saya. Mi estómago protestaba cada vez con más frecuencia porque yo racionaba hasta el extremo mi comida. Sufría al recordar el banquete de la boda de mi hermana. Me acerqué a la iglesia de Santa María de Palacio. El trasiego de peregrinos era importante. Dos frailes del Santo Sepulcro se afanaban por poner orden entre decenas de personas que hacían fila para recibir unos pedazos de pan y queso en Santa María la Vieja. Los dos apenas se bastaban para organizar a la gente que se abalanzaba sobre ellos.

Me ofrecí al que estaba más cerca de mi posición. No fue fácil llegar hasta él, pero le susurré al oído unas palabras comprometiendo mi ayuda a cambio de comida y de alojamiento nocturno durante un par de noches. Me miró incrédulo, como diciéndome que, si me creía capaz, que lo intentara, que encantado vería cómo fracasaba. Busqué algo en lo que subirme. Encontré un viejo reclinatorio abandonado en un rincón de la iglesia. Estaba cojo, como yo. Lo tumbé y me encaramé en él. Apenas destacaba un par de pies sobre la multitud cada vez más numerosa que se acercaba hasta allí, pero fue suficiente para dejarme ver. Guardé el equilibrio como pude e hice gestos con las manos para que todos se fijasen en mí. Cuando vi que al menos los de las primeras filas me miraban, empecé a hablar.

—Por favor, estamos en la casa de Dios. Os pedimos un poco de silencio. Hay pan suficiente para todos. Por favor, las mujeres y los niños en la fila de la derecha, los hombres en la de la izquierda.

Repetí las frases varias veces. Luego me bajé de la silla y recorrí las filas dando las instrucciones como una retahíla de oraciones. Para asombro de los dos monjes, la gente empezó a calmarse y a hacerme caso. Cuando todo estuvo medianamente tranquilo, me situé entre los dos frailes y les ayudé a repartir las viandas.

Tardamos más de tres horas en terminar. El monje de mi derecha desapareció en cuanto se fue el último de la fila. El de mi izquierda me miró y me dio las gracias. Se llamaba frey Tomás. Tenía la cara

redonda y sonrosada y el cuerpo delgado.

—¿A quién se debe esta generosidad? —le interrogué.

—Patronazgo Real. Con lo que recibimos del rey, organizamos este reparto de comida tres veces al año. A la hora sexta, dos días seguidos, regalamos pan y queso a todo el que se acerque hasta aquí.

—Parece que he tenido un poco de suerte.

—Dios no abandona a sus criaturas, hijo mío, si ellas no lo abandonan a Él. ¿Cuánto hace que no comes?

—Hace mucho —me encogí de hombros.

—Ven conmigo —me dijo entonces.

Lo seguí fuera de la iglesia y me llevó hasta una pequeña casa. Una niña abrió la puerta. El fraile Tomás acarició sus cabellos revueltos y la siguió al interior. La mayor parte de la estancia estaba dispuesta como una enorme cocina en la que varias ollas se encontraban en ese momento en el fuego.

—Esta es Abda. Cocina para los frailes que vivimos aquí. —Abda me sonrió sin despegar sus labios y removió uno de los cocidos—. Ella te preparará un buen plato.

—Frey Tomás —me atreví a intervenir—, busco trabajo.

El aludido sonrió.

—Lo siento, Enneco, vivimos de las donaciones y los hermanos realizamos todo el trabajo que lleva consigo este lugar. Abda prepara para nosotros la comida que don Fortún paga. Por eso la cocina aquí y no lo hacemos nosotros mismos en nuestra casa.

Moví repetidamente mi cabeza de arriba abajo.

—Lo entiendo.

—Salvo que quieras ingresar en nuestra orden…

—Pensaba que para ingresar en una orden hacía falta tener dinero.

—No siempre. A veces, cuando alguien demuestra ciertas habilidades y cierto carácter, se hace una excepción —me miró y me dio unos golpecitos en el hombro—. La iglesia se cierra a la hora de completas. Si estás dentro a esa hora, podrás dormir allí. Adiós, Abda —dijo tocando en el hombro de la cocinera.

—Frey Tomás —le dije yo—, me conformaba con un pedazo de pan y un trozo de queso.

—Hijo, tu cuerpo necesita algo más que pan y queso. Te veo mañana a la hora sexta.

Abda era una mujer callada. Contestaba a todo con una sonrisa que no dejaba ver sus dientes, pero que embellecía su rostro. Movía su cabeza y enarcaba sus cejas. No me di cuenta de que era muda hasta que le pregunté si la niña que nos había abierto la puerta era su hija. Entonces ella negó con la cabeza, se llevó una mano a la boca

haciéndome saber que le había hecho gracia la suposición y empezó a gesticular ligeramente con los brazos. Al final se hizo entender. La niña era su sobrina.

Bajé los ojos y me sentí un poco acompañado en mi desgracia. La mujer puso un cuenco humeante en una pequeña mesa que parecía abandonada en un rincón y me indicó con la mano que era para mí.

—Gracias —le dije mientras me acercaba—. Él no comerá hoy, ¿verdad?

Ella negó mientras se llevaba las manos al corazón y luego estiraba los brazos.

—Sí —manifesté—. Frey Tomás tiene un corazón grande.

Comí el cocido. Debo decir que le sentó bien a mi estómago, que no probaba nada caliente desde que salí de Navarrete. Abda añadió un poco de carne que tomó de otro caldero y me regaló una manzana. A cambio, yo le ayudé a meter leña dentro de la casa para sus fuegos. Me despedí de ella y le di las gracias.

Como me negaba a darme por vencido, durante el resto de la jornada seguí mendigando un trabajo, pero a media tarde claudiqué. Me alejé de Logroño y me senté debajo de un árbol apartado del camino. Hundí mi cabeza entre las manos sin atreverme a mirar el futuro. Sentí una extraña sensación de abandono. Apreté los labios y me resigné.

Regresé despacio. Aún tenía algo de tiempo antes de que cerraran la iglesia de Santa María. Un tintineo llamó mi atención. Me encontraba cerca de la puerta de Peregrinos y seguí a la gente que me empujaba hacia una de las paredes de la muralla. Sobre el murmullo de los presentes se levantó una voz masculina que seguramente había sido firme y potente en otro tiempo, pero que ahora sonaba quebrada. Aun así, logró hacer silencio.

Un niño realizó algunas acrobacias. Era ágil y flexible y se movía con rapidez. Llevé mi mano a la bolsa, para cerciorarme de que nadie se la llevaba mientras atendía a la representación. Miré a la gente que se iba arremolinando a mi alrededor y me pregunté cuántos de ellos abandonarían el lugar sin aportar, aunque fuera un mínimo pago. Yo me contaba entre ellos. Aunque quisiera, no me podía permitir el lujo de hacerlo.

Decidí irme antes de tener que soportar la vergüenza de no poder dar nada a cambio de la representación. En ese momento, la voz del hombre, que recitaba el primer verso de la poesía titulada *El collar de la paloma*, se quebró. Me la sabía:

Cuando mis ojos ven a alguien vestido de rojo,

mi corazón se rompe y desgarra de pena.
¡Es que ella con su mirada hiere y desgarra a los hombres
y pienso que el vestido está empapado y empurpurado con esa sangre!

La gente se empezó a ir. Yo lo hice también, pero, al girarme, vi la cara de tristeza del pequeño y, sin que nadie me lo hubiera pedido, continué el poema de entre el público. La gente empezó a hacerme corro y yo llegué como pude hasta donde estaban el padre y el hijo, como si fuera también parte del espectáculo.

Las nubes han tomado lecciones de mis ojos
y todo lo anegan en lluvia pertinaz.
Que esta noche, por tu culpa, llora conmigo
y viene a distraerme en mi insomnio.
Si las tinieblas no hubieren de acabar
hasta que se cerraran mis párpados en mi sueño,
no habría manera de llegar a ver el día,
y el desvelo aumentaría por instantes.
Los luceros, cuyo fulgor ocultan las nubes
a la mirada de los ojos humanos,
son como ese amor tuyo que encubro, delicia mía,
y que tampoco es visible más que en hipótesis[25].

Cuando terminé, el silencio me apretó el corazón y, de pronto, comencé a escuchar unos tímidos aplausos que se convirtieron en cálidos poco después. Hice una pequeña reverencia con la cabeza. El niño se apresuró a pasar una gorra y muchos echaron algo de dinero. Me alejé, preguntándome por qué lo había hecho. Poco después sentí un tirón leve en mi manga. Me volví y me encontré con los ojos castaños de un niño que tendría la misma edad que yo cuando me caí de aquel árbol.

—Mi padre dice que las gracias te dé y que te diga que no podemos pagar más.

Me tendió tres monedas.

—Seguramente las necesitáis más que yo —le contesté, devolviéndoselas.

—Mi padre me ha dicho que si decías eso te contestara que somos pobres, pero honrados, y que, aunque no es lo justo, al menos es lo que más se acerca.

Le sonreí.

—¿Cómo está tu padre?

—Está mejor. Creo que ha recuperado la voz. Se ha quedado

guardando nuestras pertenencias en el carro.

—¿Cómo te llamas?

—Carlo.

—Carlo —le dije mirándolo directamente a los ojos y agachándome para quedar a su altura—, ¿viajáis solos?

El niño asintió.

—¿Tenéis más familiares?

—Tengo un tío en Nájera. Mi padre dice que, si le pasa algo a él, debo buscarlo.

Sentí una tremenda pena por Carlo y hasta estuve tentado de pedirle al niño que me llevara junto a su padre y proponerle trabajar juntos. Pero supuse que precisamente para evitar eso, con la excusa de cuidar del carro, había mandado a Carlo en vez de venir él.

—Cuida de tu padre —le pedí al tiempo que me ponía de pie.

—Adiós —dijo tristemente.

—Adiós, Carlo.

Me quedé allí quieto, sin pestañear, viendo desaparecer la silueta del niño entre las sombras del atardecer. Caminé entonces hacia Santa María y elegí un banco en el que pasar la noche.

Me despertaron los rezos de laudes, pero permanecí aún largo rato tumbado en el banco, con los ojos cerrados, al calor de mi manta y disfrutando de la música. Como había acordado, a la hora sexta, me presenté para ayudar a repartir el pan y el queso.

Frey Tomás me sonrió. La organización fue más sencilla ese día. Muchos de los presentes debían repetir del día anterior, pues se situaron separados hombres y mujeres sin decir nada. Cuando acabamos, el fraile me palmeó la espalda y, dándome las gracias, me dijo que podía ir donde Abda y pedir mi ración.

—Gracias, pero ¿estáis seguro de que queréis volver a sacrificaros por mí?

—Si yo me sacrifico por ti, te será más fácil a ti sacrificarte algún día por otro.

Lo observé mientras se perdía dentro de la iglesia. Fue la última vez que lo vi.

Aquella noche, en el silencio de la iglesia de Santa María la Vieja, tomé una decisión. Repasé las historias que había escuchado y las que me había inventado para contar a mi hermana. Repetí las gestas que habían quedado retenidas en mi memoria y decidí que no tenía más remedio que intentarlo. La primera vez fue horrible. No tenía ni idea de cómo atraer a la gente. Lo había visto hacer decenas de veces a otros, pero no me gustaba la idea de tener que hacerlo yo, y de hablar delante de una pequeña multitud. Me palpé la bolsa que llevaba. Las

últimas monedas tintinearon en su interior y me dieron fuerza para proseguir. Así fue como empecé a contar historias para sacar algo de dinero, así es como me convertí en juglar y en testigo de los acontecimientos históricos que ahora estoy narrando. Mi primera vez congregué a una decena de personas y conseguí una moneda. La segunda vez fue más fácil, aunque solo gané un trozo de cuero que al día siguiente cambié por un cuenco de sopa en una posada.

Munio tenía razón. Por algún motivo que no alcanzo a entender, era un buen narrador. Mis relatos congregaban a un gran número de curiosos. Disfrutaba viendo sus caras de asombro y de sorpresa cuando contaba leyendas, historias y cuentos. En muchas ocasiones mezclaba vidas y me inventaba hechos. Lo malo era que, la mayoría de las veces, a la hora de cobrar, mi audiencia desaparecía enseguida y eran pocos los que me daban unas monedas. Entonces entendí la rapidez de Carlo para pasar el gorro. Era el pago que se merecían y que muchos no les daban. En algunos momentos llegué a echar de menos a alguien como él que me ayudara, pero, como no lo tenía, hube de conformarme.

Desoyendo mi propio sentido común, empecé a robar. En realidad, eran tan solo préstamos. Cogía sayas, túnicas y capas que las mujeres ponían a secar. Las usaba para abrigarme o para vestuario de mis actuaciones y luego las devolvía, teniendo mucho cuidado de no confundirme con los dueños. También tomaba prestados otros objetos, como sombreros o aperos… Pero sabía que debía tener cuidado porque, aunque yo tomaba y devolvía, no bastaría mi buena intención para demostrar mi inocencia, si me pillaban.

Contaba historias de santos y de mártires escuchadas a otros, que yo adornaba con elementos propios. Ensalzaba las obras de santo Domingo de la Calzada, que había mejorado el Camino, y narraba dónde estaban enterrados reyes y reinas para que los peregrinos pudieran visitarlos en su viaje hasta Santiago. También cantaba gestas de valerosos caballeros cristianos y otras que llegaban a través de las tierras de Oc, en las que se mezclaban realidad y mitología.

Así sobreviví al verano y al otoño. Conforme se fue acercando el invierno, entendí que debía moverme. En la zona empezaba a estar demasiado visto. Desde el este, la Navarrería me llamaba y, aunque sabía que todavía no podía regresar, la tentación era tanta que decidí acercarme. Además, esa zona era conocida para mí y sería más fácil encontrar un buen sitio para pasar el invierno.

Una de las cosas que hice antes de marcharme fue adquirir un albogue[26]. En él invertí los pocos vellones que había ganado en mi vida itinerante. No tengo ni idea de por qué lo hice, entre otras cosas,

porque eso suponía restar mi patrimonio de cara al tiempo frío y porque, en realidad, ni siquiera sabía cómo se tocaba. Sin embargo, nunca me arrepentí de haberlo comprado. Había visto tocar uno en dos ocasiones, las dos en casa de Guilhem, y creía que no me sería muy difícil. Me equivoqué. Si se me daba bien narrar, desde el principio me quedó claro que no era tan hábil como pensaba para la música. Aunque con el tiempo llegué a tocar con cierto nivel, nunca fui lo suficientemente bueno como para componer canciones decentes. Tan solo repetía melodías que ya me sabía.

El albogue era de tercera o cuarta mano, por lo menos, pero su madera estaba bien conservada. La primera vez que soplé a través de su doble lengüeta, el sonido se me antojó extraño. Tuve que ensayar durante mucho tiempo para poder empezar a dominarlo. Con el albogue como nuevo compañero, atravesé Los Arcos y Estella y llegué a Puente la Reina y a la Villa Vetula de Murugarren.

Mis pies, hechos a andar, no dolían, pero los tenía fríos. Mi alforja colgaba sobre mi espalda y mis *kutunak* en mi cuello. Puente la Reina me provocó cierta nostalgia, seguramente porque era consciente de encontrarme a tan solo una jornada de mi ciudad. Pero sabía que no debía acercarme más.

Recorrí la localidad en la que se notaba especialmente la presencia de los hospitalarios de San Juan y de los templarios, además de decenas de peregrinos. Atravesé el puente y me quedé contemplando las aguas crecidas del río Runa, el mismo que llegaba desde Pamplona. Me cobijé en una taberna, al calor de unas brasas que parecían a punto de extinguirse, y de una jarra de vino. Me pareció bueno, aunque seguramente no lo sería.

Mi vista, acostumbrada a observar para narrar con eficacia y credibilidad, y mi olfato, tan dado a meterme en líos, hicieron que centrara mis sentidos en una mesa del fondo. Allí, dos hombres hablaban sin mirarse a la cara. Eso me hizo sospechar, o quizá fue, simplemente, que buscaba poner cara a los personajes de mis historias. No lo sé. El caso es que no les quité ojo. Tuve que pedir otra jarra de vino y un poco de pan para justificar mi presencia allí. Me gasté algo más de lo previsto, pero no me paré a pensar en ello en ese momento.

Me fijé en el pelo rizado y negro del más regordete. Sus ropas estaban sucias y raídas en los bajos, aunque lucía un anillo en uno de sus dedos que no encajaba con el resto de su apariencia. El otro, el más delgado y alto, vestía de manera impecable. Tenía la barba larga y sumamente cuidada y sus ropas denotaban su alta alcurnia. Su pelo castaño caía a lo largo de su rostro, pero no llegaba a los hombros.

Después de un rato y, cuando ya mi segunda jarra se estaba agotando, el más joven de ellos se levantó. Mi dilema era si seguirlo o quedarme a esperar al otro hombre. Estaba cavilando cuando el segundo individuo también se levantó, este a trompicones, dio unas monedas al tabernero y se fue. Dejé pasar unos instantes, apuré mi jarra y salí. Oscurecía, hacía frío y las calles estaban vacías. Miré a uno y otro lado. Corrí por las rúas aledañas. Los dos hombres habían desaparecido. Me negué a creer que los había perdido a ambos, pero la evidencia así lo confirmaba. Me llamé tonto, pero luego me dije que tampoco es que se me fuera la vida en ello. Así que me encogí de hombros, me abrigué bien con la capa y me fui a recorrer el lugar.

Un fino chirimiri empezó a dejar diminutas gotas sobre mi ropa. Enseguida me hice una composición del lugar y encontré un viejo granero vacío en el que cobijarme y pasar la noche. Mi sueño era ligero, mi equipaje siempre estaba preparado. Estaba acostumbrado a dormir con un ojo abierto para huir de inmediato ante la menor presencia extraña.

Empecé mis representaciones un sábado por la tarde con un juego de luces que había aprendido de un caminante que venía desde el condado de Champaña, al otro lado de los Pirineos. Aplicaba al fuego distintos elementos como *halita*, la misma piedra que mi hermana pequeña me había regalado, y conseguía que este tomara diferentes tonalidades. Sabía que eso despertaba el asombro de los espectadores, especialmente de los más pequeños. Todavía no dominaba el albogue, así que lo usaba solo al comienzo de mis actuaciones, repitiendo sonidos que había escuchado con anterioridad. Mi voz se articulaba a veces potente y grave; otras, suave y aguda, según los requerimientos del argumento.

Conseguir ropa prestada era más difícil en invierno que en verano, puesto que las mujeres no colocaban sus tenderetes al aire libre. Aun así, me hice con una saya femenina y una túnica. Usaba a modo de escenario una puerta de madera vieja que había encontrado y que sujetaba con palos y estacas. Había aprendido a cambiarme rápidamente de ropa y entraba por un lado de hombre y salía por el otro de mujer.

La actuación iba bien hasta que empezó a llover. Mi audiencia se disolvió antes de que las primeras gotas tocaran el suelo. Yo me quedé solo, sin público y sin pago. Me senté, dejando que el agua empapara mi cabello. Una anciana me dejó unas monedas. Iba acompañada de un chiquillo bien vestido. Le di las gracias. Recogí todo y me refugié en mi granero, que supuse que ya no se utilizaría hasta la recolección. Hacía frío y la humedad calaba mis huesos. Tiritaba. Pensé en sacar el

albogue y entonar alguna melodía, pero no quería ser descubierto, así que me envolví en la manta y esperé a entrar en calor. Me quedé dormido sentado, con la espalda apoyada en una fría pared.
Miré al cielo. Estaba raso y el sol lucía con intensidad. Preparé una actuación corta en un lugar soleado porque sabía que el frío molestaba a un auditorio que no dudaba en abandonar la historia a la mitad, si empezaba a estremecerse. Aquel día había puesto especial esmero en prepararlo todo porque necesitaba dinero y estaba empezando a pasar hambre. A falta de monedas y comida, me había acercado a la casa de los templarios, que atendían a los peregrinos menesterosos gratuitamente, y había tomado un frugal desayuno. Luego había montado mi pequeño escenario y había atraído a la gente con juegos malabares y lenguas de fuego. Cuando creí que se había juntado un buen número de curiosos, inicié mi actuación.

No escuché el ruido de los caballos acercarse, tan metido estaba en mi papel. En un determinado momento, lo único que llamó mi atención fue la desbandada de un público al que yo creía ganado. Los dos jinetes destrozaron mi escenario y recuerdo que lo único que pensé es que eran hombres de Raimundo que me habían encontrado. Maldije mi mala suerte e intenté escapar. Pero eran expertos jinetes y me acorralaron.

—¡Síguenos! —me dijeron.

Lo hice con la certeza de que la suerte volvía a abandonarme. La alegría dura poco cuando se es pobre. Me escoltaron hasta una casa grande. De hecho, era la más grande de Puente la Reina. Sabía que un tal don Fernando Martínez de Puente la Reina era su propietario y el señor más rico del lugar. También sabía que estaba muy enfermo, pues había escuchado rumores que decían que pronto su hijo Fernando Fernández heredaría los títulos. La casa tenía un amplio patio construido alrededor de un pozo. A la derecha, dos grandes árboles habían crecido frondosos. Seguramente darían buena sombra en verano. El lugar estaba en silencio cuando llegamos. Los dos jinetes descabalgaron. Uno de ellos se perdió en el interior y el otro se quedó escoltándome. Lo miré desafiante, como queriéndole indicar que no me daba miedo, aunque el valor iba menguando dentro de mí.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —le pregunté mientras esperábamos, convencido de que en cualquier momento aparecería Raimundo.

—Sin preguntas —se limitó a manifestar.

Estaba pensando en mis posibilidades de huir cuando se escuchó el ruido de una puerta y me giré hacia ella. Mantuve los músculos en tensión y una sola idea ocupó mi cabeza: lucharía con Raimundo allí

mismo; no me importaba morir, cualquier cosa antes de dejar que me llevaran de vuelta a Navarrete.

De la sombra apareció la silueta de un hombre joven. Cuando se acercó, calculé que tendría más o menos mi edad. Su pelo era de un color castaño claro, tenía unos intensísimos ojos azules y caminaba con aplomo.

—¿Cómo te llamas? —me interrogó.

—Soy Iñigo —le respondí sin ganas, modificando ligeramente mi nombre para ocultarme de algún modo.

—Iñigo ¿qué más?

—Iñigo García.

—¿De dónde eres?

—Vengo del oeste —le dije sin decir una mentira, pero ocultando mi procedencia.

—¿Y qué te trae a Puente la Reina?

Vacilé de nuevo antes de contestar. Después de esas breves palabras, ya había llegado a la conclusión de que, fuera lo que fuese lo que me había llevado allí, no tenía nada que ver con Raimundo. Pero un sexto sentido me hizo ponerme alerta. Había escuchado en las calles que, últimamente, se venían produciendo algunos robos. Supuse que me querían interrogar por aquel asunto. Estaba perdido. Aunque yo era inocente, en cuanto vieran las cicatrices de mi espalda, sospecharían de mí.

—Solo busco el sustento diario. ¿Qué queréis de mí? —le pregunté.

—Pasa —me invitó.

Lo seguí hacia el interior de una pequeña sala. El hombre que había quedado a mi cargo desapareció. El joven encendió un fuego antes de dirigirme otra vez la palabra.

—Soy Gonzalo Fernández —se presentó—, el hijo menor de don Fernando Martínez de Puente la Reina. Por lo que he oído hablar de ti, imaginaba que serías mayor —fruncí el ceño sin entender. Gonzalo continuó—. Dicen que eres un buen narrador y que conoces historias que nadie antes había contado. Eso me hizo suponer que serías más viejo.

—No hay que creerse todo lo que cuentan, señor —le manifesté.

Gonzalo sonrió. Parecía buena persona.

—Disculpa los modos con los que te hemos traído hasta aquí, pero a mí también me gustan las representaciones. Quería ver cómo reaccionabas.

—Me habéis dado un buen susto —dije con algo más de confianza —. Si queréis un pago por lo que saco de mis actuaciones, he de manifestaros que mis únicas riquezas son las que llevo encima.

Saqué unas pocas monedas que no cubrían ni la palma de mi mano.

—Guárdate las monedas —me pidió Gonzalo—. Lo que yo quiero proponerte es que actúes para nosotros.

—No lo entiendo, señor.

—El invierno es largo y aburrido y mi padre está enfermo. Me gustaría que sus últimos días los pasara entretenido. Además, en primavera y en verano solemos invitar a nobles y tenentes. Será divertido contar contigo para su entretenimiento. ¿Qué me dices?

Me quedé en silencio, por lo insólito de la propuesta. Como no contestaba, Gonzalo siguió hablando.

—Por supuesto, te pagaríamos y te ofreceríamos un techo en el que vivir. Aunque la comida correría de tu cuenta.

—Me parece una propuesta justa —le dije sin pensármelo demasiado.

Así es como llegué a casa del señor don Fernando Martínez y como conocí a Gonzalo, que me abrió nuevas puertas en mi vida y… me cerró otras.

Me presentaron al amo de la casa ese mismo día. Don Fernando tenía el rostro surcado por arrugas y una fatiga que le oprimía el pecho, lo que le provocaba un leve pitido cada vez que respiraba. Pasaba la mayor parte del día tumbado en su cama y solo salía al patio si hacía suficiente calor. Hablaba despacio y con dificultad. Gonzalo me contó que durante el último año había sufrido un par de achaques que prácticamente lo habían llevado a la tumba, pero que se había recuperado milagrosamente por la intercesión de Santa María. Sin embargo, tras conocer recientemente el fallecimiento de su hijo García en Tierra Santa, su estado había vuelto a empeorar.

Más que representaciones, lo que hacía era hablar con don Fernando. Mi labor era hacerle compañía. Yo le contaba historias de extraños y lejanos lugares como si los conociese o hubiera estado en ellos. Me lo inventaba todo, o casi todo. Él me preguntaba cómo eran algunas ciudades y yo las recreaba en mi mente para él. A veces me contaba algún episodio de su propia vida. Por las tardes, actuaba por mi cuenta, no solo en Puente la Reina, sino en las poblaciones cercanas. No recogía mucho dinero, pero había llegado a ahorrar una pequeña cantidad por si las cosas se torcían otra vez en mi vida.

Así pasé el invierno y llegó la primavera de 1172. Don Fernando, milagrosamente, sobrevivía y yo daba gracias a Dios, pues sabía que mi trabajo se acabaría con su muerte.

Aquella mañana había niebla, como la mañana en que Raimundo fue a recoger a mi hermana sin yo saber que venía también a por mí.

Don Fernando me miró directamente. Yo estaba sentado junto a su cama, en una silla baja.

—¿Qué historia queréis oír hoy? —le pregunté.

—Hoy quiero que me hables de Jerusalén.

En ese momento se me hizo un nudo en la garganta. Sabía lo que significaba ese sitio para él y no me atrevía a inventarme nada. Pero algo debía decirle. Así que tragué saliva e inicié mi relato. Un relato de un sitio que yo no conocía para un hombre que había perdido allí a su hijo.

—Jerusalén es el sitio donde los mejores y más valientes caballeros de la cristiandad defienden las enseñanzas de Jesucristo —le dije—. Allí el sol brilla de otra manera y la lluvia limpia los corazones y fortalece el espíritu. Cuando estuve allí, conocí a un caballero que tenía por nombre don García Fernández. Era valiente, alto, arrogante y guiaba sus pasos movido por una profunda fe y un gran amor a las enseñanzas de sus mayores. Tenía claro cuál era su destino y abrazó el camino de la defensa de la fe sin dudarlo. A menudo nos contaba historias de su lugar de nacimiento, de cómo la luna, grande y bella, se reflejaba sobre la superficie del Runa. Nos hablaba de su familia. De su padre, fuerte, distinguido y valeroso. Y de su madre, de la que se acordaba con cariño y nostalgia. Nos decía que cantaba como los ángeles y su rostro siempre brillaba como el sol de verano. Hablaba de los campos verdes que rodeaban su casa y de sus viñedos.

—El día que murió —sorprendentemente don Fernando me interrumpió con sus palabras— le tendieron una emboscada…

—Le tendieron una emboscada —repetí—. Sus compañeros y él se defendieron, pero les superaban en número. Haciendo gala de su generosidad y valentía, se volvió a los que lo acompañaban y les dijo que escaparan y no miraran atrás. Él retrocedió unos pasos montado en su caballo negro y les cubrió la retirada haciendo frente a los infieles.

—Blanco, su caballo era blanco, como el de Santiago.

—Montado sobre su caballo blanco se llevó por delante a diez antes de caer herido de muerte —hice una pausa. Don Fernando seguía mi narración con extremo interés—. Así es como García de Puente la Reina salvó la vida de sus compañeros de armas y de fe. Aún montado en su caballo, llegó al campamento, donde cayó exhausto. Él sabía que la vida se le escapaba. Recordó a su padre con lágrimas en los ojos y se encomendó a Dios. El hombre que cerró sus ojos…

—El maestre del Temple, Beltrán de Blanquefort —me interrumpió de nuevo.

—El hombre que cerró sus ojos, el maestre del Temple, Beltrán de

Blanquefort —seguí, sin tener maldita idea de quién era ese caballero al que se refería—, alabó su gesto y su extrema valentía. Él mismo cavó la tumba en la que hoy descansan sus restos, presididos por una cruz templaria y el emblema de su familia. Nunca he conocido a nadie tan valiente y generoso como García de Puente la Reina —completé.

Don Fernando me tocó el brazo y yo bajé mi mirada hacia él. Sus ojos tenían lágrimas. Me retiré. El relato que yo mismo me había inventado había dejado mi propio interior turbado. Nunca había pensado que, lejos de donde yo me encontraba, justo en el sitio en el que Dios había venido al mundo, los hombres se mataban y morían en nombre de la auténtica religión.

Caminé con la mirada perdida, sin rumbo predeterminado, y llegué hasta Obanos ofreciendo mi rostro barbilampiño al fuerte cierzo que soplaba. Desde su altura contemplé los pinares. El viento jugueteaba con mis cabellos haciendo que estos cubrieran mis ojos como si fueran cortinas. Aquella tarde no preparé función. Y por primera vez me pregunté cuál era el sentido de mi vida y si habría algún lugar en el mundo en el que yo encajara. Hasta entonces, en mi vida solo había habido sitio para la resignación y la infelicidad. No sabía por qué me hacía esas preguntas en ese momento. Nunca me había interesado lo trascendente de la vida.

Descendí despacio hacia Puente la Reina. Algún peregrino rezagado apretaba el paso para llegar antes de que la noche se echara encima. Acaricié el viento con mis manos, un viento que desapareció en cuanto alcancé los límites de la Villa Vetula. Me pareció escuchar ruidos extraños entre los árboles. Me detuve, pero no volví a oír nada raro. Lo único que llegaba hasta mí era el sonido de la cercana corriente del río Robo. Seguí mi camino con el pensamiento perdido en otros lugares. Un chasquido me devolvió a la realidad. Fue como si alguien hubiera partido una rama con el pie. Entonces, una figura saltó a pocos pasos por delante de mí. Instintivamente me agazapé entre unos arbustos. La silueta iba envuelta en una capa y llevaba una capucha puesta, de tal modo que su rostro quedaba oculto. Quien quiera que se escondiese en ella, giró la cabeza varias veces. Cuando se convenció de que no había nadie cerca, reinició su marcha.

Mi corazón, para entonces, latía frenéticamente y mi cuerpo temblaba como una trémula hoja. Me reprendí. ¿Por qué me había escondido? Iba a salir cuando vi cómo el hombre se daba la vuelta. Había algo que se intuía en su mirada, algo que atravesaba la zona de sombra en la que se ocultaba, que me hizo volver a temblar, porque de repente comprendí a quién pertenecía esa mirada sin rostro. Era uno de los dos hombres a los que había observado aquel lejano día de

mi llegada, sentado en la posada. Y estaba actuando de manera sospechosa.

Me quedé aguardando un buen rato sin atreverme a mover ni un músculo. Dejé pasar un tiempo prudente y me levanté despacio. Mis articulaciones se habían quedado rígidas y me costó desentumecerlas. Mi oído se activó y procuré que mis pasos fueran livianos. Me acerqué despacio al punto del que pensaba podía haber salido el hombre envuelto en la capa. La maleza era más espesa allí. Vi un bulto en el suelo.

Mi curiosidad me hizo acercarme. Tapado con hojarasca, encontré un fardo que contenía ropas. Me pregunté por qué las habría dejado allí. Las saqué. Llevaban la enseña del Temple. Las guardé otra vez y coloqué todo tal y como estaba, borrando cualquier rastro de mi presencia allí.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza. Di un rodeo y salí de nuevo al camino. «¿Estoy ante un hombre que se hace pasar por templario o ante un templario que quiere esconder su condición de caballero de la orden?», me pregunté. Sabía que eso no era de mi incumbencia, pero, contrariamente al sentido común, decidí que podía ser una buena historia que narrar en mis actuaciones.

Los últimos rayos de sol sembraban el valle de un ocaso rojizo. Me dirigí a la posada. Como sospeché, el hombre de la capucha estaba sentado en la misma mesa del fondo en la que yo recordaba haberlo visto, con el mismo compañero. Pedí una jarra de vino, compartí unas palabras con un par de peregrinos y regresé a la calle. Me escondí en el saliente de un muro mientras esperaba la salida de los dos hombres. Confiaba en no tener que estar allí mucho rato o, de lo contrario, empezaría a parecer sospechoso.

El primero en aparecer fue el más viejo de los dos. Se tambaleaba. Parecía bastante borracho. Tendría suerte si conseguía recordar el camino de regreso a su casa. Decidí esperar un poco más. El otro salió poco después. Se colocó la capucha y se dirigió a las afueras del pueblo. Lo seguí, guardando muy bien las distancias. Si no estaba confundido, sabía adónde se dirigía.

A esa hora, la luz era prácticamente inexistente. Una noche sin luna invitaba a guarecerse dentro de los límites de la localidad donde toda persona decente estaba protegida de los peligros de un asalto o de un robo. Pero yo me conocía muy bien aquel terreno. El hombre volvió la cabeza en un par de ocasiones. Tal vez sospechó algo. Me quedé quieto, sin respirar, hasta que escuché de nuevo el leve ruido de unos pasos lejanos. Esperé escondido. Al cabo, el ruido se escuchó muy cerca, venía hacia mí. A pesar de la oscuridad, descubrí el manto

blanco con la cruz roja patada a la altura del hombro izquierdo. Mi curiosidad creció. Lo seguí de nuevo hasta la Villa Vetula. No me extrañó verlo entrar en la casa de la orden. Me detuve ante la puerta. Observé su arco, quieto, mudo. A mi derecha, sobresalían los cimientos de lo que muy pronto sería la iglesia de Santa María de los Huertos. Seguí mi camino y me dirigí a casa de don Fernando Martínez. La noche era tibia y negra. El farolillo de la puerta me guio hasta allí. Me dirigí al patio y me tendí en el suelo. Miles de estrellas titilaban en la noche negra y misteriosa. Me dormí contemplándolas.

Días de luto

Él se encogió de hombros.

—¿Puedo hacer algo por vos?

Gonzalo negó con la cabeza.

—Mejor, demos un paseo —me dijo, comenzando a andar hacia las afueras de Puente la Reina.

Caminamos un buen trecho. A pesar de estar acostumbrado a hablar, no se me ocurría nada que decir. Fue él quien rompió el silencio.

—Quería darte las gracias —se sinceró.

Me paré y mi extrañeza se reflejó en mi rostro.

—¿Qué he hecho para merecer vuestro agradecimiento? —le pregunté.

—La noche que narraste la muerte de mi hermano para mi padre, escuché tu historia.

—No quise molestar a vuestro padre.

—No lo hiciste. Al contrario. Sé que murió feliz. Desde que recibió la noticia del fallecimiento de mi hermano, mi padre vivía en un completo desasosiego. Tu historia le devolvió la paz que había perdido.

—¿Aunque no fuera verdad? Quiero decir, yo no sabía muy bien cómo había muerto vuestro hermano.

—Era la verdad que necesitaba oír mi padre. Y supongo que también nosotros. Todos necesitábamos cargar de algún valor el sacrificio de García.

—Si se parecía un poco a vos, seguro que murió con valor y entrega.

Gonzalo hizo una mueca.

—¿Sabes? Frey Tizón me contó cómo murió mi hermano, pero no fue hasta escuchar tus palabras cuando sentí que todas las piezas encajaban. De algún modo, tu narración hizo que me sintiera cerca de él. Lo que más me dolió cuando me dijeron que había muerto fue no recordar nada de él. Su presencia se había convertido en un vacío. Pero tras escucharte, volvieron a mi mente recuerdos sepultados y me vi jugando con él y preparando trastadas para incordiar a nuestros hermanos. Entonces me acordé de que era divertido estar con él. Creo que a mi padre le sucedió algo parecido.

—Tal vez estéis dando demasiada importancia a mis palabras.

—Solo en su justa medida —aseguró.

Seguimos caminando. Las nubes cubrían gran parte del cielo, pero no hacía frío. Con el rabillo del ojo observé las finas telas de su vestuario y las comparé con mis ropajes. A pesar de nuestras diferencias estamentales —él era un infanzón que podía llegar incluso

a emparentar con la nobleza y yo tan solo un narrador de historias itinerante—, Gonzalo me caía bien. Sus profundos ojos azules tenían fuerza y eran a la vez sinceros. Supongo que por eso nunca pude odiarle, aunque algún tiempo más tarde ardiera en deseos de hacerlo.

—Dicen que el rey se encuentra ya en Puente la Reina —le comenté.

—Sí, ha llegado con su hijo Sancho. Yo mismo los he escoltado desde Pamplona. Bueno, yo y otros caballeros más importantes —sonreí al escuchar las palabras de orgullo de su voz, a pesar de la modestia con la que las quería envolver—. Para nosotros es un honor que el mismo rey Sancho, el sexto de su nombre, asista al entierro de mi padre.

—Eso supone que el rey lo tenía en alta estima.

—Fuimos una de las familias que apoyamos su subida al trono como sucesor de su padre el rey García Ramírez el Restaurador. Estuvimos presentes cuando lo alzaron sobre el escudo. Bueno, yo no, que todavía no había nacido, pero mi padre me lo ha contado en numerosas ocasiones y me ha hablado de las invitaciones que el rey nos hacía para que lo visitáramos en Tudela. Aunque yo era muy pequeño y no me acuerdo de nada.

Yo tampoco recordaba nada de cómo habían transcurridos los primeros años del reinado de Sancho VI. Había nacido el mismo año que Gonzalo. Él era un apuesto infanzón al servicio directo del rey y yo un miserable a quien su propio padre había vendido a Raimundo para poder casar a su hija.

—Me gustaría que hoy ocuparas un puesto entre las gentes de mi casa —me soltó de pronto—. No podrás estar con la familia, claro, pero mi padre te tenía afecto y formas parte de los clientes de mi linaje.

—Será un honor, allí estaré —le prometí.

No sé por qué hice esa promesa. Me imagino que porque Gonzalo tenía un don especial para caer bien a la gente y porque me trataba sin desprecio. Me situé entre la servidumbre del hogar de don Fernando. Desde las primeras filas llegaba un continuo plañido que pronto hizo que me desentendiera de la ceremonia. Observé al rey Sancho, que ocupaba el lugar de honor. Nunca se me había ocurrido pensar en cómo sería la vida de un monarca. Muchos coincidían en decir que era sabio, y parecía asentado, pero yo sabía que no lo había tenido fácil. Cuando empezó a gobernar, muchas familias de ricoshombres se habían desnaturalizado del reino, como el propio Pedro Ruiz de Azagra, a quien yo había conocido en Sahagún. Y Roma no lo reconocía como rey, sino solamente como dux. Pero Sancho,

actuando con inteligencia, había sabido estabilizar y renovar su reino, que, desde 1162, ya no se denominaba reino de Pamplona, sino reino de Navarra. Lo observé con interés, preguntándome si en él se mostraría alguno de los rasgos de su bisabuelo, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

Aunque centré en él mis disquisiciones, quien acaparaba las miradas de todo el mundo era el muchacho alto y robusto que lo acompañaba; su hijo Sancho. «Quizá él consiga ser reconocido por Roma como rey de Navarra algún día», pensé. Sus manos eran grandes y fuertes para su edad, capaces de sujetar una maza como quien maneja una pequeña piedra. Creo que él mismo era consciente del temor y de la expectación que causaba su presencia. Seguramente sería un buen guerrero, algo que necesitaría si quería mantener el reino a salvo de las amenazas exteriores.

Me quedé quieto mientras el resto de la gente comenzaba a desfilar. Ni siquiera me di cuenta de que la ceremonia había concluido. Los llantos se habían convertido en leves suspiros. Mi mirada se quedó clavada en el rojo escudo del rey Sancho con forma de carbunclo. Me pregunté cuál sería mi destino a partir de ese momento. Mis dudas se disiparon poco después. Abandoné el lugar cabizbajo y pensativo y alguien rozó mi hombro cuando yo ya enfilaba el camino a ninguna parte. Gonzalo tenía los ojos rojos y el rostro compungido. Se le veía triste y consternado, pero, aun así, fue capaz de esbozar una pequeña sonrisa.

—Ya sé que os lo he dicho, pero siento de verdad la pérdida de vuestro padre —le repetí algo incómodo.

El infanzón asintió.

—El rey y el infante Sancho se hospedarán hoy en nuestra casa. Mi hermano Fernando me ha pedido que te diga que nos gustaría que prepararas algo para esta noche, después de cenar.

Me quedé mudo. En otras circunstancias habría sido un honor actuar para el rey y para Fernando Fernández, pero se trataba de una noche de luto. ¿Qué se supone que iba a preparar? ¿Una fábula? ¿Una fiesta? Estaba acostumbrado a actuar para un público variopinto y con ganas de reír, pero en este caso no se daba ninguna de las circunstancias. ¿Cómo se entretenía a alguien que acababa de perder a un padre y a un amigo? La verdad es que yo no tenía ni idea. Gonzalo debió de leerme el pensamiento.

—Sé que no son las mejores circunstancias para preparar algo de entretenimiento, pero es solo para amenizar la estancia del rey. ¿Lo harás?

Asentí. Me era muy difícil negarle nada a Gonzalo. Anduve toda la

tarde deambulando por Puente la Reina y la Villa Vetula mientras buscaba en mi mente alguna historia apropiada con la que sorprender a mi audiencia. Pero todas las que me venían a la cabeza me parecían del todo inoportunas. Al final de la tarde, me conformaba con encontrar una historia correcta, aunque ni siquiera fuera sorprendente o propiamente bella. Tengo que confesar que llegué al salón donde se sirvió la cena sin tener ni idea de qué iba a contar.

Cuando Fernando, el hermano de Gonzalo, anunció que Iñigo García iba a relatar una historia con que amenizar la sobremesa, mi cuerpo reaccionó tornándose débil. Era la primera vez que sentía pánico a actuar. El miedo venía no por creer que pudiera quedarme en blanco, sino por no saber cómo podía reaccionar mi audiencia. Cuando representaba en la calle, si al público no le gustaba lo que veía u oía, simplemente lo gritaba o se iba. Pero ¿cómo reaccionaría un rey al que no le gustara lo que estaba oyendo? Me aclaré la garganta y comencé mi explicación situándome en el centro de la sala. Aquel día no utilicé el albogue, no me pareció oportuno.

—Para entender la siguiente historia —empecé—, es menester remontarse unos siglos atrás. Lo que os voy a relatar es una gesta épica escrita a partir de los hechos acontecidos en la batalla de Roncesvalles del año 778, en la que el joven Roland, prefecto de la Marca de Bretaña y militar encargado del mando de la retaguardia de las fuerzas del rey Carlomagno, perdió la vida. Sucedió que el 15 de agosto, las tropas de Carlomagno, quien había atravesado los Pirineos y tomado la ciudad de Pamplona, regresaban a su reino para combatir el ataque de los sajones. Fue entonces cuando una fuerza de vascones preparó una emboscada y batió al conde en represalia por haber saqueado su ciudad.

»Pero, lo que vais a escuchar no son los hechos históricos, lo que vais a oír es *La Chanson de Roland*. En ella, el heroísmo, la traición, el dolor y el amor toman forma humana.

Mientras narraba estos hechos, me movía entre mi auditorio, intentando captar hasta dónde llegaban mis palabras. Entonces lo vi. Él estaba allí, tan cerca de mí que si extendía mi mano podía meterle un dedo en el ojo. El «templario» estaba sentado a la mesa de Fernando. A su lado, otro templario exhibía sus canas con una dignidad poco común. La apostura de este último llamó mi atención. Seguía la narración con sumo interés y sus ojos apenas pestañeaban. Pero no era el momento de perder el hilo de mi historia.

Así que empecé el relato en romance navarro-aragonés de las estrofas que me había aprendido de memoria en casa de Guilhem Aude y no me detuve hasta el final; atrapado por la propia historia

que yo contaba, totalmente inmerso en ella, como si la narrara para mí y para nadie más, empuñando en mis manos la misma espada que Roland llamaba Durandarte y que, según la leyenda, guardaba varias reliquias (un diente de San Pedro, sangre y cabellos de San Basilio y un trozo del manto de Santa María).

El conde Roland llama a Gualderio de Ulmo y le dice:
«Tomad mil franceses, de Francia, nuestra tierra,
y ocupad las cumbres y los desfiladeros,
para que el emperador no pierda a uno solo
de los hombres que lo acompañan».
«Así he de hacerlo, por vos» —responde Gualterio.
Con mil franceses de Francia, que es su patria,
Gualterio sale de las filas y alcanza
desfiladeros y las alturas.
Ninguno descenderá, para conocer
las más penosas nuevas, antes de que se hayan
desenvainado innumerables espadas.
Ese mismo día, entablaron una dura batalla
con el rey Almaris, del país de Balferna[27].

Solo cuando mis últimas palabras se extinguieron, sentí el peso del silencio que me rodeaba y los rostros tomaron forma a mi alrededor. Aprecié decenas de ojos clavados en mí, mientras yo, en medio de la sala, esperaba con mis puños apretados y mi mandíbula aún en tensión. Fue el infante don Sancho quien rompió el silencio prorrumpiendo en aplausos. Los demás lo siguieron y la sala se llenó del eco de las palmas. Me incliné tal y como se esperaba de mí y solicité la venia del rey para retirarme. Al hacerlo, evité sostener su mirada, aunque en los instantes en que nuestros ojos se juntaron, pude ver su brillo y su calma. Salí de la sala y me escabullí por la puerta de atrás de la casa. Una puerta que había descubierto por casualidad un día de lluvia en que buscaba cobijo en el patio de la morada de don Fernando. Quedaba prácticamente tapada por el tronco de un árbol y por fuera era difícil de distinguir, porque daba a una zona llena de arbustos y zarzas. Era el sitio ideal para desaparecer.

Recorrí un pequeño sendero prácticamente olvidado. Sentí las zarzas engancharse en mis tobillos, pero logré zafarme de ellas. La noche estaba templada y el cielo estrellado. Salí de la localidad y me senté en el suelo, apoyando mi espalda contra el tronco de un árbol. Levanté la vista. La estrella polar me miraba desafiante, burlando con su brillo la pequeñez que yo sentía. «¿Es esto lo que voy a ser?», le

pregunté como si ella tuviera la respuesta.

De pequeño había soñado con ser un caballero y demostrar mi valentía. Luego descubrí que alguien de tan baja cuna como yo no podía ser caballero. Así que me hube de conformar con ser labrador, pero mi cojera había truncado también esa posibilidad. Guilhem me había abierto con sus enseñanzas una puerta que alimentaba mi curiosidad. Aunque no tenía muy claro entonces para qué podría utilizar todo ese saber, jamás me había imaginado convertido en un juglar errante, sin más futuro que el presente, sin más vida que un tablado improvisado, dependiendo de los caminantes, de las inclemencias del tiempo y de mi ingenio.

Me sentí distinto. Me fue difícil reconocerme en ese narrador que había recitado los versos del cantar sin titubear. Respiré profundamente y me llevé las manos a mi pierna lisiada. La misma que mi *amona* Assona había cuidado con esmero y paciencia. Creo que, gracias a sus curas, yo volví a caminar. Mi madre lloraba la desgracia, incapaz de consolarme, como si lo malo le hubiera ocurrido a ella y no a mí. Y mi padre, cuando lo supo, me habría golpeado hasta matarme si mi *amona* no se hubiera interpuesto entre él y yo. Caminé en silencio por la orilla del río. Sus aguas oscuras, apenas iluminadas con la luz de una luna creciente, devolvían la imagen de un joven que no reconocí.

Eunate

—¿Los dos Alfonsos? —preguntó, intentando decidir si yo sabía exactamente de lo que estaba hablando.

—Me refiero a Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón.

—¿Eres caballero, además de juglar? —me cuestionó. La pregunta me hubiera ofendido de haber venido de cualquier otro, pero era Gonzalo quien la hacía.

—Solo intento deciros que tengáis cuidado.

—Mi espada está pronta y mi brazo es fuerte.

—No lo dudo. No os he visto pelear, pero estoy seguro de vuestro coraje y valentía.

La cuestión quedó zanjada y Gonzalo cambió de tema.

—Antes de partir —dijo—, vamos a visitar la iglesia de Santa María que están construyendo en los términos de Muruzábal. ¿La has visitado ya?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Podrás hablar de ella en tus historias. Te gustará.

Gonzalo no me dio tiempo a decir que no. Lo seguí. Él se adelantó con su caballo uniéndose al resto de caballeros que escoltaban al rey y al infante. Pronto su estela se quedó reducida a un punto pequeño en el horizonte.

Caminé sin muchas ganas hasta que la silueta de la iglesia en construcción recortó el horizonte. Me quedé parado contemplándola. El rey y su séquito ya habían llegado y recorrían el lugar guiados por frey Pedro Tizón, que era aquel templario veterano cuyo aspecto me había impresionado en la cena que siguió al funeral de Fernando Martínez de Puente la Reina. Me acerqué poco a poco. Cuando quería, sabía cómo pasar desapercibido. Contemplé las paredes de la iglesia de lejos. Había algo en ella que me atrajo enseguida y me impidió apartar la mirada. Sonreí, aunque no había un motivo especial para hacerlo.

Me senté a contemplarla desde el sur. Había ajetreo en sus alrededores. Y no solo por la presencia del rey, sino porque las obras estaban en todo su apogeo. Me decidí a acercarme. Aquella primera vez me fijé en el conjunto y dejé escapar los cientos de detalles que contenía. Esperé a que todos hubieran abandonado el interior para acceder a él. Entré por la puerta que da al oeste. El espacio interior correspondiente al ábside carecía de ángulos, a diferencia de la forma pentagonal que exhibía por fuera. Recorrí el lugar con la mirada, dejando que la luz exterior que se colaba por los lucernarios y los huecos de las paredes inconclusas bañara mi propio cuerpo. Una pequeña estatua de la Virgen presidía el altar.

Estaba tan ensimismado que no escuché la voz que me llamaba por detrás. Solo me di cuenta cuando sentí una mano golpear mi hombro. Al volverme, me encontré de lleno con frey Tizón. Su pelo cano hacía resaltar sus ojos oscuros.

—¡Ah! Eres tú, el juglar.

Fui a decir algo, pero él se limitó a pedirme que saliera porque interrumpía las labores constructivas y se perdió por la salida que daba al norte. Su paso era apretado y ligero a la vez. Lo seguí con la mirada, tomé aire y salí detrás de él. Un silencio de paz flotaba a su alrededor.

El sol impactó en mis ojos. Los apreté para esquivar su fuerza. Me pareció que todo lo que me rodeaba formaba parte de un sueño más que de una realidad. Me despedí de Gonzalo pidiéndole de nuevo que tuviera cuidado. Él me sonrió a modo de respuesta. Supongo que detrás de sus buenos modales y de su compostura había un guerrero que esperaba la batalla.

—Mi hermano te sigue guardando un sitio donde dormir si tú aceptas actuar para él cuando te lo pida.

Asentí y le di las gracias. Se alejaron. Su destino era Pamplona. Yo lo sabía y me dolía. Estando a tan solo unas horas de camino, era imposible evitar pensar en la Navarrería y en Jimena. Quizá algún día reuniera el valor necesario para ir a ver a mi hermana sin que nadie más se enterara. Pero no quería regresar como un derrotado. Y temía que los hombres de Raimundo me esperaran en casa.

Tomé un camino que partía de la iglesia hacia el sur. Mi único compañero era el silencio que proyectaba mi corazón. Pasé al lado de una higuera, en la que entonces apenas me fijé y, sin embargo, con el tiempo llegaría a ser testigo de un momento memorable de mi existencia, y seguí mi camino perdiendo la noción del tiempo. Me obligué a regresar cuando vi que el sol descendía sobre el horizonte. Una franja de nubes se había interpuesto entre él y la tierra. El astro las teñía de rosa fuego. Si me daba prisa, aún tendría tiempo para disfrutar mejor de la iglesia. Tenía curiosidad por saber qué se sentía en ese lugar de las estrellas, solo y en silencio. Aunque me equivoqué al pensar que estaría solo. Ya desde la lejanía pude ver dos puntos luminosos, dos hogueras, que cobraban vida en el atardecer.

Me acerqué. Alrededor de la primera había varios hombres sentados. Compartían vino y viandas y se reían sin parar. Frente a la otra, había un hombre solo. Me fijé en él y me pregunté por qué estaría apartado. Era extremadamente alto y fuerte. Sus gruesas manos agarraban un palo en el que había ensartado algo de carne para asarla.

—¡Eh, *Jentil*[28]! —le gritaron los otros—, parece que hay alguien

que requiere tu compañía.

Él no se inmutó. Se llevó la carne a la boca y de un mordisco arrancó un pedazo más grande que mi mano.

—¿Se te ha perdido algo? —me gritó el gigante con voz fuerte y grave.

—He venido antes —le dije—, con el grupo de Gonzalo —me miró como si no supiera de qué le estaba hablando—. Y quería ver la iglesia de noche.

Del otro grupo llegaban risas y carcajadas.

—A Tizón no le gustan los curiosos —me dijo.

—No es simple curiosidad. Este lugar exhala… No sé cómo decirlo…

—¿Poder? —me preguntó como si fuera obvio que yo iba a pronunciar esa palabra.

—Quietud y magnificencia.

Me miró de pronto y se calló como si hubiera intuido que había hablado demasiado. Lo dejé con su cena y sus pensamientos y me dispuse a irme.

—¿Ya te vas? —oí que alguien preguntaba desde la otra hoguera. No hice caso y proseguí hasta que sentí la punta de una espada en mis riñones.

—¿No has escuchado la pregunta?

—No. Lo siento —me disculpé, intentando no mostrar nerviosismo.

—¿Por qué no nos acompañas? —me invitó sin dejar de apuntarme con el arma.

—Sois muy amables, pero he de regresar.

—No es una invitación —dijo un segundo hombre—. ¡Acércate!

Me giré y recibí un empujón que me lanzó hacia el fuego. A punto estuve de caer sobre él, pero, en el último instante, incliné mi cuerpo hacia la derecha haciendo que mi propio peso me alejara de las llamas. Me apoyé sobre mi brazo izquierdo y eso evitó que me diera de cabeza contra el suelo. El hombre que había hablado en segundo lugar me agarró del cuello y sacó su espada. Pude escuchar el suave siseo que provocó el arma al ser desenvainada y pensé que ese había sido el último sonido que habían escuchado muchos hombres antes de morir.

A pesar de la oscuridad, vi el brillo del filo de la espada al pasar ante mis ojos. Intenté zafarme, pero su fuerza era diez veces la mía.

—Necesitamos una cabeza para que proteja este lugar. Quizá puedas prestarnos la tuya. Solo te la arrancaremos una vez y luego la enterraremos.

El coro de hombres rio su gracia. Mi corazón empezó a agitarse

mientras sentía cómo me empezaba a faltar el aire. Entonces el tono de las risas se elevó. Miré de reojo a la otra hoguera. El hombre al que habían llamado *Jentil* permanecía totalmente ajeno a mi suerte. De pronto, cuando yo ya me temía lo peor, la fuerza del brazo que me sujetaba se aflojó, recibí otro empujón y me quedé sentado en el suelo. Me llevé las manos al cuello y me afané por recuperar mi respiración, tan agitada que parecía no iba a volver a serenarse.

—Estos son Mateo, Marcos, Lucas y Juan —me dijo el que me había cogido por el cuello, mientras se sentaba.

Los cuatro *evangelistas* estallaron de nuevo en risas. Desde el suelo, contemplé al hombre al que todos reían las gracias. Se me hizo un nudo en el estómago. Lo conocía. Era el mismo hombre de la posada, el mismo al que había visto esconder su ropa de templario entre la oscuridad y el follaje, el mismo que vi en la cena del día del entierro de don Fernando. Bajé la vista. Sabía que él me observaba.

—¿Así que sientes curiosidad por este sitio? —me preguntó.

—Es solo que no había visto nunca una construcción así —dije por comentar algo.

—Tú has visto poco mundo —dijo uno de los otros, Mateo o quizá Juan—. Si vieras el templo de la cúpula dorada… Cuéntaselo, Alcatón.

«¿Alcatón? —me pregunté—. ¿Acaso tendrá algo que ver con la población de Alcatón?».

—Deja de dar sermones y llena mi jarra de vino.

Los contemplé mientras me pasaban a mí también una. Todos tenían el pelo corto y barbas largas y cuidadas. Cuatro de ellos lucían la insignia del temple en su pecho. El quinto, era un hospitalario de San Juan. Me extrañó que estuvieran bebiendo, pero no hice preguntas. Me limité a beber con ellos y, aunque no entraba dentro de mis planes quedarme allí, fui un invitado forzoso al que no le quedó más remedio que formar parte de un corrillo muy particular.

Junto al fuego, aquella noche, escuché lo que Gonzalo no quiso o no se atrevió a decirme. Los rumores sobre la buena connivencia en la que se encontraban los dos Alfonsos parecían extenderse. Eso, unido al matrimonio entre el rey castellano y Leonor de Aquitania, había dejado a Navarra, en cierto modo, aislada y a merced de lo que ellos pudieran decidir.

Alcatón fantaseó al respecto. Al parecer, no había encajado muy bien que le destinaran a un sitio tan apartado de Jerusalén. Se veía en cada uno de sus gestos que se moría por entrar en combate. Cuando surgía ese tema, sus ojos adquirían un brillo especial y el reflejo de las llamas pasaba a formar parte de su embrujo. Mientras seguían hablando, giré la cabeza hacia la otra hoguera. El gigante había

terminado de cenar y se había acostado. Sus ronquidos llegaban hasta nosotros.

—¡Ya sé de qué te conozco! —escuché de pronto.

Alcatón clavó sus ojos en los míos. A pesar de la cercanía del fuego, sentí frío en mi interior. Si ese hombre volvía a sacar su espada, estaba perdido.

—Eres el juglar que actuó el otro día en casa de don Fernando.

Asentí. No tenía muchas ganas de hablar de eso. De hecho, solo quería poder irme de allí. Pero en cuanto Alcatón pronunció la palabra juglar, cuatro pares de ojos me escrutaron en la oscuridad. Sentí su intensa mirada y la petición de que les recitara algo se convirtió en un clamor. Ante mis iniciales objeciones, la punta de la espada de Alcatón en el gaznate me convenció para hacerlo.

Reconozco que esa noche no estuve muy inspirado y que las notas salieron desafinadas de mi albogue, pero el vino ingerido me hizo estar más ingenioso de lo que acostumbraba y no me mordí la lengua a la hora de recitar la indecente *La moza que tocaba el pandero*, que yo mismo había compuesto.

Cuando ya estaba terminando, me di cuenta de que no había elegido el mejor tema para hablar a cinco hombres que habían entregado su vida a Dios. Pero me dejé llevar por sus risas, y mis comentarios jocosos y picantes continuaron.

Tenía la extraña sensación de haber dormido demasiado poco. Me revolví inquieto en el suelo y mi cara dibujó una mueca de dolor al sentir algo clavado en la espalda. Mi boca tenía un regusto raro y mi estómago parecía revuelto. No estaba acostumbrado a beber. Abrí los ojos. Los campos dorados que rodeaban el lugar desplegaban una suave luz sobre la tierra. Me puse en pie y estiré los brazos. Al despertar, mi cojera se acentuaba. Me acerqué a la estructura octogonal de la iglesia. Lo que parecía el nacimiento de unos arcos se intuía en el exterior. Treinta y tres, conté. Más tarde, frey Tizón me explicaría que habían elegido ese número porque eran los años de Jesús, Nuestro Señor, cuando murió en la cruz y que la iglesia tenía planta octogonal porque era la forma que más se asemejaba al círculo, que representaba la Resurrección. Acerqué mi mano al muro. La piedra me pareció suave y templada. Un pinchazo en mi espalda me hizo detenerme. No hacía falta girarse para saber qué mano empuñaba la espada cuya punta apretaba, una vez más, mis costillas.

—Eres madrugador, juglar —me dijo.

Se me hacía raro que alguien se dirigiera a mí llamándome juglar. Había pasado de ser el cojo a ser el juglar, pero todavía se me hacía extraño que me reconocieran como tal. Me pasé la lengua por los

labios mientras decidía qué hacer, pero comprobé que estaba demasiado espeso para pensar. Escuché una carcajada y la presión de mi espalda desapareció. Me giré. Alcatón no parecía recién levantado. Su túnica estaba limpia y sin arrugas y su cara lucía como recién lavada. Vi cómo metía la espada en su funda. A la luz del amanecer vislumbré con claridad su empuñadura; era aparentemente sencilla, aunque en ella se apreciaba un pequeño rubí incrustado.

Alcatón siguió la dirección de mis ojos.

—¿Sabes por qué mi espada tiene engastado un rubí? —me preguntó. Seguramente intuyó que yo sabía que los templarios no podían poseer joyas, salvo que fueran una limosna.

—No —negué mientras llevaba mi mirada de la espada a sus ojos.

—Amalarico I de Jerusalén me la otorgó por el honor y valor demostrados en la protección de los santos lugares.

—Parece que echáis de menos Jerusalén…

—Allí es donde hay que estar —me dijo con los ojos perdidos en algún sitio desconocido para mí. Retornó al cabo de unos instantes—. Te estaré vigilando, juglar.

Caminé despacio hacia Puente la Reina, perdido en las ensoñaciones de una noche corta. Atrás dejé a los cuatro *evangelistas* durmiendo. *Jentil* había desaparecido.

Aquel día, cuando regresaba de mi rara noche en las cercanías de la iglesia octogonal, Fernando me llamó a sus aposentos. Lo saludé cortésmente y bajé la cabeza esperando sus palabras. Con frases claras y precisas me advirtió que mi estancia en su hogar era temporal y que en modo alguno pensara que había adquirido ningún derecho al respecto. Me hizo saber que estaba allí por sugerencia de Gonzalo y que podría seguir usando las cuadras o las cocinas como dormitorio, pero que no tenía derecho a comida diaria.

—Solo se te dará de comer los días que actúes para mí —me dijo.

Le di las gracias tantas veces como fui capaz en mi camino hacia la puerta, aunque tampoco sentía tanta gratitud, y salí. Recorrí los campos agostados por el sol y observé a los labradores recoger la cosecha. Eché la vista atrás. Habían pasado algo más de dos años desde aquel día de mayo del año 1170 en que abandoné la Navarrería. De no haberme topado con Raimundo, aún estaría en mi casa. Tan fatigado y sudoroso como los labradores que veía en los campos de Puente la Reina, pero en mi casa. Me detuve unos instantes en la parte de tierra que se había dejado en barbecho, no sé muy bien si echando de menos mi vida anterior o aliviado por no tener que retornar a ella. Al cabo, me alejé de los campos y busqué la sombra de los árboles que crecían a la orilla del río Robo. Su caudal, del que se nutría el Runa,

era escaso. Seguí su curso. Sin yo saberlo, mis pasos me llevaron de nuevo hacia la iglesia de Santa María. Llegué sofocado y entonces me di cuenta de que había apretado el paso hasta casi correr.

Me cercioré de que no estaba Alcatón antes de dejarme ver. No tenía ganas de encontrármelo. Varios hombres trabajaban en un edificio contiguo que próximamente serviría de hospital para peregrinos. Pasé a su lado, aunque ninguno pareció advertirlo. Rocé con mis manos uno de los arcos. Desde mi perspectiva, parecía como si hubiera cien. «*Ehun ate* —repetí para mí—. Cien puertas»[29].

La del oeste estaba abierta. Entré. Los suaves repiqueteos del cincel se escuchaban con un leve eco. *Jentil* trabajaba absorto. Me quedé observándolo. Hacía su trabajo con delicadeza, algo que en principio chocaba con su presencia tosca y enorme. Llevaba una protección anular y golpeaba con un martillo que se veía demasiado pequeño en sus manos. Sin embargo, parecía hecho a él, de tal forma que su ejecución era perfecta.

Trabajaba en un capitel cercano al ábside. Me quedé mirando la composición. Se trataba de una bailarina[30]. Junto a ella aparecían dos músicos tocando el rabel. No miraban a la bailarina, sino directamente al observador. Desde el momento en que los vi, me identifiqué con ellos. *Jentil* se volvió y me encontró casi pegado a su espalda. Resopló. Supongo que fue porque no me había oído y porque no le gustaba que le observaran mientras trabajaba.

—Será mejor que salgas de aquí —me dijo amenazándome con el cincel.

Abrí los ojos tanto que seguramente parecería que se me iban a escapar.

—¿Por qué esa representación tan cerca del ábside? —le pregunté repuesto y decidido a seguir mirando para aprender cómo trabajaba la piedra. Nunca había tenido la oportunidad de hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Es simplemente preciosa —le comenté.

Mis palabras de halago parecieron suavizar su resistencia. A pesar de su apariencia, *Jentil* era un hombre de gran corazón.

—¿Sois vos el autor de todas las esculturas? —le pregunté.

—De algunas —retumbó su voz grave.

Me moví hacia la derecha. Desplegadas en una suave tela, sobre una piedra cuadrangular casi perfecta, descansaban sus herramientas. Todas ellas en impecable estado y perfectamente limpias, salvo las que había utilizado, que estaban recubiertas por una fina capa de polvo. Instintivamente, mi mano se movió hacia ellas.

—¡No! —escuché—. Puedes mirar si quieres, pero jamás toques

una de mis herramientas si no quieres ver tu dedo colgado en uno de los canecillos exteriores. No es una advertencia, juglar, es una verdad tan grande como que hay Dios en el cielo.

Supe que hablaba en serio. Retiré mi mano. Me quedé en silencio escuchando el repiqueteo. Pronto descubrí que el escultor de Eunate era un perfeccionista. Nunca daba por terminado un trabajo hasta haberlo repasado mil y una veces. Seguramente por eso lo contrató Tizón. Por eso y porque jamás discutía una orden directa suya. Después, murmuraba y despotricaba entre dientes si no estaba de acuerdo o no le gustaba el encargo, pero nunca delante del templario.

Pasé horas absorto en el trabajo de aquel hombre, que me parecía un gigante. Cuando pasaba sus manos sobre la piedra, acariciaba cada una de las figuras, como si las quisiera proteger o incluso dotar de vida.

Cuando comenzó a oscurecer, un hermano templario llevó varias luces y las encendió sin decir nada. Parecía que *Jentil* contaba con la aquiescencia de casi todos los que trabajaban en el lugar. Y digo de casi todos porque había cinco personas que no lo creían capacitado, y yo había conocido a las cinco. El resto se mostraba respetuoso y, si eso era así, solo había una razón, que lo consideraban bueno en su trabajo. Es más, pronto me di cuenta de que mis primeras conclusiones fueron erróneas. Si *Jentil* estaba solo, era porque quería y no porque los demás le dieran de lado.

Jentil se apartó del capitel en el que estaba trabajando. Observó el efecto de las sombras alejando y acercando hasta el pequeño conjunto escultórico varias de las luces encendidas por el hermano templario. Por un instante, me pareció que la bailarina iba a ponerse realmente a danzar. *Jentil* se acercó y pasó su mano por uno de los músicos. Sacudió el polvo que había quedado en su rostro y sopló sobre él, como si quisiera insuflarle vida. Después se sentó al lado de sus herramientas y procedió a limpiarlas. Comparadas con el tamaño de sus manos parecían diminutas. Cuando estuvieron limpias, las envolvió en una delicada tela y las metió en una bolsa, también de tela, hecha a medida.

—Juglar —me dijo—. Coge las herramientas y sígueme.

Algunas nubes barrían el horizonte por el oeste. El resto del cielo exhibía sus pequeños candiles como si fueran centenares de pecas en un rostro de negra piel. Seguí al gigante hasta el edificio que estaba en construcción. Nada más entrar, a la derecha, había una habitación de pequeñas dimensiones. Un crucifijo presidía la sala como único ornamento. *Jentil* abrió un arcón de madera oscura en cuya tapa estaba tallada una cruz templaria y guardó en él sus herramientas.

Cuando me volví para salir, la silueta de frey Pedro Tizón ocupaba el hueco de la puerta.

—¡Ah, juglar! —me dijo—. Últimamente coincidimos mucho —después se dirigió a *Jentil* como si yo no estuviera—. ¿Cómo vais con el capitel, Iacobus?

—He terminado el grupo, frey Tizón, pero tengo que sacar los detalles.

—Ya os he dicho que no hace falta que trabajéis tanto los detalles. Prefiero el contenido grupal a que cinceléis cada mechón de pelo y cada pestaña.

—Se hará como gustéis, frey Tizón.

El aludido movió la cabeza.

—Mañana traerán más sillares. Espero que estéis aquí a primera hora para dar vuestro visto bueno —le pidió saliendo de la sala. Al pasar a mi lado se me quedó mirando—. ¿Aún aquí, juglar?

Me encogí de hombros. Frey Tizón era un hombre ágil del que emanaba una gran fuerza. Debía de tener más de setenta años. Su mirada era sorprendentemente feroz y bondadosa al mismo tiempo. Me fijé en su espada. Era sencilla, pero poderosa. No tenía ningún adorno. Cuando me sobrepasó, la punta rozó mis piernas y sentí una extraña corriente. Apenas me miró, pero tuve la impresión de que me observaba con curiosidad. Aguardé a que *Jentil* terminara y salí detrás de él. Siguió su camino sin prestarme atención, así que decidí regresar a Puente la Reina.

Aquel día salí de casa tarde. Me entretuve comiendo algo de lo que la cocinera había separado para mí. Hermesinda sabía perfectamente que no me correspondía, pero tenía un alma muy caritativa. Estaba casada con uno de los hombres que trabajaban en las cuadras cuidando de los animales que se usaban en la labranza. Tenían cuatro hijos pequeños y ruidosos que se pasaban el verano corriendo por los campos de cereales. Cuando sobraba comida, Hermesinda me guiñaba un ojo. Yo sabía entonces que me había guardado algo entre las perolas que usaban para cocinar. El primer día que tuvo ese detalle, me confió que lo hacía porque me veía necesitado de fuerzas para que mi albogue sonara con mayor profundidad. Se lo agradecí. Para compensarla, yo le llevaba flores que encontraba en mis paseos y ella las arreglaba formando hermosos ramos que colocaba en las dependencias de la señora de la casa, la esposa de Fernando. Sabía que esto le había hecho ganarse el afecto de doña Mencía. Por lo demás, procuraba no relacionarme con nadie más de la casa y seguir mi propio camino.

Avancé despacio. Mi zapato izquierdo estaba a punto de romperse, pero en esos momentos no me podía permitir el lujo de comprarme

otro par. Así que usé una cuerda para sujetar la suela. Era demasiado incómodo, pero no había otra si quería evitar caminar descalzo, opción aquella, por otro lado, que tendría que practicar siempre que pudiera si quería alargar la vida útil del calzado.

Recorrí despacio las eras con mi cojera pronunciada debido al efecto de la cuerda. Me pareció que el tiempo se había detenido mientras los trilladores separaban el trigo de la paja. A mi derecha, un grupo de mujeres había comenzado el sistema de aventado. El ambiente pronto se cubrió de polvo. Me alejé. Anduve por los caminos sin destino, preparando lo que sería mi interpretación del siguiente domingo. Había pensado narrar las hazañas de un gran caballero inventado que había salvado el honor de varias doncellas raptadas en los términos de Montes de Oca. «El que en buena hora nació —me iba diciendo mentalmente— asió con fuerza su espada y la alzó con su mente fija en el recuerdo de su amada».

Estaba tan centrado en mi relato que los primeros gritos pasaron inadvertidos para mí. Seguramente los confundí con la propia reyerta que estaba configurando en mi cabeza entre mi héroe y los villanos que iban a raptar a las doncellas. Pero de pronto algo se encendió dentro de mi cabeza y descubrí que los gritos no eran inventados. Llegaban a mí con claridad. Yo andaba metido entre los pinares y las voces venían de más abajo. Me asomé con cautela. Vi correr dos figuras hacia el oeste. El segundo hombre era claramente un templario que perseguía al primero. Me desentendí. Seguramente sería un ladrón al que habían pillado en el momento del hurto. Últimamente, los asaltos a caminantes se estaban repitiendo con mayor frecuencia. Iba a seguir a lo mío cuando vi que el primer hombre hacía un viraje y caminaba hacia el sur. Si mantenía esa trayectoria, pronto llegaría cerca del punto desde el que yo observaba. Eso, si el templario no le alcanzaba antes.

El que huía ya estaba tan cerca de mí que prácticamente podía escuchar sus jadeos. Me quedé paralizado. Los pinos eran demasiado delgados para ocultar mi presencia. Me pregunté si debía salir y ayudar al templario. Casi iba a delatar mi presencia cuando el primer hombre se volvió y sacó una espada corta que llevaba al cinto. Con seguridad fue la peor decisión que pudo tomar. Aproveché su movimiento para subir monte a través y buscar una zona con más maleza. Anduve agachado durante unos cuantos pasos. Luego me detuve. Giré mi cabeza al tiempo de ver al templario desenvainar su espada.

«¡Alcatón!», dije para mí. Desde el primer momento me di cuenta de que se había entablado un combate desigual. Ver luchar a Alcatón

daba miedo. Miraba directamente a los ojos de su oponente y movía su espada como si no pesara. El ruido del choque de las dos armas llegó con claridad hasta mis oídos. El perseguido comenzó bien pronto a dar bandazos al aire. La expresión de Alcatón no cambió. En los dos siguientes golpes marcó dos tajos superficiales en el pecho y en el antebrazo izquierdo de su rival. Vi cómo el primer hombre, agotado y exhausto, dejaba caer su espada y se rendía. Suspiré aliviado. Contrariamente a lo que cabría esperar, Alcatón lo empujó con fuerza y lo tiró al suelo. Cuando se intentó levantar, el pie del templario le obligó a quedarse de rodillas. Lo agarró por el pelo hasta tenerlo encarado.

—No es lo que habíamos acordado —le dijo el hombre con un hilillo de voz, que llegó a mí gracias al viento que soplaba. Entonces lo reconocí también a él. Era con quien Alcatón se veía en la taberna.

—Tú lo has dicho —le contestó Alcatón—. No es lo que habíamos acordado.

Entonces el templario hizo algo incomprensible, al menos para mí. Estiró el brazo derecho hacia atrás y clavó su espada directamente en el corazón del hombre al que aún sujetaba por la cabeza.

Pude ver la expresión de dolor en el rostro de la víctima que duró apenas unos instantes. Luego, sus músculos se tensaron en una mueca indescriptible y su cuerpo quedó rígido. Alcatón dejó que cayera sobre el suelo. Me quedé tan sorprendido que no me di cuenta de que se me había olvidado respirar. Cuando mi cuerpo pidió aire, mi respiración se volvió rápida y entrecortada, como si hubiera corrido quinientas leguas seguidas. Antes de cerrar los ojos y agazaparme en el suelo, aún pude ver cómo Alcatón se practicaba dos cortes con su propia espada en su brazo y pierna. Luego comenzó a rezar como si rogara por un amigo. *Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra…*

No sé cuánto tiempo estuve allí encogido, con las manos y los labios invadidos de un temblor imposible de controlar, sin atreverme a levantar la cabeza, esperando que en cualquier momento la espada de Alcatón se levantara sobre mí y la visión de su rubí fuera lo último que me llevara de este mundo. Cuando por fin abrí los ojos, la oscuridad me envolvía. Cambié de posición por primera vez y dejé que mi espalda se apoyara en el tronco del pino que tenía al lado.

Más calmado, me decidí a emprender el camino de vuelta. Alcatón había desaparecido y tampoco había rastro del cadáver. De no ser por la mancha de sangre que percibí entre las hojas puntiagudas de los pinos, habría pensado que todo había sido producto de mi imaginación. El miedo me obligaba a caminar sin pausa. No soy muy

consciente de cómo o cuándo llegué a casa de Fernando. Sé que entré por la puerta y me tumbé en el suelo de la cocina como un borracho que lleva su mente turbia. Me acurruqué justo detrás de la puerta para asegurarme de que, si llegaba alguien, me despertaría al intentar abrirla y me tapé con la manta hasta la cabeza a pesar de que hacía mucho calor. Un sueño ligero me llevó por un camino de pesadillas que duró hasta bien entrado el amanecer.

Me levanté creyendo seriamente que todo había sido un sueño y me permití sonreír. Bajé al río a lavarme. Hacía un día claro y despejado. El agua corría limpia. En el reflejo del rostro de diecinueve años que devolvía el agua vi clavado en mis pupilas el miedo que aún sentía. Varias acículas de pino enredadas entre mis cabellos probaban que mi pesadilla no había sido tan solo un sueño.

Miré alrededor antes de quitarme la saya para lavarme. Me recorté el pelo como pude. Ya no quedaban huellas de mi tonsura. Pasé la mano por una cicatriz de mi ceja, recuerdo de los malos tratos de Raimundo, y un odio picante se quedó pegado en mi garganta. Me restregué cuanto pude, como si así pudiera arrancar mi dolor y los malos presagios. La extraña sensación de haber presenciado algo que no debía regresó de repente a mi cabeza. Me pregunté qué debía hacer. Después de unos instantes de pánico, decidí que lo más lógico sería esperar acontecimientos y mantenerme alerta.

Me puse la saya y recogí mis escasas pertenencias: unas cuantas monedas, unas piedras para hacer fuego, algo de pan y mi albogue. Con paso cansino, me alejé de Puente la Reina. Pasé el día entre Mendigorría y Artajona. Tengo que reconocer que se me dio bien. Supongo que la visión de la espada de Alcatón clavándose en el corazón de aquel pobre desgraciado hizo brotar fuego y pasión de mis narraciones. Imagino también que canalicé esos sentimientos a través de mis propias historias y, de alguna forma, me sentí liberado.

En Artajona sopesé la posibilidad de comprarme unos zapatos nuevos. Los dedos asomaban ya sin que ninguno de mis remedios durara lo suficiente. Me dirigí a un puesto donde se exhibían bonitos modelos. Supuse que unos zapatos nuevos serían caros, así que pregunté directamente si tenían algo usado todavía decente. El dueño del puesto se enfadó y me echó sin contemplaciones. No estaba yo dispuesto a irme tan fácilmente. Antes tenía que jugar todas mis bazas. Iba a hacer un comentario amable sobre su muestrario, eso normalmente funcionaba, cuando un chiquillo tiró de mi manga. Lo miré.

—Yo sé dónde puedes conseguir unos zapatos usados.

Me llevó a una casa donde un anciano al que apenas quedaban

cabellos en su cabeza trabajaba a oscuras. Había un olor raro que me hizo arrugar la nariz. Sobre una mesa descansaban varias pieles extendidas que solo distinguí cuando mis ojos se hicieron a esa extraña luz. El niño empujó de mí para que entrara.

—Busco zapatos usados. Puedo pagarlos.

El anciano no se movió, ni cambió de postura. Miraba el zapato que tenía entre las manos como si fuera el cuerpo de una mujer. El chiquillo me condujo hacia una mesa donde descansaban varios zapatos apiñados.

—¡Pruébate! —me animó. Su cara era redonda y un flequillo liso le tapaba parte de los ojos.

Rebusqué entre aquella pequeña montaña algo que pudiera servirme. Después de un rato, elegí un par. El chiquillo sonrió y asintió con la cabeza como si confirmara mi buena elección. Me venían un poco grandes, pero no importaba. Pregunté el precio. El anciano hizo un gesto y el niño me lo dijo. Regateé, reconozco que fui feroz y duro, pero también lo fue el zapatero que tenía enfrente, seguramente curtido en cientos de batallas como la que yo estaba manteniendo con él en esos momentos. Al final, llegamos a un acuerdo. Le pedí un último favor.

—Me gustaría remendar este par viejo que llevo.

El anciano, sin mirar, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mi abuelo dice que tus zapatos son imposibles de remendar —me trasladó el chiquillo, divertido.

—¡Pero si no ha hablado! —repliqué yo con sorpresa.

—No hace falta que hable para saber interpretar esa mirada.

—¿Y qué dice su mirada? —pregunté como si el anciano no estuviera en la sala.

—Que tus zapatos no se los pondría ni una vaca.

Escuché una risita contenida a mis espaldas, pero, cuando me giré, la cara del zapatero seguía inmutable.

—Está bien —concedí—. Dile a tu abuelo que, si me deja las herramientas para remendármelos yo mismo, os contaré una historia.

Los ojos del niño se abrieron de par en par.

—¿Sabes historias?

—Un montón.

El chiquillo corrió adonde estaba su abuelo y se subió en sus rodillas.

—¡Por favor, abuelo! —rogó.

Me llevó mucho tiempo remendar mis zapatos siguiendo las parcas instrucciones que el anciano me dirigía a través de la boca de su nieto. Cuando terminé, el viejo zapatero miró mi obra. Me pareció ver cierto

brillo que traslucía su asombro. Pero no dijo nada. Yo estaba satisfecho con el trabajo que había realizado, aunque no tenía ni idea de si los remiendos eran suficientemente buenos.

Como había prometido, conté una historia que yo mismo me inventé en la que el protagonista era un zapatero que recibía un encargo especial de un señor llegado de lejanas tierras y de sus amores con una campesina a la que quería conquistar, aunque el padre de ella se negaba a su matrimonio. El chiquillo, que se llamaba Pedro, escuchó con entusiasmo desde la primera palabra. Me costó más que el viejo prestara atención, pero al final dejó su trabajo y no apartó sus ojos de mí hasta la conclusión de mi relato. El viejo se quedó con sus ojos clavados en los míos durante unos instantes. Me dio la impresión de que los tenía húmedos.

—Tengo que marcharme —dije al fin—. Muchas gracias por vuestra ayuda.

Di una moneda a Pedro y abrí la puerta. Pedro me siguió hasta que abandoné el pueblo.

—Has impresionado a mi abuelo —me dijo cuando nos despedimos —. Por tu historia y, sobre todo, por cómo has arreglado los zapatos.

Al entrar en Puente la Reina, cuando ya caían las últimas luces del día, pensé que había hecho bien en marcharme de allí y alejarme de mis pesadillas. Fue Hermesinda la que me puso al corriente de los acontecimientos del día cuando entré en la cocina. A esas horas, no solía haber ya nadie, pero, al parecer, aquella noche la cena se había retrasado y ella aún trajinaba por la casa.

—¿Todavía por aquí? —le pregunté extrañado.

—¡Jesús! Con eso del ladrón, el señor ha tenido que resolver muchos asuntos y se le ha hecho tarde.

—¿Ladrón?

—Sí. Ayer se produjo un asalto a varios peregrinos. Gracias a Dios, Alcatón estaba cerca. Escuchó sus gritos y acudió en su defensa. Tuvo que perseguir a uno de los asaltantes, que se dio a la fuga. Luchó contra él valientemente y lo derrotó, aunque sufrió dos heridas en su brazo y en su pierna. A las puertas de la muerte, el ladrón se arrepintió y confesó haber sido el autor de los últimos asaltos que se han producido por los alrededores.

—¿Eso es lo que ha dicho Alcatón?

La mujer asintió.

—Sí y, gracias a eso, Alcatón ha podido rescatar parte del botín.

Tuve ganas de reírme, pero no lo hice. Esa historia no encajaba con lo que yo había visto y escuchado. Sabía perfectamente que el ladrón y Alcatón se conocían de antes. ¿Pudiera ser que quizá el miedo y la

distancia me hubieran engañado? ¿Había malinterpretado las palabras que llegaron hasta mí? «Esto no es lo que habíamos acordado», las palabras se repitieron en mi mente.

Hermesinda puso un poco de carne en un plato y me lo ofreció. Para mí eso era un lujo.

—Gracias —le dije. Y mis palabras salieron del fondo de mi corazón.

Ella se quedó mirándome.

—¿Ocurre algo? —la interrogué con la boca llena.

—Estaba pensando que la chica que se case contigo será muy afortunada.

—Hermesinda —le dije muy serio—, soy cojo y juglar.

—Y un cojo y un juglar muy hermoso. Si yo hubiera nacido unos años más tarde, habría insistido mucho a padre para que hablara contigo, Iñigo García.

Me quedé con el trozo de carne en mi boca sin poder masticar, viendo cómo la cocinera se alejaba gritando el nombre de sus hijos, que acudieron al instante a su llamada.

Vi a Alcatón esa misma noche en la casa de Fernando. Frey Tizón también estaba allí, junto con otros templarios. Los vi pasar a todos desde el jardín en donde me había refugiado con mi albogue pensando que iba a estar solo. Si lo hubiera sabido, me habría quedado encerrado en la cocina, aunque eso hubiera significado pasar mucho calor. Alcatón se acercó a mí. Su mirada mostraba una falsa sensación de modestia que yo capté enseguida. Me había acostumbrado a estudiar los rostros de mi público para saber conducir mis narraciones y no perderlos. Lo que reflejaba la cara de Alcatón era que estaba satisfecho y gozando con todo lo que se había montado alrededor de su heroica actuación.

—Buenas noches, juglar.

Lo miré. Tuve una leve sensación de peligro, pero el juglar que llevaba dentro se impuso. El juglar era un hombre acostumbrado a sobrevivir en las calles y a utilizar todas sus argucias para conseguir unas monedas ocultando sus emociones. No sé si él lo notó. Si fue así, no lo demostró. Elevé la cabeza y las cejas a modo de saludo.

—Me han dicho que anoche tuvisteis un encuentro inesperado. Espero que vuestras heridas no sean graves —le dije sarcásticamente.

—Son solo rasguños —contestó, moviendo el brazo que llevaba vendado.

Se quedó mirándome y yo sostuve su mirada.

—Quizá algún día quieras narrar mi hazaña en una de tus historias —me dijo.

—Estoy deseoso de escuchar vuestra versión para componer mi trova —le contesté.

Me dio la impresión de que iba a decir algo, pero en el último momento cambió de opinión.

—Quizá la próxima vez que nos juntemos alrededor de una hoguera —dijo al fin.

Alcatón se metió en la casa donde ya esperaban los demás. Según me enteré después, la discusión versó sobre si era conveniente o no que el ladrón fuera enterrado en terreno sagrado o fuera de él. Alcatón debía decidir con su testimonio si aquel hombre se había arrepentido y pedido el perdón antes de morir. No trascendió lo sucedido, pero, al día siguiente, alguien se llevó el cuerpo del difunto en un carro a primera hora de la mañana y nadie supo más de aquel supuesto ladrón.

Cuando el templario desapareció de mi vista, mis manos comenzaron a temblar. Fui incapaz de sacar una nota decente de mi albogue y lo dejé abandonado a mi lado. Mi corazón latía frenéticamente y una rara sensación nunca antes experimentada se instaló dentro de mí.

Eunate

crecía aún frondosa a pesar de que llevábamos varias semanas sin conocer la lluvia. Tomé mi albogue y comencé a tocar. Bailé al compás de las notas que se elevaban sobre la noche. Eché un puñado de sal de *halita* al fuego. Este saltó como si fuera una lengua que quisiera lamerme y se tornó de un intenso amarillo. Mi danza se volvió lenta, nostálgica, envuelta en un halo de melancolía. No me di cuenta de que tenía espectadores hasta que escuché la voz de frey Tizón.

—¡Ah!, juglar. Diría que se me hace raro verte por aquí, pero últimamente frecuentas mucho este sitio. ¿Qué crees que vas a encontrar?

—¿Inspiración? —dije algo cohibido ante su inesperada presencia.

—¿Te gusta este sitio? —me preguntó sentándose cerca de la piedra.

—Más que gustarme, me atrae.

Escrutó mi rostro. Le tendí un trozo de queso y los restos de una hogaza de pan reseca. Él los recogió en silencio.

—No está mal —comentó mientras miraba hacia la jarra.

—Solo queda un poco de vino —le dije—, pero podéis acompañar el queso con él.

Negó con la cabeza.

—Gracias, no bebo.

Ambos nos recostamos en la piedra, con el este al frente y la iglesia octogonal a nuestros pies. Eché un tronco más al fuego y las llamas se lo zamparon, ávidas y hambrientas. Me senté y elevé mi vista hacia el cielo.

—¿Conoces las estrellas? —me preguntó, al ver que centraba mi vista en ellas y movía mis dedos trazando líneas—. El Cinturón de Orión —me señaló— justo está apareciendo por ahí. Nace cuando el día ya ha muerto y muere cuando el día ya ha nacido —apuntó. Entonces me di cuenta de que tenía algo en las manos. Era una especie de libro lleno de dibujos y anotaciones. Se inclinó sobre él y se centró en la escritura.

—Alnilam, Mintaka y Alnitak —dije.

—Veo que conoces sus nombres árabes —añadió sin levantar la vista de su libro.

—Me los enseñó hace mucho tiempo un hombre al que aprecio de veras —no hizo ningún comentario al respecto—. Tiene que ser extraño todo esto para vos después de haber estado en Jerusalén —añadí poco después.

Dejó lo que estaba haciendo y se tomó su tiempo antes de hablar.

—Nunca he estado en Jerusalén —afirmó con calma. Me pareció,

sin embargo, que su mirada volaba hacia allí.

—Pensaba que habíais combatido a los sarracenos.

—Y lo hice. Estuve al lado del Batallador. Nos enfrentamos a los almorávides decenas de veces. Alquézar, Graus, Estada, Ayerbe, Ejea, Tierz, Morella, Tarazona, Muñones, Daroca, Calatayud, Borja, Arguedas, Tudela, Zaragoza. Siempre victoriosos… hasta Fraga.

—¿Qué ocurrió en Fraga?

Le oí suspirar y regresó a sus anotaciones. Me quedé esperando una respuesta que no llegó. No insistí. Encontraría la ocasión de volver sobre ese tema.

—He visto las esculturas que Iacobus está ejecutando en el ábside: la danzarina y los músicos, a la izquierda; los ángeles, a la derecha.

—Eres observador, juglar.

—La primera vez que vi trabajar a Iacobus, me pregunté cómo podía esculpir la piedra y hacerla hablar. Cuando toma la *gradina*[31] en la mano para preparar la superficie, ya tiene la imagen en su cabeza, ¿no es así? Trabaja sin apenas modelos. Creo que tiene un don. Sí, sin duda, lo tiene. Por cierto, ¿dónde está ahora? Hace días que no lo he visto por aquí y aún no ha terminado todos los conjuntos escultóricos.

—Lo he mandado a Olcoz —me dijo señalando el horizonte, donde se alzaba el balcón de aquella localidad—. Lo necesito allí.

Seguí hablando. Frey Tizón se limitaba a emitir algún que otro sonido de asentimiento. En el cielo brillaba una media luna creciente y Marte se podía ver próximo a ella. Apuré el poco vino que quedaba en la jarra. Mi cara se arrugó en una mueca extraña. Se había calentado y aún sabía peor que al principio. Me limpié la boca con la mano y suspiré sin darme cuenta.

—¿Creéis que, si se lo pido, me enseñaría a esculpir?

—No —dijo convencido y de manera seca. Mi decepción apareció de pronto.

—¿Por qué? Me gustaría intentarlo.

—La escultura es una tradición que pasa de padres a hijos. No admiten aprendices fuera de su propia sangre. Si no perteneces a su gremio, no tienes nada que hacer.

—Pero ¿y si alguno no tiene hijos? Su arte se perdería para siempre.

—Cierto, pero son sus reglas. ¿Acaso quieres dejar de ser juglar?

No dije nada. Frey Tizón me puso una mano en el hombro de manera fraterna, tal vez intuyendo mi desasosiego interior.

—Recuerda que Jesús hizo de la piedra desechada, la piedra angular.

Nos quedamos en silencio y el templario se centró en sus apuntes. Estiré el cuello. Tenía curiosidad por saber qué escribía con tanto esmero, por qué se desojaba a la tenue luz de la hoguera para seguir trazando letras. Para mi asombro, no fueron palabras lo que atisbé por el rabillo del ojo, sino dibujos del cielo, de las constelaciones. Me acerqué un poco y observé sin disimulo.

—Conozco esa constelación. Es la del Auriga.

No supe si al templario le sorprendió aquella observación. Permaneció mudo y yo creí que me ignoraba a propósito o que tal vez estuviera tan abstraído como parecía.

—¿Alguien te ha hablado alguna vez de Platón? —me sobresaltó su pregunta, tanto por lo repentina como por no entender a qué se refería. ¿Tenía que ver con las estrellas? Sentí el fuego crepitar en la inmensidad de la noche y las palabras del excomendador elevarse seguras sin apartar la vista de su dibujo—. Platón, ¿sabes quién era Platón? —no esperó mi respuesta negativa—. Platón era un filósofo griego. Un pensador que desarrolló el mito del auriga. Un cochero que se traslada en un carro tirado por dos caballos. Uno de ellos es blanco; el otro, negro. El blanco representa nuestros impulsos positivos, aquellos que nos hacen elegir lo correcto. El negro, los negativos, los que nos hacen elegir el camino erróneo.

—¿Y el auriga? —pregunté yo, curioso.

—El auriga es quien debe dominar a los caballos. Y debe hacerlo realmente bien si quiere conseguir buenos resultados.

Tomé aire despacio y me quedé mirando su trazado celeste. Y luego posé mi vista en el libro del templario.

—Frey Tizón, ¿cómo hay que interpretar ese mito?

Por primera vez, el templario detuvo su tarea.

—¿Tú qué crees?

—¿Cómo debe dirigirse un buen cristiano?

—Platón vivió mucho antes del nacimiento de Nuestro Señor. Él creía en otros dioses. Sin embargo, se hacía las mismas preguntas que se han hecho y se siguen haciendo muchos hombres después de él. Platón describe en este mito las tres partes del alma inmortal: la parte irascible está representada por el caballo negro; la parte concupiscible, por el blanco, y la parte racional, por el auriga.

—¿Qué significa esa palabra que habéis dicho, concupiscible?

—¿Concupiscible? —creo que se rio al repetirla—. Es la tendencia de la voluntad a hacer el bien.

Bajé la cabeza y pensé en sus palabras. No tenía sueño. Permanecimos mucho tiempo en silencio, cada uno sumido en sus reflexiones. El fuego en frente de nosotros estaba a punto de

extinguirse. Me moví para avivar las llamas y lo alimenté con ramas muy secas.

—Chist…, contempla —me dijo frey Tizón.

En el horizonte se veía la primera claridad del día. Me prendé de la visión. Un manto de luz empezó a esparcirse como si fuera la caricia de una mano y se extendiera para tocar con su dedo índice la iglesia. El sol se alzó por el este, siguiendo la estela que había dejado la constelación de Orión hacía apenas unas horas. Repartió la luz sobre la tierra que teníamos delante hasta llegar a Eunate. Respiré profundamente, sabiendo que jamás sentiría algo parecido. Miré de soslayo a mi acompañante. Parecía ensimismado, incluso extasiado. De sus ojos se escapaba un orgullo fuerte y su boca se curvaba en una mueca de satisfacción.

Me pregunté qué podría estar pasando por su cabeza y no supe contestarme. A mi alrededor, el paisaje tomaba color y forma y la luz daba vida a los objetos que se habían mimetizado durante la noche. La iglesia octogonal mostró al fin sus sillares perfectos y sus arcos —alzados ya, algunos de ellos; otros, apenas esbozados—, los cuales un día cercano serían como cien puertas circundantes y custodias. Frey Tizón se levantó con dificultad, pero no dejó que le ayudara. Sus huesos crujieron.

—Un placer, juglar.

—El placer ha sido mío.

Se lo dije de verdad. Había sido curioso y extraño pasar con él aquellos momentos.

El 15 de agosto se hizo una misa especial en Eunate. Las gentes de los alrededores se acercaron componiendo una especie de procesión o de peregrinación, a pesar de que la iglesia todavía no estaba terminada. Desde la distancia, vi cómo algunos transitaban por el porche abierto de arcos; andando unos, de rodillas otros, penitentes todos. Me sentí extraño entre aquellas gentes que poblaban el valle. Hasta mí llegaban susurros de plegarias. Unos, con rostros compungidos, rogaban el perdón de sus pecados. Otros proclamaban la grandeza de Dios. Detrás de todos iba con gran dificultad una anciana. Apenas movía los labios y su caminar era lento. Se ayudaba con un cayado retorcido y aparentemente endeble que a ella, sin embargo, parecía proporcionarle seguridad.

Había mucha luz. Era uno de los días más luminosos que recuerdo, tanto que hacía daño mirar hacia arriba. El brillo del sol era casi cegador y el calor que emanaba se extendía sin tregua sobre los campos. Ascendí hasta Obanos, buscando el cierzo que siempre soplaba al atardecer, pero ese día no se acercó a la villa. Incluso allí,

el calor era espeso y sofocante. El pueblo estaba tranquilo y silencioso. La mayor parte de la gente debía de estar en la procesión, puesto que casi nadie acudió a la puerta cuando me ofrecí a realizar algún trabajo a cambio de pan, queso o alguna moneda. No tuve suerte. Me tendría que conformar con las moras que había recogido por el camino. Había más de las que podría comer antes de coger un empacho, así que decidí guardarlas y ofrecérselas a Hermesinda para que las utilizara en la cocina. Solo esperaba que el calor no les afectara.

Al caer la tarde, me senté en el límite de la villa, con la iglesia parroquial a mis espaldas y mirando hacia Eunate, casi mimetizada con el paisaje que la rodeaba. De pronto, una llama se destacó sobre el techo de la pequeña iglesia provocando un brinco en mi corazón. Me levanté de un salto y abrí mis ojos lo más que pude. Mi corazón bombeó sangre como si hubiera disputado una gran carrera y mis pies se prepararon para echar a correr pensando que se había producido un incendio en aquel maravilloso lugar. Miré con más detenimiento. La llama se elevó orgullosa, omnipotente, preciosa. Observé su majestuoso porte.

Esa fue la primera vez que la linterna funeraria de la iglesia se encendió, la primera prueba de su funcionamiento. Asistí temeroso a su nacimiento, creyendo que el maldito fuego iba a extinguir la obra que yo había visto decorar y que exaltaba mi corazón, haciéndolo arder como esa llama que ahora contemplaba desde la lejanía. Me senté de nuevo y una sonrisa apareció presta en mi boca. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz conmigo mismo. Poco duró.

Una mano se apoyó en mi hombro. Dos botas gastadas, pero prácticamente impecables, se situaron a mi derecha. Alcé la vista. Los ojos oscuros de Alcatón me escrutaron como si pudieran leer mi alma. Su porte, su barba larga y cuidada y sus cabellos cortos me recordaron a los héroes de los que yo hablaba en mis gestas.

—¿Qué te parece? —me preguntó en clara alusión a la antorcha que brillaba cada vez con más intensidad conforme el sol apagaba su luz sobre el horizonte.

—Es imposible quitar la vista de ella. Una vez que ha ardido, prende en el corazón.

Se quedó mirándome sin que yo pudiera saber qué querían decir esos ojos.

—Te mueves mucho por el valle.

Lo miré directamente antes de decirle que él también lo hacía. Sin ser invitado, se sentó a mi lado, con las piernas dobladas hacia adelante.

—¿Te gusta mi espada? —sin quererlo, había centrado de nuevo

mis ojos en su arma, recordando un episodio que, por mucho que intentaba apartar de mi mente, siempre regresaba—. Muchos matarían por ella para quedarse con el rubí que porta. ¿Eres tú una de esas personas?

Su presencia intimidaba, pero mi mente muy pocas veces se paraba a medir la consecuencia de mis palabras.

—Por supuesto que no. Y ¿qué hay de vos? ¿Mataríais por una espada como esa? —me atreví a cuestionarle.

—¿Cómo osas preguntarme eso? ¿Acaso no ves la cruz de mi pecho?

Se le notaba realmente enfadado y su supuesta bondad me encendió.

—Estoy harto de las presunciones —iba a decir algo más, pero me callé a tiempo.

Me miró. No parecía sorprendido. Sin embargo, se le veía muy serio.

—No estás representando una de tus funciones, juglar —dijo en tono totalmente tranquilo, pero que sonaba a advertencia.

—¿Acaso no todos representamos nuestras propias funciones?

—Espero que tus palabras solo sirvan para entretener al pueblo. De lo contrario, me veré obligado a reprobar tu actuación, digamos que en público. Y yo no voy a ser tan benevolente como lo pueda ser frey Tizón, a quien los años han ablandado su corazón.

Alcatón no modificó su inflexión de voz en ningún momento. Mientras hablaba, sus dedos juguetearon con una daga pequeña y sin adornos que se guardó al cinto. Se levantó dando por concluida la conversación.

—Te estaré vigilando, juglar —me dijo a modo de despedida.

«Yo también lo haré», pensé para mí.

—Perderéis el tiempo —respondí.

La extraña sensación que me acompañaba desde que vi morir a aquel hombre atravesado por la espada de Alcatón regresó a mí. Lo vi alejarse despacio, descendiendo por el camino que salía a la derecha. Mi corazón se encogió dentro mi pecho. Por unos momentos, la idea de marcharme de Valdizarbe y buscar otros caminos en mi rutinaria vida de juglar se apoderó de mi mente. Mi destino hubiera sido otro de haberlo hecho.

Olcoz

me permitía el lujo de pasar la noche en una posada y de cenar algo de carne o pescado.

Pasé el otoño de manera itinerante, comiendo nueces e higos y algunas uvas olvidadas en las viñas, muchas de ellas rotas por las granizadas caídas en el momento menos oportuno. Siempre que podía, pasaba por Eunate y, en una ocasión, recordando que frey Tizón me había dicho que Iacobus estaba en Olcoz, me dirigí allí.

El día estaba despejado. Me asombré de la preciosa vista de todo el valle de la que podía disfrutarse desde la balconada de la localidad. Tras un largo periodo de observación, distinguí un edificio justo enfrente de mí. ¿Eunate? Mi corazón me decía que sí, pero no lo tenía demasiado claro. Me moví un poco. Sí, estaba seguro. Como apretaba el calor y tenía hambre, busqué una sombra. Por una esquina apareció Iacobus y lo seguí. Entró en un edificio pequeño. No pedí permiso para ir tras él. La puerta estaba abierta. Iba a saludar, pero los dibujos que había en una mesa, justo a mi derecha, llamaron mi atención y me quedé embobado. Fui incapaz de reconocer santos, apóstoles o vírgenes en ellos. Se me hizo raro. Vi un animal con cola retorcida y puntiaguda y vi también una especie de cuervo. Los dejé a un lado. En los dos siguientes aparecía el esquema de una portada. Me pregunté si sería lo que frey Tizón estaría pensando para la de Eunate. Había unas anotaciones extrañas en los laterales que circundaban las sucesivas arquivoltas.

—¿Tienes permiso para estar aquí?

Me sobresalté. La túnica de frey Tizón ondeó a mi lado. El sobresalto llegó también a Iacobus, quien, ignorante de mi presencia, enrojeció al saberse espiado.

—Yo solo… —traté de excusarme.

—Parece que gobiernas mal a tu caballo negro —me dijo—. Márchate, juglar. Este no es tu sitio.

Era cierto. No era mi sitio. Sin embargo, ¿cuál era? No me atreví a mirar al templario; parecía enfadado. Me marché. Lo cierto es que yo también estaba tremendamente enojado y no sabría decir por qué. Deambulé un rato. Pasé por un terreno que parecía preparado para empezar a edificar algo, pero ni siquiera me tentó la curiosidad. La indignación me consumía. Me dispuse a irme de allí, pero descubrí un fresco manantial y me senté junto a él. No estaba de humor para preparar mis actuaciones. No estaba de humor para nada. No me había importado que Fernando me echara de su casa, pero, en ese momento, hasta eso me parecía cruel y despiadado. Me pareció que el mundo se había conjurado contra mí. Me sentí cansado. El gorjeo del agua desvió mis ojos hacia aquel manantial que brotaba del suelo.

Poco a poco, su sonido calmó un poco mi furia. Miré alrededor. Tal vez esperaba que en cualquier momento apareciera una *lamia*[32]; o quizá tan solo aguardaba a que mi suerte cambiase. No apareció la *lamia* ni cambió mi fortuna. Pero sí frey Tizón. Hice ademán de marcharme. Ya había molestado al templario y seguramente habría metido en un lío a Iacobus.

—Estas aguas bajan al templo de Santa María y llegan hasta Puente la Reina.

Detuve mi movimiento y volví a sentarme. Parecía que se le había pasado su enfado. Al menos, en parte. Miré hacia la lejanía, mientras el viejo guerrero colocaba en mis manos uno de sus dibujos.

—¿Sabes qué es?

Lo miré unos instantes e hice ademán de devolvérselo.

—Yo siento mucho mi intromisión. Os ruego perdonéis mi curiosidad. No tenía derecho a inmiscuirme. Pero esos dibujos han llamado mi atención. Me disculparé ante Iacobus en otro momento —le dije.

Se quedó en silencio, pero no cogió el pergamino que le devolvía.

—Acepto tus disculpas —parecía resignado, como si supiera que yo iba a tropezar de nuevo en la misma piedra—. ¿No lo reconoces?

—¿Perseo? —dije por quitármelo de encima.

—¿Conoces su historia?

—No —claudiqué—. ¿Acaso tiene que ver también con ese griego, Platón, del que me hablasteis?

Tal vez hubo un asomo de sonrisa en su boca. No lo sé. El caso es que se sentó a mi lado y comenzó a relatarme una historia con protagonistas que yo jamás había escuchado nombrar.

—¿Has oído hablar de la mitología griega?

Su interés por otros dioses me pareció casi una herejía, pero no dije nada por miedo a molestarle y que no continuara instruyéndome. Tenía verdadero interés por conocer la historia. Ante mi silencio, prosiguió:

—La vanidosa Casiopea, que se pasaba mucho tiempo mirándose al espejo, se jactó ante los dioses de ser más bella que las nereidas, así llamadas por ser hijas de Nereo. Su orgullosa afirmación, enfureció tanto a Poseidón, el dios del mar, que inundó la tierra y envió al monstruo Ceto para que devorase a hombres y ganado. Cefeo, el esposo de Casiopea, acudió al oráculo de Amón, que proclamó que la única solución era entregar a su propia hija, Andrómeda, al monstruo para aplacar la ira de los dioses. Y así lo hizo Cefeo. Amarró a su hija con cadenas a las rocas y la entregó a Ceto. Perseo, que regresaba de vencer a un monstruo llamado Medusa, vio a Andrómeda indefensa y

se enamoró de ella. Conociendo su historia, se ofreció a Cefeo para enfrentarse a Ceto y liberar a la muchacha, a cambio de que le concediera la mano de Andrómeda. La joven estaba prometida con el príncipe Agénor, pero como este no daba muestras de atreverse a salvarla, sus padres aceptaron el ofrecimiento de Perseo. Llevaba este las armas con las que había vencido a Medusa: el casco de Hades, que lo hacía invisible, y que le había regalado Zeus —el dios del cielo y supremo regidor del Olimpo—; las botas aladas, regalo de Hermes —hijo de Zeus, mensajero de los dioses—; la espada indestructible Harpe, obsequio de Hefesto —dios del fuego y de la forja—, y el escudo de Atenea —diosa de la guerra, de la sabiduría, de las artes y de la justicia—, que era liso como un espejo. Se enfrentó Perseo a Ceto utilizando la cabeza de Medusa —que convertía en piedra a quien la miraba y que él había guardado cuidadosamente en un saco— y lo transformó en coral. De esta forma consiguió Perseo liberar a Andrómeda. Pero cuando la reclamó por esposa, Agénor, con la connivencia de los padres de la joven, trató de arrebatársela. Entonces, Perseo utilizó de nuevo la cabeza de Medusa y los transformó a todos en piedra. Así pudo casarse con Andrómeda.

Ambos permanecimos callados durante un rato. Sin embargo, no me sentí incómodo. Escuchaba el gorjeo del agua fresca que manaba a mis pies y el sonido suave del viento. Reflexionaba sobre el relato y no supe muy bien qué pensar. ¿Por qué me contaba aquel templario una historia de dioses extraños?

—¿Quién era Perseo? ¿Era también un dios? —pregunté al fin.

—Perseo era hijo del dios Zeus y de la mortal Dánae, lo que lo convertía en un semidiós. El abuelo de Perseo, Acrisio, rey de Argos, había sabido por un oráculo que encontraría la muerte a manos de su nieto. Asustado, encerró a su única hija, Dánae, en una torre para alejarla de sus pretendientes. Pero Zeus se transformó en lluvia de oro, entró en la torre y estuvo con Dánae. Fruto de esa unión nació Perseo. Enfurecido, Acrisio arrojó al mar a su hija y a su nieto. A petición de Zeus, Poseidón calmó las aguas y ambos se salvaron. Llegaron a la isla de Sérifos, donde gobernaba el rey Polidectes. Su hermano Dictis acogió a Dánae y crio a Perseo como si fuera su propio hijo. Algún tiempo después, Polidectes se enamoró de Dánae, pero temía que Perseo se opusiera, así que hizo creer que pretendía a la princesa Hipodamía. Era costumbre que todos los súbditos hicieran un regalo al rey por tan excelso motivo y Perseo se mostró dispuesto a hacer el suyo, aunque esta fuera la cabeza de Medusa, un monstruo con serpientes en vez de cabellos y cuya mirada, como ya he dicho, tenía el poder de convertir en piedra a quien la mirara. Polidectes aceptó la

oferta de Perseo y este partió en busca del monstruo.

—¿Y cómo la venció, si no podía mirarla?

—Utilizó el bruñido escudo que le había regalado la diosa Atenea como espejo, de manera que pudo acercarse a Medusa sin tener que mirarle a los ojos. Esperó a que se durmiera, y le cortó la cabeza. Entonces la metió en un saco y lo cerró.

—¿Y su madre? ¿Se casó con Polidectes?

El templario negó una vez.

—Dánae se refugió en el templo de Atenea, temerosa de la actitud del rey, quien parecía seguro de no ver más a Perseo. Allí la encontró su hijo, cuando regresaba con Andrómeda, y la defendió, derrotando a sus enemigos con la cabeza de Medusa.

—¿Y se cumplió el oráculo?

—¿Quieres saber si Perseo mató a su abuelo? Sí, lo hizo —lo miré directamente; no era la respuesta que esperaba—. Pero fue algo fortuito —aclaró enseguida—. Perseo participaba en unos juegos. Se dispuso a lanzar el disco. Lo hizo con tanta fuerza que llegó demasiado lejos, impactó en la cabeza de un anciano y lo mató. Y resultó que ese anciano era su abuelo. Perseo se sintió tan mal por aquel acto que renunció a heredar su legítimo reino. Se lo ofreció al rey vecino Argos y se lo cambió por el suyo. Así que Perseo se instaló en Micenas y vivió feliz con su esposa, sus hijos y su madre.

—¿Mitología griega, dioses, semidioses? —pregunté sin entender. Tal vez debería haberme escandalizado, pero no lo hice. Mi curiosidad innata y mi talante juglaresco pudieron más que el temor a tratar temas inconvenientes—. Perdonadme pero ¿cómo encaja todo esto con nuestro Dios?

—Los filósofos griegos se hacían preguntas sobre los orígenes del mundo, el sentido de la vida o la naturaleza humana. Y trataban de darles respuesta a través de los mitos.

Me levanté despacio y, con los brazos en jarras y la mirada en el agua que inundaba la tierra a nuestro alrededor, me moví con pasos breves antes de volver a interpelar al templario.

—¿Y a qué gran pregunta responde el mito de Perseo?

—Perseo es valeroso, actúa guiado por el amor hacia su madre, no por odio. Es el ejemplo de persona que se supera a sí misma, que utiliza los recursos con los que le han dotado para hacer el bien. Zeus aparece aquí como un padre bondadoso, quiere ayudar a su hijo y para eso se asegura de que vaya a la batalla con las mejores armas, el casco de Hades, las botas voladoras de Hermes, la espada de Hefesto y el escudo de Atenea, cierto, pero él, Perseo, es ingenioso y utiliza esas armas con inteligencia. Y es capaz de perdonar a su abuelo, cuya

actitud hacia él desencadena toda la historia, igual que la actitud de Casiopea desencadena la de Andrómeda. De lo que se trata, querido juglar, es de dar un sentido a nuestra vida, de vencer al temor y de aceptar los desafíos.

Elevé la cabeza. ¿Todo eso estaba escrito en el cielo? ¿Y sin utilizar ni una sola letra? Se levantó frey Tizón, apoyándose cansinamente en su espada. Creo que me observó antes de poner una mano sobre mi hombro y marcharse. Allí me dejó con mis pensamientos, abriéndome un mundo nuevo que contenía más interrogantes que certezas. Y yo solo era un pobre juglar.

Encontré a Iacobus al día siguiente en Eunate, cincelando una figura en el interior del templo, cuya techumbre ya estaba completamente terminada. Me quedé observando durante un buen rato y, después, me decidí a preguntarle si me aceptaría como aprendiz. Su respuesta fue como un jarro de agua fría. Me dijo que no, sin contemplaciones. Según él, era tradición en su familia que los conocimientos pasaran de padres a hijos. Ignorando mi presencia, se centró en su cometido. Allí me quedé, con el ceño fruncido, pero incapaz de separar la vista del movimiento de aquellas manos, evocando en mí relatos e historias.

El que en buena hora eligió el cincel en vez de la espada,
arrancó una vida a la piedra y ensalzó las almas de los maestros.
Con su trabajo honró el esfuerzo de sus mayores
y fraguó la gesta de sus herederos.
Escuchad la historia de un gigante que anhelaba tocar el cielo.
De un gigante de cuyas manos salían palabras de piedra
Historias perfectas que ensalzaban a Dios, que por sus manos hablaba.

Con estas palabras inicié a menudo mis actuaciones, recordando los movimientos acompasados de las manos de Iacobus, como si las guiara la música arrancada a una zanfoña y las notas ablandaran la piedra de donde surgían sus esculturas.

Caminando por los senderos, que se iban plagando de hojas mientras los árboles se desnudaban de ellas, intuí que el invierno estaba cerca. El sol bajaba lentamente, haciendo mi sombra tan delgada como las hojas de los pinos cercanos. Eunate quedaba en frente y el sol, atrás. Extendí mis brazos hacia los lados y cerré los ojos dejando que sus últimos rayos golpearan despacio mi espalda.

Teresa

y, después, caminaron hacia el interior de la iglesia. Esperé largo rato. Me la imaginé embelesada contemplando la pequeña talla de la Virgen y me pregunté si sentiría lo mismo que yo había sentido la primera vez que estuve en ese mismo lugar.

Esperé a que salieran. Quería cerciorarme de que lo que había visto existía de verdad y no era solo una visión generada por mi imaginación. La reina Sancha salió en primer lugar. Andaba despacio. A su lado caminaba la infanta Berenguela, una muchacha de rasgos finos y delicadamente bellos, a mitad de camino entre la niñez y la adolescencia. Llevaba los cabellos sueltos y seguía a su madre decidida. Mi corazón comenzó a latir con desenfreno cuando ella, Teresa, traspasó el umbral. Me fijé con más atención en su saya azul ceñida al cuerpo mediante un cinturón plateado. Llevaba unas mangas falsas enredadas en su brazo y la cabeza sin cubrir. Estaba más seria que cuando había entrado, pero su rostro tenía una expresión afable y preciosa. Entraron en el hospital que se estaba construyendo cerca de la iglesia y cuya parte este ya estaba terminada. Allí les sirvieron la comida y descansaron un buen rato.

El cielo se había encapotado, pero para mí era como si un sol resplandeciente brillara imponente. Decidí descansar en la iglesia mientras terminaban de comer. Quería verla una vez más y encontrar un modo de saber su nombre, pero no podía merodear por los alrededores sin terminar por llamar la atención de los hombres de la reina. No quería dar unas explicaciones, que no tenía, para justificar mi presencia allí.

El interior me acogió con la misma intensidad y fuerza que siempre. Entré despacio y respiré hondo. Sonreí. No supe si dar las gracias o no por la visión de aquella mujer que me parecía un regalo de Dios. Me quedé parado en el centro, como si yo fuera la Tierra y todo girara a mi alrededor. Desde allí observé lo que me rodeaba. Elevé la cabeza y vi cómo los nervios rectangulares de la cúpula se unían en el centro. Fruncí el ceño, allí había algo extraño.

Estaba cavilando sobre mi observación cuando sentí un leve golpe en mi hombro. Me volví. Frey Tizón me miraba extrañado.

—Parecías traspuesto. ¿Es posible que tu fe se haya afianzado aquí, juglar? —dijo en apenas un susurro.

—Observaba vuestras cruces patadas en el techo. Los nervios las dibujan en la bóveda.

Sonrió de forma enigmática.

—¿Puedo preguntaros algo? —le dije intrigado y hablando en un tono muy bajo.

Asintió. Me hizo un gesto con la mano y salimos. Esperé unos

instantes antes de continuar.

—Los nervios no tienen la misma distancia entre sí. Eso solo puede significar una cosa, que los lados del octágono no son iguales.

—¿Insinúas que la construcción está mal hecha?

—¡Por supuesto que no! —le contesté rápidamente, aunque no porque estuviera convencido, sino por pura defensa—. ¿Está hecha así a propósito? —me pregunté maravillado a la vez que sorprendido—. ¿Se puede hacer una construcción mal a propósito? ¿Con qué fin?

Frey Tizón me agarró del brazo despacio, como si fuera mi padre o mi guía.

—¡Ah!, juglar, veo que hay curiosidad en ti, que te haces preguntas. Todo lo que nos rodea —prosiguió mientras caminábamos — está conectado. No hay ni una sola de nuestras acciones que no acabe repercutiendo en otros, o en nosotros mismos.

—A veces se me hace difícil seguir vuestra lógica.

Su carcajada me pilló de improviso. Se agarró de mi brazo y nos alejamos de la iglesia.

—Observa los árboles —me dijo después de una larga pausa.

—¿Qué pasa con ellos?

—Solo obsérvalos.

Aproveché que frey Tizón parecía de buen humor para interrogarlo sobre la presencia de la reina en el lugar. Me dijo que doña Sancha tenía especial interés en la iglesia dedicada a la Virgen y que ella misma había hecho una donación importante para su financiación. También me informó de que la reina pensaba pasar una larga temporada en el lugar junto con su hija. Esa información inyectó savia nueva en mis venas y me sentí tan ligero que habría sido capaz de volar. Solo deseaba poder estar cerca de esa criatura a la que acababa de conocer.

Frey Tizón se ausentó diciendo que debía atender unos asuntos. Me despedí de él y esperé sentado cerca de un árbol, con la espalda recostada en su tronco y con decenas de versos de amor rondándome la cabeza. La vi salir y atender a doña Sancha y fue como si el sol se hubiera asomado entre las nubes. Me acerqué todo lo más que pude, como un curioso más que quiere ver a la reina. Fueron solo unos momentos, pero el instante en que nuestras miradas se cruzaron compensaron todos los años de burlas que había sufrido por mi cojera.

—¡Teresa! —oí que la llamaban—. Debemos irnos ya.

Sonreí mientras repetía su nombre varias veces en mi cabeza y mis labios lo saboreaban. Vi alejarse al séquito y deseé con todas mis fuerzas saber dónde se alojarían. Lo averiguaría más tarde. En ese momento debía preparar mi actuación si quería ganarme el pan de

aquel día. La tarde estaba fresca y hube de protegerme debajo de mi capa. La miré, estaba raída en algunos sitios y tenía un pequeño agujero en el centro. Yo todavía tenía la esperanza de que aguantara un año más. A la vuelta, pediría a Hermesinda que me la cosiera.

Unas ráfagas de viento azotaron mi cara y me cubrí con la capucha. Tropecé con algunos peregrinos que llegaban desde Jaca. «¡Buen camino!», les deseé. Eran pocos y marchaban erguidos a pesar del viento. Algunos parecían cansados, pero yo sabía que no cejarían en su empeño hasta llegar a Puente la Reina.

Aquella tarde conté historias de amor y de caballeros y conseguí arrancar buenas dosis de risas a mi público. Llamé su atención tocando un instrumento que yo mismo me había fabricado con barro. Una especie de rueda en la que había metido pequeños guijarros y legumbres para que sonara al moverse. Había descubierto que era un método eficaz para llamar la atención de los vecinos y caminantes. En algunas localidades estaban acostumbrados a escucharla y ya me conocían.

Cuando creí que ya había un grupo importante de personas, empecé mi narración, acompañada de fuego y agua. Había añadido este último elemento, que ocultaba a la vista del público y con el que, de repente, les mojaba, arrancando gritos y risas por igual.

Cabalgaba con la luna a sus espaldas,
de pie, sobre su caballo, gimiendo por las maldadas.
Implorando al Altísimo que le concediera una hora más
para ver por última vez a su amada.

Al caer la tarde, me acerqué a casa de Fernando con la urgencia de arreglar mi capa. En un primer momento, me extrañó el gran alboroto que se oía en los alrededores, pero luego recordé a la reina y a su séquito y mi corazón danzó de alegría. ¿Estaría Teresa en la casa? Desde fuera, contemplé el trajín de Hermesinda y decidí que no era el mejor momento para molestarla por el roto de mi capa. Dos muchachas trabajaban con ella. En la cocina debía hacer calor, ya que las tres se llevaban continuamente el antebrazo a la frente para secarse el sudor.

Me alejé, aunque mi corazón pedía a gritos ver a Teresa una vez más. Cuando estaba a mitad de camino, decidí que tenía que regresar. Me encaramé al tejado de una casa cercana y pasé horas allí, en un atardecer más bien frío, con la esperanza de disfrutar de nuevo de su sonrisa. No tuve suerte. Alcé la mirada. Las nubes también me impedían ver las estrellas. Descendí de un salto y me dirigí hacia el

patio. Antes de llegar vi cómo se abría una puerta. Por allí se coló un haz de luz tenue y tembloroso. Retrocedí hacia la oscuridad. Una silueta de cabellos largos se acercó al pozo que presidía el patio. Vi cómo dejaba la vela encima de la piedra y se disponía a sacar agua.

—No os asustéis, bella dama —dije en voz queda, saliendo de mi escondite—. Pues soy el guardián de este patio y Dios me ha puesto en él para ayudaros.

Noté cómo su cuerpo temblaba. Me acerqué despacio, mostrando mis manos y hablando a la vez para darle tiempo a asimilar mi presencia. La noche ocultaba mi andar renqueante; la oscuridad, el azoramiento que portaba. La tenía allí, a escasas pulgadas. Nuestros ojos se miraron y entonces le sonreí.

—Del agua de este pozo os dejaré beber, pero debéis decirme primero vuestro nombre.

No percibí miedo en su mirada.

—No es para mí el agua —dijo, y su voz sonó como si alguien estuviera interpretando la pieza más maravillosa del mundo—. Es para mi señora, la reina.

Alargué despacio mi brazo y tomé la cuerda. Lancé el cubo al agua y lo subí con brío.

—Es fresca y clara. Saciará la sed de vuestra señora. ¿No queréis probarla vos también, Teresa?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Se lo he oído a un susurro.

Llené el cuenco que siempre estaba sobre la piedra del pozo y se lo tendí. Nuestras manos se rozaron apenas un instante. Fue suficiente para hacerme soñar durante muchas noches. Cuando más tarde me refugié en mi granero, aún me temblaban las manos por el leve contacto.

—Ninguna flor con su aroma tejido de miel, ningún día azul de primavera, ningún arroyo de aguas cristalinas es comparable a vos.

La tenía tan cerca que podía notar su respiración. Olía a jazmín.

—Mi señora espera el agua —dijo agachando la cabeza—. Gracias, guardián de este patio.

La vi alejarse. La luz se fue con ella, mientras la oscuridad envolvía de nuevo mi presencia. La puerta se cerró y yo me quedé allí plantado, de pie, en medio del patio, sintiendo algo que jamás había sentido.

Regresé a mi granero. Hasta el polvo y el olor a cereal me pareció que habían desaparecido. Un gran fuego quemaba dentro de mí, pero no hacía daño. Muy al contrario, parecía un bálsamo que aplacaba todos los reveses de mi vida. No me importaban el pasado ni el futuro. Tan solo sentía la plena presencia de Teresa.

La reina salía todas las mañanas por los alrededores. Me consta que visitaba a los campesinos y ganaderos de la zona y que frecuentaba a los hospitalarios y templarios. Frey Tizón le servía de guía a menudo. Por las tardes, siempre hacía una visita a Santa María de Eunate, circunstancia que yo aprovechaba para ver a Teresa. Doña Sancha permanecía dentro de la iglesia durante un buen rato, rezando. Mientras, sus doncellas esperaban fuera. En total eran cuatro. Al principio, las observaba de lejos, conformándome con la visión de Teresa desde la distancia. Pero pronto el corazón me pidió más, a pesar de lo cual ni con mis palabras ni con mi cara aún de niño ni con el inofensivo aspecto de cojo conseguí ganarme su confianza. Les dedicaba piropos a todas, intentando esconder el miedo a que se me notara demasiado que a la que buscaba era a Teresa. Bromeaba y les recitaba versos mientras soñaba con el momento en que pudiera estar a solas con ella.

La oportunidad se me presentó una mañana en que me las tropecé a la orilla del río Robo. Al caminar por su margen, escuché unas voces tiernas y claras. Me acerqué. Alguien cantaba. Era una melodía que me llegó hasta el alma. Teresa cantaba como los ángeles. La espié desde detrás de un árbol y me sentí afortunado.

Cuando acabó, las cuatro se centraron en su trabajo. Estaban lavando. Seguí a Teresa, que se alejó unos pasos. Se agachó cerca de la orilla. Sus nalgas se movían al compás de sus movimientos y estos eran acordes con el ritmo de la melodía que tarareaba. Frotaba la ropa contra una piedra y la aclaraba en las aguas del río. Salí de mi escondite asegurándome de que las otras tres muchachas no se percataban de mi presencia.

—Es la canción más bella que he escuchado jamás —le dije.

—¡Jesús! ¿Tienes por costumbre ir dando sustos a las doncellas? ¿O es que también eres el guardián de este sitio, Iñigo?

—Me asombra que conozcáis mi nombre, pero me alegro de no ser ya un desconocido para vos. En cuanto a lo que preguntáis, puede que también sea el guardián de este sitio. Por cierto, ¿sabéis que en este lugar se cometió hace años un asesinato?

Teresa abrió los ojos y su cara dibujó una expresión de sorpresa.

—No es cierto —me dijo algo más tranquila.

Ladeé la cabeza y enarqué las cejas. La verdad era que no tenía ganas de contar a Teresa historias de miedo, sino de amor.

—¿No descansáis nunca? —le pregunté.

—Algunos ratitos —contestó sonriendo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría enseñaros algunos rincones especiales. No es lo que pensáis —dije al ver su cara de alarma—. No osaría molestaros

—añadí retrocediendo un paso— ni haceros daño.

Elevé mi mano derecha y la moví despacio siguiendo su contorno, ese contorno que deseaba abrazar y sentir cerca de mí. ¡Ojalá pudiera rozar su piel!, deseé.

—Lo sé —dijo ella centrándose en la tarea de lavar la ropa—. Los martes y los jueves nos acercamos al río a lavar.

Sonreí. ¿Era eso un permiso para que fuera a verla? La voz de una de sus compañeras se escuchó desde la derecha.

—¿Teresa?

Me despedí deprisa y me escondí detrás de un árbol.

—Adiós, bella Teresa.

La vi refrotar la ropa como si la conversación conmigo no hubiera tenido lugar.

—Nos ha parecido oír voces —le comentaron sus compañeras—. Pensábamos que os había ocurrido algo.

—Solo cantaba —les aclaró.

Me quedé escondido un poco más. Cuando ella se levantó, las otras la ayudaron a escurrir la ropa retorciéndola con toda su fuerza. Al terminar su tarea, se alejaron. Teresa se quedó la última. Antes de desaparecer de mi campo de visión se volvió y sonrió hacia donde yo estaba.

La vida cambió para mí. Las miserias de los días de mi niñez apenas me parecían recuerdos esparcidos que se alejaban. Me sentía otro. Cuando podía, me ocultaba y observaba a Teresa. Sus movimientos me parecían música celestial; su sonrisa, un regalo para mi corazón. Los martes o los jueves, antes de delatar mi presencia, me escondía para vigilar en silencio y deleitarme con sus quehaceres y su voz.

—Sé que estás ahí, Iñigo —me decía divertida cuando se sabía lejos de las miradas y de los oídos de sus compañeras.

Entonces yo salía de mi escondite, tímidamente, con una sonrisa permanente en mi boca y en el corazón. No era fácil estar a solas con ella. Normalmente, debía asistir a doña Sancha y eso requería estar en su presencia casi continuamente. Y cuando se alejaban de Puente la Reina, siempre había algún caballero de la guardia de la reina que se ocupaba de ellas para salvaguardar su vida y su virtud. Así que, cuando hablábamos, nuestras conversaciones eran interrumpidas continuamente.

Me fue difícil convencerla para que saliera una noche conmigo. Tras el crepúsculo, me colaba sin hacer ruido en la casa de Fernando y esperaba en el patio, rogando que la reina tuviera sed esa noche y le mandara a Teresa a buscar agua fresca del pozo. Algunas veces tenía suerte. Otras, era otra de las doncellas la que venía y mi corazón se

quedaba triste. Las noches que Teresa aparecía por la puerta e iluminaba el patio con su lámpara, era como si una ventana de alegría se abriera para mí. En los breves instantes que coincidíamos, apenas nos daba tiempo de intercambiar unas palabras en susurros. Pero esas frases me hacían soñar y sentirme libre por primera vez en mi vida. Durante ese tiempo, me olvidaba del cojo de Enneco y de Iñigo el juglar. Simplemente era un joven enamorado de una doncella tan hermosa como la primavera, con una voz que erizaba el vello de mi nuca.

—No podréis atrapar la Luna en este pozo —le dije una noche de luna llena y temperatura templada.

Su cabeza se giró hacia el lugar del que salía mi voz. No pude ver las facciones de su rostro porque estaba en la penumbra, pero intuí su sonrisa. Me acerqué y le tomé la mano. Hizo ademán de retirarla, pero yo la retuve.

—Venid conmigo. La Luna se ve preciosa reflejada en el río Runa. Llegaremos entre las sombras, nadie nos verá y os traeré de vuelta sin que vuestra ausencia sea descubierta.

—No puedo, Iñigo.

—Cuando acabéis vuestro servicio Os esperaré aquí y os llevaré hasta la orilla.

—No puedo, de verdad. He de servir a la reina.

—Os esperaré aquí hasta maitines —insistí.

—Adiós, Iñigo.

Siempre la esperaba hasta maitines, pero nunca aparecía. Yo no perdía la esperanza y, cuando, defraudado, volvía a mi granero, mi corazón se debatía entre la sensación de fracaso y la esperanza a partes iguales. Así que aquella noche esperé como siempre, agazapado como una presa acorralada en mi propia trampa. Miré las estrellas, tan lejos de mí como yo del corazón de Teresa, pensando en las historias que podían contener. Apenado por un nuevo fracaso, me dispuse a irme justo en el momento en que se abrió la puerta que daba al patio.

—¡Iñigo! —escuché como un susurro.

Mi sangre se heló y me quedé petrificado. Cuando oí de nuevo mi nombre, salí despacio de mi escondite. No podía creer que ella estuviera allí.

—¿Sigue en pie lo del paseo hasta el río?

—Claro.

Salimos por la puerta de atrás. Ella me siguió en silencio. Le dije que era mejor que se remangara un poco el vestido para que no se le enganchara en las hierbas que crecían salvajes en los alrededores. Notaba su respiración entrecortada justo detrás de mí mientras

avanzábamos hacia el camino. Nos deslizamos pegados a las paredes de las casas, a tientas. Cuando ya estábamos cerca del puente, la agarré de la mano y tiré de ella. Bajamos hasta la orilla y nos sentamos al amparo del muro del primer arco. La luna se reflejaba en la superficie, pequeña, redonda, plateada. Nuestros rostros carecían de expresión en aquel momento, puesto que la oscuridad se comía nuestros gestos.

Teresa me contó que pertenecía a la familia de los Lehet. Estaban emparentados directamente con Martín de Lehet, tenente de Peralta. Había nacido en Tudela, en el seno de una familia de ricoshombres bien posicionada en el reino. Era la quinta de ocho hermanos y servía en el hostal de la reina desde que tenía diez años. Había crecido a la sombra de la pequeña corte del rey Sancho. Había en ella un deje de inocencia que me atraía y una belleza incomparable que me fascinaba. Y esa atracción me hacía invencible y todopoderoso. En ese momento, me sentía un Perseo capaz de vencer a Ceto para conseguir el amor de Andrómeda.

—¿Veis el reflejo de la Luna? —le pregunté; noté cómo asentía con su cabeza, lenta pero firmemente—. Es preciosa, pero no tanto como vos —le dije—. Ni la estela de la Luna se puede comparar con la belleza de vuestro rostro. Para mí, sois lluvia fresca un día de calor, fragancia de rosas en un lecho de sábanas suaves.

Sentí el rubor de su rostro como si una pequeña hoguera se hubiera encendido junto a mí. La cogí de la mano, pero ella la apartó. Ese leve contacto encendió algo en mí. Sentí que la amaba como nunca nadie podría amar a otra persona. Sentí que la necesitaba, que deseaba poseerla y una erección respondió a mi deseo. Yo mismo me asusté de la intensidad de mis sentimientos. Me acerqué a ella despacio, ansiando notar su pecho en mi mano y, si eso no podía ser, por lo menos estar tan cerca como para beber de su respiración y escuchar los latidos de su corazón. Un deseo tan grande se apoderó de mí que incliné mi cuerpo buscando a ciegas sus labios. Pero ella se puso en pie de repente y todo mi ser se ahogó en un profundo vacío, como si hubiera caído en un pozo. El sol se había eclipsado.

—Has prometido llevarme a casa enseguida.

No protesté, aunque sabía que todavía no había transcurrido el tiempo pactado. Cerré los ojos resignado y me levanté creyendo que solo era cuestión de tiempo que Teresa fuera mía. ¿Acaso no había aceptado pasear conmigo? Me propuse conquistarla con mis mejores armas y esas eran las palabras.

Caminamos deprisa pisando apenas el suelo. Agarré su mano y sentí un leve temblor en ella. Pensé que era de la emoción, pero me di

cuenta de que se trataba de simple miedo, miedo a ser sorprendida fuera de lugar conmigo. La conduje sana y salva hasta la casa de Fernando.

—Buenas noches, bella Teresa.

—Buenas noches, Iñigo —me contestó casi sin volverse hacia mí.

Caminé despacio y cabizbajo. Aquella noche no dormí. Una extraña sensación entre euforia y desencanto dominaba mi cuerpo.

Mi hermano menor

hasta el río, pero, aunque se quedaba sola a ratos, ya no me llamaba. Un par de veces intenté acercarme, pero en cuanto escuchaba mis pasos se iba o llamaba a otra de sus compañeras. Estaba claro que me esquivaba y yo empecé a preguntarme si había hecho algo malo. Llegué a la conclusión de que lo único malo que había hecho era amarla. Quererla con todas mis fuerzas mientras la luna rielaba en las aguas tranquilas del río. Mi corazón ardía de dolor y tan malo era verla y no poder estar con ella, como no verla.

La tormenta amainó cuando yo entraba en Puente la Reina. El viento se había calmado, pero mi cuerpo temblaba. Estaba tan empapado que mis pies emitían un extraño sonido al caminar y mis ropas pesaban sobre mi cuerpo. Pasé por delante de la casa de Fernando, pero no me detuve. Me dirigí al granero. Aunque ya estaba prácticamente lleno, necesitaba un sitio en el que secarme. Me colé allí. A pesar de la lluvia, el polvo flotaba en el aire y el ambiente era seco. Me quité las ropas despacio y las tendí sobre los palos de los arados y otros útiles.

Saqué mi albogue. También estaba algo mojado, a pesar de que lo había mantenido protegido debajo de mi brazo todo el rato. Cogí unas telas viejas que Hermesinda me había conseguido y las pasé por su superficie. Toqué unas notas para comprobar que seguía emitiendo el mismo sonido de siempre y me dejé llevar por su melodía entonando una música melancólica que parecía sacada de mi corazón.

La última nota se quedó suspendida en el aire unos instantes y luego desapareció. Entonces escuché el ruido. Miré hacia la puerta y vi cómo el tope de madera se movía. Recogí mis cosas como pude y me escondí detrás de un montón de grano. No quería tener problemas con el dueño. Si me pillaba allí, creería que le estaba robando su sustento. Mi corazón se aceleró y las sienes empezaron a martillearme. Miré hacia la parte de atrás. Sabía que allí había una pequeña ventana y calculé las posibilidades de llegar hasta ella antes de que quien estuviera en la puerta entrara. Miré mi cuerpo desnudo, cogí mi ropa haciéndola una bola, el albogue y los zapatos y trepé por la montaña de grano.

—¿Iñigo? —escuché. Era un susurro, una voz suave de mujer—. ¿Iñigo? —repitió.

Asomé con mucho cuidado la cabeza por encima del montón. Sus ojos azules me descubrieron y me sonrieron.

—Hermesinda te ha visto llegar desde la casa de don Fernando y me ha pedido que te traiga algo seco.

La miré sin comprender, sin poder salir aún de mi asombro. Después de tantos días de silencio y de esquivarme, me parecía

imposible que Teresa hubiera ido a buscarme para llevarme ropa seca.

—Hermesinda me dijo que en invierno y cuando llueve te cobijas aquí. ¿Iñigo? Puedes salir, no hay nadie más.

—Estoy… desnudo. Lanzadme la ropa seca —le pedí.

Escuché una risa contenida. Me lanzó la ropa y se volvió, dándome la espalda.

—Pensaba que estaríais en Eunate con la reina.

—¿Eunate? —preguntó un poco perpleja.

—Me refiero a la iglesia de Santa María. La llamo así porque sus arcos me parecen como si fueran cien puertas.

—La reina no se encontraba muy bien hoy debido al calor y ha preferido quedarse en casa a la sombra.

—Eso os ha librado de una buena mojadura. ¿De dónde habéis sacado estas ropas?

—Creo que son del esposo de Hermesinda.

—¿Y bien? —le pregunté saliendo de mi improvisado escondite. Teresa sonrió y se llevó la mano a la boca. Ese simple gesto excitó mis pensamientos, pero me contuve—. Gracias —le dije—. Pensaba que habríais tenido problemas por el paseo de la otra noche.

La muchacha bajó la cabeza y no dijo nada. Luego me miró con curiosidad.

—Si quieres, puedo poner tu ropa a secar.

—No será necesario. Aquí se acabará secando sola.

—Así que este es tu escondite secreto. ¿No tienes casa?

Ahora fui yo el que agachó la cabeza. Negué despacio.

—Vivo en el Camino. Pero estoy ahorrando para poder establecerme algún día.

—¿Y a qué piensas dedicarte?

—Creo que a comerciar. Tengo algunos contactos —dije dándome cierta importancia. No quería que Teresa pensara que era un mendigo —, pero todavía he de reunir algo más de dinero.

—Algún día lo conseguirás —me animó—. Ahora debo irme.

—¿Cuándo os veré? —Se encogió de hombros—. Os esperaré como siempre. En el patio.

Me dejó coger su mano derecha y yo la besé. Era pequeña y suave.

—Adiós, Iñigo.

La puerta se cerró y fui incapaz de moverme durante mucho tiempo.

Escuché el sonido de los cascos de su caballo desde lejos. No me sorprendió cuando se colocó a mi altura y me llamó.

—¡Eh, Iñigo! —me dijo divertido—. Hoy tienes mucha competencia en Puente la Reina. Tendrás que hacer un esfuerzo si

quieres llevarte las monedas del público.

Alcatón me miró desde lo alto de su montura. El caballo se encabritó y elevó sus patas delanteras. Él lo dominó con una mano. Se bajó y se puso a mi lado. De todas las personas que conocía en Puente la Reina, Alcatón era la última con la que quería entablar una conversación.

—Dicen que has cambiado las gestas por los poemas de amor —me dijo con una sonrisa falaz en su boca.

—Al público le gustan esas historias.

—¿En serio? Por un momento creí que estabas enamorado.

Escondí mi turbación como pude, aunque creo que no lo logré y solo conseguí afianzar su creencia de que así era.

—¿Por qué elegisteis ser templario? —le pregunté contraatacando.

Me miró entre sorprendido y divertido y desenvainó su espada.

—¿A qué ese interés?

—No os parecéis a vuestros hermanos.

Me dio la impresión de que por su rostro pasaba una especie de sombra que se borró de pronto, reemplazada por una amplia sonrisa. La encontré cautivadora. Pensé que nadie diría que no a una sonrisa como la suya.

—Eso no es de tu incumbencia.

Me permití sonreír tímidamente. Alcatón montó de nuevo y tomó las riendas de su caballo. Miré hacia arriba.

—Te estaré vigilando, juglar. No cometas el error de ofender a Dios ni a los hombres.

Espoleó los flancos de su caballo y se adelantó. Caminé despacio, detrás de él, siguiendo su estela, como si fuera mi guía, y me dejé llevar por mis propios pensamientos. Alcatón tenía el don de crispar mis nervios.

La conversación con el templario me había picado lo suficiente como para ir a averiguar si era cierto que había otros juglares en la localidad. Las calles parecían tranquilas y las gentes, fatigadas, se habían retirado a sus casas. Por las vías principales aún se escuchaba el trajinar de los peregrinos. Percibí un sonido como de cascabeles y una voz lejana parecía querer llamar la atención. Doblé la esquina. Un hombre delgadísimo se balanceaba dentro de una saya demasiado grande para sus finas carnes. Su mano, aquejada de un incontenible temblor, reclamaba la atención de las gentes cercanas. Su esfuerzo parecía titánico. Sus ojos hundidos en una cara pálida y ojerosa aún tenían la suficiente firmeza como para llevar a cabo la empresa en la que estaba empecinado: congregar al suficiente número de público para iniciar su actuación y ganarse el pan de ese día. Junto a él, un

niño que no pasaría de los siete años.

Los reconocí. Eran Carlo y su padre. Recordé el encuentro que tuvimos en Logroño y que aquel día decidí hacerme juglar. Me pregunté si, en esta ocasión, aquel hombre llegaría a culminar la función. Sus palabras sonaron fuertes como si salieran de cualquier sitio que no fuera su propio cuerpo. Miró a su hijo. La dulzura y ternura de esa mirada la deseé para mí. Nunca había visto a un padre mirar así a un hijo. En aquella mirada se resumía todo el amor que un hombre es capaz de cargar sobre sus hombros. ¿Por qué mi padre nunca me había mirado así?, me pregunté confuso.

Me pareció que de allí tomaba fuerzas para continuar. Me moví entre las gentes para observar. Miré a Carlo. Nuestros ojos confluyeron durante un instante. Creo que me reconoció porque elevó su mano y sonrió. Yo moví ligeramente la cabeza. Luego me alejé despacio situándome detrás del poco público que se había congregado.

Me pregunté si detrás de su historia se escondería alguna parecida a la mía. «Al menos —pensé—, ellos se tienen el uno al otro». Avancé en busca de otra calle donde preparar mi propia función, dispuesto a dejar pasar el tiempo suficiente para que la suya concluyera. El sitio que ellos habían ocupado no era mi preferido. Me gustaba más concentrar a la gente cerca del río donde la vista del puente me permitía tener un fondo apropiado para mis palabras.

Varias personas me pasaron. Andaban deprisa. La tarde estaba calmada y templada. Sentí un tirón fuerte en mi manga y me volví. Los ojos grandes y redondos de Carlo me miraron. Entorné los míos, pidiéndole una explicación. Noté que su respiración era agitada, aunque no tenía la sensación de que hubiera llegado corriendo hasta mí. Iba a preguntarle por qué se había alejado de su padre, cuando el niño tiró de mí con insistencia. Lo seguí en silencio, dejándome llevar. Lo único que quedaba en el sitio donde habían estado actuando era un bulto en el suelo. Me acerqué deprisa. El padre de Carlo yacía en una extraña posición. Tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre corría por la comisura de sus labios.

—¿Qué ha pasado? —interrogué al chico sin atreverme a tocar a su padre.

Carlo se mordió los labios antes de hablar.

—Se ha caído. Estaba hablando y, de pronto, se ha caído.

—¿Y la gente?

El niño se encogió de hombros.

—Todos se han ido.

¿Cómo era posible que nadie hubiera socorrido a aquel hombre si le habían visto desplomarse en mitad de la actuación? Miré a Carlo

impotente y consternado.

—No…, no puedo hacer nada. No poseo conocimientos de medicina y no tengo dinero para pagar a alguien que le pueda ayudar.

Carlo me enseñó unas monedas que guardaba en una bolsa. Seguramente era todo lo que tenían y menos que insuficiente para pagar a alguien que atendiera a su padre.

—Yo… —balbucí.

Su pequeña mano me asió con más fuerza, con la intención de que yo no fuera el siguiente en abandonarlos. Apremiado por su insistencia, una idea se abrió paso en mi mente.

—Creo recordar que disponéis de un carro, ¿no? —Carlo asintió—. Está bien, ayúdame a subirlo en él.

El cuerpo del padre de Carlo era ligero como una pluma de gorrión. A través de su saya noté el calor penetrante que lo arrebataba y el temblor propio de la calentura. Bajo mis brazos sentía los huesos de un cuerpo débil y enfermo.

Aquel carro no era comparable al de Munio y su familia. En su interior apenas cabían dos personas apretujadas, pero supuse que sería suficiente para ellos. Encontré un par de mantas y unos pocos enseres. Olía a rancio y a vómito. Contuve la náusea y coloqué el cuerpo de aquel hombre sobre una de las mantas.

Tiraba de aquel carro una mula tozuda a la que me fue imposible hacer obedecer. Estaba tan esquelética o más que su dueño y parecía aquejada de la misma enfermedad.

—Tienes que pedírselo por favor, cerca del oído —me explicó Carlo—. ¿Ves?

El niño se acercó a ella. El animal agachó el cuello y Carlo le susurró algo al oído. La mula dio un par de cabezazos y comenzó su andar cansino dando tumbos. La madera del carro empezó a chillar como si alguien la estuviera estirando en contra de su voluntad. El camino hasta la casa del Temple se me hizo largo y agotador. Parecía increíble que un animal pudiera andar tan despacio. Estaba acostumbrado al paso ligero de las mulas de Raimundo.

Carlo no soltó mi mano durante todo el trayecto ni pronunció palabra alguna. De vez en cuando alzaba la mirada y me observaba con una expresión entre nervioso y asustado. Yo le sonreía intentando decirle que todo se iba a solucionar, aunque no tenía ni idea de si lo que le pasaba a su padre era grave o no. Con un poco de suerte, todo lo que necesitaría sería comer caliente por una vez en mucho tiempo. Llamé a la puerta de la casa del Temple. Conocía al hermano que fue a abrir. Era un hombre anciano con mucho temperamento al que de vez en cuando parecía írsele la cabeza. Entonces contaba historias de

batallas que nadie sabía a ciencia cierta si las había vivido o se las inventaba. Tenía el pelo lacio y totalmente blanco. Tenía un ojo entrecerrado y apenas oía, aunque a veces parecía que oía solo lo que quería.

—Necesito ver a frey Tizón.

Por toda respuesta negó con la cabeza.

—Es… urgente, por favor —añadí.

—No son horas.

—Al menos decidle que el juglar está aquí, y que él decida.

—No te prometo nada.

Esperamos durante un largo rato. Carlo me apretaba la mano con su fuerza infantil. Estaba tan cerca de mí que casi me pisaba los pies. Se aferraba a mi persona como si de ello dependiera su vida.

—Vendrá —le dije al fin, al ver su mirada suplicante, aunque yo mismo empezaba a perder la esperanza.

La puerta se abrió por fin y frey Tizón se asomó por ella.

—Espero que sea importante, juglar.

Aunque su voz sonó fuerte, lo que hizo que Carlo se sobresaltara, en su tono no había reproche.

—¿Qué haces con ese niño? —me preguntó—. Ya sabes que no admitimos niños.

—Es Carlo —le presenté—. Pero no se trata de él, sino de su padre. Ha tenido un desvanecimiento mientras presentaba su función.

—¿Otro juglar?

Me encogí de hombros. Frey Tizón se acercó a mí y me habló quedamente para que el muchacho no llegara a escuchar sus palabras.

—Juglar, sabes que no atendemos a…

—Sí, lo sé. Hospital de peregrinos. Pero, si lo analizáis con detenimiento, él, a su manera, también es un peregrino. Recorre el Camino día tras día, consuela a los cansados y arranca sonrisas a los que han perdido la esperanza. Por favor, frey Pedro, al menos dadle una oportunidad. Hacedlo por el niño y por no perder un alma para Dios.

Tras mis últimas palabras, sus ojos me miraron de forma diferente. Yo advertí el cambio y debo decir que no me gustó en absoluto.

—Mmm —murmuró—. Sabes que cobramos a cada uno según sus posibilidades.

—Miradlos. ¿Qué medios creéis que pueden tener? Aunque sé que el niño está dispuesto a pagar hasta el último vellón que posee con tal de ver a su padre recuperado.

—No estoy hablando de ellos, sino de ti.

Me quedé sorprendido. Carlo nos miraba a ambos intentando

enterarse de lo que estaba ocurriendo y preguntándose por qué tardábamos tanto en atender a su padre.

—¿Qué tengo yo que ver en esta transacción?

—Tú eres el que los ha traído hasta nuestra casa.

Resoplé. Mis ahorros eran escasos y estaban destinados a cumplir mi sueño, un sueño que empezaba a tomar forma. ¿Estaba dispuesto a sacrificarlo con dos desconocidos?

—¿En qué estáis pensando? —pregunté, vencido y resignado.

—Necesito de alguien joven y fuerte que traiga las últimas piedras que faltan para la iglesia de Santa María y el hospital de peregrinos. Una buena oportunidad para hacer algo por la remisión de tus pecados y la salvación de tu alma pecadora.

—No me estaba refiriendo a la mía cuando os he dicho que vuestra ayuda salvaría un alma para Dios.

—Lo sé. Pero me lo has puesto demasiado fácil. Por lo demás, el muchacho deberá pagar según sus posibilidades. Ese es mi trato.

—¿No creéis que es un pago demasiado alto? Este hombre se puede estar muriendo.

El templario sonrió y se fue directo hasta el carro. En cuento vio al padre de Carlo, dio órdenes precisas para que le ayudaran a meter a aquel hombre en la casa del Temple. El niño y yo los seguimos por varios pasillos hasta que la mano de frey Tizón nos detuvo. Nos quedamos quietos en medio de una sala que parecía un comedor donde varias mesas iguales y sencillas estaban dispuestas en paralelo. Los dos de pie, Carlo sin soltar mi mano, sin saber muy bien qué hacer. Me llevé al niño a una de las mesas más pegadas a la pared y le hice sentar.

Los pasos de frey Tizón y sus acompañantes aún se oían a través de los siguientes corredores. El templario podía ser brusco, pero sabía que tenía un gran corazón y era un hombre sabio y erudito, como me había demostrado en los ratos que habíamos compartido a la sombra de Eunate.

La presión de la pequeña mano de Carlo sobre la mía me hizo centrar mis pensamientos en el niño. Tenía unos expresivos ojos marrones redondos y grandes. Su nariz era pequeña y sus labios finos se marcaban en una línea recta. Parecía preocupado. Le sonreí intentando transmitirle confianza. Poco después, un templario entró en la sala. Llevaba en la mano un cuenco de caldo que ofreció al niño después de saludarnos.

—Te sentará bien —le dije a Carlo mientras le ayudaba a tomárselo—. ¿Cómo se llama tu padre? —le pregunté cuando ya llevaba un poco más de la mitad del cuenco consumido.

—Se llama Carlo, como yo.

—¿Hace mucho tiempo que está enfermo?

El niño asintió y dio otro trago al caldo. Nos quedamos en silencio, un silencio tan pegajoso como un día de verano sin brisa. Mis dedos tamborilearon reiteradamente la superficie de la mesa. Carlo me volvió a coger de la mano.

—¿Se pondrá bien? —me preguntó, como si yo tuviera la clave de lo que iba a suceder.

—En cuanto regrese frey Tizón, nos dirá cómo se encuentra tu padre.

Carlo apuró el cuenco de caldo. Su cuerpo lo agradeció y el color regresó a un rostro pálido y delgado que sonreía con poco convencimiento.

Pasó mucho tiempo antes de que el templario viniera a buscarme. Me fue difícil disuadir a Carlo para que me soltara y me permitiera hablar con él. No estaba muy convencido de que fuera a regresar. En ese momento, yo era la única persona que conocía en el mundo, aparte de su padre. Frey Tizón captó antes que yo a qué se debía su desesperación.

—El juglar y yo hablaremos en aquella mesa de allí —le dijo el templario con suavidad—. Tú nos podrás ver desde aquí y, cuando terminemos, el juglar regresará a tu lado.

Después de unos instantes, Carlo me miró y soltó despacio mi mano. Me siguió con la mirada y no se sentó hasta que nos vio a los dos adultos hacerlo también. Desde el otro lado de la sala le sonreí y él me miró serio.

—¿Qué le sucede? —le interrogué.

—¿Qué le sucede? —repitió—. Mejor pregunta qué es lo que no le sucede. Ese hombre está desnutrido y aquejado de varias enfermedades. Supongo que se habrá privado de lo básico para alimentar a su hijo, pero ha descuidado demasiado su propia salud. No puedo ocultarte que su situación es grave —añadió.

Me quedé en silencio.

—Pero algo se tiene que poder hacer —repliqué mientras dirigía mi mirada hacia Carlo.

—¿Crees en los milagros? —me interrogó frey Tizón.

Era una pregunta difícil de responder. Para mí nunca había habido milagros, pero tal vez otros no habían nacido con la gran piedra que parecía pesar sobre mi destino.

—Será mejor que empieces a rezar.

—Decidme al menos que puedo indicarle a Carlo que pase a ver a su padre —le pedí yo.

—Solo un instante.
Atravesamos varios pasillos y llegamos a una sala común donde diversas camas estrechas y pequeñas formaban filas perfectamente ordenadas. La diminuta sonrisa que se había formado en la cara de Carlo al saber que íbamos a ver a su padre se esfumó completamente al contemplar a su progenitor tendido allí. A mí también se me hubiera quitado de haber estado en su lugar. Apenas parecía haber vida en ese cuerpo tapado con una sábana blanquísima que pintaba oscura al lado de su cara.

«¡Oh, Dios mío!», pensé al ponerme en el lugar del pequeño. Carlo se quedó quieto y serio.

—Creo que tu padre se alegrará, si sabe que estás a su lado. ¿Por qué no le dices algo?

El niño titubeó al principio, pero luego se acercó al oído de su padre y le susurró algo que yo no pude escuchar.
—El muchacho no se puede quedar aquí, juglar.

La voz profunda de frey Tizón se pronunció con autoridad. Ninguna de mis argumentaciones sirvió para hacerle cambiar de opinión. Y todas fueron rebatidas con sólidos argumentos.

—Pero su padre está aquí. Hay otros niños que se quedan si sus padres están con ellos.

—Iñigo, su padre no puede hacerse cargo de él y nosotros no nos dedicamos a cuidar niños. ¿Por qué no cuidas tú de él mientras su padre se recupera?

Bajé la voz, no quería que Carlo me escuchara.

—Vos mismo habéis comentado que esa posibilidad es muy remota.

—Y también te he preguntado si crees en los milagros.

Meneé la cabeza dubitativo. Lo último que quería en ese momento era tener que hacerme cargo de un niño, aunque fuera solo por unos días.

—Además —le dije—, yo no sé nada de niños y no tengo ningún sitio al que llevarle.

—Antes de contestar de forma tan tajante, deberías mirar al niño —añadió el templario dando por terminada nuestra conversación.

Lo miré. Miré a Carlo. Se le veía cansado. Cuando me preguntó si ocurría algo, no supe qué contestarle. Me agaché a su lado para estar a su altura.

—No puedes quedarte aquí —le dije con voz calmada para que todo pareciera normal, aunque supongo que para él nada era muy normal—. Esto es un hospital y solo atienden a los enfermos. Carlo, yo no tengo casa. Duermo al raso. Donde encuentro un lugar, allí me

quedo.

No sabía qué decir o qué hacer, pero estaba claro que debía ser yo el que tomara las decisiones, así que tracé un plan y se lo expliqué.

—Haremos lo siguiente. Llevaremos tu carro a las afueras. Tú podrás dormir dentro y yo me quedaré a pasar la noche debajo. Por la mañana volveremos a ver a tu padre.

Carlo asintió. Percibí que se había relajado un poco, por la expresión de su cara. Me cogió de la mano y caminó a mi lado. Yo tiraba de la mula con la otra mano. El pequeño me había dicho que se llamaba Cansina. Le hablé en un susurro y ella, para mi asombro, obedeció.

Atravesamos el pueblo. El crujido de la madera acompasaba nuestros pasos. Las nubes altas del cielo se movían entre las estrellas como si fueran un velo que se estuviera retirando. La temperatura era buena. Una estupenda noche de la que poder disfrutar, si no hubiera sido por las circunstancias. Al pasar por la casa de Fernando, cogí la comida que Hermesinda me había dejado envuelta en un trapo en la ventana de la cocina. Y me hice con mi vieja manta.

Coloqué el carro de Carlo cerca de la orilla del río, asegurando las ruedas con grandes piedras. Solté las correas de Cansina y la até a un árbol siguiendo las indicaciones del muchacho. Compartimos la comida en silencio. El único sonido que se alzaba en el aire era el de nuestras bocas masticando. Yo no sabía qué decirle; apenas conocía al muchacho y solo podía imaginarme cómo debía de ser su vida. Cuando le dije que ya podía meterse a dormir, titubeó. Creí que iba a decir algo, pero debió cambiar de opinión en el último momento.

—Buenas noches, Iñigo —me dijo. Se detuvo un momento mirándome antes de añadir en un tono muy bajo—. Gracias.

Sonreí y me tumbé debajo del carro con la manta que había recogido del granero. Cerca se escuchaba a un par de grillos lanzando su canto a la noche de verano. Miré al cielo y me sentí abrumado por lo que había pasado. Aún notaba la presión de la mano de Carlo. Me recordó a las veces que mi hermana Jimena caminaba a mi lado haciendo preguntas y riéndose. Decidí que debía encontrar la manera de ayudar a Carlo mientras su padre estuviera enfermo. Esperé en silencio a que pasara el tiempo. No tenía sueño, pero tampoco tenía intenciones de dormir. Quería dejar al niño durmiendo para poderme escabullir unos momentos hasta la casa de Fernando y probar fortuna. Con un poco de suerte, Teresa acudiría aquella noche al pozo a por agua y saciaría mi sed por verla y sentirla cerca de mí.

Sonreí derrotado cuando escuché el crujir de la madera seguido del sonido de unas pequeñas pisadas que se acercaban. Carlo se arrodilló a

mi lado y me tocó un hombro. Yo lo miré. Seguramente, en la oscuridad no distinguió si yo tenía los ojos abiertos o no. Me dijo que no podía dormir. Lo creí. Le pedí que se tendiera a mi lado mientras decía adiós a mis escasas posibilidades de ver a Teresa aquella noche.

—¿Crees que mi padre se pondrá pronto bien?

Iba a decirle que sí con rotundidad, pero el recuerdo de las palabras de frey Tizón sobre su estado de salud me hizo ser cauto. No quería mentir a Carlo.

—Lo único que sé es que las personas que están cuidando de él están haciendo todo lo posible para que así sea. Ahora todo está en manos de Dios.

Sentí su cuerpo menudo estremecerse a mi lado. Pasé una mano por debajo de su cabeza y dejé que se apoyara sobre mi hombro.

—Cuando murió mi madre —me dijo muy serio—, padre prometió que él nunca me abandonaría.

Sin saber qué hacer o qué decir, cubrí su cabeza con mi mano y le acaricié el pelo. En ese momento advertí que lo que más temía Carlo en este mundo era la posibilidad de quedarse solo. Y estaba percibiendo que existía esa posibilidad. Elevé la vista de nuevo al cielo. Las nubes ocultaban los cientos de estrellas que debían de estar allí. Unos instantes después, la respiración del niño se hizo rítmica y tranquila. Se había quedado dormido.

La leve mejoría que experimentó el padre de Carlo al día siguiente me hizo creer en los milagros. El pequeño disfrutó charlando con él cuando fuimos a verlo por la mañana. Yo, discretamente, salí de la sala y los dejé solos. Pregunté por frey Tizón, pero me dijeron que había salido. Otro de los hermanos me comentó que Carlo padre había pasado una noche agitada, pero que por la mañana no tenía fiebre. Aproveché para llevar algo de comida a Cansina y comprobar que el carro estaba bien. No quería que sufriera ningún percance inesperado. Cuando regresé, Carlo me esperaba sentado en la puerta. Su cara expresaba el ánimo que sentía. En cuanto me vio se levantó y me cogió de la mano.

—¿Cómo está tu padre?

—Se encuentra mejor.

—He dado de comer a Cansina y he comprobado que vuestro carro está bien. Deberías pasar allí un rato para proteger vuestras cosas. Yo iré a verte al anochecer.

Su cara cambió de expresión rápidamente.

—¡Déjame ir contigo! —había súplica en sus palabras—. Puedes usar nuestro carro.

—No puedo, Carlo. He de trabajar.

—Haré lo que sea. Puedo ayudarte a preparar tu espectáculo. Porque tú también eres juglar, ¿verdad? Sé cómo atraer a la gente para que se congregue donde tú quieras y puedo recoger las monedas. Incluso sé preparar una trampa para cazar conejos.

—No puedo, de verdad —le dije incómodo ante su insistencia.

Me alejé y Carlo caminó detrás. Sabía que me seguía. Y no era precisamente porque escuchara el sonido de sus pisadas; lo que escuchaba era su temor a la soledad. Me paré y me volví. Agachó la cabeza, esperando mi reprimenda.

—Está bien —le dije—. Ven aquí. Si conseguimos muchos vellones, te daré tu parte. Pero tendrás que obedecerme y hacer todo lo que yo te pida.

Con una amplia sonrisa, echó a correr y me alcanzó.

Carlo estaba satisfecho. Caminaba a mi lado, de la mano, y me comentaba lo mucho que le habían gustado mis poemas.

—Mi padre nunca recita gestas tan largas. Tú lo haces muy bien. Tu voz suena impresionante y las caras de la gente cambian cuando hablas.

Lo cogí, le di un par de vueltas y lo subí en el carro. Yo tiraba suavemente de las riendas de Cansina. Mirándola, tenía la sensación de que en cualquier momento se iba a caer muerta, pero seguía tirando del carro sin inmutarse.

—Iñigo, eres el mejor juglar que he visto nunca.

Miré a Carlo y le lancé una manzana que nos había dado una vecina de Obanos, donde habíamos actuado.

—Come —le indiqué—. Tienes que coger muchas fuerzas para poder hacer todas esas cosas que dices que sabes hacer.

Se rio. Su risa me sentó bien. Era suave, fresca y contagiosa. Yo también reí. A última hora de la tarde el calor no era tan intenso y apetecía caminar. Aquel día había muchos peregrinos en las inmediaciones y, en la entrada de Puente la Reina, se escuchaban voces en varios idiomas, intentando hacerse entender.

El padre de Carlo estaba dormido cuando entramos a verle y el pequeño no pudo disimular su decepción.

—Le hará bien dormir —le dije para tranquilizarlo—. Así cogerá fuerzas.

No creo que mis palabras contrarrestaran su contrariedad. Nos encaminamos hacia la casa de Fernando donde me demoré cuanto pude con la intención de ver a Teresa, pero no tuve suerte. Hermesinda nos saludó con esa simpatía de la que siempre hacía gala y nos dio dos manzanas asadas que habían sobrado del día anterior. Le pregunté por sus hijos y otras cosas banales mientras con el rabillo del

ojo vigilaba el patio. Me fui decepcionado y con pocas ganas de hablar. Carlo, a mi lado, tampoco parecía tener mucho interés por entablar una conversación, así que caminamos aliados con el silencio.

Nos comimos nuestras manzanas a la orilla del río, con los pies metidos en la corriente. A nuestra manera, saboreamos la libertad de no tener que rendir cuentas a nadie. El pequeño, cogiendo guijarros y lanzándolos al agua, y yo, viendo correr las nubes sobre el cielo veraniego.

Carlo se durmió en mis brazos. Debía de estar agotado. Sus pestañas eran largas y su pelo, del color de la ceniza, estaba revuelto y casi tapaba sus ojos. Su respiración era suave. Me quedé con él en brazos, temiendo moverme y despertarlo, pero luego descubrí que su sueño era profundo. Lo metí en el carro y lo tapé con una manta. Seguía habiendo un olor raro allí dentro y me dije que tenía que hacer una limpieza.

Me tumbé debajo y, aunque mi deseo era marcharme en pos de Teresa, me reprimí y me quedé velando el sueño del pequeño, fantaseando con hacer algún día míos los abrazos y besos de la que a mí me parecía la mujer más bella del mundo.

Unos pequeños golpes en mi hombro me despertaron al alba. Abrí los ojos y me encontré con el rostro serio de frey Tizón. Me incorporé y le interrogué con la mirada.

—¿Y el niño? —me preguntó en un susurro.

Giré la cabeza hacia el carro. Me levanté y comprobé que todo estuviera en orden.

—Duerme —le contesté.

—Su padre ha empeorado durante la noche —me miró para ver mi reacción, pero yo aún estaba demasiado dormido para reflejar nada más que sueño en mi cara—. Ha pedido hablar con el joven que cuida de su hijo.

Tragué saliva. No creía que frey Tizón se hubiera molestado en venir a buscarme si no pensara que el estado de Carlo padre era muy grave.

—Apresúrate —me apremió—. Yo me quedaré con el chico.

Me calcé y me lancé a la carrera, lo más deprisa que mi dormido cuerpo me permitía. En el hospital, un mísero haz de luz iluminaba la habitación. Pasé entre las filas de camas y me senté en una silla que uno de los hermanos ya se había encargado de situar junto a la cabecera de la de Carlo padre. El hombre que tenía delante sonrió con tristeza. En su delgada cara destacaban dos ojos enmarcados por pronunciadas ojeras. Para mí, era un completo desconocido, un desconocido que estaba a punto de confiar la vida de su hijo a un

juglar cojo y sin futuro, cuya mayor aspiración era contemplar un día la cara angelical de Teresa. Me acerqué a él cuando intuí que quería hablar.

—Carlo es un buen muchacho. Me ha dicho que has cuidado de él estos días.

Hablaba tan despacio que parecía que las palabras iban a morir en su boca sin llegar a ser pronunciadas. Me pregunté qué habría pasado con la vitalidad que a un joven como él se le presuponía. Hizo una breve pausa. Un hermano se acercó y le dio un poco de agua. De otras camas llegaban leves quejidos que surcaban la habitación de lado a lado conforme los enfermos se despertaban.

—No tengo a nadie con quien dejar a mi hijo.

Sentí un nudo en la garganta, pero, después de todo, no era mi problema.

—Al parecer, Carlo confía en ti. Yo estoy en deuda contigo desde aquel día que nos ayudaste en Logroño, pero…

Sus palabras desaparecieron mientras un acceso de tos rasgaba el amanecer. Esperé a que se calmara. Su cara quedó marcada por una expresión extraña.

—¿Quieres que lleve a tu hijo con algún pariente? —le pregunté—. Carlo me dijo que teníais familia en Nájera.

Sin acabar mi frase, su cabeza se movió negativamente.

—No tengo a nadie. Mis parientes allí se han negado a recoger al niño. Aunque esto no se lo he dicho a Carlo. He rogado a Dios que no me llevara hasta que encontrara un alma bondadosa que se hiciera cargo de él, y te hemos encontrado.

Esta vez fui yo el que negó.

—No tengo recursos y no sé nada de niños. No puedo hacerme cargo de tu hijo.

Intenté levantarme, pero su mano me retuvo, imprimiendo sobre mi muñeca una fuerza de la que no le creía capaz.

—Eres el milagro que esperaba. Tú sabrás hacerlo bien. Carlo te aprecia —dijo con un sobreesfuerzo que dibujó una mueca de dolor en su rostro.

—No puedes pedirme eso. Es una responsabilidad muy grande y ni siquiera me conoces. Nos hemos visto dos veces. ¿Cómo pretendes dejar la vida de tu hijo en manos de un completo desconocido?

—Frey Tizón me ha hablado de ti… Sabes lo que espera a Carlo si tú no le ayudas —me miró fijamente. Nuestros ojos se clavaron los de uno en los del otro. Los suyos eran los mismos que tenía el muchacho. Ese mirar profundo.

¡Claro que sabía lo que le esperaba a un niño de esa edad solo en el

mundo! Y lo peor no era la muerte. Bajé la cabeza. No me creía lo que el destino me estaba deparando. No podía aceptar el encargo de Carlo.

—Por favor… —suplicó.

—Seguro que en unos días te encuentras mejor y esta conversación…

—Tú y yo sabemos que mi hora ha llegado. Yo más que tú. No podría despedirme de Carlo sabiendo que lo dejo abandonado. Le prometí… —las lágrimas anegaron sus ojos y fue incapaz de continuar expresando lo que tenía en mente—. Dime al menos que harás todo lo posible para que no muera de hambre en una calle de cualquier pueblo, o en un camino.

Esperó sin apartar la vista de mí, sin soltar mi mano hasta que vio un leve gesto de asentimiento de mi cabeza. Sonrió y susurró un leve gracias.

—Es mi voluntad que te quedes con nuestro carro y todo lo que contiene.

—Pero…

—Por favor… Os será más fácil viajar y es un buen cobijo en días de lluvia.

Vi cómo su nuez subía y bajaba muy despacio. Apartó la vista de mí y una rara expresión se clavó en su mirada. Por un momento temí que se hubiera muerto. El hermano que antes le había traído agua regresó y me tocó levemente en el hombro.

—Ahora debe descansar —me dijo al oído.

Me levanté despacio. Carlo soltó mi brazo y me siguió con la mirada. Me retiré abatido. No por mí, sino por aquel pequeño que pronto se iba a quedar solo en el mundo. Caminé despacio hasta el río. Mis pies apenas me seguían, pero cuando llegué al carro tenía decidido que me haría cargo de Carlo hasta encontrar a alguien mejor que yo. Después de todo, el pequeño parecía un niño dócil y cariñoso. Frey Tizón estaba hablando con él cuando llegué.

—¿Dónde estabas? —me preguntó acercándose hasta mí y cogiendo mi mano.

—He ido a ver si tu padre estaba despierto y a decirle que enseguida ibas a ir a verle.

Sonrió y su rostro se iluminó al hacerlo. Frey Tizón me observó y me di cuenta de que ya sabía lo que Carlo me había pedido.

—¿Crees en los milagros, juglar? —me preguntó.

Carlo sorteó las camas con agilidad hasta llegar hasta su padre. Alguien lo había sentado y su espalda descansaba sobre dos mantas dobladas. Su cara estaba lavada y su pelo parecía recién peinado. El pequeño se sentó en un orillo, como si tuviera miedo de molestar. Su

padre pintó en su cara demacrada, como pudo, una sonrisa. Yo sabía que había salido directamente del corazón y me imaginé el dolor que debía sentir aquel hombre en ese instante, siendo consciente, como era, de que su tiempo se agotaba y que su hijo se quedaba solo en el mundo.

Desde la entrada, los vi reírse. El padre revolvió el cabello del pequeño y este se abrazó a él. Vi lágrimas en los ojos del mayor que rodaron por sus mejillas despacio, mientras apretaba contra su corazón aquel cuerpecito delgado y espigado. El padre miró hacia la puerta. Asentí varias veces antes de darme la vuelta y salir.

Esa fue la última vez que Carlo vio a su padre. No había pasado mucho tiempo desde que abandonamos el hospital cuando un hermano templario vino a buscarme y me dijo al oído que Carlo padre estaba delirando. Sonreí al pequeño intentando aparentar normalidad y él me devolvió la sonrisa. Luego me lo llevé a dar un paseo por la orilla del río. Decidí que ese día prepararía la función en Puente la Reina. No quería estar lejos del hospital, para poder preguntar a menudo por el estado del enfermo.

Murió al alba. Su castigado cuerpo no soportó la debilidad de una vida de privaciones. Me pregunté si mi destino sería el mismo, si estaría llamado a morir entre desconocidos en algún pueblo del Camino. Un torbellino dentro de mí se rebeló y decidí que haría cuanto estuviera en mi mano para que eso no sucediera. Le pedí a frey Tizón que fuera él quien se lo dijera al niño, pero me respondió que era mejor que lo hiciera yo, dado el grado de confianza que el muchacho parecía tener en mí. No fue fácil. Antes hubiera preferido otro latigazo de Raimundo a tener que ser el portador de esa noticia. Lo llevé a la trasera de la casa del Temple, donde los hermanos guardaban las gallinas y otros pequeños animales. Nos sentamos a contemplarlos y le repartí un trozo de pan y un pedazo de carne. No era habitual que yo me permitiera esos lujos, pero, dadas las circunstancias, pensé que le sentaría bien recibir mis palabras con el estómago lleno.

No tenía ni idea de cómo comunicarle el fallecimiento de su padre. Intenté recordar cómo era yo a una edad parecida a la suya. Sin quererlo, me vi otra vez cayéndome del árbol e, instintivamente, me llevé la mano a mi pierna mala.

—¿Te duele? —me preguntó solícito el muchacho, que parecía estar pendiente de mis movimientos.

—Solo cuando va a cambiar el tiempo —le expliqué.

—Y ahora, ¿va a cambiar?

—Eso parece.

—Seguro que enseguida se te pasa.

Carlo me sonrió y siguió correteando por los alrededores. Andaba arrastrando los pies. Me extrañó su proceder hasta que me di cuenta de que lo hacía para que saltaran los saltamontes y otros bichos que se escondían entre las hierbas y así poder darles caza. Sonreí para mis adentros y regresé a mis seis años. La imagen de mi *amona* me vino a la cabeza. Fue ella la que me llevó a casa tras caerme. Recuerdo que yo lloraba del dolor y me quejaba constantemente. Sus canciones me apaciguaron. La recuerdo a los pies de mi jergón durante mi convalecencia y los cuidados que me prestaba. Entonces fui consciente de que, de no haber sido por ella, seguramente mi pierna se habría quedado peor de lo que estaba y quizá nunca hubiera vuelto a caminar.

—¿Luego iremos a ver a mi padre?

No me había dado cuenta de que Carlo se había acercado de nuevo. Sentí su infantil mirada clavada en mí esperando una respuesta. Sabía que ese era el momento, que debía decírselo, pero las palabras no venían a mi boca. Me agaché, colocándome a su altura en un intento de ganar tiempo. Sin quererlo, suspiré y tomé aire.

—Tu padre ha muerto, Carlo. Él tenía una enfermedad muy grave que solo Dios puede curar. Pero no lo puede hacer aquí en la Tierra, así que se lo ha tenido que llevar al cielo para hacerlo.

Carlo agachó la cabeza dando vueltas en su interior a las palabras que yo le había dicho.

—Y Dios, ¿cuándo lo va a curar?

—En cuanto llegue al cielo —le contesté yo un poco azorado por la situación que estaba claro que no dominaba.

—Cuando esté curado, ¿podré verlo?

—Cuando uno se va al cielo, con Dios, no puede regresar a la Tierra. No lo veremos más, Carlo. Pero a cambio, Dios colocará una nueva estrella en el cielo para que podamos recordar a tu padre.

—Así que no lo veré más.

Se me hizo un torozón en la garganta y negué sin poder articular ninguna palabra, temeroso de que las lágrimas se me escaparan.

—Iñigo, tú cuidarás de mí, ¿verdad?

Lo cogí de las manos y asentí sin fuerzas para decir algo más. Sonrió. Ese gesto pareció bastarle como explicación. Por un momento temí que no hubiera comprendido muy bien lo que significaba que su padre hubiese muerto, pero luego me di cuenta de que Carlo había aceptado ese hecho con mayor naturalidad que yo.

Cuando se hizo de noche, quiso saber cuál era la estrella que su padre había encendido. Sonreí para mis adentros y entendí que para él

era importante. Nos tumbamos en el suelo. Busqué la Osa Menor y le señalé la estrella Kochab[33]. Le dije que siempre que necesitara ayuda o un guía, podía mirar hacia allí y hablar con su padre. Se quedó largo rato contemplándola. Luego me dio la mano y cerró los ojos. Poco tiempo después, sentí que se había quedado dormido. Lo apreté contra mí y eché una manta sobre nosotros. Esa noche era yo el que necesitaba tener su compañía.

Carlo y yo fuimos las únicas personas que asistimos al entierro de Carlo padre. Las exequias fueron sencillas, ya que ni el pequeño ni yo contábamos con recursos. Primero, trasladamos el cadáver del hospital a un pequeño granero alejado del pueblo. No permití que el niño lo viera. Lo dejé al cuidado de Hermesinda. Yo mismo cavé la tumba. Frey Tizón envió a un hermano que se encargó de hacer un responso. Sus palabras se perdieron en los pequeños montes cercanos. Vi llorar a Carlo sobre la tumba de su padre y se me partió el corazón. Nos quedamos solos los dos, arrodillados sobre el montón de tierra aún removido. Los pasos del templario se perdieron en mis oídos y solo escuché el silencio que había quedado dentro del corazón del chiquillo. Comparé la despedida de Carlo padre con la que había tenido don Fernando y no pude por menos que sentir rabia. Cogí a Carlo en brazos y me lo llevé. Él apoyó mansamente su cabeza en mi hombro. La carga de su cuidado recaía ahora en mí. Una carga que yo sabía que no podía sobrellevar. Me reproché por haber aceptado esa responsabilidad.

El Dorre

otras mujeres de Puente la Reina o de los alrededores, incluso con algún monasterio o cenobio. Pero no tuve suerte con las mujeres y me aterró la idea de dejar a Carlo con desconocidos. También probé suerte con frey Tizón.

—Nosotros no nos ocupamos de cuidar niños —me dijo rápidamente. En su voz no había reproche ni dureza. Solo estaba constatando un hecho. Al principio me sentí molesto y desesperado. El templario me miró con esos ojos perspicaces que parecían penetrar en el pensamiento.

—Me consta que Carlo confía en ti y te aprecia, y tú también le aprecias. ¿Por qué insistes entonces en desprenderte de él y de la promesa que le hiciste a su padre?

—No quiero faltar a mi promesa. Solo busco lo mejor para el chico. Algo que yo no le puedo dar ni podré hacerlo nunca.

—Tú tienes algo que nadie más puede darle. De lo demás, Dios proveerá.

No quería faltarle al respeto, pero era la idea más absurda que alguien me podía sugerir. Lo que verdaderamente me llevó a dejar de buscar fueron las palabras del propio Carlo. No era tonto, así que al final se terminó dando cuenta de lo que yo pretendía.

—¿Estás enfadado porque soy lento preparando tus actuaciones? —me preguntó una tarde después de una función, cuando ya nos encaminábamos hacia Puente la Reina.

Fruncí el ceño indicándole que no entendía a qué venía su pregunta.

—Claro que no estoy enfadado. Al contrario, lo haces muy bien.

—Entonces, ¿por qué quieres que me vaya? ¿He hecho algo malo?

Su pregunta me hirió el corazón. No fue porque me reprochara que yo buscara una familia para él, sino porque me di cuenta de que mi actitud le estaba haciendo daño. Hice que Cansina se detuviera y lo miré muy serio. Creo que su timidez le venció y le hizo mirar hacia el suelo. Entonces fui yo el que tomó su mano y con la otra le cogí de la barbilla suavemente haciendo que me mirara.

—Prometí a tu padre que iba a cuidar de ti y eso es lo que voy a hacer. Estos días he barajado otras posibilidades buscando la forma de que tu vida mejorara.

—Pero yo no quiero que mejore —dijo interrumpiéndome—. Solo quiero estar contigo.

—Tú sabes lo dura que es nuestra vida. Solo intentaba apartarte de ella para que el frío del invierno no te encontrara de nuevo en los caminos, para que tuvieras un hogar, pero creo que, de momento, dejaré las cosas como están y siempre estaré contigo.

Me abrazó como nunca nadie lo había hecho, bueno, excepto mi hermana Jimena, y yo me sentí útil otra vez. Miré de nuevo a Carlo. Aun entonces, viéndolo correr entre las piedras y el agua con sus nuevos amigos, me asaltaban las dudas. Aunque, por lo menos, sabía que iba a hacer todo lo que estuviera en mis manos para hacer feliz a ese chiquillo.

A última hora de la tarde, nos reunimos con Hermesinda y su familia. La cocinera sacó algo de fruta y la extendió sobre un mantel. Su marido asaba unos pescados un poco más arriba. Cuando los chiquillos se sentaron, tenían las mejillas sonrosadas y la respiración entrecortada por las carreras que habían compartido. Parecían felices. Ayudé a repartir las viandas y después me senté junto a Carlo. Me sonrió. Sus ojos brillaban encendidos por el color rojizo de las brasas. Apoyó sus codos sobre sus piernas cruzadas y miró embebido la danza de las llamas. Todo estaba silencioso más allá de nuestra hoguera. Miré al horizonte, enfrentándome con mis propios miedos y demonios. Mi vida se complicaba, pero, increíblemente, me sentía bien.

Hermesinda me pidió que tocara algo. Yo me hice de rogar. Me gustaba que mi público sufriera un poco. Comencé con una melodía melancólica y acabé tocando algo divertido que levantó a todos los presentes del suelo y les hizo danzar alrededor de la hoguera. Por encima del jolgorio, la voz infantil de Carlo se elevaba pura, entonada y sincera. Lo miré con cariño y afecto. Carlo se había convertido en mi hermano menor. Cuando Hermesinda y su familia se despidieron, el pequeño y yo nos encargamos de apagar bien el fuego. Luego nos tumbamos en el suelo y buscamos la estrella de su padre. Contemplándola, como hacía todas las noches, se quedó dormido.

Me pasé toda la noche arreglando y organizando el carro que había heredado. Sustituí algunas maderas podridas y examiné los ejes y ruedas. El amanecer me sorprendió terminando de lijar algunos bordes. Con las primeras luces, examiné mi trabajo. Había conseguido un suelo firme y me dio la impresión de que aguantaría bastante tiempo. Aseguré bien los palos que formaban la estructura superior y remendé con aguja e hilo que me había facilitado Hermesinda la lona que nos permitiría guarecernos en los días de lluvia, viento y frío. Cuando vi que Carlo se desperezaba, di por concluido mi trabajo. Lo que quedara, lo haría en otro momento.

Preparé algo de comer. Hubo un momento de debilidad en el que el sueño amenazó con vencerme. Me lavé la cara con el agua de una fuente cercana. Manaba fría y clara y despejó mi mente. Con los primeros rayos de sol esparciéndose sobre la tierra, partimos hacia Eunate. Mi deuda con frey Tizón por aceptar en el hospital a Carlo

padre todavía no había sido saldada. Dos días atrás, había venido a avisarme de que necesitaría mis servicios para trasladar las piedras. De ahí mi prisa por tener preparado el carro.

De camino, me asaltó el recuerdo de Teresa. Hacía tiempo que no hablaba con ella y ansiaba ese momento. La veía con menos frecuencia y temía que pronto la reina decidiera regresar a Tudela. Con Carlo a mi cargo, me era imposible acercarme de noche a casa de Fernando. Y todavía no me atrevía a llevar al niño conmigo al río cuando ella iba a lavar. Solía verla los domingos tras la misa. Marchaba en pos de la reina, siempre a su izquierda. La miraba con disimulo, pero sin dejar que se me escapara ningún detalle. Y, cuando nuestros ojos se encontraban, ya tenía con qué soñar aquella noche.

Cansina marcaba un paso lento, pero había resultado ser más fuerte de lo que yo había creído. Frey Tizón esperaba al pie del camino con las instrucciones. A lo lejos vi a *Jentil* demasiado ocupado como para prestarnos atención, aunque me constaba que había advertido nuestra presencia. Cuando frey Tizón me hizo partícipe de la cantidad de piedras que debía traerle esa vez, le indiqué que me parecía demasiado peso para cargarlo en nuestro carro. Se encogió de hombros. Sabía lo que eso significaba. Que tendría que hacer dos viajes.

Avanzamos retando al calor, que ya se empezaba a notar, protegidos con dos sombreros anchos hechos de paja. Carlo estaba atento al cielo. Le gustaba ver planear a las aves sobre nuestras cabezas y observaba sus movimientos con paciencia ilimitada, preguntándome el nombre de cada una de ellas. El cielo estaba limpio y azul y el sol brillaba con inusitada fuerza. Llegamos al Dorre al mediodía. Remigio, el cantero, era un hombre de gran corpulencia y barba tan larga y rizada como sus cabellos. Sus ojos, del color del ámbar, le hacían parecer inquieto, pero cuando se posaban en ti transmitían la fuerza que emanaba de su interior. Trataba a las piedras como si fueran sus hijas y, siempre que me veía, me recordaba que las mejores se las había llevado frey Tizón para erigir la iglesia de Santa María. Cuando hablaba de ello se le notaba felizmente orgulloso.

Aquel día nos recibió con agua fresca y un poco de queso. Dejé que bebiese primero Carlo y luego saboreé yo el líquido que avanzó libremente por mi garganta. Empecé a cargar piedras con el intenso calor de la mitad del día. Trabajaba con la saya puesta. A pesar del calor, no quería quitármela. Prefería mantener mis cicatrices fuera del alcance de la vista de los curiosos. No quería tener que dar explicaciones de algo que a nadie incumbía.

Las piedras, aunque trabajadas con esmero, no llegaban a ser los

sillares perfectos con que había sido mimada Eunate. Estas estaban destinadas al edificio colindante y tenían una menor calidad, aunque nadie lo hubiera dicho a simple vista. Mi curiosidad me había llevado a preguntar a Remigio por su trabajo. Tenía verdadero interés en descubrir cómo sacaban la piedra y cómo formaban los sillares, pero el cantero parecía decidido a guardar el secreto. Otra puerta cerrada para mí.

Al final de la tarde, mis manos estaban llenas de rasguños y sentía los músculos rígidos. Introduje el último sillar en el carro y observé la marca que había en ella: un rombo. Deduje, por haberla visto otras veces, que era la que usaba Remigio para distinguir sus piedras. Este acarició la última antes de cerrar la tela que cubría el carro. Era su forma de despedirse. Me habló entonces de la que frey Tizón había elegido como piedra angular para Santa María. Se refirió a ella con tal reverencia que en algún momento dudé sobre si me estaba hablando de una piedra o de una persona. Hizo referencia a que el templario la marcó de manera especial. Cuando le pregunté qué clase de marcas había elegido para ella, Remigio se limitó a sonreír. Me hubiera gustado verla y saber cuáles eran esas marcas especiales. Más aún, me hubiera encantado poder descifrar su significado. Pero, irremediablemente, permanecerían ocultas para mí, para siempre.

Me tumbé a descansar aprovechando que el calor no era tan intenso. El Cerco de Artajona se veía diluido en la distancia. Lo contemplé con curiosidad mientras Carlo correteaba como si el cansancio no existiera para él. Comimos algo y preparamos todo para la marcha. Nos pusimos en camino. Me costó hacer que Cansina diera sus primeros pasos. La animé desde adelante y desde atrás y, al final, emprendió su doloroso trayecto. Yo rezaba para que cada paso que daba no fuera el último en su vida. Remigio nos seguía detrás en un carro de dimensiones más pequeñas. Había decidido acompañarnos porque quería saludar a frey Tizón y cerrar unos tratos en Puente la Reina. Gracias a eso evité tener que hacer un nuevo viaje al día siguiente. También agradecí la compañía y la conversación del hombre que vivía por y para las piedras, aunque esta fuera un poco tosca.

Remigio iba sentado muy recto. Su voz ronca me llegaba con claridad mientras me contaba cómo había visto elevarse la iglesia de Santa María. Yo caminaba al lado de Cansina, centrado en cada uno de sus movimientos y dirigiéndola por el sitio más adecuado del camino para que las ruedas no encallaran. Me sentía cansado y el sueño me empezaba a pesar después de casi un día entero sin dormir. Solo mi deseo de llegar cuanto antes a nuestro destino me mantenía

despierto. Eso, y la conversación de Remigio. Carlo caminaba a veces junto a mí y otras descansaba en el carro mirando cómo en el cielo aparecían las primeras estrellas.

Llegamos a Eunate cuando la luz del día ya empezaba a desaparecer. Frey Tizón estaba dentro de la iglesia orando cuando nos oyó llegar. Como siempre, se mostró sereno y tranquilo. Sonrió a Carlo y le preguntó si había tenido un buen viaje. Yo sabía que era parte del pago que le debía, pero para mí había sido una jornada infructuosa, ya que no había podido actuar y, por tanto, no había tenido ingresos. Con ayuda de unos cuantos hermanos, vaciamos enseguida el carro. Las piedras quedaron almacenadas en la cara este.

Di las buenas noches y me dispuse a dormir. Carlo se quedó sentado a mi lado tomando un poco de pan duro y de carne que le había dado Remigio. Escuchando su masticación suave, me quedé dormido.

El sonido de unas risas me despertó. Abrí los ojos con mucha pereza. El día estaba azul y limpio y debía de ser tarde porque el sol brillaba ya bastante alto en el cielo. Carlo no estaba a mi lado y me incorporé intentando distinguir de dónde provenían las risas. Miré en derredor con la sensación de que alguien me estaba observando. Bostecé e intenté enfocar. Aquella mañana, los alrededores de Eunate estaban bastante concurridos. Cuando miré hacia la iglesia, los ojos de Teresa interceptaron los míos. Creo que me ruboricé. Me sentí desgarbado y sucio ante sus ropas limpias, su mirada penetrante y su dulce sonrisa. ¿Me sonreía a mí? Miré alrededor. No había nadie más.

A pesar de que me sentía despeinado y harapiento, no podía apartar mi vista de ella. Me saludó con la mano y se alejó hacia los campos de cereales. Caminaba despacio. La seguí con la mirada. Eché un vistazo atrás. Nadie salió en pos de ella. Carlo jugaba tranquilo con algunos chiquillos que aquel día se habían congregado en el lugar. Me levanté, me lavé en la fuente y me peiné el pelo con las manos. Rebusqué en el zurrón y saqué dos manzanas. Mordí una de ellas y me fui tras los pasos de Teresa. La encontré cerca de la higuera que yo conocía bien y se encontraba un poco más arriba, en el camino que conducía hacia el sureste. Teresa estaba radiante.

—Carlo tiene suerte —me dijo cuando me acerqué a ella—. Es un gesto muy bonito que te hayas hecho cargo de él.

—No sabía que os habíais enterado.

—Es un niño simpático. Me lo ha contado esta mañana. Al parecer, madruga más que tú.

Agaché la cabeza. Aquel día su presencia hacía aflorar mi timidez, una timidez que no tenía.

—Me ha explicado que te pasaste la noche anterior reparando el carro.

Le ofrecí la manzana sin saber qué decir. A su lado, no parecía gran cosa. La tomó con cuidado y la mordió.

—Nunca mis ojos han contemplado belleza igual. Nunca mi corazón ha latido con tanta fuerza. Que lo sepan los montes y los árboles, que lo sepan los ríos y las flores. Que en un lugar llamado Tudela nació la que posee la sonrisa más bella, los ojos más brillantes y el rostro más precioso.

No estoy seguro de si dije eso en alto o tan solo lo pensé. En cualquier caso, esas palabras me abrieron la puerta del cielo. Teresa estaba sentada a mi lado. Su mano rozó la mía y noté cómo algo temblaba por dentro de emoción. Tenía su cara tan cerca que podía apreciar al detalle su tez blanca y suave. Me incliné sobre ella, temiendo que su visión se escapara. Pero seguía allí. La besé. Lo hice con delicadeza y miedo. El miedo de mi primer beso, el miedo a ser rechazado, el miedo de ser injusto con lo que ella se merecía. No se apartó, ni dijo nada, y seguí pegado a sus labios durante unas horas, un infinito, un instante, quizá.

Ella se separó suavemente, como si fuera una ligera brisa. Nuestras manos seguían entrelazadas. Se las besé. Me parecieron cálidas y hermosas. Se levantó sin dejar de sonreírme.

—Debo regresar. Me estarán buscando.

Se apartó de mí y de la sombra que la higuera nos proporcionaba. El camino se iluminó como si el sol hubiera salido de nuevo. Me sentí pleno, eufórico; libre y atado a la vez a ese amor y a la bella Teresa. Antes de desaparecer por el camino, se volvió por última vez. Aun hoy, me gusta recordarla así. En el momento en que fue mía durante un instante de mi vida. Esperé a que hubiera desaparecido y le concedí el tiempo necesario para que se reincorporara a sus tareas. Regresé despacio contemplándome a mí mismo desde otra perspectiva. Impaciente y sereno, lleno y vacío, ligero y pesado, alegre y triste. Carlo se acercó a mí corriendo cuando me vio llegar y saltó a mis brazos. Lo cogí en el aire y le di varias vueltas. Él se rio alegremente. Yo también me sentía feliz.

Aquella semana transcurrió para mí como si estuviera subido en una nube. Nuestras actuaciones se llenaron de cantos al amor y a la belleza. Carlo me acompañaba en muchas ocasiones con su voz infantil y pura. Era un niño despierto y aprendía los textos con rapidez, sin que yo le dijera nada. Había notado que su presencia ablandaba los corazones de quienes asistían a las representaciones. Recaudaba más con él que solo, pero ahora también éramos dos para

alimentar y vestir. Yo usaba algunas de las ropas heredadas de su padre, pero Carlo era un chiquillo en edad de crecimiento y pronto las prendas que llevaba se le quedarían pequeñas.

Volvíamos riéndonos. Caminábamos dando la espalda a una tormenta que parecía perderse en dirección sureste. Carlo había tomado las riendas de Cansina en una mano y en la otra llevaba un palo grueso con el que se ayudaba.

Condujimos a Cansina hasta cerca del puente sobre el Runa, donde solíamos acampar cuando estábamos en Puente la Reina. Carlo la desenganchó del carro y la dejó libre. Luego la ató a un árbol. Encendimos una hoguera donde tostamos un poco de pan y herví unas verduras que habíamos comprado por el camino. Nos reímos cuando un trozo de pan se cayó sobre las brasas y saltó en mil pedazos. Rescaté los fragmentos como pude, ayudándome con un palo fino. Tenía el aspecto de un buey. Carlo se percató de ello y empezó a reírse. Sus carcajadas me contagiaron sin que ninguno de los dos pudiéramos detener nuestra hilaridad.

A través del fuego, vimos que alguien se acercaba. No parecía un peregrino, sino más bien un caballero o un infanzón con su espada colgando del cinto. Se desvió del camino. Claramente venía en nuestra dirección. Esperaba que no trajera intención de causarnos problemas. A veces, los caballeros ebrios se envalentonaban demasiado al contacto de sus espadas. Carlo también se percató de la presencia del extraño y se acercó más a mí. A pesar de la oscuridad, con la luz del fuego iluminando su rostro, pude distinguir sus cabellos claros.

—Es un viejo amigo —le dije a Carlo.

Noté cómo el chiquillo se relajaba mientras yo me levantaba y daba la bienvenida a nuestro invitado.

—¡Gonzalo! —lo saludé.

Vi su amplia sonrisa y sus ojos centelleantes. Se acercó a mí y me dio un abrazo. Agradecí el detalle. Gonzalo siempre me había tratado casi como a un amigo y ese gesto lo demostraba. Pensé que a ninguno de sus hermanos, ni siquiera a su propio padre, se les habría ocurrido abrazar así a un juglar. Se sentó con nosotros cerca de la hoguera.

—Tú debes de ser Carlo —le dijo el recién llegado al chiquillo—. Frey Tizón me ha hablado de ti.

El chiquillo le dedicó una tímida sonrisa.

—Carlo es una buena compañía para mí. Me ha dado suerte —le comenté—. No tenemos mucho que ofreceros, pero estábamos cenando unas verduras.

Gonzalo alargó la mano y le entregué un cuenco, que acompañamos con el mejor vino que guardaba en nuestro carro para

una ocasión especial.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Asuntos del rey? —le pregunté mientras tragaba un trozo de mi ración.

—En realidad son dos asuntos. Del primero no es menester hacer referencia ahora —me pareció que, al decirlo, cruzó una sombra por su cara que no supe interpretar, aunque pudo ser tan solo una apreciación mía porque la luz era escasa—. En cuanto al segundo —continuó—, necesito un favor.

—¿De mí? ¿Qué puedo tener yo que a vos os interese?

—Talento —dijo sin dudar—. Creo que rebosas de él. Verás, el tema es el siguiente. Dentro de tres días habrá una fiesta especial en mi casa.

—¿En vuestro honor? —le interrumpí.

Asintió, quitándole importancia.

—En realidad, vamos a celebrar mis esponsales. Las nupcias serán el año que viene, cuando mi amada cumpla los dieciocho años. Acudirán los padres de mi bella dama, mi familia y los reyes. Es una gran oportunidad para ti —añadió.

—¿Me estáis proponiendo que actúe para vosotros?

—Ni más ni menos.

Mi corazón latió deprisa. Gonzalo me estaba dando una oportunidad de oro que yo debía aprovechar.

—Siento que mi hermano te echara de la casa y espero que no nos guardes rencor por ello.

—¿Rencor? —pregunté recobrando un poco la calma—. No podría. Habéis hecho por mí mucho más que otras personas a las que contaba entre mis amigos.

—Entonces, ¿lo harás?

—Por supuesto —acepté encantado.

—Te pagaré como corresponde.

Le sonreí a modo de respuesta sintiendo dentro de mí una gran satisfacción.

—Espero no haberte avisado con demasiado poco tiempo.

—No os preocupéis. Prepararé algo especial, sencillo, pero divertido.

La figura de Gonzalo quedó desdibujada por la densa oscuridad que asomaba justo donde acababa el resplandor de la hoguera. Estaba tan contento que tomé a Carlo, lo levanté y le hice girar entre el viento. Escuché su risa divertida.

—¿Sabes? —le comenté—. Vamos a actuar para el rey y la reina y para otras personas importantes.

—¿Para qué reyes? —me preguntó Carlo con su habitual inocencia.

—Para don Sancho y doña Sancha.

—¡Ah!

Aquella noche dormí feliz. Con el recuerdo de los suaves labios de Teresa aún en mi boca y la propuesta de Gonzalo, tenía más dosis de felicidad de lo que había imaginado en mi vida. El sueño me cogió preparando aquella actuación especial y ordenando las ideas que se venían a mi cabeza como si fueran gotas de una lluvia incesante. Los dos días siguientes anduvimos por las inmediaciones de Puente la Reina haciendo pequeñas representaciones. De esta manera, teníamos toda la mañana y parte de la tarde para ensayar la que yo quería que fuese una función distinta. La noche anterior a ponerla en escena, me entraron dudas sobre lo que había preparado. Después de todo, no es lo mismo actuar en la calle que para los nobles, y, aunque ya había actuado delante del rey, esta era una ocasión demasiado especial para equivocarse.

Aquel era, sin duda, un día importante en la casa de don Fernando de Puente la Reina. Llegamos un poco antes de lo que se nos había marcado. Intentando contener mis nervios, me pregunté si Teresa estaría presente. Supuse que sí, puesto que formaba parte principal del hostal de la reina. No había hablado con ella desde el momento en que nos besamos y tenía unas ganas enormes de volver a sentir su presencia. Esperaba encontrar el modo de hablar con ella a solas y contarle lo que mi corazón sentía por ella. Me la imaginaba sonriente y feliz, como siempre. Miré a Carlo. Le había hecho poner la que había considerado su mejor ropa. Yo también lo había hecho. Aun así, distábamos mucho de parecer personas distinguidas.

Nos recibió un sirviente al que se veía claramente que le habían hecho vestir un traje nuevo que le quedaba demasiado grande y le hacía parecer un poco desgarbado al andar. Nos pidió que esperásemos en una sala cercana. La ventana daba al patio, que esta vez estaba lleno de palafreneros y de siervos aguardando las órdenes de sus señores para ejecutarlas con diligencia, tal y como se esperaba de ellos.

A través de la ventana, vi el trajín de la cocina. Hermesinda trabajaba ese día con la ayuda de varias cocineras más. Incluso doña Estefanía, la madre de Gonzalo, que prácticamente había vivido recluida en sus aposentos desde la muerte de su esposo, estaba al tanto de todo lo que se realizaba en ese momento para dar su visto bueno. Mientras, su nuera ejercía de anfitriona para con sus invitados.

Noté unos ligeros nervios. Para hacer más llevadera la espera, me entretuve comprobando todo el equipo y repasando con Carlo todo lo que habíamos previsto. A nuestros oídos empezaron a llegar sonidos

de animadas conversaciones. Seguramente, la cena ya habría empezado. Carlo parecía feliz. Se había pegado a la ventana y desde ella observaba con expresión de asombro cuanto veía. De vez en cuando, se volvía y me hacía una seña para comprobar si yo había visto lo mismo que él.

Cuando llegó el momento de entrar al salón, mis nervios habían desaparecido y mi mente estaba centrada en el espectáculo que había previsto. A mi señal, cuatro sirvientes, a los que yo había instruido, apagaron las luces del comedor. Entré en la sala escupiendo fuego por la boca, seguido de cerca por Carlo haciendo sonar un redoble de tambor. No me gustaba lo de lanzar fuego. Siempre sentía un calor intensísimo que se propagaba por mi garganta hasta la boca del estómago. Luego sentía quemaduras que impedían que mi voz sonara clara y fuerte. Pero me pareció que para este momento valía la pena el sacrificio. El redoble de tambor cesó y Carlo fue encendiendo unos pequeños faroles y colocándolos en las mesas mientras mi voz se elevaba evocando gestas de amor.

Aquella cuya belleza evocó mil palabras y leyendas,
aquella cuyo honor reservó para el caballero más valiente…

Conforme hablaba, me movía por las mesas dedicando saludos y cortesías a los invitados, empezando por los reyes. Buscaba en secreto a Teresa y sonreía sintiéndome el centro del universo.

Su cara nívea y su cuerpo vestido con las mejores prendas,
el Sol quisiera sus encantos, la Luna tender un puente…

La iluminación fue creciendo y la sala empezó a recobrar sus formas y colores. Y entonces la vi. Y mi corazón se quedó paralizado, muerto. Nunca la había visto tan bella ni tan lejos de mí. Estaba sentada, con la espalda muy recta, la cara seria y el porte casi regio. Sus ojos brillaban. Al mirarla, apartó sus ojos de mí y yo me creí morir. A su lado, Gonzalo la tenía cogida por la mano. Parecía embebido, extasiado. La verdad cayó sobre mí como un jarro de agua fría que me dejó paralizado. Me quedé allí, en medio, observando sin poder creer mi desdicha. Sé que todos me miraron y se preguntaron por qué mi voz se había quedado congelada, pero era como si yo ya no estuviera en la sala. Mi cabeza lo único que hacía era preguntarse cómo podía haber sido tan necio de creer que Teresa podría haber sido mía algún día. Pero me dolía más aquel beso que yo creí que significaba tanto y que no valía una boñiga de vaca. Tragué saliva.

Sabía que debía continuar, que debía apartar la vista de ella, pero no podía. Alguien había cerrado la puerta dándome en las narices con ella. Y entonces, un dolor insoportable subió desde mi estómago. Era mucho peor que el fuego que acababa de tragar. Sabía agrio. Ese debía de ser el sabor del odio. No sé cómo, continué. De mi rabia y de mi impotencia crecieron cuchillos en forma de palabras, que, a veces, hieren más que el hierro. Y se las escupí a la cara, a los dos, escondidas bajo versos que parecían sacados del mismo Averno.

¿Qué ingrata hada del destino juegas con mi corazón?
Bajo su piel escondía el hielo más amargo
camuflado en un mar de belleza.
Envenenó a dos hombres, los hechizó
y luego engañó al más débil.
¡Salgan sapos y ranas que marchiten su belleza!
Mentó el desgraciado que, encendido,
encolerizado y agitado, sacó su puñal.

En este punto, aún no sé cómo, me hice con el puñal de uno de los guardias del rey. Me consta que la tensión creció en el ambiente, pero yo no lo noté en ese momento.

Con una rabia que ni él mismo conocía
decidió poner fin a su desdicha.
La buscó, envenenado de odio.
La buscó para verla por última vez
antes de poner fin a su vida miserable e infructuosa.
Elevó su puñal y se lo clavó en el pecho.

Acompañé mis palabras con el puñal que había tomado prestado y dramaticé la escena. Me quedé tirado en el suelo. Muchos pensaron que había puesto fin a mi vida allí mismo, delante de todos. No fui consciente de lo que había hecho hasta que Carlo corrió a mi lado. Su cara denotaba el pánico que compartían los asistentes. Los únicos que no se habían inmutado habían sido el rey y el infante don Sancho. Elevé la cabeza y vi la cara pálida de Teresa, puesta en pie con ambas manos apoyadas en la mesa e inclinada hacia adelante. Su respiración se notaba agitada a través del vestido.

Le guiñé un ojo a Carlo, que me miraba sin comprender por qué me había salido del espectáculo que habíamos organizado con tanto detalle, cuando yo mismo había hecho hincapié para que ninguno se apartara de él. Entonces, sin que le dijera nada, entonó una bella

canción que yo nunca había oído. Era nostálgica y trágica a la vez. Tenía algo de melancolía impregnada en su melodía y en su letra. Se había sentado a mi lado y me tomaba la cabeza. Cuando concluyó, los dos nos levantamos y saludamos con una inclinación de cabeza. El silencio era espeso y grandioso. Nadie se atrevía a moverse ni a hacer ruido. Parecía que todo alrededor se hubiera paralizado.

—¿No les ha gustado? —me preguntó Carlo en apenas un susurro.

Empecé a retroceder despacio, con los brazos extendidos mostrando el puñal y entonces ocurrió. Fernando se puso en pie y comenzó a aplaudir. Todos le siguieron puestos en pie también. Fue el aplauso más sonoro y prolongado que recuerdo haber conseguido nunca. Mas fue también el que menos he saboreado. Mi triunfo era fútil. Devolví el puñal a su dueño aún con los aplausos y los vítores sonando en la sala y seguí retrocediendo acompañado de Carlo. Quería irme, desaparecer, evaporarme en el aire y no volver más a ser persona. Quería tener una espada y luchar por el honor de Teresa, quería que me quisiera a mí y no a Gonzalo. Quería que fuera mía y no del que yo había considerado mi amigo. Pasé por la puerta con los puños apretados y mi mirada inyectada en sangre y rabia, dispuesto a irme para siempre, esperando la oportunidad de una venganza. Pero la mano de Gonzalo me retuvo.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me preguntó.

Me volví y a punto estuve de darle un puñetazo. De hecho, empecé a elevar mi puño. Hermesinda pasó entonces por nuestro lado. No sé si se dio cuenta de lo que yo estaba a punto de hacer o no. En cualquier caso, tocó mi hombro y me dijo que había estado impresionante. Luego saludó con una inclinación a Gonzalo y se retiró. Esas palabras bastaron para detener mi furia y el momento pasó. Miré al caballero enfrentándome a él como si fuera un igual, dispuesto a decirle que me marchaba, que no quería su dinero y que, si eso le molestaba, estaba dispuesto a enfrentarme a él como buenamente dispusiera.

—Has asustado a Teresa —me dijo sin que su voz denotara demasiado enfado.

El nombre de Teresa retumbó en mis oídos. Nunca me había imaginado cómo podía sonar pronunciado por la boca de otro hombre.

—Espero que en tu siguiente actuación no seas tan dramático o conseguirás que alguna dama sufra un desmayo.

No iba a haber próxima actuación y abrí la boca para decírselo, pero me quedé a medio camino, porque siguió hablando.

—Apenas conozco a Teresa —me confió—. Me gustaría que con tus palabras… no sé —hizo una pausa—. Me es difícil hablar con ella. La veo tan bella y delicada… y, sin embargo, no sé qué decirle.

Pensé que Gonzalo no era muy espabilado. ¡Había tantas cosas que decirle a Teresa! ¡Tanto que contarle! En un instante, pasaron por mi mente los momentos que habíamos compartido. ¡Resultaba tan fácil hablar con ella! La vi de nuevo junto al pozo y al lado del río, contándome cómo era su vida en Tudela y escuchando cómo habían sido los primeros días de su existencia. Gonzalo me tomó del brazo como si fuera su amigo de confianza, aunque creo que a ninguno de sus amigos le confiaría jamás algo así. Agaché la cabeza.

—Ábreme su puerta —me pidió—. Luego se giró y se marchó diciendo que iban a servir los postres.

Me quedé vacío, inerme, como si el mundo ya no existiera para mí y yo solo fuera una mofa del destino.

—¿Vamos a seguir con el plan previsto?

La voz de Carlo me sacó de mi aletargamiento. Lo miré. En sus ojos había expectación y… ¿admiración? Eso me pareció. Me tragué mi orgullo y me observé desde fuera. Y lo que vi fue a un juglar —quizá con alma de trovador— que se ganaba la vida recitando poemas y versos, que caminaba cojeando por la vida, pero que sabía despertar almas y sentimientos. Era lo único que me quedaba, lo único que era.

—Tendremos que improvisar un poco —le dije.

—Improvisas bien. Mi padre siempre decía que tenía que estar preparado para improvisar, porque siempre puede suceder algo a última hora que cambie todos los planes.

Lo cogí del hombro y le indiqué qué es lo que quería hacer. Cuando entré de nuevo en la sala, evité mirar a Teresa. Ignoro si ella me miró o no, pero tampoco era importante. Me situé en medio y dejé que todo el torrente de emociones que me aprisionaba el corazón saliera lentamente en forma de verso.

¿Qué es la primavera sino la explosión de la naturaleza?
¿Qué es el amor, sino el estallido del corazón?

Mientras yo hablaba, centrando en mí las miradas, Carlo se paseó entre los asistentes rociándolos con unas gotas de agua y arrancando sus sonrisas.

Si os toca este, estáis perdido. Si lo evitáis, os persigue. Si lo repudiáis, os morís.
Os ahoga y os aprieta; os eleva y os hace caer. Hoy os sentís poderoso, mañana hundido.
Si le robáis un beso, os creéis inmenso, invencible. Si evita vuestra mirada, os veis pequeño y triste.

Y os gustaría desaparecer.
¡Ay! Mas si os mira, os sentís vivo y volvéis a estar perdido.

Me acerqué adonde estaba sentado Gonzalo, intentando olvidar que Teresa estaba tan cerca. Traté de no inhalar su esencia. Le indiqué al infanzón que se pusiera en pie. Con un juego de manos hice aparecer una flor y la puse en sus manos. Las tomé y las dirigí hacia las de Teresa.

Enfrentóse a sus ojos, ese pedacito de cielo con que Dios la había bendecido, y vio la belleza en su estado más puro.
Más hermosa que una flor, más frágil que el hielo.

Teresa tomó la flor que su prometido le tendía y se la llevó hacia el rostro. Vi cómo se ruborizaba. Me miró unos instantes, pero yo aparté presto los ojos.

Su rostro se trocó en felicidad.
Habladme de vuestros anhelos, querida dama.
Habladme de vuestros miedos, amado mío.
Habladme del Sol y del día,
de lo que soñáis despierto.
Contadme qué os alegra,
confesad cuáles son vuestros desvelos.
Confiadme vuestras penas y vuestros deseos.
Habladme de vuestros miedos, amado mío.
Habladme de vuestros anhelos, querida amiga.

Mientras pronunciaba las últimas estrofas, Carlo se había subido hábilmente a una silla y, desde allí, arrojaba pétalos sobre los novios. Apenas escuché las exclamaciones de los asistentes. Miré por última vez a Teresa. Gonzalo la tenía cogida de las manos y la miraba feliz. La observé reteniendo cada una de sus facciones y de sus líneas en mi mente, para siempre, para nunca. Me retiré entre los aplausos que, a pesar de ser efusivos, no significaron nada para mí. Era mi derrota y de nadie más. Nadie la compartiría, nadie sospecharía jamás que mi corazón acababa de ser traspasado por una lanza y sangraba profusamente. Caminé atormentado sin darme cuenta de adónde iba. Hermesinda salió a mi encuentro y me abrazó efusivamente. Nunca la había visto tan entusiasmada. Me condujo a la cocina donde habían dispuesto unas viandas para que Carlo y yo comiéramos. Las miré,

más que unas viandas eran un banquete. Jamás en mi vida había visto tanta comida esperándome, salvo en la boda de Elvira. A Carlo se le abrieron los ojos y comenzó a comer encantado. A mí me hubiera gustado hacer lo mismo, pero mi estómago había cerrado sus puertas. La cocinera no paraba de hablar. Intenté seguir su conversación, pero no pude. De vez en cuando sonreía o, más bien, hacía una mueca. Le dije a Hermesinda que me encontraba cansado y le pregunté si le importaba que me llevara la comida para otra ocasión. Aceptó encantada, como si le estuviera haciendo un favor a un príncipe y no a un juglar.

Carlo y yo nos dirigimos a la salida. El niño saltaba y correteaba a mi alrededor en círculos, cantando. Alguien me llamó, pero yo estaba tan absorto que no me enteré. Fue Carlo el que tiró de mi manga para llamar mi atención. Me volví y vi a Gonzalo que llegaba presuroso. Era a la última persona a quien quería ver en ese momento.

—Te olvidabas esto, amigo —me dijo el infanzón.

Puso en mis manos una bolsa llena de monedas. Yo permanecí serio. Me dieron ganas de decirle que no la quería, que en esos momentos aborrecía su dinero y le odiaba también a él. Afortunadamente, mi parte sensata se impuso. Necesitábamos el dinero. Si fuera yo solo… pero tenía que pensar en Carlo. Gonzalo apretó su mirada intuyendo que pasaba algo que se escapaba de su conocimiento, pero no sospechó la verdad. ¿Cómo iba a imaginar que yo estaba enamorado de su Teresa y que soñaba con repetir el dulce beso que me había dado hacía unos días?

—Gracias —le dije tratando de ser cortés.

—Ven cuando quieras a mi casa. Seimpre serás bien recibido.

Asentí varias veces con la cabeza a modo de respuesta. En el patio, varios niños de las familias nobles que participaban en el evento compartían mesa. A pesar de ser uno de los más pequeños, Rodrigo Ximénez de Rada era uno de los más movidos. Los observé durante unos instantes, luego tomé la mano de Carlo y nos alejamos de allí.

Carlo se quedó junto a mí, observándome. Yo había caído en un estado de hermetismo que, obviamente, él no entendía. Me había visto contando las monedas tantas veces que se había convertido en un gesto casi demoníaco y enfermizo. Con lo que nos había pagado Gonzalo, teníamos de sobra para pasar el invierno sin apuros. A poco que trabajáramos, incluso podríamos ahorrar algo.

—Todo va bien, ¿sí? —me preguntó al final Carlo.

Asentí con la cabeza. No le podía hacer partícipe de mis propios miedos. Tenía que mantener ante él la convicción de que estaba preparado para cuidar de él y solventar cualquier imprevisto que se

presentara. Una sonrisa intentó traspasar mi muro pétreo de desolación. Creo que no lo consiguió. Cogí a Carlo y lo lancé al aire. Sabía que le gustaba, aunque ya empezaba a pesar demasiado. Cuando cayó, lo sostuve con mis brazos y lo cosí a cosquillas. Me gustaba oírlo reír; sumaba tranquilidad a mi mundo. Yo también acabé riendo.

—Vayamos a comprar un poco de pan —le dije—. Hoy no comeremos pan seco.

Carlo tenía los carrillos hinchados porque se había metido un buen trozo de pan seco. Lo escupió.

—La canción que entonaste ayer —le comenté— me pareció preciosa. No la había oído antes.

—Me la enseñó mi madre.

—Tu madre era muy especial.

No dijo nada más. Se limitó a coger mi mano y acompasó sus pasos a los míos.

Siempre que necesitaba recargar mi espíritu acudía a Eunate. Cuando se lo propuse a Carlo se entusiasmó con la idea. Me confesó que le encantaba ese lugar. Le dije que a mí también y pareció complacido. Mi dolor por Teresa no había menguado en los últimos días. Al contrario, se había extendido, produciendo en mí una avalancha de sentimientos que me enfurecían unas veces y me ponían melancólico otras. Los domingos, la iglesia estaba demasiado concurrida, así que elegí un momento en que sabía que no iba a haber mucha gente. Y, por supuesto, un momento en que ni la reina ni sus doncellas estuvieran por allí.

Me quedé plantado en medio. Cerré los ojos y me concentré en mi propia respiración.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Carlo al rato.

Abrí los ojos. En mi huida de mí mismo había olvidado al chiquillo.

—Puedes salir, si quieres —le dije sin saber muy bien qué contestarle.

Carlo aprobó la idea con un movimiento de su cabeza y me dijo que me esperaba fuera con un tono muy solemne. Me quedé solo. La llama de una vela vibraba en el altar. Me atrajo con su fuego. Mi vida era como ella, rendida a las oscilaciones de la mínima corriente de aire. Me pregunté si verdaderamente tenía el control de mi propia existencia y si alguna vez lo alcanzaría. Mi subsistencia dependía de la caridad de otras personas, de las inclemencias del tiempo, de un constipado. Quizá no fuera muy distinta de las de otras personas, pero a mí me parecía que sí. Salí y comencé a caminar por el octógono exterior, contando los pasos de cada lado, aunque no tenía ni idea de

por qué lo hacía.

—¿Qué haces? —escuché a mis espaldas.

Me detuve. La voz de frey Tizón me sacó de mis pensamientos. Me quedé mirando al templario y me encogí de hombros. Había en sus ojos una extraña mirada que intentaba escrutar dentro de mí.

—Me preguntaba por qué.

—Ese es siempre el primer paso —me contestó con una sonrisa.

—¿El primer paso para qué?

—Para encontrar el porqué.

Agaché la cabeza. No tenía muchas ganas de acertijos en ese momento.

—Una actuación memorable la del otro día —me comentó.

Le miré registrando en mi mente a qué actuación se podía referir y me acordé de que había estado presente en la petición de mano de Teresa. Aunque los templarios no asistían nunca a celebraciones, era amigo personal de la familia.

—Una explosión de sentimientos —prosiguió—. No hay mucha gente que sepa expresar así lo que siente.

—No eran mis sentimientos lo que estaba expresando en ese instante —repliqué con cierta amargura.

—¡Ah!, ¿no?

—¡Claro que no! —contesté enfadado.

Me agarró del brazo y me invitó a caminar con él. Atravesamos los arcos —ya casi todos terminados— y continuamos entre ellos como si de una peregrinación se tratara.

—Sigue caminando, hijo —me retó después de un rato.

Y me dejó solo con mis pensamientos. Unos pensamientos que iban de Carlo a Teresa y de Teresa a mi familia. Me atreví a reconocer la verdadera razón que me había llevado a aceptar a Carlo como parte de mi vida. Aquel chiquillo me recordaba demasiado a mí. Estaba solo como yo había estado solo a su edad. Me habría gustado tener a alguien que cuidara de mí, que me defendiera, que me dijera que me quería, que me abrazara. Y eso dolía. Seguí dando vueltas en círculo, rodeando Eunate. Quería apartar mis pensamientos de ella, pero no podía. Teresa se aparecía en mi mente y eclipsaba el resto de mis pensamientos. Y me preguntaba por qué yo no podía tenerla. Elevé la vista al cielo. En ese momento hubiera sido capaz de retar a Gonzalo, lo que habría sido una estupidez. Lo único que sabía en ese instante era que, si no podía tener a Teresa, mi vida carecía de sentido.

Puente la Reina

Sin duda, el primero de ellos, del que no quiso hablar conmigo, tenía que ver con esto. Seguramente, querrían interceptar a Alfonso antes de que llegara a Pamplona.

Hacía semanas que no veía a Teresa, aunque su recuerdo y su rostro seguían presentes en mí como si la acabara de ver. La reina había partido hacia la capital —probablemente para alejarse del peligro— y supuse que ella permanecería a su lado hasta que cumpliera los dieciocho y tuvieran lugar las nupcias con Gonzalo. Mientras, yo me ahogaba en su recuerdo. Quería odiarla por haberme dejado besarla sabiendo que pertenecía a otro hombre, por no haberme contado que estaba prometida a Gonzalo, pero no podía. A cambio, se lo reprochaba a él.

La primera vez que vi luchar a Gonzalo fue una tarde en la que Carlo y yo regresábamos de Mañeru. La gente había estado muy simpática con nosotros y Carlo se había divertido con dos niños que vivían allí. Sin embargo, no habíamos podido actuar porque no atrajimos al público suficiente. Lo mejor del día fue el tarro de miel que nos regaló una señora, después de que me ofreciera a arreglarle la puerta del cobertizo.

De regreso, Carlo llevaba el tarro en la mano y cantaba con su fina voz, apoyado sobre mi hombro. Cuando acabó, le revolví el cabello. Yo sostenía las riendas de Cansina, que caminaba despacio. Estábamos prácticamente entrando en Puente la Reina. Entonces me di cuenta, no sé cómo, de que algo extraño, no sabía qué, estaba sucediendo. Cansina se paró de repente. El viento dejó de soplar y un silencio abrasador se adueñó del entorno. El cielo estaba azul y desolado. Ni un pájaro cruzaba por encima de nuestras cabezas. Las golondrinas parecían haber emigrado de repente.

—¿Qué ocurre, Iñigo? —me preguntó el pequeño.

—No creo que ocurra nada —dije sin poder ocultar mi cara de temor—, pero vamos a echar un vistazo antes de proseguir.

De pronto, la silueta de un jinete se recortó en la distancia y empezó a hacernos señas. Me quedé mirando sin comprender qué pretendía decirnos. Al quitarse el yelmo reconocí a Gonzalo y por fin comprendí que agitaba su brazo izquierdo para indicarnos que nos moviéramos en esa dirección. En la mano derecha sostenía su espada. El suelo empezó a temblar bajo nuestros pies. Las piedras más pequeñas comenzaron a rebotar en el piso, despacio primero, impacientes después. Aprecié cómo a lo lejos crecía una pequeña nube de polvo.

—¡Métete atrás! —le grité a Carlo mientras yo saltaba al suelo y tomaba las riendas de Cansina desde abajo.

Estiré lo más que pude para sumar mi fuerza a la del animal y apartarnos del camino. Miré alrededor. Tendríamos que lanzarnos campo a través y con muy pocas posibilidades de camuflarnos. Sin duda, no era la mejor manera de llegar a Puente la Reina, pero era nuestro único modo de apartarnos de la refriega. Apenas tuve tiempo de ver cómo Gonzalo se colocaba de nuevo su yelmo y volvía a su escondite.

Estábamos cerca del Runa. Nos bastaría cruzar el puente para ponernos a salvo. Atrás se empezaron a escuchar gritos. Me volví para ver qué ocurría, repitiéndole a Carlo que no se moviera y permaneciera tumbado en el carro. Sobre la nube de polvo que antes se veía lejana habían aparecido las siluetas de una treintena de guerreros. Me pareció extraño que fueran tan pocos, pero pensé que tal vez fueran solo una avanzadilla. Traspasamos el puente sin mayores incidencias. Incluso Cansina parecía haber sentido el peligro y se había permitido un ligero trotecillo del que yo nunca la hubiera creído capaz. Cuando llegamos, todo estaba en silencio; no se oía un alma. Seguramente los hombres del rey Sancho habrían pasado por allí y las gentes habrían intuido la proximidad de la batalla. Me permití la licencia de meter el carro dentro de la casa de Fernando para protegerlo. Busqué a los sirvientes, pero estaban todos escondidos en un sótano que hacía las veces de bodega. Le pedí a Hermesinda que se hiciera cargo de Carlo.

—¿Adónde vas? —me preguntó la cocinera.

—Voy fuera. Os avisaré en cuanto haya pasado el peligro.

Sin dar tiempo a réplica, me volví y salí corriendo. Cuando me iba, aún pude oír a Carlo que me pedía que regresara, mientras la voz de Hermesinda intentaba tranquilizarlo y le pedía que se mantuviera callado. En el refugio había otros niños. Eso le calmaría.

Salí a la calle moviéndome todo lo más pegado a las casas que podía. Nunca había visto de cerca una batalla y sentía una gran curiosidad. Pensé que eso me permitiría añadir detalles más significativos a mis historias y a las gestas que contaba, cargando mis versos con veraces gritos de dolor y de furia que se elevan desgarradores entre los combatientes. O el sonido de las espadas, o el siseo con que la muerte te amenaza en cada rincón. Cuando llegué, ya se había producido el primer choque. Me agazapé entre los arbustos y me moví hacia el este, donde había una zona arbolada en la que me sería más fácil pasar inadvertido.

Al primero que vi fue a Gonzalo. Lo reconocí por su yelmo. Se movía con agilidad batiéndose contra dos adversarios que le acosaban a derecha e izquierda. La cota de malla protegía su cuerpo, que

parecía más fuerte que de costumbre. Pensé, con amargura, que debajo de ella estaría escondido el pañuelo de Teresa o alguna otra prenda que portaría como testigo de su amor y para darle suerte. Con maldad, deseé que el destino me regalara aquello que hasta ese momento me había sido negado. Si Gonzalo muriera en batalla… Me reprendí por aquel pensamiento del que no me habría creído nunca capaz y seguí fascinado el movimiento de su mano al esgrimir la espada, la fuerza de sus embestidas y la agilidad de sus movimientos a la hora de atacar y de buscar las aperturas de sus contrincantes. Su escudo cayó en una de las tiradas. Él rodó ágilmente por el suelo, recolocó su espada dentro de su mano y reanudó la lucha.

No me había dado cuenta de que los combatientes se estaban acercando hacia mi escondite. Avancé un poco más hacia el este. Desde esa otra posición vi al rey algo más atrás, esperando entre dos montículos con hombres de refresco, dirigiendo la escaramuza con la espada en la mano y dispuesto a entrar en combate en cualquier momento. Seguí la estela de su mirada. Sus ojos observaban a un guerrero joven y alto que sobresalía sobre el resto de los soldados. Lo reconocí. Se trataba del infante don Sancho, su heredero. A pesar de su gran altura, debía medir más de dos varas y media, se movía con rapidez y era tremendamente efectivo con sus golpes. Me pareció atisbar un brillo de orgullo en los ojos de su padre, aunque quizá estuviera demasiado lejos para apreciarlo y solo fuera efecto de mi imaginación.

Dejé de observar hombre a hombre para tener una visión más general de la pequeña refriega y de la disposición de los combatientes. Una cruz templaria llamó mi atención. Alcatón luchaba sin yelmo. Su mirada me asustó. Parecía alguien echado de los mismísimos infiernos. Su sonrisa era cruel y su cara tenía esa expresión que yo ya había visto antes, como si la lucha le produjera placer y disfrutara haciendo que sus enemigos vieran su cara antes de morir. Me estremecí y el vello se me erizó por todo el cuerpo. Sentí náuseas de nuevo al recordar la forma en que dio muerte a aquel infeliz. Me pregunté por qué estaría él involucrado en esa pequeña trifulca. No se podía considerar una verdadera batalla, ya que no habría más de cien guerreros en el improvisado campo de lucha. Los templarios defendían los lugares santos y los caminos que los llevaban a ellos, pero no veía razón para que participaran de manera activa en esa lucha. Aunque también era cierto que Sancho había hecho numerosas concesiones a las órdenes militares y quizá tan solo fuera parte de algún acuerdo.

Me alejé, esta vez dispuesto a apartarme de la animadversión que Alcatón me producía y con la intención de observar al enemigo.

Intenté encontrar al hombre que los comandaba. Distinguí entre ellos una figura en la avanzadilla que levantaba el puño y hacía gestos. Caminaba entre los cadáveres que se habían quedado en la línea que dividía las dos fuerzas. Luchaba bajo la bandera de Castilla, pero no se trataba del rey Alfonso VIII.

Vi cómo alzaba su espada buscando el cuello de un contrincante, que cayó herido y se ahogó en su propia sangre. El castellano levantó el brazo izquierdo desprovisto de escudo y se quitó el yelmo para hacerse oír mejor entre la algarabía del momento. Se giró lo justo para que yo lo reconociera. Sobre su pecho destacaba una cruz latina de veros de plata y azul. Su mano se mostraba implacable y sus ojos estaban inyectados en sangre, en un rostro que yo conocía demasiado bien: Raimundo de Navarrete. Me quedé paralizado de terror. Un frío sudor atenazó mis sentidos y mis órganos. Mi corazón dejó de latir, mis pulmones se olvidaron de respirar. Lo único que percibía era como si mis cicatrices hubieran tomado vida y se rebelasen sobre la piel de mi espalda. Sabía que debía moverme antes de que Raimundo se diera cuenta de mi presencia y aprovechara el fragor de la batalla para acabar con mi vida. Pero no podía hacerlo. Mi mente me repetía: «¡Corre!». Pero parecía ser lo único vivo en un cuerpo muerto. Por fin mis piernas reaccionaron y comencé a moverme marcha atrás. Como mis pies no se elevaban mucho del suelo, al final, tropecé y caí de espaldas.

No sé cuánto tiempo pasó antes de ver la figura de Alcatón delante de mí. Yo no podía apartar la vista de Raimundo ni mis pensamientos de la certeza de que iba a venir a buscarme. Un sonido grave surcó el terreno y se elevó por encima de los gritos. Vi avanzar al rey Sancho, dejándose ver sobre el montículo. Raimundo miró en derredor. Por un instante creí que nuestras miradas se habían encontrado. Luego elevó la mano y sus soldados se replegaron. Entonces fue cuando la sombra de Alcatón me tapó la vista. El templario miró de soslayo a Raimundo y luego a mí y me levantó del suelo agarrándome por el sobaco.

—Deberías tener más cuidado, juglar —me dijo—, o alguien acabará rebanándote el pescuezo.

Mi respiración se agitó. Me volví sobre mis talones y me marché corriendo. Lo último que escuché fue la risa entrecortada de Alcatón.

Estaba preocupado. La presencia de Raimundo había despertado en mí viejos fantasmas. ¡Qué tonto había sido al creer que en Puente la Reina estaba a salvo de su brazo iracundo! Si comandaba su propia mesnada, significaba que el rey Alfonso VIII confiaba en él y que Navarrete no tenía muchas posibilidades de continuar perteneciendo a la corona navarra. Pero ese no era mi problema. Mi problema era una

cuestión de vida o muerte. Tenía el presentimiento de que doña María no me había contado la verdad. Por un momento temí por ella y por Estefanía y me pregunté si no habría aplacado su furia en ellas. También temí por Elvira, al recordar la amenaza que me había hecho Raimundo de que, si me escapaba, lo acabaría pagando mi hermana.

Empecé a tener pesadillas. Durante los siguientes días, al comienzo del otoño, apenas comí. Las últimas noticias de presencia castellana en la zona se remontaban al 18 de septiembre, pero yo aún me mantenía en estado de pánico.

Empecé a actuar disfrazado. A Carlo le hacía mucha gracia y a mí me proporcionaba cierta sensación de protección. Pero realmente era una tontería porque todos me conocían en los alrededores. Pensé que lo único verdaderamente razonable que había hecho desde que me escapé de Navarrete era haberme cambiado el nombre. Aunque en realidad Enneco Garsea e Iñigo García fueran el mismo nombre, esperaba que fuera suficiente para despistar a Raimundo. Aunque si me veía, me reconocería, sin duda.

Durante mis noches de desvelos, pensé seriamente en marcharme de Puente la Reina y probar fortuna en otros lugares. Barajé cruzar los Pirineos. Después de todo, hablaba algo de occitano y conocía muchas obras en ese idioma. En mi mente empecé a organizarlo todo. Si me daba prisa, podríamos cruzar antes de que el tiempo empeorara. Me iba a resultar costoso atravesar mi querido burgo de la Navarrería y no permanecer en él, pero tenía que hacerme a la idea. Como consuelo, me quedaba el hecho de poder volver a pisar esa tierra. Además, si me organizaba bien, podía saludar a don Guilhem. Él procedía de la tierra de Oc y me podría aconsejar. Y podría ver de nuevo a Jimena, mi querida hermana. Me pregunté qué estaría haciendo en ese momento y me la imaginé recordando las historias que yo le contaba bajo la noche estrellada de Pamplona. Lo tenía todo mentalmente organizado: las etapas, las paradas, los días que nos iba a costar realizar el trayecto… Solo me quedaba poner una fecha a nuestra partida, comprar víveres y, la parte más difícil, contárselo a Carlo.

Pero perdí mi oportunidad. Dos hechos tumbaron todo mi plan. El primero fue la petición que me hizo Carlo de que lo llevara a ver la tumba de su padre. Cuando llegamos, avanzó despacio y se sentó justo al lado. Me coloqué junto a él. Lo vi llorar mientras trazaba unos signos en la tierra, como si quisiera dejar sus huellas allí. En ese momento, pensé que no había tenido en cuenta para nada a Carlo en las decisiones que había tomado. Si lo alejaba de Puente la Reina, perdería el único vínculo que le quedaba con su padre y la estabilidad

relativa a la que procuraba asirme manteniendo la localidad como punto sobre el que giraban nuestras vidas. Carlo tenía amigos de su edad, jugaba con los hijos de Hermesinda y todo el mundo conocía su historia, por lo que sentían cierta simpatía por él. Además, yo tenía la promesa de Hermesinda de que me echaría una mano con su cuidado si en un momento determinado la necesitaba. Concluí que habría sido muy egoísta de mi parte apartarlo de todo eso.

El segundo hecho que tumbó mi plan fue que frey Tizón me pidió pocos días después que fuera a buscar un nuevo cargamento de piedras. Durante el trayecto me di cuenta de que los caminos volvían a estar llenos de transeúntes y de que todos habían retomado sus actividades como si la incursión castellana no hubiera ocurrido. Parte del miedo que había sentido empezó a desvanecerse. Así que los planes de traslado fueron evaporándose de mi cabeza. Asentados en Puente la Reina, nos dispusimos a prepararnos para el cambio de estación y recibir al invierno más frío de todos los que he vivido.

Un duro invierno

Fernando. Creo que, a esas alturas, el señor de Puente la Reina ya sabía que ocupábamos esa dependencia, pero supongo que lo aceptaba como un mal menor por el aprecio que su hermano me tenía. De cualquier forma, yo procuraba mantenerlo siempre en buenas condiciones y había hecho algunos arreglos en maderas rotas y en una de las puertas que no cerraba bien.

Aquella noche, recuerdo que Carlo no podía dejar de tiritar. Lo cogí para darle una friegas con mis manos y sentí que ardía. Le toqué la frente y aprecié que tenía calentura. Me asusté. No tenía ni idea de qué debía hacer. Le quité la ropa y lo acosté en la cama de heno que usábamos. Mojé unos paños y se los coloqué en la frente. Fue lo único que se me ocurrió. Pasé la noche en vela, a oscuras, luchando contra el frío y el sueño, atento a cualquier movimiento que percibía de Carlo y a cualquier queja suya. Por la mañana me sentí confuso. Carlo dormía agitado. No me atrevía a dejarlo solo, pero necesitaba consejos. Después de un largo tiempo, me pareció que su respiración era más sosegada. Abrió los ojos y le di un beso.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Tengo frío —me dijo.

Lo vestí y lo tapé con las tres mantas que tenía. Luego se quedó dormido. Acudí a Hermesinda. Ella tenía hijos; seguro que conocía algún remedio. Pero su expresión me descorazonó. Se limitó a decir que su hijita María había muerto a los cinco meses por unas fiebres. Me dijo que intentara darle calor. La dejé con su pena y salí a la calle. Varios niños jugaban ya con la nieve. Miré arriba, las nubes tapaban el sol y apenas dejaban pasar su luz. En el último momento, decidí ir a ver a frey Tizón y apelar a su sabiduría. El templario no me defraudó, me hizo pasar y me pidió que le describiera los síntomas del pequeño. Le dije que tenía fiebre y que estornudaba. Accedimos a una salita especial y me dio un paquetito. Me dijo que contenía, entre otras cosas, corteza de sauce. Me sonrió y me aseguró que era un remedio muy efectivo que había aprendido de un sarraceno. Lo miré sorprendido. «¿Cómo se fía de un remedio de un sarraceno?», me pregunté. Él debió de darse cuenta de mis dudas porque añadió:

—La medicina de los musulmanes está mucho más avanzada que la nuestra —me guiñó un ojo—. Pero tendrás que pagármela.

Saqué la pequeña bolsa que me acompañaba, pero frey Pedro me la retuvo con el brazo.

—Ya sabes que no quiero tu dinero.

Meneé la cabeza, lo que el templario quería era mi alma.

—Está bien —claudiqué—. Sabéis que haré cualquier cosa si Carlo se pone bien. Portaré la cruz en la procesión o compondré unos versos

para la Virgen.

—Tú lo has dicho, hijo, tú lo has dicho.

Preparé la infusión tal y como frey Tizón me había dicho y se la di a Carlo. No sé cómo se las apañaba el templario para salirse siempre con la suya. El niño seguía tiritando. No podía hacer fuego dentro del granero, pero tampoco podía mover a Carlo y exponerlo al frío del invierno. Así que salí, preparé un pequeño fuego haciendo sitio entre la nieve y calenté unas piedras. Luego las puse entre sus mantas para mantener el calor.

Mis manos apenas reaccionaban. Tenía las puntas de los dedos casi congeladas. Me las refroté y las sacudí. Luego me senté junto a Carlo, lo apreté contra mí y me quedé medio dormido con la espalda recostada en el heno seco. Al mediodía volví a preparar la infusión para Carlo y un poco de comida para mí. Pasamos el día en silencio, escuchando las voces de los chiquillos y mayores que se divertían fuera. Varios niños vinieron a buscar a Carlo y les tuve que explicar que estaba enfermo. Se marcharon con pena. Oscureció pronto, debido a las nubes que ocupaban todo el cielo. Yo también me sentí cansado y con fiebre. No tomé la infusión, que volví a preparar para Carlo, por miedo a no tener suficiente para él. Hermesinda, a última hora, vino a preguntar por Carlo y nos trajo los restos de la cena y unos paños para que se los pusiera al niño en la frente. Se lo agradecí como pude, ocultándole que yo también estaba enfermo. Nos sonrió y se fue.

—Vendré mañana a preguntar por el chiquillo —dijo saliendo y meneando su cabeza.

Me quedé dormido implorando a Santa María de Eunate que cuidase de Carlo. La fiebre me empujó a una especie de duermevela entrampada entre sueños y pesadillas. Le prometí a la Virgen que, en cuanto ambos nos pusiéramos bien, iríamos a darle las gracias. Carlo estuvo dos días con fiebre alta. Al tercero, los síntomas empezaron a remitir. Solo entonces comencé a tomar la corteza de sauce que había sobrado. Me sentí mejor cuatro días después, aunque las fuerzas no las recuperé hasta pasada una semana. Esos días comimos las sobras que Hermesinda nos traía, porque yo no me sentía con ganas de preparar nada.

Dentro de la iglesia de Santa María, los muros protegían de las inclemencias del tiempo. Carlo y yo estábamos de pie en la parte de atrás. Lo miré. Su mano cogida a la mía. Me pareció que había dado un estirón y desde hacía unos días parecía tener un apetito insaciable. Tal y como había prometido, estábamos allí para darle las gracias a la Virgen. Me congratulé de mi decisión de haberme quedado definitivamente en Puente la Reina. Si Carlo hubiera enfermado en

cualquier otro sitio, no habría contado con la ayuda de frey Tizón y no sé qué podía habernos pasado. Salimos. Aún quedaban restos de nieve en los caminos y el paisaje seguía pintado de blanco. Le pedí a Carlo que se resguardara del frío dentro del carro. Cansina nos llevó despacio hasta casa. Desde uno de los huecos de la tela que cubría el carro, Carlo atisbaba el paisaje asomando su cabeza.

diluido en agua. Su cara se encogió en cuanto el líquido pasó por su garganta. Me reí al ver la expresión espontánea de su rostro.

—No es muy bueno —aventuró.

—No creo que pienses lo mismo dentro de unos años —le dije yo.

Nos sentamos cerca del hogar. Se me hacía extraño verme allí mientras nos servían, pero un día era un día. Y aquel día era el cumpleaños de Carlo. Probé el pan. Lo horneaba la posadera. La hogaza estaba tierna y caliente. Cuando terminamos, salimos a la calle. El sol se mantenía aún en lo alto. La tripa llena y el corazón alegre por aquel vino invitaban a una siesta.

Cansina nos recibió con una serie de relinchos de desaprobación porque la habíamos dejado sola. Carlo le hizo unas carantoñas y después nos tumbamos a la orilla del río, debajo de un árbol que prácticamente formaba parte de nuestra familia. Cogí un tallo de hierba y lo mordisqueé. Carlo se quedó dormido. Yo busqué la cara de Teresa entre las nubes, que pasaban a gran velocidad. Su recuerdo era tan resbaladizo como un pez y tan doloroso como una espina. Me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Yo también me quedé dormido intentando atrapar en un sueño lo que nunca sería realidad.

Nubes pequeñas pintadas de rosa destacaban en el amanecer. Una sombra negra se alzó sobre el horizonte. Seguí el rastro de su vuelo con la mirada hasta que se perdió por el oeste. Los árboles aún no tenían color, ni forma. Cansina arrastraba sus patas sobre los caminos embarrados. La lluvia nos había acompañado durante los últimos días. El río Robo bajaba caudaloso y turbio, amenazando con desbordarse, vertiendo sus aguas densas sobre el Runa. Carlo dormitaba en la parte de atrás del carro. Yo me movía al ritmo de los danzantes pasos de la mula. Hacía frío, aunque, por suerte, en ese momento no llovía. La iglesia de Santa María se dibujó en el horizonte y todo lo demás dejó de existir. Frey Tizón esperaba ya en la explanada que daba al oeste.

—Este viejo carro es más fuerte de lo que creía —saludó.

Parecía que los remiendos que le había hecho resistían el peso de los sillares. Aunque, si soy sincero, no las tenía todas conmigo y esperaba saldar mi deuda con el templario antes de quedarme sin el medio que me estaba permitiendo hacerlo. Frey Tizón me presentó a frey Nazario. Se había empeñado en que nos acompañara. Últimamente había habido robos en los alrededores. Le dije que nadie iba a asaltar un carro lleno de piedras, pero insistió.

—Cualquier vándalo puede pretender ofender a Dios destruyendo las piedras que van a formar parte de Su casa —me dijo como toda contestación.

Me limité a encogerme de hombros. Al fin y al cabo, eran sus

piedras. Él conocía mejor que nadie el valor que tenían y lo que estaba pagando por ellas. Al menos, el transporte le estaba saliendo bastante barato.

Nazario era un hombre de parcas palabras. Su barba pelirroja destacaba sobre su túnica blanca y se fundía con la cruz de su pecho. Sus ojos pequeños miraban con intensidad y eran oscuros como su pelo. Su espada, sencilla y afiladísima, como correspondía a un caballero templario. Cuando frey Tizón me planteó que quería poner protección a nuestro carro, temí que nos impusiera a Alcatón. El hermano Nazario no era seguramente el compañero más ameno, pero al menos no me provocaba el temor que me causaba aquel.

Varias nubes grises torturaban al sol en lo alto. En el norte, se divisaba un gran arco iris.

El cantero, Remigio, parecía contrariado. Tenía la barba y el pelo totalmente alborotados y se movía de lado a lado haciendo grandes aspavientos con las manos. Cuando salté del carro, vi cómo su contrariedad se tornaba en enfado. Nazario, que había hecho todo el camino a pie, se le acercó enseguida para hablar con él. Un estudio más detenido de la zona me permitió entender a qué se debía la agitación del cantero. Varias piedras aparecían esparcidas delante de nosotros y algunas se habían partido en pedazos. Estaba seguro de que el corazón de Remigio sufriría en esos momentos más que si le hubieran quebrado una pierna. Acostumbrado a observar un estricto orden en todo su trabajo, aquello debía parecerle un paisaje desolador.

Me acerqué al grupo de piedras que parecía más dañado. Algunas incluso estaban extrañamente trituradas. Me agaché a contemplarlas. Después del tiempo que había pasado con *Jentil* y con Remigio, había aprendido a apreciarlas. Aún me seguía preguntando cómo en algo tan inanimado podía haber tanta vida.

Remigio habló durante bastante tiempo con Nazario. Sus caras contritas no dejaban lugar a dudas sobre lo que aquel atropello parecía suponer para los intereses de uno y otro. Noté la mandíbula del templario tensa, mientras su mano izquierda se apoyaba firmemente en la empuñadura de su espada. Me ordenó que empezara a cargar las piedras. Carlo parecía ajeno a todo lo que ocurría y jugaba con los perros del cantero, pero yo no me podía dejar de preguntar qué es lo que había sucedido realmente. Aproveché que el templario se alejó unos pasos para interrogar a Remigio.

—Esta madrugada hemos tenido un asalto, pero nada de lo que no podamos recuperarnos —aseguró.

Obviamente, no le creí. Había algo allí que preocupaba a ambos.

Me dediqué a hacer mi trabajo. Transportaba los sillares con el máximo cuidado. Sabía que Remigio me observaría con el rabillo del ojo para que respetara sus normas y que ni yo ni sus piedras sufriéramos ningún percance. El sol, en lo alto, dejaba sentir esa fuerza que ya tiene en primavera. El cielo se había teñido de un azul brumoso y el viento soplaba suave. Me sequé el sudor que caía de mi frente con el dorso de mi mano. Descansé unos instantes y eché un trago de agua. Estudié a Nazario. Tomaba notas en un pequeño pergamino que enseguida enrolló y guardó bajo su túnica. Su expresión era pétrea. No conseguí deducir si estaba contrariado o no. Así que seguí con mi trabajo.

Sería la hora nona cuando terminé de cargar el carro. Sin apenas intercambiar palabras, tomamos una comida frugal. Se notaba la tensión en el ambiente y yo miraba sin decir nada intentando descubrir alguna pista de qué era lo que tanto preocupaba a aquellos dos hombres. Cuando ya me disponía a preparar las cosas para nuestro regreso, Nazario me dijo que íbamos a ayudar a Remigio a reorganizar las piedras. A mitad de la tarde, mis músculos estaban agarrotados y sentía un fuerte dolor en la espalda. Noté con pesar que no iba a ser fácil tocar el albogue próximamente. Mis manos presentaban rasguños y cortes y parecía que se les había escapado la fuerza. Carlo se rio al ver cómo soplaba sobre ellas, intentando aliviarme. Nazario se quedó observando el montón de piedras. Remigio se le acercó despacio y se dirigió a él con voz queda. Yo estaba lo suficientemente cerca y el viento a favor me reprodujo su pregunta con claridad.

—¿La habéis encontrado?

Frey Nazario negó con la cabeza.

«¿Encontrado? —me pregunté a mí mismo—. ¿Qué piedra es esa tan importante que no habían encontrado?».

Partimos. Cansina marcaba un ritmo lento. Nazario iba inmerso en sus propios pensamientos. Yo caminaba mirando al sol que buscaba ya su escondite por poniente.

—¿Por qué han asaltado el almacén de Remigio? —le pregunté al templario, cansado del silencio que nos rodeaba.

—Hay ladrones por los alrededores —me dijo. Su voz parecía tranquila—. A veces, cuando no consiguen el botín que se han propuesto, o este es menos valioso de lo que esperan, se dedican al vandalismo. Destruyen propiedades, queman refugios. En el caso de Remigio, como lo único que había era piedras, se han divertido destrozándolas y golpeándolas.

—¿Algunas de esas piedras eran para la iglesia de Santa María?

Me miró a los ojos. Valoró si debía continuar o no con su

explicación y hasta qué punto debía saciar mi curiosidad. Le sostuve la mirada mientras decidía y, al cabo de unos instantes, continuó.

—Eran para completar los arcos exteriores.

—¿Se podrán sustituir? —le cuestioné yo, suponiendo que era la pregunta lógica que seguía a las anteriores.

—Supondrá un poco más de trabajo.

No insistí más y Nazario también dio la cuestión por zanjada.

La luz de aquel día se resistía a marcharse y la tierra, bañada de tonos de fuego, parecía agarrada a ella. Olía a hierba y a viento. Nazario apretó el paso en cuanto vio el perfil de Eunate.

—Ve a la parte del hospital y descarga las piedras —me dijo alejándose de nuestro lado a paso ligero.

—De acuerdo —le contesté.

Me notaba agotado y solo pensar que tenía que prolongar mi trabajo me puso de mal humor. Carlo no parecía cansado en absoluto, aunque yo sabía que se quedaría dormido casi de inmediato, en cuanto su cuerpo adoptara la posición horizontal. Nazario llegó mucho antes que nosotros a la explanada. Desde lejos observé cómo frey Tizón salía a su encuentro. Caminaron de prisa y los perdí de vista cuando entraron en el edificio que hacía las veces de hospital. Suspiré. Me dirigí directamente a la parte de atrás.

—Tengo que descargar —le dije a Carlo.

—¿Puedo ir a jugar? —me pidió.

—De acuerdo, pero no te alejes de la iglesia.

—Gracias, Iñigo.

Le sonreí. Era un niño de buen carácter. Dio cuatro pasos y se volvió corriendo hacia mí.

—Iñigo —me dijo—, te quiero.

Me quedé sorprendido. Era la primera vez que me decía algo así. Supuse que era un paso más en nuestra relación y me sentí orgulloso. Lo cogí y lo lancé por el aire como sabía que le gustaba que hiciera.

—Yo también te quiero, Carlo. Cuando acabe, iré a jugar contigo. Ten cuidado.

Se alejó despacio observando todo con esos ojos curiosos que tenía, fabricando sueños que luego me contaría y de los cuales los dos sacaríamos una buena historia. Lo miré durante unos instantes. Él se volvió, como si hubiera intuido que yo seguía sus pasos con la vista, y sonrió. Aún hoy recuerdo esa sonrisa que me abrasa el corazón.

Me centré en mi trabajo y no me di cuenta de que había refrescado hasta que me quedé parado un instante buscando a Carlo. Lo vi hablando con uno de los hermanos que cuidaban la iglesia. Le guiñé el ojo cuando me miró y continué con mi tarea. Antes de seguir

descargando piedras, desenganché a Cansina del carro y la até a una de las argollas que había junto a la puerta de atrás. Conté las piedras, me quedaban quince.

Cuando descargué la última, me sentí profundamente satisfecho. Miré alrededor. Había oscurecido y la explanada estaba apenas iluminada por la antorcha de la espadaña de la iglesia. De pronto sentí crecer un fuerte griterío detrás de mí. Llegaba desde el camino que une Puente la Reina con Eunate. Me giré justo en el momento en que varios jinetes irrumpían rompiendo la paz y golpeando a cuantos se encontraban en su camino. Me quedé atónito ante la escena.

Busqué con urgencia la figura pequeña de Carlo y grité su nombre. Me pareció verlo al otro extremo de la iglesia y salí corriendo mientras el corazón me latía tan fuerte que parecía que iba a explotar dentro de mi pecho.

Uno de los vándalos me cortó el camino. Me lanzó un fuerte golpe con la parte plana de su espada que alcanzó mi costado izquierdo. Sentí que mi cuerpo se doblaba y caí a consecuencia del impacto. Rodé por el suelo intentando ponerme a salvo de su furia mientras mi cabeza solo pensaba en el modo de llegar hasta el pequeño. El jinete, con su espada en alto, dirigió su montura hacia mí. Lo escruté desde el suelo. Llevaba su cara prácticamente oculta, pero a mí no podía engañarme. Reconocí en él a Alcatón. Llevaba las mismas ropas con las que yo le había conocido aquel día, las que luego cambió por su túnica y su capa de templario. Escapé de él poniéndome en pie como pude. Me alejé trastabillando sin saber muy bien a dónde dirigirme. Ni siquiera me molesté en preguntarme qué podía estar haciendo allí, porque sabía que nada bueno podía salir de aquello. Lo único que me importaba era llegar hasta Carlo.

De pronto sentí un intenso calor a mi derecha. Uno de los jinetes había prendido fuego a un fardo de paja y las llamas se extendían por el suelo. Salí corriendo. El humo llenó los alrededores de sombras. A lo lejos distinguí a frey Tizón, plantado frente a la puerta oeste de la iglesia, en un gesto de defensa y protección. Vi cómo Alcatón se dirigía hacia él. Cuando llegó a su altura, hizo que las patas delanteras de su caballo se levantaran. Frey Tizón retrocedió instintivamente, pero su acción no fue suficiente para evitar el impacto de uno de los cascos. Cayó al suelo y, al hacerlo, se golpeó la cabeza.

Alcatón saltó del caballo y se inclinó sobre su cuerpo. Mis músculos se tensaron. «¡No será capaz de matarlo a sangre fría!», me dije con gran sofoco. No me paré a pensar lo que hacía. Salí corriendo hacia donde se encontraba frey Tizón, tratando de socorrerlo. Grité desesperado cuando vi que Alcatón se inclinaba sobre su cuerpo y

revolvía entre sus ropajes. Después, agarró la empuñadura de la espada de frey Tizón, tratando de arrebatársela. Me encontraba a pocos pasos, dispuesto a saltar sobre él. Grité con furia. Pero fue más rápido, tomó la espada y volvió a montar. Me lancé sobre él y estiré de la empuñadura de la espada robada. Tuve suerte y esta se cayó al suelo. Rehecho, frey Tizón la recogió y se colocó a mi lado. Alcatón se alejó de nosotros y yo me centré de nuevo en buscar a Carlo.

Lo vislumbré poco después. Mientras corría hacia él, le hice gestos para que se parapetara cerca de una leñera que había un poco más a su derecha y se escondiera. Me entendió y lo vi agazaparse. Vi correr a varias personas y distinguí a algunos templarios que se reorganizaban para contraatacar. Algunos peregrinos, a los que el incidente había pillado en medio, corrían como podían, escapando de los asaltantes y de las llamas.

Tuve que dar un rodeo para esquivar el fuego. Lo siguiente que vi fue a Alcatón muy cerca de la leñera donde se había escondido Carlo. Su espalda permanecía recta sobre su montura. Llevaba la espada, un arma distinta a la que utilizaba como templario, en la mano derecha, agarrada de manera firme. Miró en derredor. Yo seguía mi carrera para alcanzar el escondite de Carlo. Vi cómo el jinete detenía su mirada cerca de la leñera donde estaba el niño. Suspiré aliviado cuando le vi golpear a su caballo en los flancos para alejarse. Corrí todo lo deprisa que pude. Aún no había llegado cuando vi cómo Alcatón se giraba. Su caballo comenzó a trotar hacia la leñera. Un grito ahogado recorrió mi garganta tan fuerte y vacío a la vez que me hizo daño. Alcatón hizo elevar las patas de nuevo a su montura. Con terror vi cómo el animal lanzaba una fuerte patada con su mano derecha e impactaba contra el pecho de mi pequeño. Los leños cayeron sobre él y lo cubrieron. Después, el jinete se alejó a galope.

—¡Carlo! —grité desesperado.

Llegué. Me agaché mientras gritaba el nombre del chiquillo. En la oscuridad, retiré los leños hasta que apareció la pequeña mano de Carlo. Lo liberé de su cárcel y lo abracé contra mi cuerpo, con desesperación, con pánico, con urgencia. Repetí su nombre mil veces al vacío inmenso de una bóveda plagada de estrellas, que de pronto dejaron de titilar. El pequeño no respondió. De súbito sentí como si el cielo se hubiera apagado sin pedir permiso y un alma inmunda hubiera inundado la tierra de oscuridad y maldad.

No me di cuenta de que las lágrimas corrían por mis mejillas hasta que sentí una mano sobre mi hombro. Amanecía. Miré hacia arriba. Frey Tizón tenía una herida en la cabeza y su cara estaba hinchada y cubierta de sangre; su ropa de templario, sucia y rota. Yo me

encontraba de rodillas, apoyado el cuerpo sobre mis talones. La cabeza de Carlo descansaba sobre mi pecho y su mano izquierda caía inerte sobre mis muslos. No sé cuánto tiempo permanecí en la misma postura. El tiempo había desaparecido, dejando un vacío tan grande que era como si el mismo sol se hubiera congelado. El templario se agachó junto a mí sin decir nada. Él tampoco tenía palabras. Miré la cara de Carlo, parecía un ángel dormido, sereno, tranquilo, a punto de despertarse y echar a volar. ¡Qué paradoja! En la muerte, me parecía más vivo que nunca.

Enterramos a Carlo una mañana de primavera. Pensé que lo mejor era hacerlo al lado de su padre, pero luego cambié de opinión. Le pedí a frey Tizón que me permitiera hacerlo a la sombra de Eunate. El lugar había sido concebido en parte como cementerio de peregrinos y decidí que sería el mejor sitio para Carlo. Después de todo, hasta llegar allí, el pequeño había sido un peregrino junto a su padre. Era en esa explanada que tantas veces habíamos recorrido los dos y en la que habíamos jugado, donde yo quería que el pequeño descansara para siempre. Además, era el único sitio en la Tierra que yo consideraba especial. La Navarrería era singular para mí por ser el sitio donde había nacido y al que quería regresar, pero Eunate era un lugar inexplicablemente atrayente, el emplazamiento donde había empezado a hallar algo de paz y de sentido a lo que había sido y en lo que me había convertido. Y Carlo formaba parte de esa transformación. Mi vida había adquirido sentido a su lado. Fue el momento más duro de mi vida y mucho más doloroso que recibir cien latigazos de Raimundo. No me podía creer que fuera cierto, no podía concebir que ya no volvería a escuchar su risa ni su voz acompañando el sonido de mi albogue. Era insoportable pensar que no dormiría más a mi lado y que ya no contemplaríamos juntos el cielo estrellado.

—*In nomine Patris, et Filiis, et Spiritus Sancti, Amen*…

Las palabras de frey Tizón llegaron extrañas a mis oídos. Hermesinda se agarró a mi brazo y lloró. Sé que en el fondo sentía como si uno de sus propios hijos se hubiera muerto. Mis manos, juntas delante de mí, apretaban el caballito de madera que había regalado a Carlo por su octavo cumpleaños. Todo era agonía en mi corazón. Fue mucha la gente de Puente la Reina que nos acompañó y otros muchos llegaron de las localidades cercanas. Iacobus permanecía detrás de mí. Sentía su presencia protectora y grande que, sin embargo, no me servía de consuelo. Al extinguirse la voz de frey Tizón, la explanada enmudeció. Los que me habían acompañado se acercaron despacio, en el más absoluto de los respetos, y me dieron sus condolencias. Yo asentía en silencio porque no sabía de qué otra forma darles las

gracias por su presencia. Nunca en mi vida me había sentido tan acompañado y tan solo a la vez. Extrañamente, no había rastro de Alcatón. Me pregunté por qué y me dije que así era mejor. De haber estado presente, no estaba seguro de haber podido contener mi reacción.

La gente se retiró. Caí de rodillas. Un pequeño bulto en el suelo era lo único que me quedaba. Hermesinda depositó unas flores y se fue. Clavé una pequeña cruz en la cabecera. Era lo único para lo que mis pobres manos habían sacado fuerzas. Miré al horizonte, un horizonte que se había quedado para mí sin sol, sin luna y sin estrellas.

Había perdido las ganas de reír, de saltar, de correr, de comer e incluso de vivir. ¡Cuántas veces me arrepentí de no haberme ido muy lejos! Mis historias habían volado de mi cabeza como si nunca hubieran existido. Me senté junto a la tumba de Carlo. Tomé mi albogue y, sin proponérmelo, de él salieron las notas de la canción que Carlo había aprendido de su madre y que le escuché entonar por primera vez en la fiesta de compromiso de Gonzalo y Teresa. Su sonido penetrante recorrió el espacio. Tras muchos ensayos en balde, en esta ocasión conseguí producir cromatismos. Las notas salieron afinadas y claras. Soplé con fuerza sin notar la fatiga que otras veces me producía el ensayo continuado. No se me ocurría otra forma para honrar la memoria de mi pequeño ángel que con la música. Unos cuantos pasos más atrás, la figura de frey Tizón se recortaba sobre el horizonte. Sabía que me observaba. No me di cuenta de que se había acercado hasta un rato más tarde. Cuando acabé mi interpretación, el templario habló.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Me encogí de hombros. Nos quedamos sin hablar unos instantes.

—Carlo no se merecía morir —le dije al fin. Noté las lágrimas en mis ojos y un nudo en la garganta. Frey Tizón apoyó una mano en mi hombro y se sentó a mi lado—. Su muerte no debía haber ocurrido —estaba muy furioso y así sonaron mis palabras. En esta ocasión, cualquier cosa que intentara decirme el templario solo conseguiría enojarme más.

—Quizá Carlo te pueda ayudar más desde el Cielo que desde aquí.

—Esta vez no hay consuelo para mí, por mucho que os empeñéis.

Agaché la cabeza. Sabía que las intenciones de frey Tizón eran buenas, pero no tenía ganas de escucharlo. Desde lo sucedido, le había dado muchas vueltas a lo que había pasado la noche del asalto y no le encontraba ningún sentido. No comprendía qué le había llevado a Alcatón a volverse y hacer que su caballo pateara el pecho del pequeño, dejándolo agonizar bajo los troncos.

—¿Qué puede ser para un hombre más importante que la vida de un niño? —pregunté en voz alta, aunque la cuestión formaba parte de mis propios pensamientos.

El templario me miró con amabilidad.

—Supongo que te preguntas por qué la muerte se lo llevó a él y no a otro. A ti, por ejemplo —me dijo.

Sí, eso también me preguntaba, pero lo que realmente quería saber era por qué Alcatón había matado a Carlo. Después de varios días deambulando por los alrededores de Puente la Reina, errante y con el alma dormida, había empezado a preguntarme muchas cosas. Casi me asusté al comprobar que otro sentimiento estaba ocupando el lugar del dolor; era la venganza. Le deseaba lo peor a Alcatón. En cuanto volviera por allí, buscaría la forma de vengar la muerte de aquel chiquillo que era la única familia que había tenido desde que salí de la Navarrería hacía ya cuatro años y que poco antes de morir me había dicho que me quería. Mis pensamientos se dirigieron entonces hacia el norte. El recuerdo de la sonrisa de Jimena suavizó un poco mi dolor. Decidí que nada ni nadie me iba a apartar de ella. Tenía que volver a verla, pero primero debía encargarme de Alcatón. Hacía casi una semana que no sabía nada de él.

No me había dado cuenta de que frey Tizón seguía hablando. Sus palabras pretendían ser reconfortantes, pero en ese momento nada podía consolarme. Algo había despertado dentro de mí, algo que movía mis pensamientos y mis deseos. Tomé un puñado de la tierra que cubría el cuerpo de Carlo y lo apreté fuertemente en mi mano. Me llevé la otra mano a mis *kutunak*. Nada me pararía hasta ver morir a Alcatón.

Dirigí a frey Tizón una mirada dura y llena de determinación.

—Si me necesitas, no dudes en acudir a mí.

Vi cómo se levantaba y se alejaba.

Un corazón vacío

—Iñigo, hijo. Sé que tu dolor es grande. Seguramente tus ojos te traicionaron. Era noche cerrada.

No quise contradecirlo ni insistir más, pero me sentía indignado. Me imaginaba al propio Alcatón infligiéndose las heridas o, quizá, dejándose herir por sus propios aliados. En el fondo, sentí lástima por los dos asaltantes muertos. Estaba seguro de que les habría convencido diciendo que no habría complicaciones, que era solo un robo sin dificultades. Probablemente, ninguno de ellos llegó a sospechar que el hombre que les daba muerte era el mismo que los había contratado. Me alejé pensando en las palabras que me había dicho frey Tizón. Yo no tenía muchas ganas de seguir hablando porque, en cualquier momento, la ira se iba a reflejar en mi rostro. Y el templario tampoco parecía tener muchas ganas de proseguir con la conversación.

La versión de Alcatón me hizo reír. Dos carcajadas absurdas salieron de mi boca. Histriónicas, provocadoras. Seguramente, si alguien las hubiera escuchado, me juzgaría loco. Miré alrededor mientras mi mente trabajaba sin parar. En mi cabeza se empezaba a formar una versión distinta. Algo dentro de mí me decía que Alcatón había planificado y participado tanto en el robo al cantero como en el asalto a Eunate. Obviamente, de la cantera de Remigio se había llevado una piedra. Un sillar con alguna inscripción importante que estaba destinada a formar parte de la arquería exterior de la iglesia octogonal. Después, había perpetrado el robo en la iglesia. De allí se había llevado… Me quedé pensando. El caso era que no tenía ni idea de lo que habían sustraído. Recordé haber visto a Alcatón registrando a frey Tizón y tratando de robar su espada, pero eso, al menos, no se lo había llevado. Decidí hablar con Hermesinda, tal vez ella supiera algo más.

La mujer me acogió con cariño. A pesar de sus intentos, no pudo evitar que dos gruesas lágrimas resbalaran por sus mejillas cuando me vio. Me hizo sentar y me sirvió un cuenco de caldo de verduras y carne. Estaba caliente y, aunque fuera la temperatura era buena, templó mi cuerpo, que hacía mucho tiempo que no engullía nada. Por ella averigüé que los asaltantes no se habían llevado nada de la iglesia ni de sus alrededores.

—¿Estás segura? —le insistí.

Los templarios dicen que no han echado nada de menos. Parece que intentaron llevarse la imagen de la Virgen, que sufrió daños y está siendo restaurada. Dicen que fue un milagro que no lo hicieran. Lo achacan a la intervención divina y a la presencia de Alcatón en el momento oportuno.

Aunque sabía que me estaba diciendo la verdad, no creía que el

asalto se hubiera producido sin que detrás hubiera un robo. Algo dentro de mí me decía que Alcatón buscaba algo en concreto, algo que quizá nadie más fuera de su orden sabía siquiera que existiera. Y eso no era la talla de la Virgen. Podía ser que Alcatón pensara que lo que buscaba estaba oculto dentro de la escultura y, que después de comprobar que no era el caso, simulara un intento de robo. Podía ser también que yo me estuviera precipitando, que dentro de mi corazón necesitara encontrar un culpable para la muerte de Carlo. Mis cavilaciones continuaron mientras me acercaba a la orilla del río Runa. No quise contemplar sus aguas ni mirar la explosión de colorido que en sus márgenes había provocado la primavera. Me encerré en mis propios pensamientos, en mi propia impotencia.

Supongamos, me dije, que Alcatón participó en el robo. Consiguió lo que quería y decidió marcharse dejando a los otros cuatro jinetes en la brecha. Fue hasta su escondite, cambió las ropas de ladrón por las de templario y se presentó como el héroe que nunca fue. ¡Eso es lo que había ocurrido! Lo que me confundía era que yo había estado allí todo el rato desde que Alcatón se fue y volvió para salvar a todos. Había permanecido estático junto al cuerpo de Carlo y no me había enterado de nada de lo que había ocurrido después de que los troncos cayeran sobre el niño.

Había otra cosa que me preocupaba. Si Alcatón había conseguido lo que quería y había decidido marcharse, ¿por qué a última hora se había vuelto y había lanzado su caballo contra el niño y la leñera, haciendo que los troncos sepultaran su cuerpo indefenso? Mi odio hacia Alcatón crecía a medida que iba descubriendo matices. Lo juzgué como un hombre lleno de maldad. Nadie que mata a un niño tan fríamente puede considerarse humano. El deseo de venganza ardió en mi cuerpo. Tenía que matar a ese animal que se hacía llamar templario y que todo el mundo consideraba un héroe. La ocasión se me presentó dos días después.

—Iñigo, hijo —me dijo Hermesinda—, estás desmejorado. ¿Cuánto hace que no metes nada en tu estómago? Debes hacerlo por Carlo. Nada le gustaría más al niño que verte feliz, ganándote la vida como siempre has hecho. Debes dejar de sentir compasión por ti mismo e intentar buscar un poquito de paz en tu corazón.

Cada vez que alguien pronunciaba el nombre de Carlo para hacerme reaccionar, me volvía de forma reprobatoria, pero en el caso de la cocinera era distinto. Sabía cuánto apreciaba ella al pequeño. Sin embargo, lo que no sabía Hermesinda era que en mi corazón ya no había espacio para la paz. No descansaría tranquilo hasta que acabara con la existencia de Alcatón; o él con la mía. Me había pasado los dos

últimos días vigilándolo. Había aprendido a ser sigiloso y cauto. Había logrado moverme entre las sombras sin ser escuchado, fundiéndome con la oscuridad, con el viento y con los árboles. Alcatón no había hecho nada especial. Para quien no conociera sus malas artes, parecía un hombre tranquilo y cumplidor de sus deberes. Se dedicaba a orar, a meditar y a descansar. Aún llevaba uno de sus brazos vendado. Al atardecer, paseaba por el huerto de la encomienda.

Me metí en el carro. Cansina protestaba porque quería soltarse del árbol al que yo la había atado. Revolví nuestros enseres, que descasaban desordenados por cualquier rincón, hasta encontrar el pequeño cuchillo que usábamos para despellejar animales. Lo afilé y me lo metí dentro de la saya en un bolsillo que había cosido expresamente. Salí. Había refrescado. El ruido del agua me llegó con claridad, pero en él no hallé la calma que otras veces me había transmitido. Me acerqué a Cansina y le palmeé el lomo. «Hoy lo haré —le confié al oído—. Hoy vengaré la muerte de nuestro querido Carlo». La mula me miró con cara de no entender. Acaricié el diminuto caballo de madera del pequeño, que sujetaba en mi mano, y me lo metí dentro de la saya. Comprobé que el cuchillo estaba en su sitio y que sería fácil y rápido sacarlo cuando llegara el momento, y me fui camino del huerto de los templarios.

Olía a espliego, a jazmín, a rosas. Olía a odio, a dolor, a venganza. Me oculté, acechando como los ladrones, como el asesino que creía ser. Y esperé. Tenía todo el tiempo del mundo y un odio tan grande dentro de mí que me servía de alimento y de savia. Vi a varios hermanos orando mientras paseaban entre las flores y las hortalizas. Quizá ese día Alcatón había cambiado sus planes, pero no me importaba. Si no era ese día, sería cualquier otro, porque yo estaba preparado.

Había silencio. Solo el aleteo ocasional de algún ave nocturna y su ulular delataban alguna presencia viva. La oscuridad fue creciendo y ya no quedaban ni sombras en el huerto. Iba a salir de mi escondite y darme por vencido cuando sentí pasos. Esperé. Alguien se acercaba. Lo reconocí por su espada. Nadie más llevaba ornamentos en ella. Lo tenía tan cerca, que casi podía tocarlo. Saqué con cuidado el cuchillo y lo así con fuerza en mi mano derecha. «Carlo…», pensé. Me moví despacio, pero decidido. El odio corroía mi alma y me envenenaba. Conté hasta tres y eché el brazo hacia atrás para coger impulso y lanzarlo sobre el cuello del asesino. Pero algo en el último instante me frenó. Cerré los ojos asustado. Sentí cómo mi pulso se había acelerado y cómo el aire entraba agitado en mis pulmones. Retrocedí y me escondí detrás de un tronco. Dejé que mi espalda resbalara lentamente por él. Noté la corteza y los nudos de la madera en mis carnes y un

peso tremendo que aplastaba mi alma.

Alcatón dio unos pasos y se alejó del lugar en el que yo le había acechado. Nunca sabré si se dio cuenta de lo cerca que había estado de perder la vida en ese instante. Yo había dejado pasar la ocasión. «¡Dios!», grité en silencio. Había estado a punto de matar a un hombre. Mis manos temblaban y lloré en silencio, rodeado de la exquisitez de aquel huerto que yo había sembrado de malos augurios. Dejé transcurrir unos instantes, abrumado por mi propio odio y mis ganas de venganza. Regresé despacio a mi pobre hogar y me acosté sobre la madera del carro. Agotado, me venció el sueño.

Yo no era un asesino. Ahora lo sabía. Había pensado que sería fácil acabar con la vida de un hombre como Alcatón, pero no era así. No tenía agallas ni coraje. Quizá me creyeran cobarde, pero ahora le doy las gracias a Dios por detenerme en el último momento. Sin embargo, aunque fracasé en mi intento, no estaba dispuesto a dejar que Alcatón se saliera con la suya. Y la única forma de hacerlo era comprobar si había robado algo y si, con suerte, lo había ocultado en su escondite secreto, el que yo descubrí el día que lo vi cambiarse de ropas para dirigirse a la taberna. Me alejé de la Villa Vetula dispuesto a comprobarlo.

Me desvié hacia el camino que bordea el río Robo y corre paralelo al camino principal. En ese lugar había visto a menudo a Teresa. A partir de ese punto, aminoré el paso. Debía ser cauto. No quería que Alcatón me pillara merodeando por los alrededores. Anduve con cuidado extremo haciéndome el distraído y pesaroso. Varias veces desanduve el camino, como si estuviera vagando sin rumbo fijo. Hasta que llegué al lugar. Entonces me detuve. Cuando estuve seguro de que no había nadie más, me lancé a él. Aparté un par de ramas que descubrieron un pequeño hueco. Tanteé con las manos. Dentro se notaba humedad. Mis dedos tropezaron con algo duro. Lo saqué. Un perfecto sillar apareció ante mí. No se veía muy bien, pero no me hacía falta luz para identificar los dos símbolos que contenía: el que se correspondía con la torre del ajedrez y una estrella de cinco puntas —el pentagrama—. Detrás había unas marcas en un alfabeto que desconocía. ¿Por qué estaría tan interesado Alcatón en esa piedra? Volví a meterla donde la había encontrado. El sonido de un crujido tensó mis músculos y me hizo quedarme quieto, como si a mi cuerpo se le hubiera escapado la vida. Cuando reaccioné, me agaché y esperé. Agucé el oído. Fueron unos instantes de tensión. Pero no escuché ningún otro sonido. Tanteé de nuevo la oquedad y saqué una cruz poco más grande que mi mano. Estaba llena de símbolos, los mismos que contenía la piedra, y tenía un agujero pequeño en uno de los

extremos. La observé con admiración. No conocía esos símbolos, no sabía qué significaban, pero debían de ser importantes si Alcatón había matado por ellos. Pero ¿qué era exactamente lo que tenía delante y de dónde lo había sacado Alcatón? Pasé mi mano derecha por encima del objeto para limpiar algo de tierra que se había quedado incrustada. Su textura era distinta a cualquier otra cosa que hubiera tocado. No parecía piedra, no parecía madera En ese momento, sentí como si algo se desprendiera. Parecía que el objeto estuviera formado por varias placas superpuestas. Observé algunos de los símbolos. Muchos se repetían, aunque colocados en distinta posición. Era como si formaran un código secreto.

Empecé a intuir que lo que tenía en mis manos no podía ser otra cosa que la llave de frey Tizón y cuándo la había robado Alcatón. Como en un fogonazo, vi la imagen del viejo templario retrocediendo delante de la puerta oeste de la iglesia, protegiendo su entrada. Cerré los ojos. Las imágenes se me hacían todavía dolorosas. En mi memoria, vi cómo frey Tizón caía y se golpeaba la cabeza. Debió de estar a punto de perder el conocimiento. Recordé cómo entonces Alcatón se había agachado junto a él. Ese debió de ser el momento en que se hizo con la llave. Luego había intentado llevarse su espada, pero tuve la suerte de alcanzarla en el último instante. La pregunta que me venía a la cabeza una y otra vez era para qué quería Alcatón una cruz que como miembro de la orden podía estar a su alcance. ¿Por qué arriesgarse tanto para poseerla? Había oído historias acerca de la forma en que los templarios transmitían sus mensajes y descifraban los que recibían codificados. ¿Y si era verdad? «¡Dios mío! —pensé—. ¿Y si Alcatón se propone vender los secretos de su orden?».

Ese pensamiento me asustó e hizo que mi labio inferior se pusiera a temblar. Aquella llave y aquel pensamiento pesaban demasiado para un simple juglar. Parecía que el asunto era muchísimo más grave de lo que jamás podía haber sospechado. Tenía que alejarme de allí y reflexionar. Coloqué de nuevo la llave en su sitio. Reubiqué las ramas, borré mis huellas lo mejor que pude, tomándome el tiempo necesario, y desaparecí de allí como alma que lleva el diablo.

Los últimos acontecimientos me llevaron a considerar que debía hacer algo con prontitud, antes de que desaparecieran las pruebas. Por un lado, me había dado cuenta de que no sería capaz de matar a Alcatón a sangre fría. La ocasión había pasado y aún notaba un sentimiento gélido que recorría mis venas cada vez que recordaba el momento en que tuve el cuello de aquel hombre a mi merced. Por otro lado, estaba claro que Alcatón tramaba algo que escapaba a mi entendimiento. Me moví intranquilo de un lado a otro, recorriendo varias veces la misma

línea en sentido contrario. Me refroté las manos incómodo y me obligué a pensar. Tenía que hacer pagar a aquel hombre todas sus acciones, pero estaba claro que no podía hacerlo solo. Además, debía darme prisa porque, en cualquier momento, Alcatón podía decidir cambiar su tesoro de sitio o venderlo.

Dejé a Cansina al cuidado del marido de Hermesinda en casa de Fernando. El noble había estado presente en la misa que se celebró por Carlo en Santa María y desde ese día se mostraba indulgente conmigo. Sin llegar a apreciarme, creo que sentía algo de lástima por mí. Incluso me ofreció cobijo en su casa los días crudos de invierno. Yo había agradecido su ofrecimiento y le había dicho que lo tendría en cuenta. Caminé despacio con la mente puesta en Carlo, sin encontrar sentido a lo que había pasado. Sin decidir adónde iría, mis pasos me guiaron hasta la iglesia de Santa María. Fue doloroso atravesar el recinto que hacía las veces de cementerio. La tumba de Carlo ocupaba un pequeño espacio al oeste. Me senté a su lado con el corazón vacío. Después de darle muchas vueltas, decidí que la solución era contar lo que sabía a frey Tizón. Pensé lo que le diría y cómo lo haría. Pero había algo que no terminaba de convencerme. Repasé mis palabras una y otra vez. Si le iba con el cuento de que Alcatón era un ladrón y un asesino, ¿me creería el excomendador?

La verdad era que no había nada que me hiciera suponer que aceptaría mis palabras antes que las de su hermano. Aunque le mostrara el escondite, eso no probaba que Alcatón hubiera guardado allí lo robado y yo no podría explicar muy bien cómo lo había averiguado. Tenía que haber alguna forma de hacer que frey Tizón lo descubriera con sus propios ojos. Tenía que hacer que pillara a Alcatón in fraganti. Aun así —maldije—, aunque consiguiera que el comendador le siguiera hasta el escondite, siempre podía decir que él había encontrado los objetos robados siguiendo alguna pista. O que era yo el que los había escondido allí para incriminarlo. Estaba frustrado y el tiempo corría en mi contra. Tenía que encontrar la forma de tenderle una trampa. Pero ¿cómo?

Dos días después, aún seguía intentando trazar un plan. Pasaba largas horas sentado al lado de la tumba de Carlo. Aquel día no fue diferente, solo que, antes del alba, fui a comprobar que los objetos robados seguían en su sitio. Después, me dirigí caminando hacia Eunate. Hacía frío, a pesar de que la primavera ya estaba avanzada. Me envolví en mi capa. Caminé encogido y despacio. Los colores empezaron a pintarse en los árboles, en los campos y en el suelo. Escuché el trino de los pájaros y los vi surcar el cielo en busca de insectos con los que alimentarse. Eso me recordó que yo no había

probado bocado desde la noche anterior. Saqué de mi bolsa una manzana y me la comí. Me pareció insípida, pero últimamente mi vida carecía de color, de sabor y de olor. Era como el agua que baja de la montaña, solo que sin su frescura. Un agua incapaz de quitar la sed. Escuché rezos dentro de la iglesia, pero seguí mi camino inmutable hasta el cementerio. El fuego de la linterna velaba el lugar y un hilillo humeante se elevaba hacia el cielo. En ese momento, los caballeros salieron en procesión. Yo ignoré la marcha que habían iniciado entre los arcos. Ignoré todo lo que acontecía a mi alrededor y me senté. La tierra que cubría el cuerpo de Carlo estaba fría y húmeda. Acerqué mi mano derecha a ella y entonces tomé una decisión. Se lo contaría a frey Tizón. Eso es lo que haría. Le diría la verdad, le diría también que era libre de creerme o no, pero que debía entender que yo no podía callarme más, y que se lo debía a la memoria de Carlo. Si me creía, él sabría lo que tenía que hacer. Y si no me creía, que Dios me pillara confesado, porque Alcatón no perdonaría mi vida.

Había tomado la decisión, una decisión que no podía demorar por más tiempo. Me dije que era lo mejor, que era lo que debía hacer. Me sentí más tranquilo. Elevé la vista al cielo. Quizá Hermesinda tuviera razón y me estaba dejando consumir por la venganza y la ira, pero en ese momento estaba cegado por la idea de hacerle justicia a mi pequeño Carlo. Cerré los ojos y encerré mi cabeza entre mis brazos, intentando convencerme de que había tomado la decisión adecuada y en el momento oportuno. En esas estaba cuando sentí una mano sobre mi espalda. Levanté despacio mi cabeza y me encontré con él; el mismísimo diablo me estaba mirando.

—Siento mucho no haber llegado a tiempo para salvar la vida de Carlo —empezó.

«¡Maldito hipócrita!», pensé.

—Sé cuánto apreciabas a…

Sin dejar que acabara su frase me puse de pie de un salto. Nos quedamos enfrentados. Cuando llegué a Puente la Reina era más alto que yo, pero debía de haber crecido en los últimos años, porque mi cabeza quedaba entonces algo más elevada que la suya. Mantuve un pulso con la mirada mientras terminaba su frase.

—… a ese niño y lo que hiciste al ponerlo bajo tu protección.

—¿Cómo os atrevéis? —le increpé pronunciando mis palabras entre dientes.

Creo que él vio la furia en mis ojos porque yo no traté de esconderla. Me miró desconcertado por lo extraño de mi reacción ante unas palabras que pretendían llevar consuelo. Podía haber engañado a otro, pero no a mí. Su presencia me enervó e hizo aflorar una ira que

yo creía algo apaciguada. Estaba a punto de perder los estribos y sentía que no podría dominarme. La imagen del cuerpo inerte de Carlo se hizo tan presente que no pude soportar estar junto a aquel hombre que lo había matado a sangre fría y a quien los demás consideraban un héroe.

—¿Por qué lo hicisteis? —le pregunté.

Su rostro no se alteró. Había recuperado el control después del primer momento de desconcierto.

—¿Hacer qué? —me cuestionó fríamente, como si tratara con un necio a quien le falta la razón.

—¿Por qué tuvisteis que volveros? —le cuestioné.

—¿Volverme? ¿Has perdido el juicio, juglar?

Las imágenes de aquel anochecer se hicieron vívidas en mi mente. Asistí angustiado al recuerdo que permanecía en mi memoria.

—Vos ya os retirabais —le dije—, pero algo hizo que os volvierais… —La escena se reprodujo en mi mente y se aclaró lo que hasta entonces había permanecido confuso—. Él os reconoció —pronuncié en apenas un susurro.

Cerré los ojos. Ahora sabía por qué Alcatón se había vuelto. Carlo lo había reconocido. Mientras, aterrorizado, trataba de esconderse, reconoció a alguien que creyó amigo. Probablemente incluso lo llamó, para que lo socorriera. Me lamenté. Debí haberle advertido que no era un amigo. Miré al templario. Su cara estaba impasible. La mía debía de reflejar odio, frustración y rabia a partes iguales. Yo no tenía el control que en él parecía innato. Sin que me diera cuenta, giró la cabeza despacio hacia ambos lados, para cerciorarse de que nadie estaba observando, y, en un instante, alzó su mano derecha y me sujetó por el cuello.

—Si me causas problemas, juglar, una espada silenciosa te reunirá en menos de lo que cuesta parpadear con ese niño al que tanto echas en falta. ¿Me has entendido?

—Solo os pido que cuando lo hagáis y hayáis acabado con mi vida, no seáis tan miserable como para rezar el *Pater Noster* sobre mi sangre aún caliente —fanfarroneé.

Nos sostuvimos la mirada durante unos instantes. Yo sentía la presión en mi cuello, pero no dejé que se notara. Me soltó de golpe.

—Te estaré vigilando, juglar —me dijo.

Luego se fue. Me quedé estático. Mi lengua acababa de retar a Alcatón. Y Alcatón había recogido el guante.

Miré la tumba de Carlo. En ese momento, fui muy consciente de que mi tiempo se acababa. Sin pretenderlo, me había descubierto delante de Alcatón. Los dados acababan de caer sobre la mesa y tal vez ya

habían decidido mi destino. O conseguía vengar a Carlo o acababa muerto. O lograba que mi querido niño descansara en paz o en muy poco tiempo me reuniría con él. Me despedí con un simple adiós y me apresuré hacia Puente la Reina. Iría sin demora en busca de frey Tizón y le contaría la verdad. No tenía otra opción; no había nada que yo pudiera hacer, después de haber retado a Alcatón sin medir las consecuencias. Tendría que seguir la partida hasta el final y que fuera lo que Dios quisiera. Un fragmento del poema de Beowulf, en el que uno de sus hombres es devorado por Gréndel, me vino a la mente:

Salió de su ciénaga, oculto en las sombras,
aquel que la ira de Dios arrastraba:
proyecto tenía el cruel malhechor
de atrapar a algún hombre en el alto palacio.

Tendría que estar preparado para todo. Iba pensando en las posibilidades que me quedaban y en lo que haría en el caso de que frey Tizón no me creyera, cuando sentí un gran revuelo en la entrada de la población. Cuatro jinetes se paseaban entre la gente con grandes alardes. Parecían disfrutar mientras provocaban a los vecinos. Se divertían haciendo que sus caballos anduvieran en círculos y molestaran con sus patas traseras a cuantos pasaban alrededor. Uno de ellos señaló con la espada a un caminante. Le preguntó algo, pero no pude oír su respuesta. Instantes después, cuando el jinete se volvió, sentí que mi estómago se revolvía.

Como no me había buscado suficientes problemas, otro venía a mi encuentro. Raimundo de Navarrete estaba en Puente la Reina. Aunque habían llegado rumores de que Alfonso VIII de Castilla seguía interesado en atacar al rey navarro, no habíamos tenido noticias de presencia de caballeros enemigos en la zona. Si Raimundo estaba en Puente la Reina, debía de ser por un asunto particular. Y tenía la intuición de que ese asunto era yo. Me retiré antes de que pudiera clavar sus ojos en mí y reconocerme.

Mis fuerzas flaquearon en los siguientes instantes y fui incapaz de dominar un terror que me impedía respirar. No tenía tiempo para pensar. Debía huir. Y cuanto antes, mejor. Raimundo no tardaría en encontrarme, si no lo hacía antes Alcatón. Corrí hacia el río. Enganché a Cansina al carro, lo que me costó más de lo habitual, porque el animal debió de intuir que algo ocurría o, simplemente, por mi nerviosismo.

Eché un vistazo alrededor para cerciorarme de que no quedaban huellas de mi presencia y me aventuré hacia la casa de Fernando.

Tenía que coger el dinero de mi escondite y, de paso, tomaría algunas provisiones para el camino. No tenía mucho tiempo, así que debía darme prisa.

Llevé a Cansina hasta las afueras y la dejé atada a un árbol cerca de un camino secundario que sabía me alejaría de forma rápida de Puente la Reina y de la Villa Vetula que regían los templarios. Mi intención era llegar hasta la tierra de Oc y quedarme allí. Pero antes pasaría por Pamplona. Una sola vez más. Necesitaba ver de nuevo el lugar donde había nacido, el sitio del que tomaba fuerzas mi corazón para seguir latiendo. Ansiaba ver de nuevo a mi hermana Jimena. Ese era el único pensamiento que me hacía mantenerme lúcido en medio de esa locura en la que me había embarcado.

Desenterré todo el dinero que había ahorrado hasta ese momento. No era gran cosa, pero me permitiría sobrevivir durante una temporada. Lo repartí en dos bolsas. Una la escondí en la parte baja del carro y la otra la llevaría conmigo. Después de asegurarme de que todo estaba preparado, regresé a la casa de Fernando y asalté la despensa. Cogí lo primero que pillé; algo para poder comer en el camino al menos los dos primeros días. Eso me permitiría moverme a mi ritmo sin tener que detenerme en ninguna población para surtirme de víveres. Así avanzaría más deprisa.

—Hola, Iñigo —me saludó una voz de mujer.

Arrugué la cara. No quería toparme con nadie. Me volví buscando una excusa en mi cabeza.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

Aunque quise parecer tranquilo, supongo que mi rostro y mis gestos demostraban lo contrario. Me llevé la mano derecha a la sien e hice círculos en ella con los dedos, intentando despejar mis ideas. Luego avancé hacia Hermesinda y la agarré lo más suave que pude de los brazos.

—Debo irme —le dije intentando controlar mi voz y mi miedo.

Bajó la cabeza y, luego, elevó la mirada. Sus ojos estaban húmedos.

—Supongo que lo sabía. Sabía que esto iba a ocurrir. Desde que murió Carlo… —su voz se apagó por la emoción que sentía.

—No puedo seguir aquí —le dije—. Estaba pensando que quizá me venderías unas provisiones —proseguí mostrándole unas monedas.

—¿Tan inminente es tu marcha?

Asentí sin poder articular más palabras. Le había tomado cariño a aquella mujer y supongo que ella también a mí.

—¡Quédate hasta mañana! —me pidió—. Así podrás despedirte.

Me quedé en silencio y ella comprendió.

—¿Volverás? —me preguntó.

—Quién sabe lo que el destino me deparará.

Asintió con pena.

—Te echaremos de menos —pronunció en apenas un hililllo de voz.

—Yo también a vosotros. Siempre os habéis portado bien conmigo. Hermesinda, necesito un favor. No digas a nadie que he partido. A nadie —le recalqué.

—Iñigo, me estás asustando. ¿Te has metido en algún lío?

—No —le mentí—. Es solo que este lugar me recuerda demasiado a Carlo.

Me miró. Parecía convencida. Esta vez no escondió sus lágrimas. La abracé y lloró en mi hombro.

—Te prepararé algo para el camino —me dijo al cabo de unos instantes separándose de mí—. Pero guarda tus monedas. Las necesitarás para tu viaje. No creo que a mi amo le importe. Le caes bien y siente lástima por lo que le pasó al chiquillo.

—Gracias —le dije—. Mientras me lo preparas, me ausentaré unos instantes. Tengo que hacer un último encargo. Debo ir a hablar con frey Tizón. Luego vendré y recogeré las viandas.

Me besó en la frente y me fui.

Salí por la puerta de atrás escondido entre la maleza que rodeaba la tapia exterior. Tenía que llegar a la casa del Temple lo antes posible. Caminé deprisa, esquivando miradas y encuentros, y llegué a la entrada. Mi corazón latía acelerado más por el miedo que por la prisa que me había dado en llegar. Con la mano cerca de la puerta, me planteé la posibilidad de que fuera el propio Alcatón quien la abriera. «Tranquilo —me dije—. Él no es el encargado de hacerlo. ¿Por qué habría de hacerlo hoy?».

En cualquier caso, tomé precauciones. Me alejé unos pasos de la entrada y estudié todas las vías de escape para comprobar cuál sería la más apropiada en caso de que Alcatón asomara la cabeza por la puerta. El portón se abrió despacio. La silueta del hermano Sebastièn se recortó en la entrada. Me planté delante de él de un salto y le dije de corrido que necesitaba hablar urgentemente con frey Tizón. Sebastièn me explicó que iba a ser imposible porque estaba meditando y había pedido expresamente que no se le molestara.

—Si quieres, puedo avisar a Alcatón. Frey Tizón confía mucho en él.

Negué y le pedí que le mandara recado de que Iñigo García quería verle y que le estaría esperando allí hasta que me pudiera recibir. El ruido de la puerta al cerrarse dejó mi alma a oscuras. No sabía qué hacer. La espera me estaba matando, pero debía intentar hablar con él como fuera, incluso saltándome… Sí, eso era, saltaría la tapia del

huerto y me colaría en la encomienda. Buscaría a frey Tizón yo mismo. Dos peregrinos pasaron apoyados en su cayado. Avanzaban despacio, pero con pasos firmes. Disimulé, mientras buscaba con la mirada algo en lo que apoyarme. Desplacé una piedra rodando y me aupé en ella lo suficiente como para asomar la cabeza por encima de la tapia. Vi a dos hermanos pasear muy cerca. Esperé a que se fueran, me impulsé con los brazos y, de un salto, me planté en medio del huerto. Agudicé mis sentidos y observé el lugar en busca de movimiento. En el lado opuesto al que me encontraba, vi a un caballero sentado, la espalda recta, los ojos cerrados. Su pelo cano le caía sobre la cara. A pesar de su quietud, su rostro se mantenía en tensión y me dio la impresión de que un surco de dolor traspasaba su alma. Iba a acercarme cuando unas palabras pronunciadas a mis espaldas frenaron mi avance.

—Dicen que te vas de Puente la Reina.

Maldije mi mala suerte y apreté el paso. Mi única esperanza era hablar con frey Tizón y someterme a su arbitrio. Mi palabra contra la de Alcatón. Pero mi enemigo fue más rápido. Me cogió por el hombro e hizo que me girara. Una daga apuntaba directamente a mi corazón y una sonrisa diabólica me saludó con alegría desbordada.

—¿Quién lo dice? —pronuncié sin apartar la vista de la punta de la daga.

—Acabo de tener una interesante charla con Hermesinda. Una buena mujer. Te aprecia como a un hijo.

—Si os habéis atrevido a hacerle algún mal…

—No ha hecho falta. Se ha mostrado especialmente colaboradora. Después de todo, los dos estamos muy preocupados por ti tras la muerte de Carlo.

Tragué saliva y me hice muy pequeño. ¿Sería capaz de matarme en la misma casa del Temple? ¿Qué excusa pondría? Con mis ojos buscaba a frey Tizón. En un descuido de mi captor, me giré y salí corriendo mientras llamaba al templario usando un tono de voz lo suficientemente elevado como para llamar su atención. Frey Tizón apareció de súbito, abrió mucho los ojos y me miró.

—¿Vas a confesar a frey Tizón tus crímenes, Iñigo García? ¿O sería mejor decir Enneco Garsea?

Mi mandíbula se apretó de tal forma que mis dientes parecían encajados unos con otros. Instintivamente apreté los puños y mi cuerpo se preparó para pelear. Lucharía hasta la muerte con aquel hombre, pero no dejaría que el asesinato de mi pequeño Carlo quedara impune. Me hubiera abalanzado sobre Alcatón de no ser porque una figura a caballo atravesó la puerta del huerto, que en esos momentos

estaba abierta, y se situó detrás de él. Alrededor nuestro se habían reunido algunos hermanos. Frey Tizón observaba los acontecimientos desde un poco más atrás.

—Debo hablar con vos —le dije—, en privado.

—El juglar va a confesar sus fechorías. ¿Sabéis que en sus ratos libres se dedica a robar? —dijo Alcatón.

—¡Eso es mentira! —bramé.

—Tengo a bien acompañarme por don Raimundo de Navarrete, caballero del noble pueblo de Navarrete, situado en la frontera de nuestro reino y defensor de esas tierras frente a cualquier enemigo —añadió.

—¡Ja! —me salió en tono sarcástico—. ¿Habláis del mismo don Raimundo que presentó batalla contra nuestro rey en este mismo lugar?

El templario me fulminó con la mirada y continuó sin dar importancia a mis palabras, como si no hubieran sido pronunciadas.

—Enneco Garsea escapó de Navarrete después de robar a don Raimundo. Una vez en el Camino, cambió su nombre por el de Iñigo García y se convirtió en juglar.

—¿Tenéis alguna prueba de que lo que decís es cierto? —preguntó frey Tizón, que hasta ese momento se había mantenido al margen.

Raimundo descabalgó y se dirigió hacia mí. Hice ademán de retroceder, pero me encontré en el centro de un reducido grupo de hombres que me observaban. Si las miradas matasen, Raimundo habría caído fulminado en ese instante. Pero está claro que aquel no era mi día de suerte. Con un gesto rápido, me quitó la saya. Mi torso desnudo quedó al descubierto y con él las cicatrices que cruzaban mi espalda.

—No era la primera vez. Tuve que azotarlo. Le dije que la próxima vez lo mataría.

Alcatón se me quedó mirando.

—Ahora entiendo por qué nunca te has quitado la saya. Ni siquiera en verano, ni para meterte en el río.

Se rio y su risa me martilleó los tímpanos.

—¡Está mintiendo! ¡Mentís los dos! —casi grité clavando los ojos en frey Tizón. Él era la única esperanza que me quedaba. Le supliqué una audiencia privada, pero Alcatón parecía decidido a llevar el peso de los acontecimientos. Era mucho lo que se jugaba. No pude ver en el semblante del viejo templario nada a lo que asirme. Su rostro permanecía impasible y no creía que eso fuera buena señal. Solo el sonido cada vez más rápido de mi respiración me recordaba que aún estaba vivo.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —dramatizó Raimundo—. Yo busqué un buen casamiento para tu hermana y te acogí en mi casa haciendo un favor a tu padre, que me rogó que te diera algo de trabajo.

—Yo no necesitaba trabajo. Era labrador en la Navarrería y me gustaba serlo. Mi padre me vendió a vos para pagar parte de la dote de mi hermana. Tuve que huir porque me habríais acabado matando como demuestran las cicatrices. Vuestra madre me ayudó y hui.

—¡Mi madre!, dices. Pobrecillo. Mi madre murió hace ya unos años.

Alcatón, dispuesto a convertirse de nuevo en un héroe, tomó la palabra.

—Es hora de que Iñigo, o Enneco, pague por lo que ha hecho. Creo que la mejor opción es que sea el propio Raimundo el que se encargue del asunto.

Nadie dijo nada.

—No podéis hacer eso. No tenéis ninguna prueba de que eso que afirmáis sea verdad.

Frey Tizón se adelantó y se quedó ante mí. Su mirada me dolió más que ninguna palabra de las que se habían pronunciado allí hasta ese momento. Estaba claro que no me creía.

—Iñigo, ¿cuántas mentiras más? —me preguntó. Su voz sonaba a decepción.

—No son mentiras. Dadme una espada y defenderé mi honor contra Alcatón, si es que aún le queda algo de honor por el que luchar.

Iba a decir más, pero entendí que cualquier cosa que añadiera solo contribuiría a empeorar las cosas. Raimundo sacó una cuerda y ató mis muñecas. Una rabia intensa me cubrió. No me podían humillar más. Recordé la risa infantil de Carlo, los momentos que habíamos pasado juntos jugando, cantando, preparando las funciones o improvisando. Todo eso se quedaba enterrado para siempre en Puente la Reina y las tierras de Valdizarbe.

Frey Tizón y yo nos miramos una última vez.

—Pensaba que te había gustado la historia de Perseo. De verdad creí que querías parecerte a él, que eras un hombre que actuaba por honradez y no por oportunismo, gloria o dinero; que serías un buen auriga.

—Lo cierto es que me gustó más la parte de los espejos. Y creo que vos, lamentablemente, os estáis mirando en el espejo equivocado —le dije con voz desfallecida y una mueca de resignación—. Tenéis razón en una cosa. Yo nunca podré ser como Perseo. Yo no tengo un padre cariñoso que cuide de mí. Mi padre nunca me dará un casco que me haga invisible, ni una espada formidable, ni unas botas voladoras. Mi

padre me vendió a Raimundo. Su inquina me ha convertido en lo que soy: un pobre juglar que nada poseía salvo el afecto de Carlo. Pero os juro que no fui yo quien desató la ira de los dioses.

—No creo que… —dejó la frase en suspenso.

Lo miré esperanzado, pensando que había intuido que en mis palabras había algo que yo le quería decir. Fue la última vez que lo vi. No quise volver la cabeza atrás. No miré a Alcatón ni a ninguno de los otros caballeros templarios. Supongo que la cara de Alcatón reflejaría su felicidad. Había conseguido lo que se proponía. Raimundo estiró de mí y me obligó a empezar a caminar. Algunos vecinos se dieron codazos cuando me vieron pasar. Pocos minutos después, Puente la Reina quedaba a mis espaldas. Allí permanecía la parte más feliz de mi vida y un trocito de mi alma descansaba con Carlo en la iglesia de Santa María. Me alejaba de mi querida Navarrería, quizás para siempre. No miré atrás. Caminé erguido, estirando el poco orgullo que aún quedaba dentro de mí para hacer que durara algo más.

De nuevo hacia Navarrete

rabia y el odio de que fui capaz—. Ni protegéis a Dios ni los lugares santos ni a los peregrinos ni a los desvalidos, y habéis pisoteado vuestro honor al apropiaros de lo que no es vuestro. Eso sin mencionar que cargáis con la sangre de un inocente. Al venderme a don Raimundo, me vendéis a vuestro propio enemigo. Un enemigo que tarde o temprano vendrá aquí a combatiros.

Con mis palabras me gané un fuerte golpe en el pómulo. Sentí un gran dolor, pero mantuve la cara alta.

—Don Raimundo no es un enemigo.

—Lucha al lado de don Alfonso de Castilla y vosotros habéis prometido servir al rey Sancho.

—Yo no he prometido nada. Quizá el Temple se haya implicado con el rey navarro, pero yo no.

—¿Qué os ha dado por venderme?

Alcatón no contestó. Sonrió y se alejó sin prisa. Su espada rozó mi barbilla de tal forma que rasgó mi piel y un hilillo de sangre resbaló por mi cuello. Lo seguí con la mirada. Limpió la punta de su arma antes de enfundarla y montó en su caballo.

—Todo vuestro —le dijo al de Navarrete.

Las estrellas empezaban ya a brillar cuando nos detuvimos. Me noté cansado, pero era un cansancio no tanto físico como motivado por la frustración que sentía. Me dolían las muñecas, mordidas por las cuerdas; me dolía el golpe en el púmulo; pero sobre todo me dolía que todo el mundo me creyera insignificante. Raimundo y los tres escuderos que le acompañaban se metieron en la posada después de dejarme a mí atado al lado de los animales. Me senté entre la paja sucia y recosté la cabeza en la pared de madera. En la distancia se escuchaba el jaleo de la posada. Alguien cantaba, mientras el chocar de las jarras de vino se intuía entre las conversaciones. Distinguí la voz atronadora de Raimundo y supe que estaba eufórico. Supuse que yo era la causa. Los animales se movieron a mi alrededor. Un niño me trajo agua y pan. Le sonreí, pero se alejó rápidamente, temeroso de que pudiera herirlo. La cola de uno de los caballos pasó por delante de mi nariz. Me pregunté qué habría sido de Cansina y del carro. Si Alcatón los había encontrado, a saber qué habría dispuesto para ellos. Seguramente habría sacrificado al animal y convertido en leña lo que con tanto mimo yo había reconstruido. Habría encontrado mi dinero y se lo habría quedado. Allí estaban todos mis ahorros, menos unos pocos dineros que llevaba encima cuando Alcatón me sorprendió y que Raimundo aún no había requisado. También podría ser que Cansina todavía estuviera atada al mismo árbol en el que la dejé. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de ser asaltada por algún caminante

necesitado? En todo caso, el afortunado disfrutaría del carro, del animal y de mi dinero. Era mejor pensar en esa posibilidad que en la otra. Al menos a alguien que no fuera Alcatón le habría sonreído la fortuna. Solo esperaba que el animal no muriera de inanición, al no poder soltarse para comer algo, o fuera asaltado por un animal salvaje.

Hasta mí llegó el olor de la cena recién hecha de la que mi captor estaría dando buena cuenta. Con pesar, contemplé mi trozo de pan y mi vaso de agua. Hermesinda también estaría preparando algo de comer en ese momento. A saber la de mentiras que le habría contado para sonsacarle información sobre mí. Seguro que Alcatón se había mostrado tremendamente encantador. Estaba seguro de que podía serlo. En cuanto a Fernando… no creo que me echara en falta. Hice mis necesidades en un rincón y me busqué un sitio en el que pasar la noche. Sabía que no iba a poder dormir mucho. Eran demasiadas las cosas que me habían sucedido en poco tiempo, pero tenía que intentar descansar. Las ataduras de mis pies y manos no me permitían mantener una posición adecuada, pero cerré los ojos.

«Es injusto», me repetí a mí mismo. La cara de Teresa se abrió camino en mi mente. Aunque me dolía que no pudiera ser mía, reconocí que habría sido insoportable si ella hubiera contemplado mi captura. Debía reconocerlo. No tenía nada que ofrecer a la bella Teresa. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo como para soñar con su amor? Al menos Gonzalo le daría la vida que se merecía.

El camino hacia Navarrete se me hizo pesado y largo. Los peregrinos me observaban. Algunos discretamente, con descaro otros. Pero todos se preguntaban qué gran pecado habría cometido para penar de aquella forma. Lo veía en sus miradas esquivas. Raimundo no me dirigió la palabra en todo el viaje. Me vigilaba y se reía. Cuando me veía cansado, aceleraba el paso para que cayera al suelo. Entonces era arrastrado durante unos pies y mi boca mordía el polvo del camino. Cuando me veía espabilado y fresco, me hacía correr. Yo me tragaba mi orgullo y mi rabia. No quería darle la satisfacción de verme suplicar o sufrir. Intentaba mantener el rictus impasible mientras me preguntaba cuánto más sería capaz de soportar.

El tercer día de viaje, nos tropezamos con un comerciante que dirigía una pequeña caravana que transportaba paños de Flandes y tejidos y pieles de Bizancio. Parecía fuera de lugar en un camino lleno de peregrinos. Su ropa limpia y exquisita me hizo sentir aún más desgraciado. Entonces me pareció que el que estaba fuera de lugar era yo. Se acercó a mí cuando me quedé solo, al atardecer. Su mirada tranquila reflejaba un mar en calma y eso hacía que uno se sintiera a

gusto en su compañía. Llevaba una escolta formada por siete soldados armados con las mejores espadas que nadie hubiera visto jamás. Me regaló un trozo de queso y un pedazo de carne exquisita que no supe identificar. Le di las gracias. Sus ojos me recordaron a los de don Guilhem y a los de frey Tizón. Unos ojos sabios, ávidos de conocimiento, propios de personas que no cesan de buscar. Me habló en occitano. Intercambiamos unas cuantas palabras y me comentó las últimas noticias. El burgo de San Nicolás seguía creciendo en Pamplona y el comercio estaba floreciendo en un reino que se sustentaba básicamente en la agricultura. Intuí también por sus palabras que en la corte navarra se barajaba la posibilidad de una nueva invasión. Aunque no quiso añadir nada cuando le intenté sonsacar algo más. Nuestra conversación fue breve, pero me agradó que me tratara con normalidad.

—Buen camino —me dijo cuando se despidió de mí.

—Buen camino también para vos —le deseé.

Su caravana emprendió viaje antes que nosotros. Lo vi marchar. Nuestras vidas jamás confluirían de nuevo.

Nos apartamos del Camino poco después de Logroño. El recuerdo de Carlo se había hecho más intenso durante las últimas leguas. Me pregunté si sería capaz de soportar una vida que se presentaba ante mí de manera tan miserable. Cuando Raimundo ató mis manos y mis pies, ató también mi alma. Al ver la silueta de Navarrete recortada en la distancia, mi cuerpo se tensó. Arrastré mi pena sobre mis pasos. Estaba cansado de caminar y, aunque sabía lo que me esperaba, tenía ganas de llegar a algún sitio. Estábamos a punto de atravesar las puertas de la localidad que se asomaba en la loma de la colina cuando Raimundo se giró y esperó a que yo llegara a su altura.

—No tenía intención de malgastar mi tiempo buscándote. Pero la noticia de que un juglar llamado Iñigo García se paseaba por las inmediaciones de Puente la Reina me animó a ir a curiosear —hizo una pausa para mantener mi atención. Luego su expresión cambió como si el diablo se hubiera metido en su cuerpo—. Nunca debí aceptar el trato con doña María.

Pere salió al encuentro de su señor y tomó las riendas de su corcel.

—Ya sabes qué hacer con él —le dijo su amo. Aunque no se refería a su caballo, sino a mí.

Apreté los puños a pesar de que la circulación no llegaba demasiado bien hasta las puntas de mis dedos debido a la presión de las cuerdas en mis muñecas. Sentí la piel de mis manos tirante y seca, tan seca que hacía daño. Pere me odiaba. Lo noté porque, nada más desaparecer Raimundo, se puso muy tieso y estiró de mí como si él

fuera el rey y yo el peor de los bandidos. Podía entender que me odiara alguien a quien yo hubiera fastidiado —como era, hasta cierto punto, el caso de Alcatón—, pero no entendía qué tenían en mi contra ni Raimundo ni Pere. El sirviente me dirigió una mirada, pero la desvió enseguida. Me extrañó.

Lo seguí, sabiendo a dónde me llevaba. Me dejó encerrado en las cuadras. «¡Aquí estoy de nuevo!», me dije. Mi vida parecía girar en círculos. Siempre había creído que el curso de los acontecimientos de una vida transcurría en línea recta, pero ahora me daba cuenta de que la vida era más bien un círculo del que uno no podía escapar. Era imposible huir de Raimundo si él también giraba en el mismo círculo. Supongo que uno no se acostumbra nunca a la desgracia, pero se resigna a convivir con ella; o tal vez no. La noche se me hizo muy larga. A lo lejos se escuchaba el ulular de un búho y el suave sonido del viento al golpear contra las puertas de madera. Sentí frío y me costó dormir.

La puerta del cobertizo se abrió de golpe y la luz hirió mis ojos adormecidos. Alguien tiró de mí y me puso en pie. Eran unos brazos fuertes. Raimundo me cogió por el cuello de mi saya o, más bien, lo que quedaba de ella, e hizo que mi cara se quedara pegada a la suya. Nos miramos. Luego me arrastró fuera. Mis pies notaron la fría y dura tierra que los arañaba. Me arrastró durante un largo trecho. Después, mi captor se paró y me arrojó con fuerza sobre la tierra. Mis manos a duras penas consiguieron parar el golpe para que mi nariz no se abriera contra el suelo. El pelo tapaba mis ojos. Sacudí la cabeza para apartarlo. Levanté la mirada y una cruz apareció de pronto ante mí. Su sombra caía sobre mi cabeza.

—He pensado que te gustaría despedirte de tu hermana.

Aquellas palabras terminaron de quebrar mi espíritu y algo dentro de mí murió para siempre. Aquella tumba no podía contener el cuerpo de un adulto así que…

—¡No, no, noooooo! —grité desesperado. Sentí el ritmo acelerado de mi respiración y escuché el aire estremecerse en mis pulmones. Mi cabeza negaba insistentemente como si el hacerlo pudiera borrar la terrible verdad que se cernía sobre mí.

Recordé entonces las palabras de Raimundo diciendo que, si intentaba escapar, lo pagaría mi hermana. No me creía que pudiera haber sido tan cruel. Miré la cruz que habían colocado sobre la tumba y me abracé a ella. Mi hermana Jimena yacía allí. Lo único bueno que me quedaba en la vida también se había marchado. ¿Cómo había sucedido? Como si me hubiera leído el pensamiento, Raimundo comenzó a hablar.

—Tu hermana Jimena vino a visitarnos. Se quedó muy triste al saber que tú habías preferido marcharte lejos de su lado. Ocurrió un terrible accidente; se cayó a un pozo. Hicimos todo lo posible por rescatarla con vida, pero era demasiado tarde.

Me levanté de golpe. Todo el odio y toda la furia de que un hombre es capaz de revestirse me acompañaron. Raimundo esperaba justo detrás de la cruz para observar de cerca mi reacción. Me abalancé sobre él, pero dos escuderos a los que no había visto me agarraron de los brazos y mi cuerpo quedó suspendido en el aire. Se rio e hizo un gesto de asentimiento. Sacó su látigo. Instintivamente, intenté zafarme de los dos hombres que me sujetaban, pero fue imposible.

Raimundo reía de placer. El pueblo quedaba cerca. Me pareció que la gente observaba a escondidas por miedo. La silueta de una mujer encorvada y con ropa oscura se recortó sobre una de las paredes de la primera casa. La reconocí. Doña María avanzaba despacio, como si llevara el peso de toda una vida sobre sus espaldas. El sonido del látigo surcó el aire buscando carne en la que hacer escarnio. Justo en ese momento, un jinete apareció al galope por detrás de la mujer. Pasó tan cerca de ella que estuvo a punto de tirarla. El jinete saltó de su caballo y le entregó un pergamino a Raimundo.

—Es urgente —dijo.

Raimundo se hizo a un lado y lo leyó.

El jinete contempló la escena que hasta entonces parecía haber pasado inadvertida para él. Su cara dibujó sin querer un signo de sorpresa. Sin embargo, apartó enseguida la vista de mí y la posó sobre el de Navarrete como si hubiera decidido que lo que allí ocurría no era de su incumbencia.

Raimundo dijo algo al jinete y este desapareció al galope tal y como había llegado.

—Has tenido suerte —se dirigió a mí—. Parece que hoy no es tu día. Pero no me olvido de ti. Cuando regrese, proseguiré con lo que hoy he empezado.

Lo miré con todo el odio de que fui capaz y apartó la vista. Por primera vez, fue él quien lo hizo primero.

—¡Enciérralo! —oí que le decía a Pere—. Responderás con tu vida si escapa.

Raimundo se alejó. Me arrodillé sobre el suelo que guardaba el cuerpo de mi hermana para la eternidad. Cerré los ojos e imploré justicia en silencio. Alguien tiró de mi cuerda. Vi a Pere intentando cumplir las órdenes de su señor. Lo miré con dureza y a la vez creo que con decisión. Fue suficiente. Dejó caer la cuerda que ataba mis

manos y esperó en silencio. Me encerré en mi dolor. Recordé la imagen de Santa María de Eunate y ante ella clamé justicia, no ya para mí, sino para Jimena y Carlo. Ellos no se merecían algo así. Al contrario de lo que pudiera parecer, permanecí sereno, a pesar de que el dolor me desgarraba por dentro. No me podía creer que mi pequeña estuviera muerta también. A través del dolor, sentí algo de alivio. Quizá mis dos pequeños angelitos me estuvieran acompañando en ese momento desde el cielo, impidiendo que cometiera alguna de mis habituales locuras. Una mano menuda y cálida se apoyó en mis hombros. María se sentó a mi lado. Había lágrimas en sus ojos. Sentí que le había fallado, al dejarme coger de nuevo por su hijo.

—¡Márchate! —le dijo a Pere, que era el único que quedaba ya allí. Su voz nunca había sonado tan decidida.

El sirviente se alejó unos pasos, aunque no se atrevió a marcharse. Miré a la anciana con cariño.

—Me prometió que te dejaría en paz si yo le cedía unos terrenos que habían sido propiedad de mi tío y que eran parte de mis arras. Se los entregué. Pero cuando le llegó la noticia de que un juglar con tu nombre estaba cogiendo fama por sus actuaciones en Puente la Reina, pudo más su odio y fue a buscarte. No sé cómo pude creer que esta vez sería diferente.

Nos miramos, intentando consolarnos mutuamente. Cerré los ojos y apreté fuertemente mis manos en la tierra que cubría el cuerpo de Jimena.

—Prometió que, si me escapaba, lo pagaría mi hermana y lo ha cumplido —le dije entre dientes—. Nunca creí que se pudiera referir a Jimena, sino a Elvira, y pensé que ella podría estar a salvo con su esposo y su familia. ¿Cómo pudo…?

Mi voz se quebró. Los dos permanecimos en silencio durante un buen rato.

—¿Por qué me odia tanto vuestro hijo? —pregunté después.

—Aunque mucha gente lo cree así, Raimundo no es mi hijo.

La miré extrañado y me disculpé. En el fondo, sentía alivio, porque no podía creer que una buena persona como María hubiera engendrado un ser tan vil como Raimundo. Así se lo manifesté.

—La madre de Raimundo murió cuando este tenía catorce años. También se llamaba María, como yo. Supongo que por eso dan por hecho que soy su madre.

Entonces me expliqué por qué en Puente la Reina había afirmado con tanta rotundidad que su madre había muerto.

—No entiendo por qué ese afán en quitarme de en medio. De pequeño, siempre me fastidiaba cuando venía de viaje con su padre a

la Navarrería.

La anciana me miró. Había algo en su forma de hacerlo que no supe cómo interpretar. El sol empezaba a calentar la mañana. A nuestro alrededor, todo estaba verde. La primavera había brotado con fuerza tras un invierno de abundantes nieves. Parecía que había algo que quería decirme, pero, por dos ocasiones, se arrepintió. Me pregunté qué sería eso que intentaba manifestarme.

—¿Vos sabéis por qué Raimundo me odia tanto? —le pregunté al fin, intentando dar un último empujoncito para que hablara. En esos instantes necesitaba saber la verdad.

—Hay una razón, aunque suponía que tú la conocías.

—¿Qué queréis decir?

—Don Raimundo y tú… sois hermanos de padre.

—¡Eso no puede ser verdad! —me exalté. Pensé que la anciana había perdido la cabeza.

—Es verdad, Enneco. Aunque creas que he perdido la razón, aunque te parezca una idea descabellada y llene tu corazón de más dolor. A su madre le habían llegado rumores y, poco antes de morir, acompañó al señor hasta la Navarrería en uno de sus viajes con la excusa de comprar allí unos paños. Cuando te vio, la evidencia quedó clara para ella. Al regresar, prendió el odio en su hijo Raimundo, volviéndolo contra su propio padre y contra ti. Doña María perdió la razón. O eso dicen. Y murió. Yo llegué dos años después y me desposaron con el señor. Raimundo estaba muy unido a su madre y nunca le perdonó a su padre que fuera la causa de la desgracia de quien le había dado la vida. En su lecho de muerte, el padre de Raimundo te reconoció delante de varios testigos, todos varones. Cuando su progenitor expiró, el nuevo señor amenazó a todos los presentes con matarlos si desvelaban algo de lo que su padre acababa de revelar. Él nunca supo que yo observé todo desde detrás de la cortina que separaba nuestras alcobas.

—¡Eso no puede ser verdad!

—Supongo que es difícil de asumir.

Negué con la cabeza. Todo lo que había dicho María me parecía absurdo. Sin embargo, explicaba el odio de Raimundo y el rechazo de mi padre. También la culpabilidad que había visto siempre en la cara de mi madre y que yo achacaba a mi cojera. Y, por supuesto, aclaraba la razón por la que Raimundo se había desvivido por buscar un esposo a mi hermana lejos de Pamplona; la excusa perfecta para deshacerse de mí. Algo a lo que mi padre nunca se habría negado, sabiendo que, en realidad, no era mi progenitor. Me sentí mareado. Agaché la cabeza.

—¿Qué vas a hacer, Enneco? —me preguntó ella con cierta cautela.

—Me voy a ir de aquí, doña María —le dije con convencimiento.

—No lo tienes fácil. Raimundo no te perdonará la vida esta vez. Si huyes, te buscará en el mismísimo infierno; si te quedas…

—… si me quedo —continué por ella—, ya tengo firmada mi sentencia de muerte. Por eso debo marcharme si quiero tener una oportunidad de seguir vivo. Y si alguna vez nos volvemos a encontrar, le haré frente de la mejor manera que pueda.

—Siento lo de tu hermana Jimena. Era una niña despierta, inteligente y llena de ternura. Enseguida se hizo amiga mía. Yo le conté la verdad sobre ti.

La miré. La mujer que tenía delante era probablemente la última persona que había hablado con mi hermana.

—No puedo dejar de sospechar que Raimundo tuviera algo que ver la muerte de Jimena —le aseguré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que surcaron su rostro lleno de arrugas.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me preguntó.

—Ya habéis hecho bastante por mí. Es mejor que esta vez no os involucréis. No creo que os quede nada con lo que negociar con Raimundo. Cuando esté listo para irme, os avisaré para que encontréis testigos de que vos no habéis tenido nada que ver. Será mejor que finjáis desde hoy estar enferma y no salgáis para nada de vuestra habitación. Raimundo no tendrá piedad con nadie que me haya prestado ayuda.

—Pero no podrás hacerlo solo.

—Me las apañaré. He conseguido sobrevivir tres años en el Camino.

Doña María se levantó y me dio un beso en la frente.

—Buena suerte, Enneco. Rezaré por ti.

—Gracias, doña María. Cuidaos mucho —le pedí.

Un ruido ensordecedor de tambores se extendió por todo Navarrete. El sol sonreía sobre nuestras cabezas, aunque no lo hacía igual para todos. Un pequeño ejército formado por unos cincuenta hombres entró al galope y se colocó en mitad del pueblo. El suelo tembló bajo nuestros pies. Raimundo llevaba el yelmo debajo del brazo izquierdo y sujetaba también las bridas de su montura con esa mano. Había ordenado que todos los habitantes de los lugares cercanos nos reuniéramos allí. Pasó revista a los hombres que le seguían, acompañado por el entusiasmo de los viejos del lugar y por las lágrimas contenidas de madres, hermanas y prometidas. Observé las

caras de aquellos que seguirían al señor de Navarrete. La mayoría eran tan jóvenes como yo. Cuando desmontó, yo ya sabía que venía hacia mí. Su mirada dura se clavó en la mía.

—Ajustaremos cuentas a mi regreso.

Permanecí en pie, erguido, intentando mantener la cabeza alta. Mis brazos caían delante de mí. Mis muñecas y mis pies seguían atados. El de Navarrete llamó a alguien. Un joven de anchas espaldas, alto y fornido se presentó ante él. Lo conocía. Todo el mundo lo llamaba *Saltavallas*. *Saltavallas* tenía una envergadura impresionante. Sus brazos doblaban el tamaño de los de cualquier ser humano y su mandíbula inferior estaba ligeramente salida hacia fuera, lo que le daba un aspecto fiero. Para el que no lo conociera. Porque el que lo había tratado sabía que lo que le sobraba de fuerza física le faltaba de talento.

Saltavallas iba a ser mi guardián durante la ausencia del señor. Al parecer, Raimundo no se fiaba de Pere y pensaba que el gigante haría mejor el trabajo de carcelero que él. No había podido prescindir de ningún hombre eficiente para que me vigilara en su ausencia y se había decantado por *Saltavallas*, porque sabía que le sería leal y cumpliría su mandato sin cuestionar nada.

El señor de Navarrete se alejó precedido de su estandarte —una cruz latina de veros de plata y azul— y seguido de su pequeño ejército. Las gentes se quedaron mudas en su sitio. Una nube oscureció el sol.

Raimundo estaría ausente durante varias semanas. Por muy bien que se les diera la campaña, en algún momento encontrarían la resistencia del ejército navarro y eso no se solventaría en unos pocos días. A esas horas, las tropas de Alfonso VIII marchaban ya aguas arriba del Ebro hacia Estella. Mientras, Alfonso II de Aragón respaldaba el avance por el sur. Controlaba ya Arguedas y se encaminaba hacia Milagro. Me pregunté hasta dónde llegarían, aunque esa no fuera mi guerra.

Saltavallas, al que todos llamaban así por su agilidad a la hora de robar gallinas y huir saltando vallas sin dejar rastro, me vino a buscar al amanecer. Me hizo levantarme y me llevó al molino donde yo trabajaría de sol a sol hasta que el señor regresara. Así me lo dijo el primer día y así sucedió también el segundo. Fingí que su presencia me amedrentaba y que sería sumiso. Pero dediqué todo mi tiempo a preparar mi plan de fuga, mientras cargaba sacos y hacía girar la rueda del molino. Mi objetivo era escaparme y caminar detrás de las fuerzas del rey castellano, avanzando siempre que pudiera por caminos secundarios, menos seguros, pero más alejados de la devastación que prometía el avance de los soldados. Quería llegar a la

Navarrería, verla por última vez antes de cruzar los Pirineos y desaparecer en la tierra de Oc. Poner en práctica, por fin, el proyecto que tantas veces había pospuesto.

Pere me observaba. Creo que se preguntaba cuánto tardaría en intentar huir. Él era más inteligente que *Saltavallas* y a buen seguro había intuido mi decisión. Se encargaba de llevarnos las comidas y de atarme antes de irme a dormir. Tan pronto como tracé el plan, decidí llevarlo a cabo. Habían pasado dos días desde que Raimundo se había ido. No pensaba esperar más.

Pasé un buen rato junto a la tumba de mi hermana. Sabía que aquella sería la última vez que lo haría. *Saltavallas* objetó al principio, cuando le dije que quería ir hasta allí, porque no le gustaba saltarse las órdenes de su señor. Pero al final lo convencí, prometiéndole que le enseñaría una fórmula para hipnotizar a las gallinas y así poder robarlas más fácilmente.

Al llegar, una terrible pena me embargó, pero ninguna lágrima brotó de mis ojos. Me pregunté por qué, si había llorado tanto por Carlo, no podía llorar por mi hermana. Me costó algo entender que el tiempo de llorar había pasado y ahora era el tiempo de actuar. Oré por ella y por Carlo y rogué a Dios que me diera fuerzas para poner orden en mi vida. Me prometí a mí mismo que encontraría la forma de hacer que Raimundo y Alcatón pagasen por lo que habían hecho, aunque tuviera que esperar al juicio de Dios, porque ahora lo primordial era alejarse de ellos.

Aunque *Saltavallas* se había convertido en mi sombra, había logrado burlarlo en dos ocasiones. En una de ellas me había hecho con un cuchillo. En la otra, había ensillado un caballo. No era muy hábil montando, por eso había elegido un caballo manso y bastante viejo. Podría dominarlo con facilidad, pero, si me perseguían, no tendría ninguna posibilidad. Además, con la ropa que llevaba, hubieran descubierto enseguida que un buen caballo no me podía pertenecer y habrían deducido que lo había robado.

Noté los ojos de Pere clavados en mi nuca. ¿Habría advertido que me estaba despidiendo de mi hermana? A pesar de que sabía que Raimundo le había dado vía libre para tratarme como quisiera, parecía mantener las distancias. Quizá solo estuviera molesto porque *Saltavallas* había ocupado su puesto, o tal vez estuviera agradecido por el mismo hecho. Me bastaba mirarle fijamente para que desviara la mirada. Me alejé de la tumba y di un paseo por los alrededores del río Antiguo.

Me senté cerca de las aguas mientras tomaba la comida que Pere nos había traído. Me costó trabajo reconocer el rostro que se reflejaba

en la superficie. La cara lampiña de Enneco había desaparecido. Una barba recia ocupaba su lugar. Mis ojos oscuros tenían la mirada más fiera y profunda, mi rostro era más anguloso y mi cuerpo parecía fuerte, a pesar de que en los últimos días no había sido alimentado como requería. Pero la carga de piedras para frey Tizón parecía haber desarrollado mis músculos y el trabajo en el molino los mantenía fuertes. Me pregunté si por eso Pere se mostraba tan dócil. Ya no era el pobre cojo, ni el juglar que cantaba las gestas de otros. Era una mezcla de los dos y de ninguno. Era un cojo que sabía defenderse, un juglar que había aprendido a sobrevivir y era, también, el hermano bastardo del señor de Navarrete.

Al anochecer, regresé al cobertizo. Ni siquiera noté el agotamiento de mi cuerpo. Estaba guardando la energía para el momento oportuno. Iba a necesitarla toda, además de una dosis extra de buena suerte. Y esta última nunca había estado demasiado tiempo aliada conmigo. Tenía que darme prisa y librarme de *Saltavallas* antes de que Pere llegara para atarme. A *Saltavallas* no bastaba con amenazarlo, tenía que dejarlo inconsciente sin matarlo, y tanto una cosa como la otra se me presentaban como una tarea ardua. Me moví despacio para no levantar las sospechas del gran hombre. En un movimiento rápido, tomé un rastrillo y me abalancé sobre él propinándole un fuerte golpe en la cabeza. Lo miré y retrocedí. No parecía que fuera a perder el conocimiento, ni siquiera que le doliera el golpe, sino que, a lo sumo, estaba un poco sorprendido, porque no se lo esperaba. Sacudió la cabeza y avanzó hacia mí. Esquivé su primer golpe, pero no el segundo. Caí hacia atrás con el labio partido. Rodé sobre mí para evitar sus patadas y sus puñetazos. Pero él era ágil a pesar de su envergadura. Recibí un puntapié en la boca del estómago y aguanté como pude un alarido que amenazaba con salir de mi garganta. Tenía que evitar a toda costa que alguien nos descubriera.

El tiempo se agotaba. Si Pere llegaba antes de que me hubiera librado del gigante, mi plan fracasaría. Me puse de pie tambaleándome. Me lancé sobre él y conseguí hacerle retroceder por el impulso de mi carrera. Entonces me agarró del cuello y sentí que el aire me faltaba. Le di una patada en su entrepierna. Le dolió lo justo para que aflojara sus manos. Metí mis brazos por entre los suyos y con toda la fuerza de que fui capaz me los quité del cuello.

Saltavallas estaba furioso. Yo también. Se plantó delante de mí. Advertí que tenía intención de ir al choque. Sabía que no le vencería en un combate cuerpo a cuerpo. Tomó carrerilla. Lo esperé sin moverme hasta que calculé que estaba en el lugar adecuado y me agaché. Su cuerpo pasó por encima del mío, aunque en su impulso me

lanzó al suelo con sus piernas. Me revolví entre la paja y me arrastré hasta alcanzar el rastrillo, que había quedado tirado un poco más lejos. Enganchó uno de mis pies. Me giré como pude y con las dos manos lancé el rastrillo sobre su cabeza. Esta vez se quedó quieto.

Me levanté deprisa y lo miré unos instantes. Luego corrí a buscar las maromas que usaban para atar el ganado. Mientras procedía a sujetarlo, lo examiné. Su respiración era agitada. Tenía la boca abierta, pero los dientes apretados, y sus ojos miraban sin ver. Lo aparté de la entrada. Pesaba como un buey. Justo en ese instante se abrió la puerta.

Sin tiempo para recuperarme, me abalancé sobre el intruso. Sabía que era Pere. La cena saltó por los aires. Lo sujeté por el cuello con mi brazo izquierdo y agarré su mano derecha poniéndosela detrás de la espalda. En comparación con *Saltavallas*, Pere era un cuerpo fácil de controlar. Lo llevé hacia atrás y até sus manos a la espalda.

—No me mates, por favor.

—No voy a matarte, ni a *Saltavallas* tampoco. Lo único que quiero es marcharme de este maldito sitio —le dije mientras ataba sus piernas. Luego comprobé que el gigante seguía vivo y le amordacé la boca antes de que recobrara la consciencia y comenzara a alborotar a todo el pueblo.

—Espera —me suplicó Pere—. Llévame contigo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —le pregunté mientras le miraba sorprendido e intrigado por la propuesta.

—Sé que me porté mal contigo, pero es que he estado ciego. No me di cuenta de la maldad que arrastraba mi señor hasta que ocurrió lo de vuestra hermana. ¡Oh, Señor! Me mandó quitar esas tablas. Las que protegían el lugar y avisaban de la proximidad del peligro. Vuestra hermana caminó por la zona. Raimundo le dijo que era tu sitio preferido y ella lo creyó. No vio el pozo. ¿Cómo iba a verlo? Y cayó en él.

Sus palabras sonaron entre lágrimas. Una de dos, o sentía lo que decía, o era muy bueno fingiendo.

—No tengo tiempo. Quiero olvidar y marcharme de aquí y nada ni nadie me lo va a impedir.

—Espera —me pidió con una gran súplica en su mirada—. Deja que te acompañe hasta el Camino. Luego yo me iré hacia Santo Domingo de la Calzada. Tengo un primo lejano que es fraile. Me uniré a su congregación. Me gustaría acabar allí mis días y purgar mis pecados haciendo penitencia.

Lo miré incrédulo, aunque sus palabras parecían sinceras.

—No puedo correr riesgos.

—Te lo suplico. Si no, él me matará. Con *Saltavallas* tendrá clemencia. En el fondo, es un pobre desgraciado.

—Yo también soy un pobre desgraciado y…

—Pero tú eres inteligente, él no se da cuenta. Enneco, he dejado dos alforjas preparadas en la despensa de la parte de atrás de la casa. Una para ti y otra para mí. Y he preparado otro caballo. Está al lado del que tú has ensillado —lo miré por un momento sin decir nada—. Si hubiera querido delatarte, ya lo habría hecho. Sabía que intentarías fugarte. Tu determinación se veía claramente en tu mirada cuando Raimundo te hablaba. Él seguramente presintió algo, pero no podía demorar su marcha cuando era el mismo rey de Castilla quien se lo pedía. Por eso encargó a *Saltavallas* tu vigilancia, sabiendo que él haría lo que le había pedido con todo su empeño. Cuando esta mañana he visto el viejo caballo ensillado, he supuesto que no querrías esperar más y he preparado algo de comida.

No dije nada y me levanté con la intención de ignorarlo.

—Al menos piénsatelo mientras vas a recoger la alforja —me pidió Pere.

Cogí el cuchillo que había escondido, terminé de amordazarlo y me fui.

Las palabras de Pere me pusieron en alerta. Si él se había dado cuenta de mis intenciones, quizá no fuera el único. O también podría ser que me hubiera preparado una trampa en la despensa y me estuviera conduciendo hasta allí haciéndose el arrepentido. Medio mareado por los golpes que había recibido, salí del cobertizo y caminé hacia la casa. Me sentía dolorido, pero vivo y libre. La noche estaba a las puertas. Las siluetas ya no se apreciaban mucho. Si alguien me veía, creería que era el sirviente que salía de cumplir con su tarea diaria de atarme. Entré en la casa. Con la marcha del amo, el servicio había relajado el desempeño de sus quehaceres. En un rincón vi a uno de los sirvientes entenderse con una muchacha. Pasé deprisa, apenas rozando el suelo, y subí las escaleras. Abrí la puerta del cuarto de María con cuidado. La velaba una joven que se había quedado dormida. Cogí la mano de la anciana, que abrió los ojos. Me sonrió y yo asentí en silencio. Tomó mis manos y las besó. Dejó en ellas una bolsa con monedas que sacó de debajo de la almohada. Luego me hizo un gesto y me apremió para que me fuera. La besé en la frente y salí.

Escondí la bolsa dentro de mi saya y me acerqué sigilosamente a la despensa. Estudié las sombras y avancé con el puñal en la mano. Mis sentidos se mantenían alerta a cualquier sonido o movimiento. Allí no había nadie. Busqué las dos alforjas de las que me había hablado Pere y comprobé su contenido: queso, carne, verduras, ollas, pan, vino y

mantas. Parecía que Pere había dicho la verdad, pero no me fiaría de nada ni de nadie hasta que no estuviera lejos de Navarrete. De momento, todo estaba siendo más fácil de lo que había pensado y eso me hacía sospechar. Salí despacio, con las alforjas en mis hombros. Desde dentro, aún llegaban suspiros y voces apagadas de los amantes que se acurrucaban al amparo de las sombras. La noche estaba fresca, pero no hacía frío. Entré en el cobertizo y comprobé otra vez que *Saltavallas* viviría. No quería cargar mi conciencia con un asesinato. Lo encontré intentando levantarse, pero volvió a caer. A mí también me dolía la cabeza, pero evité pensar en eso. Miré a Pere. Sentí lástima. Iba a hacer algo que sabía que no debía. Lo agarré por el pescuezo y lo alcé como si se tratara de un trapo. Vi miedo en sus ojos y él vio odio en los míos.

—Si me traicionas, te mataré —le dije.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo alcé como si fuera un fardo y lo eché sobre uno de los caballos, coloqué las alforjas en el otro, monté, cogí las riendas de ambos y desaparecimos. No me hacía falta luz. La noche estaba estrellada y la luna se veía en lo alto. Además, me conocía el camino de memoria.

Fugitivo

y, por lo que se veía, no encontraba resistencia. Me iba abriendo camino. Cuando llegué a Estella, perdí el contacto de sus huellas. Por mi parte, me desvié definitivamente del Camino y atravesé campos que ya me eran conocidos.

Tal y como me adelantó Pere, Treparriscos me llevaba sin dificultad y no había tenido problemas para mantener un ritmo no muy fuerte pero sí continuado. Esos días de viaje saboreé la libertad como si fuera la fuente que regaba mis venas. Entre los campos de cereales, llenos de amapolas, hice que Treparriscos se pusiera al trote. Estiré mis brazos y grité con fuerza. Aquella noche, por primera vez desde que Carlo murió, me tumbé y contemplé las estrellas sin dolor. Entre ellas había muchos amigos. Me quedé dormido parapetado en lo que quedaba de una casa que había perecido bajo las llamas. Sobre mí, un cielo abierto y lleno de luces velaba mis sueños. Perseo, Casiopea, el Auriga, Virgo, Escorpión… Dormí profundamente.

Me levanté y me orienté mirando el sol. Sabía hacia dónde tenía que ir. Me puse en camino después de tomar algo de fruta. Un poco más lejos, encontré una pequeña fuente. Me lavé la cara y el torso. Ya no tenía miedo de mostrar mis cicatrices. A nadie le importaba qué las había provocado. En esos momentos, podía ser quien yo quisiera.

Atravesé las Nequeas con nervios y ansiedad. Al final del día llegué hasta la iglesia de Santa María de Eunate por el suroeste. Me detuve a unas cuantas leguas de ella y la contemplé. No tenía miedo. Notaba la determinación dentro de mí y eso me daba fuerzas para afrontar lo que viniera. Me paré junto a la higuera de la que tantas veces me había alimentado. Allí quedaba el beso que una vez le di a Teresa. Continué, haciendo que Treparriscos caminara despacio. Al descender hacia la explanada, descabalgué y proseguí a pie. Todo estaba silencioso. Cerca se veían aún cercos de fuego ya extinguido. Aparté las imágenes de aquel horrible día de mi mente.

—¿Iñigo?

Me giré con el puñal en mi mano dispuesto a vender cara mi vida.

—¡Iacobus! —dije aliviado y, a la vez, muy gratamente sorprendido.

Jentil se echó sobre mí y me abrazó. Tuve que guardar el puñal deprisa porque se lo habría clavado. Me miró de arriba abajo y me tocó todos los huesos intentando convencerse de que era yo en persona.

—¿Dónde están todos? —le pregunté.

—Hace tres días hubo una buena batalla cerca de Puente la Reina. Las tropas del rey Sancho intentaron frenar el avance castellano, pero tuvieron que retroceder. Creo que tenían intención de atrincherarse en

Pamplona y hacer frente allí a Alfonso.

«Así que al final han avanzado hasta mi querida Navarrería», me dije.

—Necesito descansar, pero antes me gustaría entrar en la iglesia. Siempre me ha parecido que se renueva algo dentro de mí cuando estoy delante de la imagen de Santa María.

Me sonrió enigmáticamente y me acompañó. La luz era tenue dentro y una fuerza que no sabría describir me cubrió, como si un viento cálido me hubiera envuelto. Me quedé en el centro, de pie, justo debajo de donde confluyen todos los nervios de la bóveda. Allí, cerré los ojos y me abandoné a la oración. No sé cuánto tiempo estuve así. La luz no entraba ya por los lucernarios cuando los abrí. Unas velas iluminaban el interior. Iacobus permanecía de pie detrás de mí. Recorrí la iglesia despacio y me acerqué al ábside. Me fijé en los dos ángeles del capitel. Estaban distintos a como los recordaba. *Jentil* los había modificado. Lo miré y me acerqué para ver los detalles. Aquel ángel que tocaba la trompeta tenía la cara de mi Carlo. Reconozco que me emocioné. No llegué a llorar, pero mis ojos se humedecieron. Miré a *Jentil* con gratitud.

—Sabía que te gustaría —me dijo.

—Solo un corazón como el vuestro podía ser capaz de algo así. ¿Frey Tizón os lo permitió?

—Y no solo eso. También le dije que quería modificar otra de las figuras.

Seguí su mirada hacia el otro lado del ábside. En aquel capitel, uno de los juglares del grupo de la danzarina tenía mi cara.

—El bien y el mal —le dije a Iacobus—. No habría mejor forma de expresarlo.

Me sonrió.

—Nunca creí en la palabra de Alcatón —dijo el gigante con firmeza—. A frey Tizón le llevó algo más de tiempo.

Su frase quedó en el aire. La puerta se abrió de golpe y una silueta sin forma se dibujó en la entrada. Vi a Iacobus correr hacia ella.

—Frey Nazario —dijo—. No debéis levantaros.

Ayudé a *Jentil* a llevar al templario al hospital. Entre los dos lo acostamos sin decir nada. Dentro solo había silencio. Cuatro hombres ocupaban aquella estancia en la que un hermano templario de avanzada edad estaba al cargo. Los demás habían partido hacia Pamplona con las fuerzas del rey Sancho, que se habían retirado para presentar batalla detrás de sus murallas. La cara de Nazario reflejaba dolor, pero ni una queja salió de su boca.

—¡Iñigo! —me dijo reconociéndome. Sonrió y me agarró de la

mano sin soltarme.

Me senté a su lado.

—Te traeré algo de comer. Seguro que tienes hambre. Quédate aquí mientras tanto, a Nazario le hará bien tu compañía. Me ocuparé también de tu caballo.

Iacobus se marchó, intentando no romper el silencio que allí se respiraba. Sentí un leve apretón en la mano que Nazario aún tenía cogida.

—Me hirieron defendiendo Santa María —me dijo. Su voz sonaba fuerte a pesar de que se notaba que cada palabra pronunciada le causaba sufrimiento—. He rogado a Dios que nos enviara ayuda y me ha escuchado. Te ha traído hasta aquí, Iñigo.

—Tenéis que descansar —le pedí—. Yo no puedo ayudaros.

—Claro que sí. Tú serás de gran ayuda.

—No quiero defraudaros, pero ya sabéis que soy un juglar, no un soldado.

—A veces no es una espada lo que inclina la balanza de una batalla.

Le sonreí porque no sabía qué más decirle. A buen seguro había perdido el juicio.

—Ahora será mejor que descanséis.

—Ahora sé que puedo descansar, Iñigo.

Me quedé a su lado sin moverme. Nazario se durmió. Parecía tranquilo, aunque su rostro estaba pálido. Poco después, Iacobus entró con unas cuantas viandas y nos retiramos al refectorio a cenar. Le conté cómo había conseguido escapar y que tenía que seguir huyendo si quería salvar mi vida.

—Es curioso que huyas persiguiendo a la persona de quien deberías huir.

Le sonreí.

—Quizá tenga suerte y Raimundo muera en los alrededores de Pamplona. Si eso ocurre, me gustaría presenciarlo —ironicé.

Jentil se rio de mi ocurrencia.

—No es bueno desear la muerte…

—Lo sé, pero aun así… —detuve mis palabras y miré al suelo—. Iacobus —dije al cabo—, ¿está frey Tizón muy decepcionado conmigo?

—No creo que esa sea la palabra, Iñigo.

Me quedé pensativo. Así que era mucho peor que eso. Tal vez la vida me diera la oportunidad de volver a verlo y explicarme ante él. Iacobus tampoco añadió nada más.

—Hace un tiempo —dije—, frey Tizón me contó que había luchado

al lado del rey Alfonso I el Batallador.

—Fueron buenos tiempos.

—Siempre invictos hasta Fraga, me dijo. ¿Qué pasó en Fraga, Iacobus?

—Todo cambió en esa batalla. Frey Tizón siempre se culpabiliza de la derrota.

—¿Por qué?

—Porque él no estuvo allí. Tal vez haya llegado a tus oídos que se rebeló contra su rey y que se retiró a sus tierras de Cadreita. Pero no es verdad. Pedro Tizón estaba convaleciente de una herida grave. Quería seguir peleando, pero incluso el propio Batallador le pidió que se marchara. La derrota de Fraga precipitó la muerte del rey y eso es algo que frey Tizón ha lamentado toda su vida. Si hubiera sido por él, habría luchado incluso herido.

—¿Qué sucedió?

—Una maniobra mal ejecutada del ejército cristiano ante el *tornafuye*[34] de los almorávides precipitó la derrota de las huestes cristianas. El Batallador salvó su vida porque unos pocos hombres, entre los que se encontraba el que a su muerte se convertiría en rey de Pamplona, García Ramírez, lo sacaron de allí. Frey Tizón siempre se ha culpado por no estar al lado de su rey aquel día.

Asentí despacio y me quedé pensativo.

—¿Frey Tizón era entonces ya templario? Se me hace raro, porque he oído decir que tiene un nieto.

—Se incorporó a la orden tras la muerte de su esposa, primero como cofrade y después como monje profeso, llegando a ser comendador de Novillas. Tiene un hijo y una hija y, como bien dices, un nieto de su primogénito. Rodrigo Ximénez de Rada, se llama. Tizón está muy orgulloso de él.

—¿Y ese apodo, Tizón, de dónde le viene? —pregunté aprovechando la buena disposición de mi interlocutor.

—Deberías haber conocido su ardor guerrero. En Morella su empuje llevó a todos sus compañeros casi en volandas. Fue como un tizón que prendió el fuego. Muchos comenzaron a llamarlo así desde entonces, nombre que más tarde afianzó al ser el depositario de la espada del Cid, la que él llamó Tizón, cuando el propio Rodrigo Díaz de Vivar murió.

—¿Es entonces Tizón la espada que porta?

—Así es.

Me quedé reflexionando unos instantes y me pregunté si no sería precisamente la espada Tizón lo que buscaría Alcatón el día en que mató a Carlo. Recordé cómo su mano la cogió, mientras el viejo

templario estaba en el suelo.

—Por lo que veo, frey Tizón es un gran guerrero. Desconocía su historia —le dije a Iacobus.

—No le digas que yo te la he contado. Es muy celoso de su pasado y poco dado a alardear de sus gestas, que fueron muchas. Como tenente de Estella, Monteagudo, Monclús, Cervera de Alhama, Caparroso, Aibar, Marañón, Valtierra y Cadreita, siempre se mostró justo, valiente y buen gobernante.

—Es, además, un gran erudito —añadí.

—Como bien habrás podido comprobar —apostilló mientras se levantaba—. Prometió que, en cuanto se solucionara lo de Alfonso VIII, mandaría alguien a buscarte. Pero te has adelantado. Vamos, será mejor que descansemos un poco.

Iacobus aún tenía una sorpresa más preparada para mí. Por la mañana, me levanté temprano. Había dormido en una confortable cama del hospital que el escultor había trasladado a una de las pequeñas habitaciones del edificio que aún estaba sin terminar. Dormí tranquilo, sabiéndome a salvo, aunque solo fuera durante una noche. Me aseé y fui a ver a Nazario. El hermano que estaba a su cuidado me dijo que había pasado una buena noche.

—¿Sanará pronto?

—Creo que sí. No sé qué relación tienes con él, pero tu visita le ha hecho mucho bien.

El viejo templario estaba despierto y dispuesto a venirse conmigo a cualquier precio hasta Pamplona.

—¿Cuándo partes?

—A la hora tercia —le dije.

—Iré contigo. Necesitarán toda la ayuda posible.

Sabía tanto de la buena intención de Nazario como del entendimiento que existía entre el rey de Navarra y las órdenes militares. Según me contó el viejo templario, los últimos pactos eran recientes, de diciembre de 1173, fecha en la que Sancho había concedido al Temple las aguas superfluas de Mosquera y Fontellas y la autorización para conducirlas a través de los dominios reales. Se unía esta a otras donaciones hechas a la orden anteriormente, como eran la villa Vetula de Puente la Reina, una viña en Tidón, la villa de Solio, una heredad entre Fontellas y Ribaforada y el permiso para construir una acequia y una presa sobre el Ebro. También con los Hospitalarios había estrechado lazos el rey. Entre otras cosas, les había donado el castillo y la villa de Pedriz, con su laguna y sus moros.

Nazario seguía empeñado en cabalgar hasta Pamplona. Solo le convencí cuando le dije que sería de mayor ayuda si se quedaba

rezando y recuperando sus fuerzas mermadas para proteger la iglesia de Santa María. Me dio la razón contra su voluntad y me hizo jurar que cabalgaría presto hacia Pamplona y protegería al rey y a frey Tizón. Creo que lo hice, se lo juré, aunque nada había más lejos de mi intención que meterme de lleno en una batalla a la que no estaba llamado. Salí. Iacobus me había traído un poco de pan y una visita especial. Hermesinda se abrazó a mí sin poder dejar de llorar y dando gracias a Dios porque estuviera vivo.

—Alcatón… —empezó a decirme la cocinera. Pero yo la frené.

—Todo eso ha quedado en el pasado. No quiero escuchar más ese nombre.

Me sonrió entre lágrimas y me llevó del brazo al lugar donde estaba enterrado Carlo. Iacobus había tallado una pequeña imagen de un ángel que ahora presidía la tumba del niño. Una inscripción en el suelo recordaba su nombre y la fecha de su muerte, tapada en parte por decenas de flores que la cocinera siempre mantenía frescas. Me arrodillé al lado de su tumba y le conté mis cuitas en silencio. Sentí una profunda tranquilidad en mi interior que no sabría explicar, aunque hubiera dado mi vida a cambio de la suya sin dudarlo. Me despedí de Carlo sabiendo que su recuerdo estaría bien guardado entre los amigos que dejaba allí. Caminé despacio con Hermesinda cogida a mi brazo. Iacobus salió a nuestro encuentro. Llevaba en las manos las riendas de Cansina. El animal estaba vivo y parecía sano, aunque un poco más delgado.

—Tardamos algunos días en encontrar el carro —me dijo *Jentil*—. Lo habías escondido muy bien. Cansina estuvo todo ese tiempo sin comer.

Acaricié su cabeza. Su morro chocó con mi hombro como si quisiera reprocharme que la hubiera abandonado. Todas las cosas en el carro estaban tal y como las había dejado, incluido el dinero. «Al menos algo me sale bien», pensé.

Iacobus y Hermesinda me ayudaron a preparar mis cosas. Antes de marcharme, fui a orar a la iglesia de Santa María. Al salir, me quedé contemplando la puerta. En la clave, Iacobus había tallado una cabeza.

—En una de nuestras conversaciones, frey Tizón me habló de Perseo, del Auriga y de Orión, pero todavía no entiendo por qué.

—Tizón te habló de todo lo que está sobre nuestras cabezas en el cielo, que tiene su reflejo en la tierra. Tizón habla de la constelación de Perseo, pero su reflejo aquí es San Miguel, el patrón del Temple —dijo dirigiendo su mirada hacia Olcoz.

—¿Qué representa la escultura de la clave, Iacobus? —me atreví a

preguntar.

—Esa que ves ahí es la cabeza de Orión, pero debes mirarla como si fuera el principio. Y el principio de todo, Enneco, según nos enseña la Biblia es…

—… es la palabra —terminé por él.

—Eso es, el logos, el verbo divino.

Hermesinda se aproximó a nosotros interrumpiendo nuestras reflexiones.

—¿Cuándo te volveremos a ver? —me preguntó la mujer.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, Hermesinda. La vida da muchas vueltas. Quizá nos veamos pronto, quizá nunca.

—Cuídate mucho —me pidió.

—Lo haré —le contesté mientras la abrazaba—. Y vosotros también.

—Aquí siempre serás bienvenido.

—Rezaré para que Dios me permita regresar pronto.

Noté el nerviosismo de Treparriscos cuando nos encontrábamos cerca de Pamplona. Como todo animal, barruntaba el peligro. Yo también estaba nervioso, aunque en mi caso se debía a la emoción de saberme tan cerca y a la vez tan lejos de mi casa. No sabía qué me esperaba allí ni qué me depararía el futuro, pero en ese momento me sentía bien. Los alrededores de la ciudad estaban acompañados de un profundo silencio que pesaba en el ambiente. Desmonté y me adelanté unos pasos a pie para observar. Soldados con el emblema castellano merodeaban por el exterior de la muralla, mientras las puertas de la ciudad permanecían cerradas, señal de que seguía en poder de fuerzas leales al rey Sancho. Decidí dar un rodeo e intentar entrar por el portal del Abrevador, más cercano a la Navarrería.

Allí, dos soldados me dieron el alto y me dijeron que, si quería entrar a la ciudad, debía tener un permiso especial. Les pregunté quién me lo podía dar y me respondieron muy ufanos que hablara con el rey. Varios soldados se asomaron desde la muralla para dar constancia de su presencia y sugerir mi retirada pacífica. Elevé la vista y vi decenas de puntas de flechas vigilantes, a la espera de una orden para ser lanzadas. Tendría que seguir mi camino si no quería morir a manos de un arquero. Retrocedí mientras pensaba en una manera de entrar en la ciudad. Cuando los soldados me perdieron de vista, tomé un viejo camino que conocía muy bien. Llevaba a los campos de cereales. Allí, en la vieja casa donde se guardaban los aperos de labranza, escondería a Cansina y a Treparriscos con el carro y esperaría a que se hiciera de noche para entrar en la ciudad. Sabía

cómo hacerlo, pero no estaba muy seguro de qué era lo que me podía encontrar una vez dentro.

Forcé la puerta de la vieja casa y acomodé a los animales dentro. Me costó hacerlos entrar, como si intuyeran que los iba a dejar allí encerrados. Pero no me quedaba más remedio. Con la presencia de soldados cerca y la amenaza de poder encontrarme en medio de una batalla en cualquier momento, era la opción más lógica. Como no podía hacer entrar el carro por la puerta, lo dejé pegado a la pared. Pasé algún tiempo trayendo ramas para camuflarlo. Enterré el dinero debajo. Si tenía la mala suerte de que encontraran el carro y los animales, al menos me quedaría algo.

La espera se me hizo larga. Ingerí una manzana y un poco de carne, escondido dentro de la casa con los animales. Los campos estaban dorados y su imagen me trajo el recuerdo de sonidos conocidos. La risa de mi hermana Jimena, los cánticos de los cosechadores, los gritos divertidos de los niños jugando… Miré por la ventana y todos esos recuerdos desaparecieron. Me senté cansado y extraño a esperar la llegada de la oscuridad. Pasé las manos por mis muñecas, en las que aún se notaba el rastro de las cuerdas que las habían sujetado, decidido a no mirar atrás para que los recuerdos no me matasen.

Pude haber seguido mi camino y dejado atrás Pamplona, pero no lo hice. Salí a la oscuridad moviéndome con sigilo, parapetado en las sombras y en los lugares que conocía como la palma de mi mano. La muralla era alta e inexpugnable, pero yo sabía dónde estaba su punto débil. Cerca del portal del Abrevador había una pequeña brecha por las que, de niño, a menudo me había deslizado para abandonar la Navarrería. Eran apenas tres o cuatro piedras movidas de tal manera que permitían apoyar los pies y las manos para escalar con cierta seguridad. Estaban camufladas por la vegetación, que en esa parte de la muralla crecía frondosa, y esperaba que durante mi ausencia a nadie se le hubiera ocurrido recolocarlas.

El frío muro que tenía delante me transmitió sensaciones extrañas. Me desplacé con sigilo y todo lo despacio que pude, sabiendo que decenas de arqueros observaban desde lo alto, en espera de cualquier movimiento o ruido sospechoso. Tanteé la pared para mantener el equilibrio y busqué un punto de apoyo. Comencé el ascenso consciente de que cada paso que daba podría ser el último. El esfuerzo no me pareció tan grande como me esperaba. Mi cuerpo ya no era el de un enclenque cojo. Me apreté contra la pared. Había superado la muralla y me encontraba ya en mi querida Navarrería, pero eso no me aseguraba estar fuera de peligro. De hecho, de alguna manera, me

había metido en la boca del lobo. Sonreí al pensar en la cara que pondría Raimundo si supiera que estaba tan cerca de él. Mi plan era llegar hasta la casa de Guilhem, en el burgo de San Cernin. Eso iba a ser algo más complicado, porque las puertas que daban acceso a ambos burgos estarían cerradas y vigiladas. No me fue muy difícil saltar las murallas. Una vez en San Cernin, me pregunté dónde estaría el rey Sancho en ese momento y cuán cerca se hallaría Alfonso de Castilla. Esperaba encontrar respuestas en casa de Guilhem Aude.

Observé desde cierta distancia. Cuando menos me lo esperaba, una luz se encendió a mi izquierda. Su resplandor iluminó la calle. Alguien se acercaba. Giré mi cabeza con rapidez temiendo ser descubierto. Desanduve algunos pasos y me parapeté en el recoveco de una fachada apretando mi espalda contra la pared. Vi pasar a dos soldados. Noté cómo el sudor me corría por la espalda, pero me obligué a mantener la sangre fría.

Todo se quedó silencioso y oscuro. Noté cómo mi cuerpo se ponía en tensión mientras caminaba en dirección a la casa de Guilhem. Me acerqué a su puerta y arrimé el oído para escuchar. Golpeé en la entrada. No hubo respuesta, así que golpeé más fuerte y añadí en un susurro:

—Don Guilhem, soy Enneco. Si estáis ahí, abridme —pedí.

Escuché voces, pero no provenían de la casa, sino que se acercaban por la calle. La luz de una antorcha iluminó el lugar que quedaba a mi derecha. Me apreté contra la madera de la puerta. Mis nudillos volvieron a llamar. La luz me acechaba. En unos instantes, mi cuerpo quedaría al descubierto. Mi corazón se aceleró y volví a golpear desesperadamente. Vi al primero de los guardias con claridad y saqué mi cuchillo asiéndolo fuertemente en mi mano derecha dispuesto a blandirlo. De pronto, la puerta cedió a mis espaldas y caí dentro. Alguien estiró de mí para que dejara libre la entrada y la puerta se cerró de la misma forma que se había abierto. Me quedé sentado en el suelo, aturdido. Comprobé que el cuchillo aún seguía en mi mano justo en el momento en que una antorcha se acercaba a mi rostro. Sentí su calor.

—¡Enneco! ¿Qué…?

La cara de mi amigo Guilhem denotaba sorpresa y preocupación. A pesar de la escasa luz con que iluminó la estancia, la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas. Me senté junto a él en uno de los sillones que tan bien conocía y tomé la copa de vino que me tendió. Me miró con una mediosonrisa y me contó que ahora era el alcalde de San Cernin. El obispo lo había designado de entre los tres hombres buenos elegidos por los vecinos.

—Pero no hablemos de mí, sino de ti —cambió de tema enseguida —. Te veo diferente. ¿Te ha tratado bien la vida?

—Como siempre —le contesté después de dar un trago largo a mi copa. El vino me sentó bien, me entonó y calmó mis nervios. Era un buen caldo. Guilhem siempre trataba con deferencia a sus invitados.

—No me parecía propio de ti que te fueras sin despedirte.

—Mi padre hizo un trato con don Raimundo y me convertí en parte de la dote de mi hermana.

Guilhem se revolvió inquieto en su asiento. Me pregunté si él sabía que mi verdadero padre era el viejo Raimundo, pero no quise darle más explicaciones. Había ido allí para otro asunto.

—Lo siento —dijo.

—No importa. Me he escapado de sus garras. Ahora solo quiero marcharme lejos, pero quería ver la Navarrería por última vez.

—Las cosas no están bien desde que llegaron los castellanos. El rey se ha atrincherado en el castillo de Leguin. No tenemos noticias sobre cuál es su situación. Por su parte, el obispo de Pamplona, don Pedro de París, ha ordenado cerrar las puertas de la ciudad, porque patrullas castellanas acechan por los alrededores. Hace una semana llegó a Pamplona el obispo de Sigüenza, Joscelmo, con un séquito que incluye una nutrida escolta, «para garantizar la seguridad durante el viaje», dijo. Supuestamente se trataba de una visita de cortesía, pero, tras el ataque de las tropas del rey Alfonso, está claro que solo era una excusa para tener controlada a la reina y así poder presionar a don Sancho. La reina… —Guilhem se calló un instante, como si el solo hecho de hablar de ello lo abrumara—. La reina Sancha, Enneco, está en el palacio de don Pedro de París. No la dejan salir y no sabemos qué puede pasar con ella. Sé que el obispo de Pamplona la protegerá mientras pueda, pero ignoro las intenciones del de Sigüenza…

De pronto se calló y observé un cambio en su rostro. Me quedé pensativo. Si la reina estaba en Pamplona, también lo estarían sus doncellas y, si estaban sus doncellas, Teresa estaría con ellas. Me pregunté si su vida correría peligro. Quizá el obispo pudiera proteger a la reina, pero a todas sus doncellas… La rabia me corroyó las tripas en el momento en que mi mirada confluyó con la de Guilhem:

—Enneco, ¿cómo has entrado en Pamplona? —me preguntó de repente.

Pamplona

—Te llevarás a Francisco —me dijo—. Yo ya estoy muy viejo para andar saltando murallas. Él es ágil y el obispo lo conoce. Llevará el mensaje de mi parte.

Sus manos cogieron mi cara. Luego me abrazó satisfecho. Resoplé. Guilhem me palmeó la espalda, salió en busca del tal Francisco, que resultó ser un chico de vivarachos ojos oscuros, espigado y de largas piernas. Se guardó dentro de su saya el pergamino que a toda prisa escribió el alcalde y me miró esperando órdenes. Me volví hacia el occitano.

—El obispo será más razonable que vos. No expondrá a la reina —le dije.

—No conoces al obispo. Si ponemos a la reina a salvo, el rey Sancho podrá luchar con más libertad. Alfonso perderá una de sus bazas. Pedro de París decidirá qué es lo mejor. Si hay unas mínimas garantías de llevar a cabo el plan de fuga, lo hará.

—Pero la reina es tía del rey Alfonso. El castellano no se atreverá a poner su vida en peligro… —comenté.

No me hizo caso, su mente estaba ya en otros menesteres. Nos acompañó hasta la puerta a Francisco y a mí y la entreabrió despacio.

—No hay nadie. Buena suerte —nos deseó mientras nos empujaba afuera.

La oscuridad era mayor que cuando había llegado, pero yo me conocía bien la ciudad.

—No te separes de mí —le susurré a Francisco.

—No lo haré, señor.

Me hizo gracia que me tratara de señor y sonreí para mis adentros. En realidad, podría serlo. ¿Acaso no era hijo de un noble; un noble que me había reconocido como legítimo en su lecho de muerte? Sacudí mi cabeza para olvidar ese aspecto de mi vida y busqué en mis recuerdos el trazado de las calles por las que tendríamos que movernos. Mis manos tocaron las piedras de la torre del Rey. Mi espalda se raspaba con ellas. La respiración apenas perceptible de mi acompañante me confirmaba que me seguía de cerca. Inesperadamente, a mi izquierda sentí una luminosidad creciente. Agarré a Francisco por la manga y tiré de él para alejarnos de allí cuanto antes. Cruzamos la calle en dos zancadas y nos acurrucamos en un saliente. Las voces cercanas delataron la presencia de dos soldados. Pegado a mí, el cuerpo de Francisco temblaba. Lo sujeté con firmeza para transmitirle confianza y comencé a rezar. Las capas cubrían nuestros cuerpos, pero no sabía si iba a ser suficiente para ocultar nuestra presencia. Las voces se hicieron más intensas y en ese momento pude escuchar claramente su conversación. Esperamos sin

movernos hasta que sentí que la luz había desaparecido y apreté dos veces la muñeca de Francisco para indicarle que el peligro había pasado y que íbamos a proseguir el camino. Nos dirigimos hacia la torre de la Galea. Después, nos desviamos unos pasos hacia la derecha y escalamos las murallas. Nada se escuchaba, nada se veía, nada se sentía salvo el palpitar agitado de dos corazones que vagaban en la noche. Despacio, con las casas a nuestras espaldas, llegamos hasta el palacio del obispo.

En ese momento, Francisco tomó el mando. Él conocía el edificio. Sin decir ni media palabra, tiró de mi manga. Una pequeña ráfaga de viento me echó los cabellos sobre la cara. Una minúscula claridad se abrió ante nosotros. Entorné los ojos para intentar percibir dónde estábamos, pero no reconocí el lugar. Sin embargo, el olor que flotaba en el aire se me hizo familiar. Debíamos de estar cerca de las cocinas. De pronto, Francisco desapareció y noté cómo una mano agarraba mis pies. Sin entender qué estaba ocurriendo, sentí pánico. Bajé la mirada y me encontré con la cabeza de Francisco a la altura de mis tobillos. El corazón saltó de mi pecho. Miré a todos los lados buscando un enemigo que no estaba. Francisco chistó y entonces comprendí. De algún modo, había abierto algún pasadizo en el suelo. Me agaché y lo seguí. Sentí fobia hacia esa oscuridad y ese silencio que iba a tener que atravesar. Volví a sentir su mano sobre mi muñeca y avanzamos con prudencia. En un momento determinado, el suelo comenzó a inclinarse. Ascendíamos. Pensé que mi buen amigo Guilhem debía de estar muy bien relacionado si conocía ese acceso a la residencia del obispo. Una mano sobre mi pecho me indicó que debía detenerme. Esperé unos instantes que se me hicieron eternos. Aguanté la respiración hasta que me di cuenta de que me faltaba el aire.

Una tenue luz se coló desde algún punto sobre nuestras cabezas. El pelo de Francisco se hizo visible. Retiró una especie de tapa hacia la derecha y, empujado por el impulso de sus brazos, se aupó, desapareciendo por el hueco. Lo imité. Acostumbrados a la oscuridad, tuve que parpadear varias veces hasta que mis ojos se hicieron a la luz. Comprobé que nos encontrábamos en una especia de despensa. Poniendo un dedo en su boca, Francisco me indicó que permaneciera en silencio. Ante nosotros quedaba una puerta pequeña. Mi acompañante la empujó. Los goznes emitieron un leve chirrido que a mí me pareció como un grito en la noche.

Asomó la cabeza y traspasó el umbral. Accedimos a una habitación pequeña. No me dio tiempo a comprobar qué había en ella. El muchacho me hizo una señal para que esperara allí mientras cerraba con cuidado la puerta por la que habíamos entrado.

Francisco desapareció por otra puerta que teníamos justo en frente, dejándome de nuevo envuelto en silencio y oscuridad. No me atreví a moverme por miedo a tirar algo y hacer ruido. Percibía el eco de mis latidos como si rebotaran en mi interior. Tras unos instantes, mis ojos descubrieron una rendija por la que se colaba luz. Me acerqué y comprobé que a través de ella se podía ver lo que ocurría en la habitación de al lado. Así, observé que el muchacho le hablaba al oído a un hombre de mediana edad. Vi cómo sacaba el pergamino de debajo de su saya y se lo entregaba. El hombre desapareció y Francisco regresó conmigo al escondite. No sé el tiempo que pasamos allí, prácticamente a oscuras y en silencio. Durante esos instantes, me pregunté si la reina y Teresa estarían bien, si el séquito del obispo de Sigüenza les habría causado algún mal, si habrían pasado miedo… Me di cuenta de que mis puños estaban apretados y de que me dolía pensar que algo pudiera haberle pasado a Teresa.

Unos ligeros golpes en la puerta nos hicieron girar la cabeza. A una seña de Francisco, me coloqué detrás de él. Abrió. El hombre con el que había hablado antes estaba allí. Asintió dos veces con la cabeza y habló al oído de Francisco. Este me miró y me indicó que lo siguiera. Sentí los ojos del hombre sobre mi espalda mientras nos movíamos por un estrecho pasillo. Pasamos tres puertas y después Francisco abrió la que quedaba a nuestra derecha. Nos colamos dentro. Allí, volvimos a esperar unos instantes. De nuevo en silencio, de nuevo a oscuras. Me sentí como pez fuera del agua. Un chasquido apenas perceptible me llegó desde la derecha. La luz de una pequeña antorcha precedió a la silueta de un hombre que se plantó delante de nosotros.

Don Pedro de Artajona, también conocido como don Pedro de París, porque había estudiado en esa ciudad, gobernaba la seo iruniense y era el hombre más poderoso de la ciudad. Yo había oído que de él emanaba un magnetismo portentoso que dulcificaba con su sonrisa y que manejaba la espada tan hábilmente como su palabra. Ocupaba su cargo desde el año 1167, después de ser elegido por el papa Alejandro III el año anterior, en el concilio de Tours. Tenía un gran interés por los monasterios navarros y la producción literario-teológica. Desde el momento en que posó sus ojos sobre mí, supe que no estaba ante un hombre corriente. Iluminó la sala encendiendo una antorcha que colgaba de la pared sin apartar su penetrante mirada. Me estaba estudiando.

—¿Es cierto lo que dice don Guilhem Aude? —me preguntó mientras extendía su mano y me daba a besar el anillo.

—Es cierto que he llegado esta tarde y que me he colado en Pamplona escalando la muralla por un punto cercano al portal del

Abrevador, ilustrísima —ignoraba lo que mi amigo podía haber escrito al obispo y no quería parecer un fanfarrón que se había ofrecido a salvar a la reina cuando estaba totalmente en contra del plan que Guilhem tenía en su cabeza.

—¿Cuántos soldados vigilan la puerta?

—Hoy, a media tarde, dos en el exterior y una docena de arqueros sobre la muralla, ilustrísima —estaba seguro de que él lo sabía y que quería probar si era verdad lo que le estaba contando.

—¿Has visto patrullas castellanas en el exterior?

—Una en el llano de Baranain[35] y otra merodeando por la Taconera. No sé si aún seguirán por aquí.

—¿Cuántos hombres las formaban?

—Doce iban en la primera y diez en la segunda, ilustrísima.

Me pareció que la cabeza del obispo asentía, pero quizá fue solo mi impresión.

—Don Guilhem dice que tienes un carro.

—Lo he dejado escondido en la casa que don Fernán usa para guardar los aperos, cerca del prado de Cortalave, ilustrísima.

—La conozco —dijo.

—Pero debéis saber que es un carro pequeño tirado por una mula que, aunque fuerte, es vieja, ilustrísima.

Francisco asistía en silencio a nuestra conversación. Casi me había olvidado de su presencia.

—Hemos de sacar a la reina y a la infanta Berenguela de aquí. Tú las guiarás hasta el carro una vez estén fuera. Os acompañarán cinco hombres de mi escolta.

—Con mis debidos respetos, ilustrísima, ¿no os parece un poco precipitado todo este plan teniendo en cuenta que está implicada nuestra señora la reina? Yo soy un simple juglar…

—¿Juglar? —me interrumpió.

Tal vez había pronunciado la palabra adecuada. Quizá así el obispo desistiera de llevar a cabo ese plan tan descabellado. Poner la vida de la reina y la de su hija en manos de un juglar…

—A lo mejor en otro momento pueda escucharte recitar unos versos —declaró para mi asombro—, pero ahora debemos ponernos en marcha enseguida —prosiguió—. Aunque sea un plan arriesgado, que lo es, es más peligroso que la reina siga aquí. Don Guilhem dice que se fía de ti como si fueras su hijo. Así que confiaré en su palabra. Déjame a mí preocuparme de la seguridad de doña Sancha y la de su hija. Tu misión será indicar el camino a mis hombres para que, una vez fuera de la ciudad, puedan alejar a las damas de aquí en dirección sur.

La voz de Francisco nos interrumpió:

—Viene alguien.

Pedro de Artajona se puso de rodillas en el reclinatorio situado al otro lado de la sala y juntó sus manos cruzando los dedos. Francisco me empujó detrás de un pequeño armario y me acuclillé como un niño que juega al escondite. La puerta se abrió de repente.

—El obispo Joscelmo os busca, ilustrísima —tronó una voz de forma no muy amistosa.

—Le recibiré en mis aposentos en unos instantes —le dijo don Pedro con voz calmada, como si nada de lo que acabábamos de hablar fuera a suceder y ni Francisco ni yo estuviéramos allí—. Estaba meditando, pero creo que por hoy será suficiente.

La luz de la antorcha difuminó sombras irreales sobre las paredes de la habitación. Un escalofrío recorrió mi espalda, pero me obligué a permanecer en la misma postura hasta percibir una seña de Francisco, que se encontraba unos pasos a mi derecha, detrás de una butaca ancha pero baja, lo que le obligaba a agacharse en una postura casi de contorsionista. Cuando vi que Francisco se levantaba, hice lo mismo. Sabía que el obispo pensaba prepararlo todo en poco tiempo. Me moví inquieto por la habitación rogando a Dios que la reina se negara a salir de Pamplona en esas condiciones. Pero no me escuchó.

No tenía ni idea de cuánto tiempo quedaba hasta el amanecer. Ni de cuánto nos demoraríamos en llegar al exterior. Solo sé que me sentí extraño conforme fueron llegando los integrantes de ese grupo al que tenía que guiar. Los primeros en aparecer fueron cinco soldados en cuyo pecho lucían el carbunclo de Sancho VI. Me miraron sin decir palabra. El obispo debía haberles hablado de mí. En silencio observé a mis nuevos compañeros. Estaban armados con espadas, que llevaban desenvainadas. Uno de ellos, el que parecía estar al mando, puso una de ellas en mis manos, diciéndome que el obispo le había comentado que había perdido la mía. Me pareció gracioso. Era la primera vez que tenía una espada y no supe muy bien cómo asirla. Me apresuré a colgarla de mi cadera para ocultar mi torpeza como hombre de armas y esperé órdenes.

—Soy Fortún de Huarte —se presentó mientras cavilaba si yo era el hombre adecuado para la misión—. Iréis el primero. Llevaréis esta pequeña antorcha mientras nos movemos por la ciudad, pero la apagaréis en la puerta, justo antes de salir. Una vez fuera, nos mostraréis el camino a vuestro carro. ¿Será fácil para vos moveros en la oscuridad? —me habló como si yo fuera alguien importante.

—Os guiaré sin problemas —le aseguré.

Al decir esto, el soldado me volvió a examinar. Pareció aprobar mi aspecto y mis palabras. De hecho, yo era un joven alto y más o menos

fuerte, parecido a ellos. Claro que todavía no había visto mi cojera y no sabía cómo me ganaba la vida, algo que, estaba claro, el obispo le había ocultado. Pasamos en silencio a la pequeña sala por la que habíamos accedido Francisco y yo hacía un rato. Mientras esperaba la señal, decidí plantearme todo lo que estaba sucediendo como si fuera parte de una de mis representaciones y me metí en mi nuevo papel de caballero al servicio de las armas.

Sentí la tensión en el ambiente y traté de imitar a quienes me acompañaban. Escuché un par de golpes en la puerta. Fortún de Huarte se acercó en silencio y abrió. Vi cómo dos damas entraban agarradas de la mano. Llevaban ropas ligeras y sus caras ocultas por velos traslúcidos. La reina y su hija. No creo que me reconocieran de cuando actué en casa de Fernando en Puente la Reina y eso tampoco tenía mayor importancia en ese momento. Por un instante, me sentí abrumado al constatar que su vida estaba en mis manos, pero luego pensé que realmente su vida estaba en manos de los caballeros que nos acompañaban. Seguro que eran los mejores que el obispo había podido encontrar. Detrás de ellas entraron otras dos damas. Una de ellas, Teresa. Me quedé mirándola. Me reconoció y en su cara se dibujó una sombra de extrañeza. Supuse que yo era la última persona a la que se hubiera imaginado como guía de esa inesperada excursión nocturna. No nos dijimos nada. Solo nos miramos, hasta que Fortún dio la orden de partir. Como había estado pendiente de Teresa, no me di cuenta de que otra persona había entrado detrás de ellas. Apenas tuve tiempo de fijarme. Se trataba de un hombre pequeño, en sus treinta, que parecía estar bastante concentrado. Nos pusimos en camino. La mano de Teresa se aferró a la mía y sentí miedo y placer a partes iguales. No la rehuí. Francisco nos guio hasta la salida y se despidió de mí.

—¡Buena suerte, Enneco! —me deseó—. Nunca he visto a nadie moverse en la oscuridad como lo hacéis vos.

Le estreché la mano y me concentré. Cuando era pequeño, casi se puede decir que volaba por las calles para huir de Raimundo. Eso me había proporcionado un conocimiento de la ciudad como nadie lo tenía. Era curioso que muchos años después todavía siguiera huyendo de él, aunque fuera de otra manera. Encendí la pequeña antorcha que me habían confiado y esperé la orden de Fortún. Cuando vi que su cabeza hacía un leve gesto de asentimiento, emprendí la marcha. Sentí la mano de Teresa asida fuertemente a la mía. Era difícil ignorar su presencia, pero debía centrarme en la misión que tenía encomendada. Cerré la puerta de mis sentimientos. Detrás de Teresa marchaba la otra doncella. La seguía uno de los soldados. Después iba el hombre

que había entrado en último lugar. Por detrás, los cuatro caballeros restantes escoltaban a la reina y a la infanta. El último de ellos, Fortún, portaba otra antorcha. A cada paso que daba, mi corazón se aceleraba más y más. Me arrimé la antorcha al cuerpo procurando que el haz de luz fuera lo más diminuto posible, pero a la vez tratando de no quemarme. Me pegué a las fachadas de las casas y fui dando pequeños pasos. Detrás de mí escuché la respiración entrecortada de quienes me seguían. Llegamos a la puerta del Abrevador. Dos soldados nos franquearon el paso. Fortún dio la orden de apagar las antorchas.

—A partir de ahora, caminaremos en la oscuridad. Nosotros cubriremos la retaguardia. Marchad a buen paso, pero aseguraos de que os seguimos —me dijo—. Si nos atacan, vuestra misión será continuar adelante con las damas mientras nosotros respondemos.

—Entendido —declaré mirando a la luna, cuya luz nos permitiría avanzar más rápido, aunque también nos delataba.

Comenzamos nuestra andadura. Los arqueros nos cubrían desde la muralla, pero tenían orden de no disparar si no veían muy claro su objetivo. Nada sucedió en los primeros pasos, pero muy pronto nos descubrió una patrulla castellana.

—¡Allí! —escuché.

Al sonido de aquella voz, los cinco caballeros se agruparon dispuestos a luchar. Yo también desenvainé mi espada, pero cumplí las órdenes y alejé de allí a las mujeres. Lo cierto es que hubiera sido más un estorbo que un aliado en cualquier encontronazo. Todas cumplieron con creces su cometido. Escuché el siseo de alguna flecha que pasó cerca de nosotros. Me obligué a centrarme en el camino y rogué a Dios que si una de aquellas flechas tenía que alcanzar a alguien aquel día fuera yo el destinatario. El ruido de la lucha se fue alejando de nosotros. Miré una vez atrás para asegurarme de que las cuatro mujeres estaban a salvo y vi cómo Fortún y sus hombres hacían frente a algunos caballeros castellanos, mientras más soldados salían de la ciudad para ayudarles a repeler el ataque.

Poco después llegamos a Cortalave y abrí las puertas de la casa donde se guardaban los aperos para que las cuatro damas entraran. Cansina y Treparriscos se movieron nerviosos cuando notaron nuestra presencia.

—¿Estáis bien, majestad? —pregunté—. ¿Alguna estáis herida?

—No, todas estamos bien —escuché la voz de la reina casi en un susurro, aunque sonaba con autoridad.

—¿Necesitáis algo?

Nadie dijo nada.

—Entonces, con vuestro permiso, iré a preparar el carro. No os

mováis.

Saqué a Cansina y le hablé muy quedamente en la oreja.

—Hoy te va a corresponder un alto privilegio. Vas a llevar a la reina a un lugar seguro. No me hagas quedar mal, ¿eh? Si Carlo lo supiera… —detuve ahí mis pensamientos. No era momento.

Retiré las ramas que escondían el carro. Até la mula al tiro y le acaricié el lomo. Mientras lo hacía, me pregunté si no habría sido mejor usar a Treparriscos. Pero rechacé la idea. Quizá el caballo tuviera más fuerza, pero no estaba habituado a tirar del carro, me dije, y podría terminar provocando un accidente. Cansina, sin embargo, estaba acostumbrada a hacerlo incluso cargado con piedras de gran peso. Me tranquilicé. Era la decisión acertada. Me llegaron ruidos de pasos. Desenvainé la espada.

—¡Enneco! —escuché.

—¡Aquí, don Fortún!

Los cinco caballeros se acercaron presurosos.

Acompañé a Fortún al interior de la casa, mientras sus compañeros permanecían en el exterior vigilantes.

Tras asegurarse de que doña Sancha y su hija estaban bien, Fortún informó a la reina:

—Don Lope ha muerto.

—Cuánto lo lamento —escuché que replicaba con verdadera aflicción.

—Se lo han llevado los soldados al interior de la ciudad.

Me pareció que ambos intercambiaban miradas extrañas y presentí que quizás quisieran hablar a solas.

—Seguiré preparando el carro —declaré.

Mientras terminaba mi tarea intenté descifrar el significado de aquellas miradas y los peores vaticinios se cernieron sobre mí. ¿Estaba mi vida en peligro? ¿Acaso no querían que nadie supiera que la reina había escapado y mi muerte estaba ya planeada? Un escalofrío me subió por la espalda. La puerta se abrió de pronto. Respiré aliviado al ver que ningún caballero salía por ella amenazándome con su espada. Sin embargo, tampoco me tranquilizó que fuera la propia reina la que se dirigiera hacia mí seguida por Teresa.

—Iñigo —me dijo la dama que todavía se paseaba por mis sueños. Escuchar mi nombre encubierto en sus labios dolió en mis oídos—. No tenemos noticias exactas de dónde se puede encontrar el rey. Creemos que en Leguin. Don Lope era el encargado de comprobarlo y de llevarle un mensaje para que sepa que la reina ha abandonado Pamplona y está a salvo. Pero, ahora que don Lope ha fallecido, la reina quiere saber si tú cumplirías esa misión.

«Así que eso era lo que significaban aquellas miradas», me dije.

Observé a la reina. Lo que estaba pasando debía ser a todas luces una burla del destino. Había llegado a Pamplona buscando la libertad y me encontraba más atado que nunca. Atado por la promesa que le había hecho a Nazario, atado por la ayuda que me había pedido Guilhem y, ahora, también atado por la petición de la reina. Pero ¿acaso podía negarme? Asentí. La reina entró de nuevo en la casa. Teresa me entregó un pliego lacrado con el sello de doña Sancha y un pañuelo bordado.

—Así el rey sabrá que de verdad es la reina la que lo ha escrito, aunque el portador no sea don Lope.

Cogí lo que Teresa me daba y lo guardé en un bolsillo interior de mi saya. Luego proseguí con mi trabajo. Ella me siguió.

—Iñigo… —dejó caer—. Gonzalo está con el rey. ¿Le llevarías un mensaje de mi parte? ¿Le dirías que estoy bien, que estoy con la reina?

La miré.

—¿Por qué me pedís eso? —me lamenté.

Aunque lo que de verdad quería saber era por qué había sido tan desconsiderada conmigo, dejando que aquel beso me diera esperanzas. Por qué me había dado alas para arrancármelas después sin piedad. Teresa se quedó en silencio. Bajó la cabeza y sus manos recogieron nerviosamente la tela de su falda.

—Lo siento —me disculpé—. Si es lo que queréis, lo haré —acentué la afectación para que notara mi resentimiento. «Pero no me pidáis que esté contento por ello», pensé con amargura.

—Iñigo, yo no elegí a Gonzalo. Es lo que han elegido para mí —se calló unos instantes antes de proseguir—. Iñigo, tú eres un hombre bueno…

No la dejé continuar. No quería escuchar lo que venía después. No quería oír que me quería pero que nunca podríamos estar juntos y tampoco quería escuchar que no me quería.

—Tan bueno que creí que aquel beso era real.

—Aquel beso fue sincero, Iñigo.

«¡Qué iluso y qué ciego fui!», me dije mientras golpeaba con mis puños el carro. La tenía tan cerca y la deseaba tanto que tuve que hacer un esfuerzo por no besarla de nuevo.

—¿Por qué lo hicisteis? Hubiera sido menos cruel que me llamarais «maldito cojo», como hace todo el mundo.

—No digas eso. Has tornado tus palabras hermosas en palabras hirientes.

Agaché la cabeza derrotado.

—Supongo que tenéis razón. Ninguno de los dos puede elegir.

—No quise herirte, Iñigo. Quizá algún día podamos hablar de nuevo como nos hablábamos en Puente la Reina. Añoro los días que pasé contigo allí. Me gustaría disfrutar de nuevo de tu compañía y de la de Carlo y…

Levanté la mirada.

—¿Carlo? ¿No lo sabéis? ¡Carlo está muerto! —mis palabras salieron apagadas.

El gesto de Teresa se quedó congelado en un instante.

—¿Muerto? —pronunció sin apenas voz.

—Hubo un ataque en Santa María. Carlo se refugió al lado de una leñera. Uno de los atancates… Fue Alcatón quien lo hizo, pero nadie me creyó —le relaté con inusual desorden.

Vi el horror dibujado en su semblante y la compadecí. El dolor se agarró de nuevo a mi corazón.

Tras unos instantes de silencio, más tranquilo, suspiré. Me pasé las manos por la frente y me retiré el cabello hacia atrás.

—Lo siento —pronunció por fin en un susurro—. No me lo puedo creer.

Con mi dedo pulgar sequé una lágrima que caía por su mejilla. Su piel era tan suave como la recordaba. Me miró.

—El carro está listo —le dije.

Apartó su vista, pero luego buscó de nuevo mis ojos y se enfrentó a mí.

—Iñigo, ¡cuídate mucho! —me pidió. Aunque me dolió, sabía que sus palabras eran sinceras.

—Lo haré.

—¿Puedo pedirte un último favor?

Asentí.

—¿Cuidarás de Gonzalo en Leguin?

—Es curioso que le pidáis a un juglar que cuide de un hombre de armas.

Teresa enarcó las cejas. Supongo que estaba nerviosa.

—No te he agradecido lo suficiente las palabras que nos dedicaste a Gonzalo y a mí el día de nuestros esponsales. La próxima vez que nos veamos…

—No habrá próxima vez. Cuando concluya esta tarea, me iré —le dije de manera demasiado descortés—. Decidle a la reina que todo está listo. Si nos demoramos más, amanecerá.

Me miró apenada, pero no añadió nada más y yo, tampoco.

Vi partir a Teresa y a la reina envueltas en oscuridad y escoltadas por don Fortún y sus caballeros. Iban en el carro tirado por Cansina, lo

único que me quedaba de Carlo. Era demasiado doloroso pensar que en él se guardaban los mejores recuerdos de mi vida y ellos también se alejaban. Entré en la casa y atranqué la puerta por dentro. El día clareaba por el este. Me senté en un rincón, abrumado por el peso de lo que había sucedido en los últimos días y por lo que sucedería a continuación. Sin querer, me quedé dormido. Un ruido seco interrumpió mis sueños. Treparriscos había dado una patada a las tablas de la pared en uno de sus giros. Me desperté agitado, envuelto en una sensación rara. Había demasiada luz. Maldije. Por la posición del sol, debía de haber pasado la hora nona. ¿Cómo me había podido quedar dormido? Me aseguré de que la carta que tenía que entregar al rey estaba en su sitio, ensillé a Treparriscos. Estaba a punto de montar cuando me llamó la atención una pequeña azada que descansaba entre otros aperos. Se me pasó por la cabeza que, en caso de tener que defenderme, quizá me arreglase mejor con ella que con la espada. Al fin y al cabo, me dije, la azada no tenía secretos para mí, mientras que la espada era un enigma. No lo pensé dos veces, la cogí, monté y partí hacia Leguin.

Castillo de Leguin, julio de 1174

cielo y caer como empujadas por una fuerza extraña, mientras algunos cuerpos cubrían el suelo. Nuevas oleadas de flechas se elevaron sobre la muralla.

Las voces se confundían en la distancia y en mis oídos, espantando el poco valor que me quedaba. Los hombres caían dentro y fuera. En el viento se conjuraba el último aliento de todos ellos. Yo me sentía culpable y víctima a partes iguales y seguía sin saber qué hacer. Treparriscos movía sus patas delanteras y agitaba su cabeza, mientras andaba de derecha a izquierda sin que yo pudiera controlarlo del todo. Después de un rato, sin que los gritos cesaran, las nubes de flechas desaparecieron. El primer soldado castellano llegó al muro. Sobre él llovieron cascajos. El yelmo absorbió el impacto. Después de sacudir la cabeza, empezó a escalar. A él le siguieron otros, pero sus intentos fueron vanos, pues los de dentro estaban preparados para el hostigamiento. Observaba aquella escena cuando me di cuenta del avance que los de afuera hicieron sobre la puerta del castillo. Con el pie, indiqué a Treparriscos que se moviera hacia ella, hasta que quedó frente a mí. Vi cómo temblaba como consecuencia de los golpes que los atacantes le daban con un tronco grueso y fuerte. Calculé que, si seguían así, pronto conseguirían echarla abajo.

Me encomendé a san Miguel, incliné mi cuerpo hacia delante, clavé mis talones en los flancos de Treparriscos y grité como jamás creí que podría hacer. Mi caballo piafó y, a continuación, se lanzó al galope. El sonido de sus patas al golpear el suelo, su respiración, la mía, mis latidos… todo eran uno. Cabalgué como un loco hacia esa entrada. La espada que me habían prestado golpeaba mi pierna izquierda y la azada, la derecha. Grité para espantar mi miedo, pero no pude escuchar mi voz, apagada entre los chillidos de otros que, como yo, intentaban ahuyentar a la muerte. Un soldado cayó delante de mí. Su sangre caliente salpicó mi cara. Cerré los ojos para no morirme de miedo y volví a gritar. El foso estaba a pocos pasos. Los castellanos habían conseguido colocar sobre él unos maderos para salvarlo cerca de la entrada. Espoleé a Treparriscos. Ante mí, varios soldados se disponían a golpear una vez más la puerta con el tronco. Seguramente la definitiva. Pero, para su sorpresa, esta se abrió y del interior salió un grupo de defensores dispuestos a hacerles frente. Me abracé al cuello de mi montura y volví a espolearlo. Era ahora o nunca.

Treparriscos se asustó. Ni él era un caballo preparado para el combate ni yo un jinete experimentado para manejarlo en semejante desorden. Se encabritó y elevó tanto sus patas delanteras que me escurrí grupa abajo hasta el suelo. Sentí un fuerte golpe en un costado.

Las espadas bailaban a mi alrededor. Treparriscos cayó sobre mi pie izquierdo, pero se levantó enseguida y yo con él. Sombras vivas o muertas caminaron hacia mí. Me aparté lo justo para que una maza no aplastara mi cráneo. Cogí la azada y desenvainé la espada sintiéndome muy torpe tanto con una como con otra, a pesar de mis presunciones. Miré alrededor. El polvo y el humo apenas dejaban ver lo que había alrededor. Apenas veía, pero sí lo suficiente como para saber que había atravesado la muralla. Me escabullí hacia la pared buscando parapeto. Entonces lo vi. Gonzalo estaba cerca de la torre. Por debajo de su yelmo se escapaban mechones rubios. Ágil y fuerte, arremetía con valor. Estaba a punto de derrotar a su oponente, pero otro caballero se colocó a su lado. Lo vi girar sobre sí mismo a la vez que agarraba una segunda espada que yacía sin dueño en el suelo. Se defendía bien ante ambos enemigos. En dos estocadas despachó al primero, que cayó herido de muerte, y frenó la embestida del segundo. Pero lo noté cansado y de su brazo izquierdo fluía un hilillo de sangre. Salí de mi escondite y me abalancé desde atrás sobre el caballero con el que estaba luchando. La sorpresa permitió a Gonzalo acabar con él. Sus ojos azules me miraron a través del yelmo solo unos instantes, hasta que me apartó de golpe y me tiró al suelo. Desde allí comprobé que su espada me había librado del estoque mortal de un castellano. Mi respiración se entrecortó. Los gritos fueron disminuyendo en intensidad. Miré atrás. La puerta estaba de nuevo cerrada y los de dentro habían ganado el asalto. Gonzalo se quitó el yelmo y me miró. Luego me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—Traigo un mensaje para el rey —fue lo único que acerté a decir.

Un soldado de la guardia real me custodiaba. Me mantenía más sereno de lo que hubiera imaginado tras una situación como la que había vivido. Gonzalo salió de uno de los edificios cercanos al torreón. Los gritos fuera habían disminuido y los combatientes se habían dado una pequeña tregua, mientras ambos bandos se reagrupaban.

—El rey quiere verte —me dijo.

Lo acompañé. El soldado que me vigilaba nos siguió también. En la puerta, un paje me pidió la espada, la azada y el cuchillo que llevaba y me cacheó. Don Sancho estaba de pie. Me arrodillé ante él y esperé.

—¿Es cierto que mi esposa y mi hija han abandonado Pamplona, juglar? —me preguntó.

Permanecí de rodillas y hablé sin levantar los ojos. Aunque yo no lo veía, sabía que él me miraba directamente. Le conté todo lo que había acontecido desde mi llegada a la ciudad.

—Desconozco la suerte que han podido correr desde que nos separamos, pero los caballeros que las acompañaron demostraron ser

valientes y leales durante nuestra evasión.

—Descríbemelos —me pidió el monarca.

Lo hice, empezando por Fortún. Luego le hablé del infortunio de Lope y cómo la reina, a través de Teresa, me había pedido que yo sustituyera al finado, viniendo a comprobar si estaba en Leguin. Noté cómo el cuerpo de Gonzalo se tensaba al pronunciar el nombre de Teresa.

—Se nota que eres observador, juglar —me dijo—. Supongo que va en tu oficio. ¡Levántate! —hice como pedía y me quedé quieto en medio de la sala—. Por tu bien, espero que la información que me has traído sea veraz.

—Lo es, vuestra majestad —le dije.

Lo vi acercarse hacia un rincón y habló con sus hombres de armas. No era de mi incumbencia, pero escuché la conversación. Decidieron preparar una maniobra de distracción para que el rey pudiera salir de Leguin. Les pidió que, una vez partiera, resistieran hasta que llegara con ayuda.

—Será mejor que te guarezcas en el castillo y no importunes el trabajo de mis hombres —me pidió el rey—. Protégete bien. Espero verte con vida muy pronto.

Incliné la cabeza al mismo tiempo que Gonzalo se colocaba a mi lado.

—No me habías dicho que habías estado con Teresa. ¿Cómo está?

—Está bien. Es valiente. Me pidió que os dijera que su corazón está con vos.

Gonzalo se quedó en silencio unos instantes. Luego me abrazó.

—Gracias. Antes me has sido de gran ayuda para acabar con esos dos caballeros. Iñigo, ten cuidado. Haz como te ha dicho el rey —insistió, poniéndose el yelmo y saliendo espada en mano.

Asentí. La euforia que había sentido hacía unos instantes se empezaba a disipar. Lo miré marcharse. Mi cabeza había elegido por mí y yo había perdido a Teresa para siempre.

Nadie me advirtió cuándo iba a comenzar la maniobra para sacar al rey de Leguin. Al caer la tarde, los hombres de don Sancho quemaron madera mojada. Un intenso y molesto humo se esparció rápido cubriéndolo todo. Para entonces, ya se había abierto la puerta y una veintena de hombres había salido por ella intentando sorprender a los castellanos. Me vi indefenso y abandonado. Recuperé la espada y la azada, pero me mantuve escondido. Mis ojos empezaron a lagrimear y sentí mi respiración sofocada por el humo. Si me quedaba más allí, iba a morir asfixiado.

Me precipité al exterior en busca de aire. Vi combatientes en el

patio. Se me hizo difícil distinguir de qué bando eran. Un soldado se echó sobre mí. Instintivamente, coloqué la espada y la azada por delante y paré el golpe de su arma. Por el escudo que portaba en el pecho, supe que era un castellano y no un navarro. Me puse a la defensiva, pero no supe qué arma oponer, si la azada o la espada. Así con fuerza la primera de ellas con mi mano derecha, tracé un círculo y grité lo más alto que pude. La suerte me sonrió y la azada se clavó en su pecho. Me aparté de allí para ponerme a salvo de futuras embestidas. Entre la vorágine que me rodeaba, intenté encontrar a Treparriscos. Me resultó imposible. El humo se esparcía a bocanadas. Me moví con cuidado, procurando no llamar la atención. El tintineo de las espadas se escuchaba por todas partes. Me escondí tras un montón de piedras desprendidas de la muralla. Poco después vi pasar a Gonzalo a pie espada en mano abriéndose camino. Detrás de él marchaba el rey, igualmente a pie, escoltado por dos de sus hombres.

Un caballero castellano se fijó en el movimiento, se deshizo en dos estocadas del contrincante con el que estaba luchando y fue en persecución de don Sancho. Escuché un relincho a mis espaldas. Treparriscos había venido a buscarme. Cogí sus riendas y corrí con él en paralelo a la marcha de Gonzalo y del rey. Tuve que detenerme ante la amenaza de una lanza que yo no había visto. La esquivé en el último momento, pero mi espada salió despedida y la perdí. Seguí adelante.

—¡Gonzalo! —grité. El infanzón, que se estaba batiendo con un contrario, elevó la cabeza lo justo para verme—. ¡Coged el caballo!

Pegué un fuerte golpe en el lomo de Treparriscos y lo mandé en su dirección. Observé la escena parapetado detrás de un pequeño muro, escondido como podía y con el corazón golpeándome en la garganta. Cuando vi que el caballero castellano se acercaba demasiado al rey navarro, salí de mi escondite y me planté ante él con mi azada.

El caballero —yo entonces no me di cuenta de que se trataba del mismísimo rey don Alfonso VIII de Castilla— pareció dudar ante mi aparición. Se debió preguntar cómo alguien sin armadura, loriga o espada se atrevía a cortarle el paso blandiendo una azada como única amenaza. Creo que se rio. Al menos, me dio esa impresión. Aunque no estoy muy seguro, como no estoy seguro de casi nada de lo que pasó después. Recuerdo que me giré a tiempo de ver a Gonzalo ayudar al rey don Sancho a montar en Treparriscos y escapar.

Un segundo caballero apareció al lado del rey castellano y tomó su lugar. Lo reconocí al instante. Escuché el sonido de mi respiración como si no hubiera nadie más en cientos de leguas a la redonda. Y el tiempo se ralentizó. El segundo caballero se quitó el casco. No habría

hecho falta que lo hiciera, porque yo ya sabía quién era, como también sabía que esta vez don Raimundo de Navarrete no perdería la oportunidad de matarme. La primera embestida rasgó mi brazo derecho y la azada cayó de mis manos. Cerré los ojos y aullé de dolor. Retrocedí como pude dando pasos firmes, como si nunca en mi vida hubiera cojeado. Pero tropecé y caí de espaldas. Pude ver la espada del caballero elevarse sobre mí e intenté tragar una saliva que había desaparecido de mi boca. En el último instante, otra espada interceptó el golpe. Evitó que fuera el definitivo, pero no que impactara con fuerza sobre mi pecho. Un instante antes de perder la consciencia, atisbé, a través de mis ojos cubiertos de lágrimas, el rostro de frey Pedro Tizón.

Los ojos de la muerte

hombre. Pero supongo que mi subconsciente se negaba a creerlo. Respiré aquel aroma dulce de nuevo. Ahora sabía qué era. Olía a almendras. Mi mano se movió y encontró la suya. La miré sin abrir los ojos. Me imaginé que era ella la que cuidaba de mí, aunque yo sabía que no era cierto.

Me sentí solo, rodeado de silencio. No sabía si estaba vivo o muerto. Si estaba arriba o abajo. Solo sabía que sentía dolor. De pronto, noté un fogonazo en mi pecho y me encontré en medio de la batalla otra vez. Reyes, caballeros y escuderos corrían a mi alrededor. Yo los llamaba, pero nadie parecía percibir mi presencia. Intenté escapar de esa pesadilla solo para encontrarme de frente con la cara de Raimundo. Escuché su risa y el ruido preciso de su espada al impactar contra mis costillas. Pero en ese momento, mi dolor se transformó en una rabia intensa que surgió de mi interior, y mi angustia en determinación. No iba a dejar que Raimundo ganara de nuevo.

Un líquido fresco pasó por mi garganta. Me resultó agradable. Parte de él se escurrió por la comisura de los labios y resbaló por detrás de las orejas. Sentí su presencia y me pregunté quién sería. Ella era la que traía hasta mí ese olor tan agradable. Agarré su mano y entonces supe que estaba vivo. Abrí los ojos, mi vista estaba nublada. Una sombra indefinida me velaba en la penumbra. Alargué la mano y toqué su cabello suave y sedoso que caía sobre mí, semejante a una cascada. La imagen desapareció de pronto. «¡Espera!», la llamé. Pero no pude moverme para ir tras ella. Las fuerzas parecían haberme abandonado. Estaba agotado. A pesar de eso sonreí. Sentí sábanas suaves y limpias en torno a mi cuerpo y tuve la sensación de encontrarme en una habitación amplia.

El dolor regresó igual que regresan las malas cosechas o el mal tiempo. Siempre era igual, un ardor sofocante que crecía dentro de mi pecho. El viento ululaba con fuerza en el exterior. Lo sentí embestir contra la ventana poco antes de escuchar las primeras gotas de lluvia golpeando con fuerza contra los muros. Un trueno seco y profundo resquebrajó el cielo. Percibí la luz de los relámpagos a través de mis párpados cerrados. El sonido rítmico del agua me calmó y el dolor fue decreciendo mientras la tormenta se alejaba.

Lo primero que me pregunté al abrir los ojos fue qué era lo que había pasado. Me encontraba en un lugar desconocido, imposible de identificar. No se parecía a ninguno en el que hubiera estado antes. Parpadeé varias veces sin tener muy claro si aún seguía soñando. Intenté incorporarme, pero desistí cuando un dolor agudo surcó mi tórax. Me encontraba muy débil y mareado. Busqué en mi memoria algún recuerdo que me situara. El brillo de una espada se cruzó en mi

mente y entonces recordé la estocada de Raimundo y el intento de frey Tizón de interceptarla. Seguía cavilando cuando escuché el ruido de la puerta. Giré mi cabeza para ver quién entraba. Un hombre delgado y alto se acercó. La nariz chata y los ojos pequeños destacaban en una cara redondeada. Sonrió al verme despierto.

—¿Quién sois? —le pregunté.

—Soy don Garino, el enfermero de don Fortún García, miembro del cabildo de la catedral.

—¿Vos sois quien me ha cuidado?

—Solo he supervisado que todo se hiciera según lo mandado —contestó mientras me ayudaba a incorporar la cabeza y me ofrecía un vaso de agua.

—¿Y la mujer?

—¿Qué mujer? —me cuestionó entre divertido y sorprendido.

—La que me velaba.

—Créeme, hijo, ninguna mujer ha estado aquí. Debes de haberlo imaginado en tu delirio. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento débil y desorientado. También hambriento.

Escuché una pequeña carcajada.

—Llamaré a alguien para que me ayude a incorporarte y pediré que te traigan algo de comer.

Me quedé solo de nuevo. Garino regresó al poco con un chico joven, serio y menudo que le ayudó a incorporarme. Después, el chico desapareció sin decir palabra.

—Ha hecho voto de silencio —me aclaró Garino al tiempo que ponía delante de mí un cuenco de sopa caliente—. Despacio, o te sentará mal —me advirtió.

Probé la sopa. Fue como si comiera por primera vez.

—¿Cómo he llegado aquí? —le pregunté entre sorbo y sorbo. Aún me resultaba muy difícil respirar y tragar.

—Debes tener amigos importantes —me dijo Garino por toda respuesta.

Fruncí el ceño, desorientado todavía.

—El rey Sancho, ¿está a salvo?

Garino asintió.

—Los castellanos han regresado a sus fronteras y don Sancho está pensando en requerir el arbitraje de Enrique II de Inglaterra para establecer una paz duradera.

—¿Y la reina y la infanta Berenguela?

—Salieron sanas y salvas y se protegieron en Tudela. Regresaron cuando Pamplona estuvo segura.

Cerré los ojos. Me era difícil escapar de las vivencias que ahora

regresaban a mi cabeza con mayor nitidez. Me sentía confundido, como si lo que había vivido no me hubiera ocurrido a mí. Nunca, jamás me hubiera imaginado acabar herido en una batalla. Garino me ayudó a tumbarme de nuevo y se dirigió a la salida.

—¿Puedo preguntaros algo? —le dije antes de que traspasara el umbral. Él se detuvo.

—Junto al rey, luchaba un infanzón de nombre Gonzalo. ¿Está…?

—Gonzalo resultó herido, pero ya está recuperado.

—Gracias —le dije.

No me costó mucho coger fuerzas con los cuidados de Garino. Aunque estaba muy a gusto en la enfermería del cabildo catedralicio, sabía que tarde o temprano debería retomar mi vida. Creo que el enfermero no se sorprendió cuando le pedí permiso para salir a dar un paseo. Me sumergí en la Navarrería desde la catedral, sintiendo el devaneo de los pobladores actuales y pasados. Me costaba respirar, pero Garino ya me había advertido que, hasta que no soldasen bien las costillas que tenía rotas, seguiría notando dolor. Era mañana de mercado. Recorrí la rúa Mayor de los Cambios para llegar al lugar donde estaban los puestos. Un muchacho corría detrás de un pollo que había de servirse en casa de los Almoravid, una de las familias más poderosas del burgo. Caminé despacio como si fuera la primera vez que pisaba ese suelo. Las gentes de alrededor se me hacían extrañas y conocidas al mismo tiempo y tenía la rara sensación de no encajar allí. Me detuve en un puesto de telas. Pensé en los ropajes que se podrían hacer con ellas, que yo jamás vestiría. Inspiré despacio y hasta mí llegó un aroma dulce de almendras conocido. Me volví. Una muchacha contemplaba una tela un poco más adelante. Fui a su encuentro. Su cabello, de un tono rojizo oscuro, caía ondulado sobre sus hombros y su espalda. Nos miramos. Al acercarme, huyó.

—¡Espera! —le pedí.

Salí detrás, pero enseguida me faltaron el aire y las fuerzas para seguir su estela. Di vueltas por el mercado, buscándola. Tenía la extraña sensación de que la conocía, de que ella era la muchacha que me había velado durante mi lucha entre la vida y la muerte. Me iba a dar por vencido cuando la vi de nuevo junto al primer puesto de verduras. Me acerqué. Esta vez no intentó huir. Se quedó quieta. Su cara se me hizo tan conocida…

—¿Oria?

Oria había llegado con su familia unos días antes que las tropas castellanas. Con el discurrir de los acontecimientos se habían visto atrapados en la ciudad. Una vez que la situación había vuelto a la normalidad, habían decidido quedarse unos días para vender sus

mercancías. Me sentía cansado, pero aun así la acompañé hasta la puerta de San Llorente.

—Dicen que un intrépido juglar se convirtió en mensajero de la reina, que logró atravesar las líneas enemigas en el sitio de Leguin y llevar un mensaje al rey Sancho. Dicen también que prestó su caballo al rey para que pudiera salir de allí.

Agaché la cabeza. Se me hacía raro estar con Oria. Me recordaba tiempos difíciles.

—No sé nada de eso —le dije—. He estado herido.

—Eres muy modesto Enneco Garsea, *ioculero* [36] .

—¿Cómo está tu tío Munio?

—Como siempre. Ya lo conoces. Ha ido a pedir permiso para que podamos vender nuestras mercancías. Ahora que ya se han ido los castellanos, la ciudad tiene ganas de volver a la normalidad.

Nos quedamos en mitad de la puerta, sin saber qué decirnos.

—Será mejor que regrese —pronuncié al fin—. Necesito descansar.

—Sí, yo también debo irme —me dijo en un susurro.

Vi cómo se alejaba y sentí cierta nostalgia. Su presencia se desvaneció como si hubiera sido transportada por una ráfaga de aire.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no tenía ni idea de que aquel iba a ser un día de reencuentros. Una jornada para enfrentarme a mi pasado y a mis miedos, a mis recuerdos y a mis deseos. El sol de verano pegaba con fuerza y los primeros rayos entraron madrugadores por mi ventana abierta al este. Intenté vestirme solo. Salí de la cama despacio y me senté en el borde, tomando aire como si acabara de salir del agua. Cogí mi saya y me la metí por la cabeza. Tuve una agradable sensación en mis hombros y mi espalda desnuda. Iba a intentar meter el brazo herido cuando escuché la puerta abrirse tras de mí. Supuse que era Garino, que me traía alguna vitualla, como siempre. Estaba contento de poder darle una sorpresa y que viera cómo me movía ya, pero la voz que escuché no era la suya.

—¿No crees que es muy pronto para vestirte tú solo? Tus heridas volverán a abrirse si no te cuidas.

Me giré. Frey Tizón me miraba desde el umbral. Sin pretenderlo, mis ojos se desviaron hacia la espada que colgaba de su cinto. Así que esa había sido la del Cid…

—Me han cuidado bien y las heridas están casi curadas —le dije.

—La misma persona que se encarga del rey te ha atendido a ti, y Garino se ha tomado muy en serio lo de cuidarte.

—Algo que debo agradecer —le contesté.

Frey Tizón se adelantó y me ayudó a terminar de vestirme. Luego se sentó a mi lado.

—Raimundo ha muerto —me informó—. Pensaba que te interesaría saberlo.

Me quedé mirándolo durante un buen rato. La noticia me dejó indiferente. No sentí ni pena ni odio por él. La mirada escrutadora del templario, esa que veía más allá del cuerpo, se posó en mí para ver mi reacción.

—¿Fuisteis vos?

—Eso poco importa. ¿Qué tenía contra ti? —me preguntó.

Me pasé la mano por la cara. Una barba corta y suave cubría mi rostro, muestra del paso del tiempo. No tenía ganas de dar explicaciones, pero entendí que se las debía. A fin de cuentas, él era seguramente el que había acabado con su vida por defenderme.

—Soy su hermanastro, lo supe hace apenas unas semanas. Le molestó que nuestro padre me reconociera en el lecho de muerte. No quería compartir con nadie la herencia.

—Sabía que había una razón para que te capturara.

—Yo no robé nada —le dije mirándolo con enojo.

—Lo sé —me contestó. Puso una mano en mi hombro antes de proseguir—. Me costó entender tus palabras, pero al final descubrí qué me quisiste decir antes de afrontar tu destino.

—¿Descubristeis a Alcatón? Él ya había matado a un hombre anteriormente. Yo fui testigo, pero entonces me faltó valor para delatarlo. Si lo hubiera hecho, quizá ahora Carlo estuviera vivo.

—O tal vez estuvierais muertos los dos. No te tortures por eso.

Frey Tizón me miró como un padre mira al hijo que quiere. Por un momento me sentí turbado. Luego me contó cómo había hecho seguir a Alcatón y había descubierto su secreto justo cuando procedía a cambiar de lugar su botín. El templario sacó algo de su bolsillo y me lo mostró. Lo reconocí. Era la cruz que Alcatón se había llevado.

—Creo que te debo una disculpa —me dijo.

—Disculpa aceptada.

—¿Sabes qué es? —me preguntó poniendo delante el objeto.

—Sé que es algo lo suficientemente valioso para vos como para que su desaparición os mantuviera turbado durante largo tiempo.

—En realidad, Alcatón no quería llevarse esto, sino mi espada. Esta espada es un objeto muy preciado.

—La espada del Campeador —señalé.

—Veo que la conoces.

Frey Tizón sonrió. Parecía relajado. A lo lejos se escuchaba el gorjeo de los gorriones y el sol empezaba a subir con fuerza por el horizonte anunciando un día de calor. Estaba cansado, todavía no me había dado cuenta de que cualquier esfuerzo que hacía se cobraba su

precio. Cerré unos instantes los ojos, intentando restablecerme, y las palabras del templario me sorprendieron.

—Alcatón no era uno de nuestros hermanos, Enneco —me informó dirigiéndose a mí por mi verdadero nombre.

Lo miré sorprendido. Fruncí el entrecejo y él pasó a relatarme la verdadera historia del falso templario. La familia de Alcatón procedía del pueblo del que tomaba su nombre, pero vivía en Tierra Santa desde hacía varias generaciones. Su padre era un mercader y su madre una devota cristiana, hija a su vez de mercaderes. Dios los bendijo con dos hijos gemelos a los que llamaron Tomás y Marcos. Marcos era dócil y tranquilo. Tomás, fogoso e inquieto. Los dos aprendieron con los mejores maestros que su padre pudo pagar —tanto cristianos como musulmanes— álgebra, geografía, filosofía y también el arte de la guerra.

—Cuando tuvo suficiente edad, Marcos se convirtió en un caballero templario —a frey Tizón le brillaron los ojos mientras narraba sus hazañas, que en la orden se tenían por ejemplares—. Tomás, en cambio, siguió al lado de su padre, quien lo preparó para que un día heredara su negocio. Pero lo que nadie sabía era que Tomás llevaba una vida oculta. Había decidido usar su espada para su propio provecho, robando, amenazando e incluso asesinando a quienes no aceptaban sus leoninas condiciones comerciales. Así fue acumulando riquezas y mercadeando con ellas.

»Marcos se enteró de la doble vida de su hermano y se lo recriminó. Discutieron y llegaron a las manos. Durante la pelea, Marcos murió. Tomás asegura que fue un accidente, que cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Pero solo él y Dios conocen la verdad de lo sucedido. Lo cierto es que Tomás enterró el cuerpo de Marcos y, a partir de entonces, jugó a ser templario. Asumió a la vez su personalidad y la de su hermano. Su sorpresa llegó cuando lo destinaron a estas tierras, a proteger la ruta que conduce a la tumba del apóstol Santiago. Como no podía negarse, pues se hubiese descubierto su doble juego, le dijo a su padre que iba a emprender un viaje en busca de nuevos mercados. Así es como Alcatón acabó en Puente la Reina. Una vez aquí, intentó sacar provecho y no dudó en poner en práctica cualquier acto que le reportara ganancias.

Después de su relato, frey Tizón permaneció en silencio mientras yo asimilaba sus palabras.

—Ese hijo de Satán, ese malnacido… —dejé escapar entre dientes con toda la furia de que fui capaz.

Intenté levantarme, pero la debilidad de mi cuerpo quedó de manifiesto. Algo dentro de mí me mordía. De entre todos los sitios del

mundo, Alcatón había acabado en Navarra para desgracia de Carlo.

—¿Dónde está ahora? —pregunté algo más sereno.

—Le di a elegir entre la muerte o un monasterio. Eligió la segunda opción. Purga sus penas encadenado.

—¿Le creéis capaz del arrepentimiento? ¿Confiáis en él? —le pregunté extrañado.

—Debo hacerlo.

—Pues yo no. No creo que en Alcatón pueda haber sitio para el arrepentimiento. No visteis cómo mató a aquel hombre con toda su sangre fría. Y después se provocó una herida a sí mismo para disimular —conforme recordaba esos hechos mi furia crecía—. Juro que no dejaré que vuelva a hacer daño a nadie. Si no, seré yo mismo quien acabe con su vida.

El templario posó su mano sobre mi hombro de nuevo. Giré mi cabeza. En su rostro había dolor y comprensión hacia mí.

—Confía en Dios, Enneco. Si no cumple su palabra, seré yo mismo quien le guíe hasta la horca. Tú ya has hecho bastante. No sabes cuántas vidas has podido salvar al delatarlo.

Me quedé en silencio. Mis ojos enrojecidos lloraban por Carlo, aunque no derramaran lágrima alguna. El comendador me sirvió un poco del agua que quedaba en la jarra que Garino había dejado sobre una pequeña mesa. El barro la había conservado fresca. Sentí alivio para mi cuerpo, pero no hizo el mismo efecto sobre mi alma.

—¿Qué planes tienes ahora? —me preguntó.

—Pensaba cambiar de aires y dirigirme hacia la tierra de Oc. Pero ahora que Raimundo no es una amenaza y que Alcatón está recluido, quizá me lo piense mejor. Quiero demasiado a esta tierra.

—Entonces te veré pronto por Puente la Reina. No creo que puedas estar mucho tiempo sin visitar la iglesia de Santa María. Además, allí has dejado gente que te aprecia de verdad, que estará encantada de volver a verte.

Efectivamente, allí estaban Hermesinda y Iacobus y allí siempre estaría mi pequeño Carlo. Frey Tizón se levantó y me dio varias palmadas suaves en el hombro.

—Cuídate mucho, Enneco.

—No me va a quedar más remedio, si quiero seguir con vida. Últimamente ya he escapado demasiadas veces de la muerte, la última, en Leguin, donde fuisteis vos el que frenó la espada que seguramente me habría matado. Por eso os estaré eternamente agradecido.

—Por un momento pensé que había llegado demasiado tarde.

—Yo también lo pensé. Creí de veras que Raimundo había acabado

conmigo.

—Siento no haberte servido de más ayuda.

Miré directamente al templario a los ojos.

—Si estoy vivo, es gracias a vos —zanjé.

Miré a través de la ventana. Mi vida había cambiado de pronto. En poco tiempo, había muerto y había resucitado para contarlo. Me sentí distinto, como si mi existencia hubiera dado una vuelta completa y ahora comenzara un nuevo ciclo. Garino entró y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí con la cabeza y le comuniqué que me gustaría dar un paseo.

—Comprendo tus ansias de volar, pero sé prudente —me dijo con cariño.

Salí. Me notaba liviano, como si alguien me hubiera liberado del peso que yo arrastraba desde hacía años. Deambulé por la ciudad sin destino fijo. Sin pretenderlo, mis pasos me llevaron hacia mi antigua casa. En la puerta, mi madre conversaba con unas vecinas. Me quedé a unos pasos contemplándola, sin decidir si debía acercarme o no. Un poco más atrás, vi a dos muchachas. Mis hermanas. Estaban cambiadas. Supongo que yo también lo estaba. Mi madre se fijó en mi presencia y dejó de hacer caso a las palabras de las vecinas. Nos miramos fijamente durante unos instantes. Yo no me moví. Ni quería ni, en realidad, podía moverme. Me había quedado petrificado. Solo deseaba contemplar a mi *ama* y conservar su imagen en la memoria. Sin rencores, sin odios. Llevarme la forma de su rostro y de sus facciones en mi mente. Tras conocer la verdad sobre mi nacimiento, comprendí su forma de tratarme. Supuse que yo le recordaba momentos dolorosos, los momentos en que el señor de Navarrete la tomó por la fuerza. Su vida tampoco habría sido fácil después, llevando como llevaba en su vientre al hijo de un hombre que no era su marido. Los reproches de este habrían sido insoportables para ella. Vi lágrimas en sus ojos al tiempo que se acercaba hacia mí. Se paró a unos pasos de distancia. La contemplé en silencio. Por fin, me acerqué y la abracé. Luego la besé en la frente. Sin decirnos nada, nos separamos y me fui imbuido de un dolor nuevo para mí. Unas calles más arriba, sentí a alguien que se acercaba a la carrera.

—¡Enneco!

Me volví. Dos muchachas llegaron hasta mí. Les sonreí.

—¿De verdad eres tú? —me preguntó Assona.

Las cogí de las manos y las contemplé. Assona era toda una mujer. Sus ojos brillaban de una forma especial. Nunila me miró tímidamente.

—Decidle a vuestra *ama* que don Raimundo ha muerto —les pedí.

—*Aita* no está. Se ha ido a trabajar en los campos —me dijo Assona.

Evidentemente, eso era una invitación. Dudé unos instantes. No estaba preparado para el reencuentro. Pero mis hermanas me tomaron por los brazos y estiraron de ellos.

Mi casa seguía igual que cuando yo me vi forzado a salir de ella. Dentro hacía fresco. Mi madre estaba cerca de los fogones tal y como yo la recordaba. Me hizo sentarme en la mesa y mandó a mis hermanas a buscar algo de agua fresca para mí. Mientras la traían, se sentó a mi lado.

—Jimena…

La tomé de las manos y la miré de nuevo.

—Lo sé —le dije—. También sé que tu esposo no es mi padre.

Rompió a llorar amargamente. Cuando mis hermanas regresaron, pensaron que se debía a la emoción del reencuentro. Solo yo conocía la verdad que había detrás. Eran los plañidos de una mujer que se acababa de liberar de la carga de un secreto que solo le causaba dolor. Les conté cómo me había convertido en juglar y cómo había sido mi vida en Puente la Reina. Y les informé de la muerte de Raimundo en el sitio de Leguin. Poco después, me despedí. No quería que Garcés me encontrara allí. Mi *ama* me acompañó hasta la puerta.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —le pregunté casi en un susurro.

—Te conozco y sé que te habrías enfrentado a Raimundo y él te habría matado. Además, prometió un buen matrimonio para Elvira si manteníamos el secreto.

Me quedé en silencio. Fuera, el calor era ya sofocante.

—¿Volveré a verte? —me preguntó mi *ama*—. Me gustaría que me contaras exactamente qué ha pasado desde que saliste de aquí hace cuatro años.

Le sonreí y pude ver que ella también intentaba sonreír a través de sus lágrimas.

—Procuraré venir a visitarte.

Me alejé afectado por el reencuentro. Cerré los ojos y guardé la imagen de mi madre. Algunas arrugas habían aflorado, pero su rostro era el mismo que yo recordaba. Muchos fueron los sentimientos que despertó en mí esa visita; muchos los recuerdos que volvieron y que habían estado perdidos en algún lugar oculto de mi mente.

—No has probado bocado —la voz de Garino interrumpió mis pensamientos.

—Supongo que es este calor.

Garino salió con su andar cansino. Fuera todo parecía tranquilo,

aunque mi alma estaba un tanto agitada. Dejé la comida encima de una mesa cercana y me tumbé en la cama. Al poco, me quedé dormido. Me había dado cuenta de que últimamente dormía mucho. Me desperté a media tarde. El calor seguía siendo sofocante. Estaba empapado en sudor. Me lavé con un poco de agua que habían dejado en una jarra y tomé algo de la comida que antes apenas había probado. Me costaba respirar. Estaba tan cansado que desistí de dar un paseo. Aburrido, me tendí de nuevo en la cama. Ya que no podía moverme, dejé que fuera mi imaginación la que me llevara. Intenté centrarme en pensar innovaciones para mi vida de juglar, pero no estaba demasiado inspirado. Alguien golpeó la puerta y la abrió. Era Gonzalo. Me miró desde el umbral. Las ojeras de su rostro revelaban que llevaba pocas horas de sueño. Aun así, su indumentaria era impecable y su cabello estaba perfectamente peinado. Su brazo izquierdo, pegado al cuerpo, testimoniaba una herida reciente.

—Pensé que no lo contarías —me dijo al verme despierto.

—Yo también lo creí. ¿Cómo estáis vos?

—La herida ya está cerrada. Además, es el brazo izquierdo.

Se acercó. Le ofrecí asiento señalándole una silla cercana. Vi cómo me escrutaba.

—¿A quién debo esta estancia tan lujosa? —le pregunté.

—A muchos, supongo. Al parecer conoces a gente distinguida: don Guilhem Aude, don Pedro Tizón, don Nazario de Gazólaz, el obispo don Pedro de Artajona, el mismo rey… ¿sigo?

—En esa lista faltáis vos.

Gonzalo no dijo nada. Reclinó su espalda hacia atrás buscando apoyo y respiró profundamente. Luego se metió una mano en su túnica, sacó un pergamino y me lo entregó.

—Lo traigo directamente de la cancillería real —añadió.

Quité el sello lacrado y lo desenrollé. Miré la letra pulcra y se lo devolví.

—No sé leer.

Gonzalo procedió en mi lugar. En el texto, el rey mostraba su gratitud por haber puesto mi carro a disposición de la reina, su esposa, y de su hija, para que pudieran salir de Pamplona, y por mi actuación como correo. También por haberme desprendido de Treparriscos para que él pudiera dejar atrás Leguin. Como muestra de su agradecimiento, me cedía en propiedad una casa en el nuevo burgo que se estaba levantando en Pamplona, el de San Nicolás. Casa que podríamos usar tanto yo como mis herederos siempre que nos mantuviéramos leales a su linaje. Además, me devolvía el carro, a Cansina y a Treparriscos.

Sus palabras me dejaron turbado y emocionado a partes iguales. Este reconocimiento fue una verdadera sorpresa para mí. Parecía que todo lo que me había sido negado antes se me ofrecía ahora. Estaba confuso.

—No pareces muy contento —me dijo el infanzón con sus ojos azules fijos en mí.

—Es solo que me parece un hecho demasiado bueno como para ser verdad.

—Don Sancho también me ha pedido que te invite a la comida que se servirá dentro de dos días en el palacio del obispo. Solo te pone una condición: que prepares una pequeña actuación con la que deleitar a los invitados tras el banquete. Al parecer le gustó lo que vio en casa de mi hermano en Puente la Reina.

Al decir esto, los ojos de Gonzalo brillaron y noté cierta ironía en la forma como pronunció sus palabras.

—Aunque a vos os pareciera inapropiado —acerté a decir.

—A Teresa le gustó también y eso me basta.

Intenté cambiar de tema. Me pregunté si ella le habría contado la verdad sobre aquel beso y supuse que la respuesta sería negativa.

—Allí estaré, si aún sigo vivo —le dije.

Se levantó para irse.

—El rey sabe ser agradecido y yo, también.

Hice una leve inclinación de cabeza. Luego añadí:

—Decidle al rey de mi parte que agradezco todo lo que me ofrece y que lo acepto de buen grado.

—Podrás hacerlo en persona durante el banquete.

—¿Puedo pediros un favor? —le pregunté algo turbado.

Sonrió y, al hacerlo, sus dientes perfectos quedaron al descubierto. No era muy habitual que una persona cuyo oficio era la guerra tuviera su dentadura intacta.

—¿Puedo llevar a alguien conmigo?

Me observó divertido.

—Espero que en quien estés pensando sea una dama digna de un héroe como tú.

Levanté las cejas, pero no dije nada. «¿Qué acabo de hacer? ¿Por qué le he dicho que llevaría a alguien a la cena?», me recriminé en silencio mientras miraba el *signum* del rey Sancho, una cruz formada por cuatro líneas perpendiculares y, en los huecos, tres aes.

Munio me dio un fuerte abrazo y me recibió como a alguien a quien apreciaba mucho. Me guio hasta el fuego donde se estaba asando un poco de carne, en la noche templada, mientras los miembros de su familia compartían conversación. Enseguida me apremió para que les

contara mi pequeña aventura guerrera. Durante la cena, les desvelé mis andanzas. Las adorné un poco, lo reconozco, pero uno no se siente importante todos los días. Me levanté. Me sentía más cómodo moviéndome mientras hablaba y sabía que los movimientos enfatizaban el relato. Mis palabras salían deprisa de mi boca, no en una narración precipitada, sino acompañando la acción que describían. La familia de Munio era un público atento. Me crucé por primera vez con la mirada de Oria justo cuando llegaba a la narración de los hechos acaecidos en Leguin. Me quedé atrapado en ella durante un instante. Las llamas danzaron en sus ojos. «Así debe de ser un ojo de dragón», me dije. Creo que sonreí, le sonreí a ella. Y no sé por qué lo hice. Me giré algo turbado, buscando otras miradas, pero mi inconsciente buscaba sus ojos. La volví a mirar. Ella se agarró la falda y se rio cuando imité a Treparriscos corriendo hacia la puerta de la fortaleza. Fijé de nuevo mis ojos en ella y el final de la narración se lo conté a Oria y a nadie más, porque fue como si el resto de mis oyentes hubiera desaparecido. Los aplausos finales me devolvieron a la realidad. Incliné mi cuerpo hacia delante, haciendo una reverencia cortés. Las mujeres se retiraron y Oria desapareció entre los carros. Munio me acercó un vaso de vino, que acepté de buen grado. Me senté con él y le pregunté por los lugares que habían visitado últimamente y si alguna vez habían cruzado los Pirineos. Me estaba contando cómo era la ciudad de Santiago cuando noté que elevaba la vista por encima de mi cabeza. Me volví y me encontré la figura de Oria envuelta en oscuridad. Me levanté sin saber muy bien cómo comportarme.

—Te he preparado algo para tus heridas.

Me entregó un ungüento. Olía a almendras. Entonces me di cuenta de que ese olor tan familiar, que yo asociaba con la dulzura de Teresa, provenía en realidad del recuerdo de Oria. ¿Era a ella a la que había anhelado en mi agonía? No, me corregí. Debía de estar confundido. Le di las gracias algo aturdido con palabras que me salieron entrecortadas. Ella se alejó despacio y el sonido de la respiración de Munio me confirmó que él había sido testigo de mi torpeza.

—Es muy amable de su parte —le comenté.

—Oria es muy hábil para los remedios curativos. Ese ungüento te irá bien.

Me levanté con la intención de marcharme, pero me acordé de la invitación del rey.

—Debo irme ya —le dije a Munio, pero antes quería pedirte permiso para invitar a Oria. Voy a asistir a una comida en la que estará el rey y, además, me han pedido que actúe para él.

—Creo que se sentirá honrada. ¿Por qué no la invitas tú mismo?

Me dirigí hacia ella con un único pensamiento en la cabeza. La vida me estaba proporcionando la oportunidad perfecta para provocar los celos de Teresa. Lo reconozco, fue un acto indigno, despreciable, pero en ese momento no me di cuenta de que, tratando de herir a Teresa, iba a terminar lastimando a Oria.

—Me gustaría invitarte a venir conmigo a una comida donde estarán el rey y sus nobles —le dije tomando su mano entre las mías. Mi respiración agitada, mi pulso atropellado.

—¿A una comida? ¿Con el rey y los nobles? —repitió, incrédula y, a la vez, emocionada.

Asentí. Me dieron ganas de rozar sus cabellos color de fuego, pero me contuve.

—¿Mi tío… no creo que él me permita…?

—Munio ha dado su consentimiento.

—Entonces… supongo que sí…

—No te arrepentirás, te lo prometo.

Dejé que la brisa que entraba por la ventana me acariciara el rostro. Creo que me sentía feliz. Alisé la tela de mi gonela nueva y solté todo el aire de golpe. Salí con una sonrisa en los labios. En la puerta del palacio real, tal y como habían prometido, me esperaban Munio y Oria. Me acerqué. Mi respiración se interrumpió.

—¿No es apropiado? —me preguntó ella, señalando su vestido.

—Más que apropiado —le dije—. Se te ve muy hermosa.

—Me han ayudado todas las mujeres de la familia.

—¿Vais a entrar ya? —nos apremió Munio.

Me costó despegar los ojos de la muchacha. Su tío me dio un codazo y me obligó a jurarle que iba a ser noble con ella. Tras despedirnos de Munio, agarré de la mano a mi acompañante y entramos.

Gonzalo había tomado su baño ritual con aroma de rosas. Aquella mañana, antes de la comida, el rey iba a armarlo caballero, de la misma forma que él mismo lo fue por su suegro, el emperador Alfonso VII de Castilla, en Soria, en el mes de junio de 1153.

Oria y yo fuimos los últimos en entrar, pero llegamos en el momento justo de ver a Gonzalo, con su túnica bordada en oro, sobre la cual destacaba el manto púrpura, caminar hacia don Sancho. Se arrodilló ante él y en sus talones colocaron unas espuelas de oro. Después, le presentaron el escudo y ciñó su espada prestando juramento al rey. Vi que Teresa, desde uno de los lados, no perdía detalle del ritual. Sus mejillas estaban arreboladas y en su rostro se vislumbraba el orgullo que sentía. Después de ese acto, en una ceremonia privada, a la que yo evité entrar, aunque estaba invitado,

Gonzalo y Teresa contrajeron matrimonio. Ni siquiera habían esperado el tiempo que habían convenido en Puente la Reina.

La comida fue copiosa y rica en manjares que traté de saborear. Nuestros compañeros de mesa se animaron conforme se vaciaban las jarras y sus cuerpos se llenaban de buen vino. Oria resultó ser una buena conversadora, pero reconozco que no estuve del todo centrado en sus palabras; no podía evitar mirar de reojo a Teresa. No quería perderme ninguno de sus gestos. Y esperaba que nuestras miradas se cruzaran en algún momento. No debí hacerlo, pero eso lo descubrí más tarde.

Como había prometido, al finalizar la comida, escenifiqué una obrita en la que yo interpretaba a la vez a tres personajes. La gente rio y aplaudió. No sé si por mi talento o por los efectos del vino. Acabé mi interpretación con unos versos referidos a Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Supuse que a Sancho VI le gustaría escuchar las gestas de su bisabuelo. No me equivoqué. Cuando acabé, me hizo llamar aparte y me entregó una moneda de oro. Le hice una reverencia y aproveché esa breve audiencia para agradecerle sinceramente todos los dones que me había otorgado. Don Sancho puso una mano sobre mi hombro. Le pedí permiso para retirarme.

Al pasar por la mesa principal, los ojos de la infanta Berenguela se encontraron con los míos. Le hice una reverencia con la cabeza y me alejé.

Me hubiera quedado allí eternamente, aguardando el consuelo de una breve atención por parte de Teresa, pero algunos invitados empezaban ya a marcharse. Busqué a Gonzalo con la mirada, esperanzado de que mi bella dama estuviera con él y pudiera despedirme también de ella. Sin embargo, las mujeres estaban en un lado y los hombres en otro. La mirada esmeralda de Oria me traspasó, pero yo ignoré su efecto y le dije que quería despedirme del recién nombrado caballero. La dejé en la puerta y me acerqué a Gonzalo, rendido ante la evidencia de que no podría hablar a solas con Teresa. Estaba muy solicitado. Todos querían hablar con él. Le di la enhorabuena, interrumpiendo brevemente la conversación que mantenía. Le dije que me retiraba ya, porque me encontraba cansado. En ese momento, otro caballero al que yo no conocía se acercó y acaparó su atención. Me alejé discretamente, parándome lo justo a despedirme de las personas que conocía. Fui al encuentro de Oria, que esperaba paciente donde la había dejado. Sus ojos recorrieron una última vez la sala espléndidamente iluminada y los rostros de la nobleza navarra.

—¿Vamos? —le pregunté.

Clavó su mirada en un punto. Atisbé algo en ella que solo después supe nombrar. Era decepción. Al salir a la calle, el viento me saludó con una ráfaga que me envolvió. Desde atrás, Gonzalo gritó mi nombre. Me giré y me encontré con los ojos del caballero. Su mirada se había endurecido algo, pero seguía siendo tan azul y vívida como siempre.

—Mi más sincera enhorabuena —le reiteré, agarrando la mano de Oria quizá con demasiada fuerza.

—Parte de esto te lo debo a ti.

—De ninguna manera. Vos os lo habéis ganado. Espero que la fortuna os sonría con una larga vida y que podáis conocer a vuestros nietos.

—¿No piensas presentarme a la bella dama que te acompaña?

Apreté la mandíbula antes de contestar.

—¡Por supuesto! Ella es Oria.

—Es un placer —le dijo tomándola de la mano y esbozando la mejor de sus sonrisas.

—Nos tenemos que ir —corté como pude—. No me encuentro demasiado bien.

—Lo comprendo. Enneco, quiero que sepas que siempre habrá un sitio para ti en mi nueva casa de Tudela.

—Os lo agradezco. Y vos también seréis bienvenido en la mía —dije por cumplir el formalismo, aunque no tuviera ganas de verlo nunca más.

—Teresa me ha manifestado su deseo de agradecerte lo que hiciste por la reina, la infanta y por ella misma.

—No tiene importancia. Decidle que…

—¿Por qué no se lo dices tú mismo?

Seguí la mirada del caballero. En la puerta, una silueta disimulada entre las sombras esperaba quieta. Solté la mano de Oria y me acerqué a Teresa, mientras Gonzalo charlaba con mi acompañante.

Teresa y yo nos quedamos uno enfrente del otro. Esperé a que ella hablara. Aquel beso que compartimos nos alejaba ahora mismo como si un abismo se abriera entre nosotros.

—¿Cómo estás, Iñigo o, mejor dicho, Enneco? Aún se me hace raro llamarte por otro nombre.

—Mi más sincera enhorabuena por vuestro matrimonio —le dije de manera abrupta.

—Eres muy amable.

Cuando sus palabras se extinguieron, hubo entre ambos un silencio tenso, algo que nunca había ocurrido en Puente la Reina. La miré, llevaba un vestido bello, caro y elegante, y la cabeza cubierta.

—Gonzalo me dijo que vendrías acompañado por una dama.

—Ella es Oria.

—Tienes suerte. Es muy bella.

«No tanto como vos».

—Quería darte las gracias por todo lo que hiciste para proteger nuestras vidas.

—Cumplí con mi deber lo mejor que pude.

Otra vez aquel silencio que se esparcía espeso en torno nuestro.

—Espero que seáis muy feliz y que hagáis muy feliz a Gonzalo. Os lo deseo de todo corazón.

Sin esperar sus palabras, di media vuelta y me fui.

—Nos vamos ya —dije cogiendo la mano de Oria.

—Ha sido un placer conocerte, Oria —dijo Gonzalo—. Espero que nos veamos muchas veces —añadió cuando ya nos alejábamos.

«Y yo, que el destino me aleje de vos y de vuestra esposa», deseé.

Lágrimas

había quedado en mi garganta.

—No puedes irte, Oria. Es a ti a quien amo —dije por fin. La revelación me sorprendió a mí mismo.

Ella no escuchó mis palabras. Estaba demasiado lejos.

Descargaba mi furia contra el suelo, provocándome dolor a propósito. La casa que me había donado el rey tenía un pequeño terreno en la parte de atrás. Pretendía prepararlo para poder sembrar hortalizas, pero entre que mi ánimo estaba exaltado y que no paraban de salir piedras, mi humor se tornó en ira y la emprendí contra él. Golpeé el suelo con mi azada desgarrando hasta la última mala hierba que encontré. Cuando el apero chocaba con alguna piedra, maldecía entre dientes. Me agachaba entre jadeos y la lanzaba a un cesto que había preparado para tal fin. Traté en vano de enterrar mis fracasos con cada golpe que daba. Lo único que conseguía era que la culpa que sentía se acrecentara. Poseer un lugar al que llamar mi casa, lejos de suscitarme la alegría que había soñado, me provocaba malestar. De algún modo, me recordaba lo mal que me había portado con Oria. Me sentía vacío y pretendía castigarme como si eso me pudiera salvar del mar agitado en que vivía constantemente.

Nunca había conocido el mar, pero había oído hablar de él en casa de Guilhem. Una tarde de tormenta, un hombre que hacía el Camino de Santiago y que dijo haber viajado mucho por mar, nos relató lo duro que es exponerse a la furia del agua o depender de los caprichos del viento. Quedé maravillado por lo que contaba. No podía creer que existiera una superficie de agua tan grande ni imaginar que esta se erizara, meciendo unas veces y maltratando, las más, las embarcaciones. Cuando el último rayo de luz rozó el tejado de mi casa, recogí mis aperos.

Antes de irme a descansar, me preocupé por el bienestar de los animales. Además de Cansina y de Treparriscos, tenía ahora una gallina. Acaricié a la mula y no pude evitar pensar en mi pequeño Carlo. Me pareció escuchar su voz llamándome y tuve que sacudir la cabeza para no hundirme en tristes recuerdos. Me senté en el suelo y comí lo primero que encontré. Lo cierto es que no me había preocupado mucho por proveerme de víveres. Apoyé la cabeza sobre la pared de mi pequeña cocina. El burgo de San Nicolás crecía despacio y apenas se escuchaban ruidos, pues todavía no eran muchos los vecinos que vivían en él. Además, el rey aún no había concedido el fuero por el que se ordenaría ni se había designado al almirante que representaría a la corona ni se había propuesto una terna de hombres de los que saldría elegido el alcalde. Lo único que tenía claro es que a quien debería pagar mis impuestos era al arcediano de la Tabla,

puesto que las tierras sobre las que se estaba edificando el nuevo barrio pertenecían a este canónigo de la catedral. Había medido en varias ocasiones la longitud de mi fachada, pues el tributo era proporcional a su tamaño y no quería que se aprovecharan de mí.

Escuché relinchar a Treparriscos y fui a verlo. Sabía que llevaba demasiados días sin salir a trotar y que esa situación no le gustaba. Debería sacarlo al día siguiente si no quería tener problemas con él. Me volví a sentar en la cocina vacía y me dejé mecer por el crepitar del fuego. Acerqué mi mano izquierda a las llamas. Mi carne cobró un color rojizo y sentí calor en las yemas de mis dedos. Respiré lo más profundo que pude. Todavía notaba una presión en mi pecho cada vez que lo hacía. Salí a mi huerto. Miré al cielo. Las nubes ocultaban las estrellas. Era octubre y Oria hacía mucho que se había ido de mi vida. El último de mis fracasos. Pensando en ella, me quedé dormido bajo el cielo pamplonés.

La lluvia me despertó poco antes del amanecer. Me incorporé de inmediato y me sequé el rostro. Aún tenía sueño y me sentía cansado. Normalmente dedicaba las mañanas a mi oficio de juglar. Después de todo, era con eso con lo que me ganaba la vida, ya que mi proyecto de hacerme comerciante, aun con los consejos de Guilhem, no encontraba más que trabas. Pero ese día decidí ir a la catedral. Pedro de París había conseguido del obispo de Amiens, Teobaldo d'Heilly, una reliquia de la cabeza de san Fermín. Pedro, que sabía que san Fermín había nacido en Pamplona, y que había sido su primer obispo, estaba empeñado en impulsar su culto. Participé en la procesión que se celebró en la catedral aquel décimo día del décimo mes. Creo que casi todos los habitantes de la ciudad estábamos allí. Intenté pasar desapercibido, oculto en mi capucha. No tenía ganas de tropezarme con ninguno de mis antiguos vecinos. Vi a lo lejos a mi madre. Ella también me vio. Me sonrió con disimulo, pero no se acercó a mí. Iba agarrada del brazo de Garcés y yo sabía que nunca me hablaría estando él delante.

Pedro de París caminaba con desenvoltura, portando en sus manos la preciada reliquia. En la indumentaria del obispo destacaba, por su hermosura, la mitra para ceremonias religiosas que coronaba su cabeza. El alba que le cubría desde el cuello a los tobillos estaba confeccionada con sedas de tonos azules e hilos de oro. En su parte superior, esta prenda mostraba motivos vegetales, que se convertían en elementos geométricos al llegar al centro. Terminaba la ornamentación con volutas. En la parte inferior se apreciaban círculos de diferentes tamaños. Los hilos gruesos de seda amarillos y rojos de su cíngulo caían vistosamente hacia el suelo. Sobre el alba vestía una

casulla de seda natural. Completaba su indumentaria con zapatos con base de corcho, decorados con perlas y bordados. A su paso, el pueblo respondía mostrando su fervor con oraciones y lágrimas.

Garino le seguía unos pasos más atrás. Aquel día estaría muy ocupado, ya que tenía que ofrecer a sus compañeros de cabildo una comida muy especial, para la cual el obispo les había entregado a él y a sus sucesores una huerta situada entre el río y el prado de Cortalave, con sus diezmos y primicias. Esta comida, que no debería ser ni lujosa ni mezquina, tal y como había quedado registrado en el acuerdo tomado al respecto, tenía que celebrarse siempre el día de san Fermín, desde ese año en adelante. Garino me había contado la víspera que ya tenía preparada la carne de vaca, dos carneros, sesenta huevos y media libra de pimienta con los que agasajaría a sus invitados. Además, había dispuesto quince gallinas para cenar y cien panes de libra para toda la jornada.

Cuando salí de la catedral, había dejado de llover. Los campos estaban desiertos. Me dirigí a mi casa con la intención de seguir trabajando en mi huerto. Los trinos se escuchaban cercanos y los golpes de mi azada se fundieron con ellos. Agotado por el esfuerzo, me senté. El sudor corría por mi frente. Me toqué el pecho y volví a ver el rostro de Raimundo. Apreté los ojos y su recuerdo desapareció. Bebí agua y me refresqué un poco. Quería hacer de ese trozo de tierra la mejor huerta de Pamplona. Me puse en pie y proseguí mi trabajo durante un rato más. Un ave rapaz pasó muy cerca en busca de alguna presa. Decidí dejar las tareas para otro momento. El invierno se acercaba y sentí frío en cuanto el sol comenzó a declinar.

Poco después, Guilhem Aude se presentó en mi casa.

—¿Cómo va tu palacio? —me preguntó palmeándome la espalda.

No pude evitar sonreír. Desde que caí herido, Guilhem había estado pendiente de mí. No me había dado cuenta hasta entonces de que el tiempo también había pasado para él y las arrugas de su frente y de su rostro se habían acentuado.

—Veo que todavía no has comprado ni una silla para ofrecer asiento a tu viejo amigo y, por lo que veo, tampoco has ido a buscar a Oria.

—¿De qué serviría? —suspiré.

—Serviría de mucho y tú lo sabes —se quedó en silencio unos instantes—. Ven a cenar a mi casa —me propuso— y mañana mismo te enviaré dos sillas.

Iba a protestar, pero sabía que era de necios oponerme a su ofrecimiento y ofenderlo. Llovía cuando nos dirigíamos a su casa. No me importó sentir el agua fresca sobre mi cabeza y mi cara mientras

caminábamos hacia el burgo de San Cernin. La casa de Guilhem estaba tibia. Sacudí con las manos el pelo y tomé la toalla que me ofreció Francisco, quien al verme me abrazó. No nos habíamos vuelto a encontrar desde aquella noche en que me acompañó al palacio del obispo. Nos quedamos hablando mientras mi anfitrión se excusaba unos instantes. Fue divertido poder comentar los detalles de aquella pequeña jornada que, gracias a Dios, tuvo un final feliz. Guilhem regresó enseguida. Me miró desde la entrada. Supe qué estaba pensando, porque era lo mismo que yo. En aquella primera vez que nos encontramos. En esa misma sala en la que nos hallábamos, habíamos intercambiado nuestras primeras palabras.

—La primera vez que te traje aquí —me dijo—, apenas levantabas un palmo del suelo. Ahora me parece increíble que un muchacho enclenque como tú se haya convertido en un joven fuerte y robusto.

Me eché a reír.

—¿Sabes, Francisco? Enneco se pasaba el día huyendo.

—Ahora ya no huyo.

—¿De veras? —me preguntó.

Me quedé pensativo, porque Guilhem siempre se mostraba acertado en sus comentarios y comprendí que se estaba refiriendo a Oria.

—Vayamos a cenar —propuso mientras yo seguía reflexionando.

Tal vez había llegado el momento de intentarlo.

Tal y como había prometido, Guilhem envió a cuatro muchachos a la mañana siguiente. No solo traían las sillas, sino otros enseres. Incluso me surtió con ropas y calzado. Además, me ayudaron con el huerto durante los días siguientes. Me resultó fácil trabar amistad con ellos, especialmente con Juan, que era más o menos de mi edad. Todo lo que tenía de bruto lo tenía también de bueno. Estaba casado, como todos ellos, y tenía dos hijos. Casi nunca hablaba de su familia, pero cuando lo hacía, su expresión cambiaba y la rudeza de su rostro desaparecía. Con Rodrigo, Saturnino y Firmo fue un poco más difícil. A ellos los conocía de mi niñez y los tres habían participado en más de una ocasión en mis persecuciones. Pero una vez rotas las barreras y olvidados aquellos momentos, pudimos tratarnos con normalidad y hasta fue divertido.

Muchas tardes, acabábamos sentados en la taberna que había en la cuesta que sube hacia la catedral y charlábamos alrededor de una jarra de vino. Algunos días, incluso de dos.

Cuando empecé a relacionarme con más gente, percibí que me miraban y me observaban. No sé si lo hacían porque recordaban a aquel chico cojo o por mi oficio de juglar o porque alguien me

relacionaba con lo ocurrido en Leguin o por todo a la vez. En una ciudad pequeña como Pamplona, en la que sus dos mil habitantes comparten un espacio reducido, es difícil obviar lo que pasa en ella. De cualquier forma, eso ya no me afectaba. Me había demostrado a mí mismo que no era menos que nadie y eso era lo único importante.

Gracias a la ayuda de Juan, Rodrigo, Saturnino y Firmo, conseguí tener un lugar apropiado para vivir mucho antes de lo que había supuesto. En esas tardes invernales de larga oscuridad, en las que la lluvia sosegaba mi espíritu y la nieve cubría de blanca paz mi alma, modelé mi nueva vida. Mi pequeña huerta había empezado a tomar forma y pronto podría plantar en ella. Guilhem me invitaba a menudo a su casa. Allí conseguí contactos y entablé amistades nuevas a las que regalaba, de vez en cuando, con lo mejor de mi repertorio juglaresco. ¡Quién sabe, quizá algún día llegara a ser trovador en alguna corte! Guilhem me animaba a fortalecer esos contactos.

—Aprovecha cada ocasión —solía decirme—. Todos los que vienen aquí son gente con amplios conocimientos, gente que ha viajado y que te puede abrir muchas puertas. Y me consta que les caes bien.

¡Claro que lo iba a hacer! Había decidido establecerme definitivamente en Pamplona. Haría de juglar en mi casa, en casa de Guilhem y en mi ciudad y viajaría por placer. Pero antes, me quedaba una última cosa por hacer. En cuanto los días fueron más largos, me organicé para ir a buscar a Oria. Preparé todo para mi viaje. Dejé el carro y a Cansina al cargo de mis hermanas. Les dije que podían utilizar mi huerta para su beneficio y proveerse con los huevos de mi gallina mientras yo estaba ausente y me fui con Treparriscos. Mi primera parada sería Puente la Reina. Tenía ganas de sentir de nuevo la fuerza de Eunate, dar gracias a Dios por seguir vivo y reencontrarme con Iacobus, Hermesinda, frey Tizón y frey Nazario. Y, desde allí, después, seguiría camino, decidido a buscar a Oria.

Eunate, equinoccio de primavera de 1175

dejado Pamplona y he salido a buscarte. En mi vida ya ha habido demasiadas pérdidas, y no quiero perderte también a ti.

—Yo también he regresado a buscarte —me confiesa.

Me acerco a ella. Me mira sin pestañear. Inclino mi cabeza y la beso. Encuentro una tímida resistencia, pero enseguida sé que ella me ha perdonado. La abrazo y me envuelvo en ese aroma tan conocido y dulce. Escucho un carraspeo. Sé que frey Tizón nos está observando. Me separo de Oria y hago las presentaciones oportunas. Veo brillar los ojos del viejo templario y eso indica que se alegra por mí. Le pido que nos acompañe a la iglesia y él accede.

Antes de entrar, damos un paseo por el exterior. Mis ojos contemplan la belleza del entorno, un sitio que siento como si fuera mi casa. Rozo los muros del pequeño templo. Mi vista se clava en uno de los relieves esculpidos en una columna. Se trata de un rostro de cuya barbilla salen los cuernos enredados de un carnero a modo de barbas. Unos dirán que es un baphomet[37], otros que el carnero de Aries y que representa a la primavera. Sea quien sea, me mira y yo lo miro como si fuera un espejo. Me llevo la mano al rostro y la paseo sobre mi barba en el momento en que parece interrogarme. ¿Quién eres? Y yo sé que esa pregunta encierra otras muchas: ¿Qué buscas? ¿Qué temes? ¿A dónde vas? ¿Por qué? Y yo le digo que espero encontrar esas respuestas al abrir la puerta que tengo delante.

Los fieles entran a la iglesia de Eunate por el oeste. Así lo hacemos nosotros también. Es el lado por donde muere el día. De esta forma, según me explicó Iacobus hace ya tiempo, el este, el lugar en el que nace el sol, donde se encuentran Nazaret y Jerusalén, queda al frente. Tengo a mi derecha a frey Tizón y Oria camina a mi izquierda. Entramos en la pequeña iglesia y el templario me hace detenerme en medio. Mira hacia arriba y yo sigo su mirada. Observo de nuevo los nervios del techo que parecen clavarse en el suelo y recoger de allí la fuerza de la tierra, igual que hacen las raíces de los árboles, para llevarla hasta la clave. Pero en Santa María de Eunate no hay clave. Me pregunto si será otro de los numerosos misterios que para mí encierra esta pequeña construcción. Y si se habrá escogido así a propósito para que cada uno advierta que tiene que ser él mismo esa dovela que falta. Voy a preguntárselo a frey Tizón, pero noto que su cuerpo flaquea y cae al suelo.

—Frey Tizón, ¿os encontráis bien? —le pregunto agachándome a su lado.

Su falta de respuesta hace que me apresure a tomar su cuerpo en brazos para llevarlo al cercano hospital. Oria me ayuda.

—Enneco —reacciona por fin frey Tizón cuando estamos ya en la

puerta—, no te molestes en buscar ayuda. Déjame aquí, por favor —obedezco y lo dejo en el suelo. Nos arrodillamos junto a él. En su rostro veo una sonrisa. Rebusca en su túnica de templario y me entrega algo, un colgante—. Es para ti —me dice—. No soy tu padre y tampoco tengo para regalarte un casco que te haga invisible ni una espada invencible ni unas botas aladas ni un escudo tan liso como la superficie de un espejo, pero espero que aceptes esto. Es una algiz —me informa. Observo el objeto. Tiene la forma de una pata de oca o de una cruz en forma de Y—. Es el símbolo del guerrero espiritual, aquel que lucha consigo mismo. Representa el poder de la vida y la lucha del espíritu humano por superarse. Y es también el símbolo de los constructores.

Acepto el obsequio y cierro mi mano sobre él. Tal vez sea el momento de abandonar mis *kutunak*.

—Gracias de corazón —le digo pensando en Perseo.

—Sabía que no iba a poder ver terminada esta obra.

—No os entiendo.

—Dios me llama a su lado.

—Pero pensaba que la iglesia ya estaba terminada.

—Falta algo, algo para lo que habrá que esperar tres años. Enneco, prométeme que estarás aquí el 13 de septiembre de 1178 junto con Oria.

—Os lo prometo, pero ¿no podéis decirme por qué es tan importante para vos?

—Merecerá la pena. Te lo aseguro. Ese día habrá un eclipse y podréis contemplar cosas maravillosas. Espero que para entonces esté todo el conjunto de la iglesia terminado.

—¿El de Eunate?

—El de Eunate y Olcoz —me dice con la sonrisa pícara de un niño asomada a sus labios—. Enneco, una cosa más: he dispuesto que me entierren en el monasterio de Fitero. Prométeme que un puñado de esta tierra cubrirá mi cuerpo.

La noche cae sobre nosotros. Ya no tengo miedo de abrir puertas ni de pasar a través de ellas. Ya no voy a huir. Contemplo el cielo lleno de estrellas. Recuerdo otros cielos llenos de puntos luminosos, observados junto a los ojos de Carlo y, también, junto a los de frey Tizón. A la mente me viene el momento en que el cinturón de Orión se alzó por el horizonte aquel lejano 15 de agosto. Dibujo mentalmente las tres estrellas que lo componen: Mintaka, Alnilam y Alnitak. La muerte y la vida, el cielo y la tierra, el espíritu y la materia, lo eterno y lo caduco. Contemplo de nuevo Eunate. La llama de su linterna se eleva hacia el cielo y brilla en mis pupilas.

Se lo juro entre lágrimas mientras noto que la vida se escapa del cuerpo del guerrero que desde el día en que murió el Cid ha tenido en sus manos la espada Tizón. Abrazo al cruzado que luchó al lado del Batallador y que sostuvo la causa de nuestro rey García Ramírez, haciendo resurgir un reino de Pamplona que ya todos conocen como reino de Navarra bajo el prudente gobierno de Sancho VI el Sabio. Cierro los ojos del viejo templario mientras le prometo que desde este día contaré sus gestas, las gestas de Pedro Tizón de Cadreita.

Begoña Pro *me fecit*


HISTORIA Y FICCIÓN

NOTAS SOBRE EUNATE

La pequeña ermita románica de Eunate está situada en Navarra, en el término de Muruzábal, en la carretera que va hacia Campanas, en pleno valle de Valdizarbe o valle de las estrellas (la voz *izar* es estrella en euskera).

Su construcción se sitúa alrededor del año 1170. No se han encontrado hasta el momento evidencias documentales sobre su origen o autoría. Algunos investigadores sostienen que fue erigida por los templarios. Otros creen que se levantó por petición expresa de una reina, probablemente, Sancha, esposa de Sancho VI el Sabio. También los hay quienes la atribuyen a la orden de San Juan.

Sobre su relación con los templarios hay tantos detractores como partidarios y cada uno expone sus razones.

Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y de Pamplona, legó sus reinos a las órdenes militares, cosa que no fue aceptada ni en Aragón ni en Pamplona. En Aragón fue alzado como rey su hermano Ramiro II el Monje y en Pamplona, García Ramírez el Restaurador. Este, como compensación, donó a los templarios, entre otras posesiones, la llamada Villa Vieja o Villa Vetula de Murugarren, emplazada en las afueras de lo que hoy es Puente la Reina. El propio rey da noticias de la entrega de estos terrenos a los templarios cuando en 1142 concede los fueros de Estella y Puente la Reina «a cuantos poblaran aquella mi villa vieja que di a los frailes de la Milicia del Templo de Salomón». Como parroquia, la Villa Vetula contaba con Santa María de los Huertos, conocida hoy como la iglesia del Crucifijo, junto a la cual se construyó un hospital para atender a los peregrinos del Camino de Santiago. Los investigadores Javier Armendáriz Martija y José María Jimeno Jurío confirman que, «por lo general, la historiografía adjudica esa iglesia y hospital a la Orden del Temple, que apenas ha dejado noticias al respecto». La presencia de los templarios en Valdizarbe está, por tanto, fuera de toda duda.

Sin embargo, otros investigadores, como Javier López Andoño, hacen notar que, a pesar de ello, no existe ningún documento de los conservados sobre esta orden ni en Navarra ni en Madrid en el que se vincule Eunate con el Temple.

No obstante, la ubicación de Eunate alejada de población alguna y su planta de forma octogonal irregular, así como algunas de las

esculturas talladas en sus piedras, entre las que se ha querido ver un baphomet (deidad a la que supuestamente adoraban los templarios y que sirvió de base para la acusación de herejía que acabó con la disolución de la orden), son algunas de las razones por las que la autoría de esta pequeña ermita se asocia al Temple.

Hace unos años tuve la suerte de coincidir en Obanos con Jesús Zulet. Había oído hablar de que estaba organizando una exposición sobre la ermita de Eunate y la puerta gemela de la parroquia de Olcoz. Cuando le hablé de mi interés, se ofreció muy amablemente a guiarme esa misma tarde por su localidad natal, que no es otra que Olcoz. No os podéis imaginar la lección magistral de historia, geografía, mitología, astrología y astronomía que supuso para mí y para quienes me acompañaban. Copio a continuación algunos apuntes que tomé entonces, que me sirvieron para alzar la vista y mirar más allá del punto en el que se emplaza Eunate y, más tarde, he utilizado como base para la trama de *Las cien puertas*.

La construcción de Eunate no se puede entender como algo concebido al azar. La verdadera idiosincrasia de esta pequeña iglesia solo se puede comprender si la observamos dentro de un plan ideado por alguien que conocía bien la tradición platónica, el movimiento de los astros, las constelaciones, la forma de predecir los eclipses y tenía una noción certera de la ubicación de los lugares más emblemáticos para la cristiandad en aquella época, que eran Nazaret y Jerusalén. Y, si os lo estáis preguntando, la respuesta es sí, en aquella época se tenía el suficiente conocimiento para saber todas estas cosas. Zulet hace una vinculación especial entre cuatro lugares: Eunate, que representaría el equinoccio de primavera, frente a Olcoz, que representaría el equinoccio de otoño. Y la iglesia de Santa María de los Huertos de Puente la Reina, que representaría el solsticio de invierno, frente a la iglesia de la cercana localidad de Echano, que representaría el solsticio de verano.

Centrándonos en Eunate y Olcoz, protagonistas de esta novela, hay que hacer constar que conforman un verdadero juego de simetrías, empezando por sus portadas, que son copias casi exactas, reflejadas la una en la otra como si se tratara de un espejo. La iglesia de Olcoz está dedicada a San Miguel, jefe de las milicias celestiales. La de Santa María de Eunate, a la Virgen. San Miguel y la Virgen eran los dos patronos por excelencia de los templarios.

La ubicación de Eunate está elegida a propósito y con un propósito. Si miramos desde allí en dirección a Olcoz, vemos en el horizonte la peña de Unzué o peña Blanca y la del Abrigo o peña Negra. En el siglo XII, las estrellas del cinturón de Orión salían sobre la

peña del Abrigo o la de Unzué según se contemplara desde Eunate o desde Olcoz. Y estas estrellas, como indica Zulet, sirvieron de guías para hacer una alineación con Nazaret y Jerusalén (nacimiento y muerte de Jesús). Significativo es que en las dos claves de las puertas de Eunate y Olcoz se muestre a Orión como logos/verbo divino. Gracias al programa Stellarium, que permite situarte en un punto de la Tierra y en una fecha concreta, he podido contemplar las estrellas desde Eunate tal y como las verían Enneco Garcés y frey Tizón en el siglo XII.

Eunate, además, se encuentra a la vera del Camino de Santiago. Pero no en un lugar cualquiera sino en la zona donde se unen las rutas jacobeas francesa y aragonesa, así como dos corrientes telúricas que atraviesan Navarra de norte a sur y de este a oeste.

En el ciclo astral que se representa en la iconografía de Eunate y Olcoz aparecen la copa y la sierpe junto a Virgo, lo que se interpreta como una referencia clara al Santo Grial y, por tanto, de nuevo nos topamos con los templarios.

La alusión que aparece en el capítulo final de la novela al eclipse de sol del año 1178 atiende a una de las hipótesis de Zulet, quien opina que la portada de Eunate podría representar aquel fenómeno. Las más antiguas civilizaciones ya habían observado que los eclipses se repetían en intervalos de tiempos iguales, por lo que se podía predecir mediante tablas astronómicas.

También existen hipótesis diferentes respecto a la etimología del topónimo Eunate. En los textos más antiguos parece que viene mencionado como Onate, término que podría derivar del vascón *on ate*, buena puerta. O como se dice en la novela, de *ehun ate*, cien puertas, algo que cuadra muy bien con el aspecto que los arcos exteriores proporcionan a la ermita. Una tercera hipótesis sostiene que Eunate derivaría de los términos latinos *eu* y *nato*, bien nacido, lo que podría estar relacionado con el equinoccio de primavera.

En la novela he optado hacer derivar el topónimo Eunate de *ehun ate*, como me he inclinado por ligar la construcción de la iglesia con los templarios, pero, por supuesto, mi objetivo no es avalar unas tesis o hipótesis frente a las demás. Tan solo me he servido de ellas para hilar parte de la trama.

NOTAS HISTÓRICAS

El reinado de Sancho VI el Sabio se caracteriza por ser un periodo de regeneración en el reino de Navarra. Además de las dificultades pecuniarias, Sancho se encuentra en los primeros momentos con el abandono de algunos de sus nobles y la traba impuesta desde Roma de no reconocerlo como rey, sino simplemente como dux.

Aprovechando la minoría de edad de su sobrino Alfonso VIII de Castilla, Sancho inició una serie de campañas para recuperar aquellos territorios que habían sido sustraídos a Navarra en 1076, tras el regicidio de Sancho IV en Peñalén.

Más tarde, Alfonso VIII de Castilla, aliado con Alfonso II de Aragón, emprenderá la reconquista de estos territorios. Tal y como se señala en la novela, en junio de 1170, ambos Alfonsos se reunieron con Enrique II de Inglaterra en la localidad leonesa de Sahagún. Renovaron el tratado de amistad entre Castilla y Aragón sellado unos años antes en Tudején, cerca de Tudela, para atacar juntos Navarra y repartírsela. También acordaron los esponsales entre el rey castellano y Leonor, hija del rey inglés y de Leonor de Aquitania. E igualmente son ciertos los acuerdos que tomaron sobre el rey Lobo de la taifa de Murcia circunstancialmente citados en la novela.

Tal y como habían pactado, los dos Alfonsos iniciaron una serie de algaradas contra Navarra en 1173. Alfonso VIII, con la ayuda de su suegro el rey de Inglaterra, que dominaba Aquitania, llegó hasta Artajona. Por su parte, Alfonso II atacó Albarracín, que, aunque en Teruel, estaba en manos de Pedro Ruiz de Azagra, quien, teóricamente, rendía vasallaje a Sancho VI de Navarra.

Al año siguiente, Alfonso VIII, siempre coaligado con el rey de Aragón, avanzó hacia Pamplona y sitió a Sancho VI durante dos días en el castillo de Leguin. El rey navarro consiguió escapar durante la noche y Alfonso se retiró a Castilla.

El nombre de la localidad de Navarrete (La Rioja) tiene relación con Navarra. Parece ser que durante mucho tiempo en ella estaba establecida la frontera. Para Castilla, era la entrada al reino de Navarra, de donde derivaría su nombre: *nafar* + *ate* (puerta navarra o puerta de Navarra, en euskera). Alfonso VIII fue el promotor de que las gentes de la zona de Corcuetos se emplazaran en el castillo del cerro de Tedeón, lugar que dio origen a la localidad de Navarrete.

El 13 de septiembre de 1178 hubo un eclipse solar total, precedido de un eclipse de luna. Curiosamente, hubo un eclipse similar en el año 1178 a. C. que cita Homero en la Odisea:

[https://eclipsewise.com/solar/SEprime/1101–1200/SE1178Sep13Tprime.html].

Todas las historias mitológicas narradas en esta novela están vinculadas con las portadas de Eunate y de Olcoz, del mismo modo que los capítulos incorporan los nombres de las estrellas que tienen que ver con las constelaciones que, de alguna manera, los protagonizan.

PERSONAJES DE LA NOVELA

DE FICCIÓN

ENNECO GARSEA. Labrador y juglar.

ONECA LÓPEZ. Madre de Enneco Garsea.

GARCÉS XIMÉNEZ. Padre de Enneco Garsea.

ELVIRA, ASSONA, NUNILA Y JIMENA GARSEA. Hermanas de Enneco Garsea.

DON FERNÁN. Responsable de las tareas agrícolas de los campos del obispo de Iruña.

DON GUILHEM AUDE. Comerciante, prestamista y hombre de ciencias y artes instalado en el burgo de San Cernin.

ALONSO. Esposo de Elvira.

ALCATÓN. Templario.

FREY SEBASTIÈN. Portero de la casa del Temple.

FREY NAZARIO. Templario.

IACOBUS, *JENTIL*. Escultor.

MUNIO. Comerciante que viaja con su familia para ganarse la vida.

ORIA. Sobrina de Munio, que viaja con él recorriendo el Camino de Santiago.

GUILLERMO. Hermano de Oria.

CARLO. Niño huérfano del cual Enneco se hace cargo.

TERESA. Sirvienta personal de la reina Sancha perteneciente a su hostal.

DON FERNANDO MARTÍNEZ DE PUENTE LA REINA. Noble residente en Puente la Reina.

DON FERNANDO FERNÁNDEZ DE PUENTE LA REINA. Primogénito de don Fernando Martínez de Puente la Reina.

GONZALO FERNÁNDEZ. Infanzón, hijo de don Fernando

Martínez.

García Fernández. Templario muerto en Tierra Santa. Hermano de Gonzalo Fernández e hijo de don Fernando Martínez.

Doña Estefanía. Esposa de don Fernando Martínez de Puente la Reina.

Doña Mencía. Esposa de don Fernando Fernández de Puente la Reina.

Hermesinda. Cocinera de la casa de don Fernando Martínez de Puente la Reina.

Saturnino. Esposo de Hermesinda. Trabaja en las cuadras de la casa de don Fernando Martínez de Puente la Reina.

Don Raimundo de Navarrete. Señor de Navarrete, cuya lealtad se alinea con Alfonso VIII de Castilla.

Pere. Mayordomo de don Raimundo de Navarrete.

Doña María. Madrastra de don Raimundo de Navarrete.

Hermano Alfonso. Abad del monasterio de Sahagún.

Hermano Pedro. Monje del monasterio de Sahagún.

Hermano Fernando. Monje del monasterio de Sahagún.

Estefanía de Navarrete. Amiga de doña María.

Tomás. Fraile del Santo Sepulcro de Santa María del Palacio (Logroño).

Abda. Cocinera de Logroño.

Don fortún de Logroño. Noble de esa localidad.

Remigio. Cantero.

Fortún de Huarte. Capitán de la guardia de la reina Sancha.

Don Lope. Correo del rey.

Bernardo. Ladronzuelo que ronda las inmediaciones de Puente la Reina.

Saltavallas. Siervo de don Raimundo.

HISTÓRICOS

Frey Pedro Tizón de Cadreita. Fue uno de los personajes más

emblemáticos y destacados del siglo XII en Navarra. Perteneció a uno de los doce linajes de ricohombres del reino, el de los Rada. Su padre se llamaba Aznar y se sabe que tuvo un hermano, de nombre Lope Aznárez. Acompañó al rey Alfonso I el Batallador en sus conquistas y peleó al lado de hombres tan señalados como el Cid Campeador o Ramiro Sánchez (abuelo de Sancho VI el Sabio). Estuvo en el sitio de Bayona y su firma aparece en el testamento del Batallador. Durante el asedio de Fraga (1134), se retiró a sus tierras, abandonando al rey Alfonso I, que murió poco después. No se sabe si se marchó porque estaba herido o porque no estaba de acuerdo con la forma de llevar a cabo la campaña.

Al fallecer el Batallador, favoreció la entronización de su hermano, Ramiro el Monje, como su sucesor, tanto en el reino de Aragón como en el de Pamplona, pero muy pronto cambió de parecer y se convirtió en un firme aliado de García Ramírez el Restaurador, apoyando la separación del reino de Pamplona del de Aragón, que habían estado unidos desde el asesinato de Sancho VI en Peñalén (1076).

A lo largo de su vida fue tenente de Estella, Monteagudo, Monclús, Cervera de Alhama, Caparroso, Aibar, Marañón, Valtierra o Cadreita, una de sus posesiones más valiosas. En 1134 hizo una donación a la catedral de Pamplona y en 1141 a Santa María de Niencebas, monasterio cisterciense, germen del monasterio de Fitero.

Se casó dos veces. Su primera mujer se llamaba Sancha y su segunda esposa, Toda. Cuando enviudó en 1141 se integró en la orden del Temple, primero como cofrade y más tarde como monje profeso y milite, llegando a ser comendador de Novillas entre 1161 y 1163. Esta fecha es la última en que se le menciona.

Residió en Puente la Reina, pero no está documentado que tuviera relación alguna con la construcción de Santa María de Eunate. Esa parte, tengo que reconocer, ha salido de mi imaginación. Tuvo una hija, que se casó con Sancho Blasco, y un hijo, Jimeno Pérez, casado con Eva Finojosa, hermana de san Martín de Finojosa. Jimeno y Eva fueron padres de Rodrigo Ximénez de Rada, obispo de Toledo y uno de los promotores de la campaña contra los almohades de 1212, que terminó en la batalla de las Navas de Tolosa.

Respecto a su apodo, Tizón, algunas fuentes dicen que se lo ganó por algún alarde o hecho militar destacado en alguna de sus batallas. En cambio, Rafael Alarcón Herrera recoge que su nombre se debía a que portaba la espada Tizón de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid (el nombre en femenino, Tizona, se utilizó posteriormente), recibida por donación de los descendientes del propio Campeador. Algo que no sería del todo descabellado teniendo en cuenta que fue uno de los

hombres que apoyó el alzamiento de García Ramírez el Restaurador, nieto del Cid, como rey de Pamplona. Según Alarcón, dicha espada sería después entregada a Jaime I de Aragón por su preceptor, el maestre templario frey Guillem de Montredó, por lo que sería factible que la espada hubiera quedado en manos del Temple al morir Tizón. Pedro Tizón de Cadreita fue enterrado en el monasterio de Fitero, aunque sus restos se trasladaron posteriormente a Santa María de Huerta, en la actual provincia de Soria, donde san Martín de Finojosa era abad.

SANCHO VI EL SABIO. Rey de Navarra entre 1150 y 1194. Fue el primero en denominarse rey de Navarra (sus predecesores fueron reyes de Pamplona), en 1162. Fue hijo de García Ramírez el Restaurador y de Margarita de L'Aigle y biznieto del Cid Campeador. Su reinado se caracteriza por los constantes enfrentamientos con Castilla y Aragón. Durante la minoría de edad de Alfonso VIII de Castilla, consiguió recuperar alguna de las plazas perdidas tras el asesinato de Sancho IV en Peñalén (1076), pero muy pronto Alfonso VIII se alió con el rey de Aragón para tratar de repartirse de nuevo las tierras navarras. Gracias a su diplomacia y buen hacer, consiguió estabilizar el reino y afianzar su dinastía en el trono navarro. Durante esta etapa, el peso político de la nobleza fue muy marcado, aunque se notó un creciente poder económico de la burguesía. Muchos nobles se desnaturalizaron del reino, lo que le debilitó en sus primeros años de gobierno. Pero la mayoría de los hijos de estos nobles que le habían dado la espalda regresaron a su fidelidad. Durante esta época, hubo una fuerte influencia religiosa, cultural y social de las instituciones eclesiásticas. Sancho VI ideó políticas para mejorar el mundo rural.

SANCHA DE CASTILLA. Hija de Alfonso VII de León y Castilla y de Berenguela de Barcelona. El 2 de junio de 1157 se casó en Carrión de los Condes (Palencia) con Sancho VI el Sabio, convirtiéndose en reina de Navarra.

SANCHO VII EL FUERTE. Hijo de Sancho VI y de Sancha de Castilla. Reinó en Navarra entre 1194 y 1234. Participó en la batalla de las Navas de Tolosa, en la que arrebató las cadenas que protegían la tienda de Miramamolín, símbolo que posteriormente adoptó Navarra para su escudo.

BERENGUELA. Hija de Sancho VI y de Sancha de Castilla. En 1192 se

casó con Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra.

PEDRO DE ARTAJONA O DE PARÍS. Fue obispo de Pamplona entre los años 1167 y 1193. Su biógrafo, Goñi Gaztambide, lo describe como un hombre culto, hábil, flexible y enérgico y como uno de los obispos más notables que han regido la diócesis de san Fermín. En 1179 asistió al III Concilio de Letrán. Fundó el monasterio de Iranzu y reorganizó la curia diocesana.

ALFONSO I EL BATALLADOR. Rey de Aragón y Pamplona entre 1104 y 1134. Conquistó importantes plazas a los almorávides, entre ellas, Zaragoza y Tudela. No tuvo herederos legítimos y en su testamento legó los reinos de Aragón y Pamplona a las órdenes militares.

GARCÍA RAMÍREZ EL RESTAURADOR. Rey de Pamplona entre 1134 y 1150. Padre de Sancho VI el Sabio.

ALFONSO VIII DE CASTILLA. Rey de Castilla entre 1158 y 1214. Se casó con Leonor, hija de Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra, y de Leonor de Aquitania.

ALFONSO II DE ARAGÓN. Rey de Aragón entre 1164 y 1196. Tío de Alfonso VIII de Castilla.

ENRIQUE II PLANTAGENET. Rey de Inglaterra, duque de Normandía y Aquitania y conde de Anjou. Nació en 1133 y murió en 1189.

ROBERTO DE KETTON O CHESTER. Arcediano del cabildo pamplonés entre 1143 y 1157. Fue un hombre ilustrado y prudente negociador, amigo del papa Eugenio III.

IÑIGO DE ALMORAVID. Perteneciente a una de las familias nobles de la época.

RODRIGO XIMÉNEZ DE RADA. Eclesiástico e historiador nacido en Puente la Reina o más probablemente en Rada, según las fuentes, hacia 1170. Fue arzobispo de Toledo y Primado de España y uno de los promotores de la campaña contra los almohades del año 1212, que concluyó con la batalla de las Navas de Tolosa, el 12 de julio.

Papa Alejandro III. Rolando Bandinelli. Elegido el 7 de septiembre de 1159 como sucesor del Papa Adriano IV. Muere el 3 de agosto de 1181.

Saladino. 1138-1193. Fue uno de los más importantes líderes islámicos de su época. Venció en la batalla de Hattin a los cruzados y ocupó Jerusalén para los musulmanes.

Pedro Ruiz de Azagra. Señor soberano de Albarracín. Mantuvo una estrecha amistad con Sancho VI el Sabio, aunque supo jugar muy bien sus bazas políticas recayendo su lealtad también del lado castellano. En 1170 estuvo en Sahagún acompañando al joven rey Alfonso VIII de Castilla. Su suegro, Pedro Ruiz de Arazuri, fue mayordomo de Sancho VI.

Hermanos Pérez de Lara. Disputaron la tutela del rey Alfonso VIII de Castilla —quien se quedó huérfano con tres años— a Gutierre Fernández de Castro, nombrado tutor del futuro rey. Lograron hacerse con el joven rey y lo trasladaron a Haza, zona de influencia familiar.

Ermengol VII, conde de Urgell. Fue conde de Urgell entre 1154 y 1184. Parece que hay constancia de que participó en las conversaciones de Sahagún de 1170 entre Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón.

Muhammad ibn Mardanish, el rey Lobo de Murcia. Llegó a ser rey de toda la zona oriental del al-Andalus.

Herman el Dálmata. Discípulo de la escuela de Chartres. Escritor filosófico, astrónomo y traductor en la escuela de Toledo. Conoció a Rober de Ketton por intermedio de Thierry de Chartres (conocido como el segundo Platón entre sus discípulos). Junto con Robert, estudió árabe y emprendió la traducción del Corán.

Adelardo de Bath. Discípulo de la escuela de Chartres. Estudió en Tours y en Laon y recorrió Sicilia, Salerno y Tarso, llegando hasta Jerusalén. Tradujo del árabe varios tratados.

MARTÍN DE LEHET. Tenente de Peralta.

GARCÍA ZAPATA DE CALAHORRA. Miembro de la aristocracia local y alcaide de Calahorra bajo Diego Jiménez, señor de Cameros.

GARINO. Enfermero del cabildo de la catedral.

TEOBALDO D´HEYLLE. Obispo de Amiens.

AMALARICO I. Rey de Jerusalén entre 1162 y 1174.

BIBLIOGRAFÍA

Alarcón Herrera, Rafael, *La huella de los templarios: tradiciones populares del Temple en España*. Ediciones RobinBook. Barcelona, 2004.

Aragonés Estella, Esperanza, «La moda medieval navarra», *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, n.º 74, 1999.

Armendáriz Martija, Javier y Jimeno Jurío, José María, *Puente La Reina/Gares: Estudio histórico-arqueológico de su urbanismo y sistema defensivo medieval*. [https://www.navarra.es/NR/rdonlyres/52AECFB4–CA72–470B–B6D8–A891FE1A43A4/254677/ArmendarizyJimenoTAN18_WEB.pdf].

Arraiza Frauca, Jesús, *San Fermín. El santo, la devoción, la fiesta*, Ayuntamiento de Iruña, 2002.

Bango Torviso, Isidro Gonzalo, *La edad de un Reyno: las encrucijadas de la corona y la diócesis de Pamplona: Sancho el Mayor y sus herederos: el linaje que europeizó los reinos hispanos*, Baluarte, Pamplona 26 de enero al 30 de abril 2006, Tf. Editores, 2006.

De Elizari Huarte, Juan Francisco, *Reyes de Navarra: Sancho VI el Sabio*, Editorial Mintzoa SL, 2003.

De Moret, José, *Anales del Reyno de Navarra*, Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1997.

González Ollé, Fernando, *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Institución Príncipe de Viana, 1989.

Green, Lyz; Sharman-Burke, Juliet, *El viaje mítico: el significado del mito como guía para la vida*. Editorial EDAF, S. A. 2000. Traducción de Mario Lamberti.

Jimeno Jurío, José Mª, *Historia de Iruña y de sus lenguas*, Txalaparta, 1995.

Lacarra, José Mª, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Caja de Ahorros de Navarra. 2000.

Malaxecheverría, Ignacio, *El bestiario esculpido de Navarra*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación, Cultura y Deporte, 1997.

Martín Duque, Ángel J., «La restauración de la Monarquía Navarra y las órdenes militares 1134-1194», *Anuario de estudios medievales*, Instituto de Historia Medieval de España, 1981.

—*El inglés Roberto, traductor del Corán*, Instituto Jerónimo Zurita, 1962.

Martinena Ruiz, Juan José, *Historias del viejo Iruña*, Ayuntamiento de Iruña. Área de Cultura, 2021.

Sagredo, Iñaki, *Castillos que defendieron el reino. Tomo I*, Pamiela, 2006.

Uranga, José Javier. «Puente la Reina. Del puente al fuero (1085-1122)». *Scripta Theologica 16* (1984/1-2).

La chanson de Roland. Poema épico atribuido al monje normando Turoldo. Escrito alrededor de 1170.

Cantar del mío Cid. Cantar de gesta anónimo. Se cree que la versión que nos ha llegado fue escrita alrededor de 1207, aunque pudo haber un poema anterior prácticamente idéntico.

Beowulf. Poema épico anglosajón anónimo. Escrito entre el siglo VIII y el XII.

[http://amediavoz.com/anonimos.htm]. Poemas y cantos anónimos hasta el siglo XIX.

[www.guiaburgos.com]. Información sobre la provincia de Burgos y nuestras maravillas. Jorge Masa.

[www.elcaminoasantiago.com]. Punto de encuentro. A. Fuentes.

[www.ayuntamientonavarrete.org]. Página oficial del Ayuntamiento de Navarrete.

[www.euskomedia.org]. Kultura Topagunea. Eusko Ikaskuntzaren Euskomedia Fundazioa.

[www.mailxmail.com/curso–iniciacion–astronomia]. Cursos para compartir lo que sabes. Iniciación a la astronomía. María Gaitano Játiva.



BEGOÑA PRO URIARTE nació en Pamplona, en 1971. Licenciada en Ciencias de la Información y apasionada de la Edad Media, es autora de la tetralogía *La chanson de los infanzones* (Ttarttalo), ambientada en la Navarra de los siglos XII y XIII, durante los reinados de Sancho el Sabio y Sancho el Fuerte, y de las novelas *Bajo las cenizas de la Navarrería*, *La rosa blanca de Champaña*, *El alférez del estandarte real* y *La bordadora de melodías*, editadas por Txertoa. También ha publicado un libro de relatos, *La trovera del Runa* (Pamiela), y se ha internado en la novela fantástica con *Al pie de la muralla* (Multiverso). Ha obtenido diversos premios y reconocimientos.

Notas

[1] Medida de longitud equivalente a 3 pies o a 0,835 metros. <<

[2] La Villa Vetula o Villa Vieja de Murugarren constituía un núcleo localizado en la zona norte de la actual Puente la Reina. Había sido donado por el rey García Ramírez el Restaurador a los templarios antes de 1142. <<

[3] Cruz templaria. < <

[4] Río Arga. <<

[5] Uno de los tres burgos con que contaba entonces Pamplona: la ciudad de la Navarrería, el burgo de San Cernin o San Saturnino y la población de San Nicolás (que en esos momentos se empezaba a construir). <<

[6] Lema atribuido al Temple. Forma parte del texto del Salmo 115. Cabe traducirlo así: «No para nosotros, Señor, sino para gloria de Tu Nombre». < <

[7] Valdizarbe o Valle de Izarbe —Izarbeibar, en lengua vasca— es un valle navarro situado al suroeste de Pamplona. Puente la Reina y Obanos son las localidades más pobladas, aunque hay más, como Añorbe, Biurrun-Olcoz, Muruzábal o Uterga. < <

[8] «Sal de roca». < <

[9] Voz en lengua vasca que en este caso designa los amuletos que las madres ponían al cuello de sus hijos para protegerlos. < <

[10] «Madre», en lengua vasca, idioma de los pobladores de la Navarrería. <<

[11] «Padre», en lengua vasca. < <

[12] Saludo equivalente a «buenos días» en lengua vasca. Literalmente, «buen día». < <

[13] «Cojo», en lengua vasca. < <

[14] Se llamaba francos en esa época a los habitantes del burgo de San Cernin, bien porque procedían de Francia bien porque gozaban de ciertas exenciones y privilegios —franquicias— a la hora de realizar sus transacciones comerciales. < <

[15] *Amona*: «abuela», en lengua vasca. < <

[16] El *almízar* es un gorro hecho a base de tiras hábilmente entrelazadas. < <

[17] *Haizekada*: «ráfaga», «golpe de viento», en lengua vasca. < <

[18] *Ni Enneco naiz*: «soy Enneco». < <

[19] Estadal: medida de longitud equivalente a cuatro varas o a 3,3466 metros. < <

[20] Túnica o sobreveste. < <

[21] Localidad cercana a Nimes que durante la Edad Media fue el principal puerto francés en el Mediterráneo. < <

[22] Poema de Almería. < <

[23] *Herren madarikatua*: «maldito cojo», en lengua vasca. < <

[24] Moneda de la época en Castilla. <<

[25] *El collar de la paloma*, jarcha de Ibn Hazm. Traducción: [https://www.poetasandaluces.com/poema/1037/]. < <

[26] Instrumento similar a lo que sería una dulzaina o gaita navarra. < <

[27] La Chanson de Roland. Anónima. Estrofa LXV. Traducción: [https://lorenazaragoza.files.wordpress.com/2014/09/la_cancion_de_rolando.pdf]. < <

[28] Según la mitología vasca, los *jentiles* eran gigantes de fuerza descomunal. Entre sus aficiones se encontraba arrojar piedras enormes de una montaña a otra. Pero, ojo, que eran fuertes, pero no brutos. *Jentiles* fueron los primeros cultivadores del trigo, los primeros herreros o los primeros molineros. De hecho, de ellos adquirieron los seres humanos los secretos de esos oficios, valiéndose de que carecían de malicia. Se les atribuye la construcción de monumentos megalíticos, pero también de edificios posteriores, incluidos numerosos templos cristianos, a pesar de que ellos eran paganos. En el caso concreto de Eunate, una leyenda asegura que la portada principal es obra de un *jentil*. Paradójicamente, el cristianismo supuso el fin de aquella raza de gigantes. < <

[29] En lengua vasca, el significado más obvio del topónimo Eunate es precisamente ese: cien puertas. < <

[30] Esta composición se puede contemplar en el ábside de Eunate. [http://www.arquivoltas.com/6–Navarra/Eunate%20G52.jpg]. < <

[31] *Gradina*: cincel dentado. < <

[32] *Lamia*: ser mitológico vasco que habita en cuevas, arroyos, manantiales y estanques. La mitad superior de su cuerpo tiene forma de bella mujer y la mitad inferior de animal: pato, gallina, cabra o pez. <<

[33] Esta estrella se usó en la antigüedad como Estrella Polar. Así aparece en las obras de Homero. Su nombre deriva del árabe *Al Kaukab al Shamaliyy*, que significa la estrella del norte. <<

[34] Táctica militar consistente en simular una retirada para provocar la persecución del enemigo y conducirlo a una emboscada. < <

[35] En la actualidad, Barañain. < <

[36] *Ioculero*: «juglar» en latín. < <

[37] Figura de rasgos antropomorfos, con cuernos, asociada al cristianismo medieval. Una de las principales acusaciones en el proceso que concluyó con la disolución de la orden de los templarios por herejía fue que no adoraban al dios de los cristianos, sino a Baphomet. < <